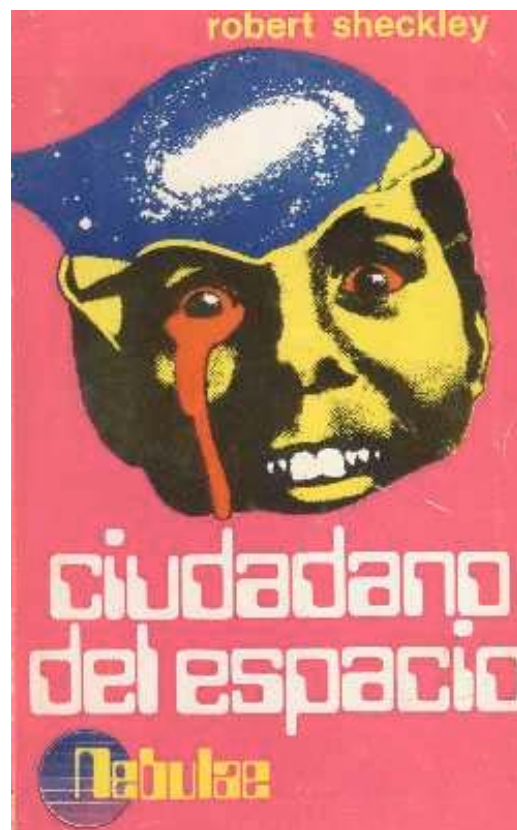


CIUDADANO DEL ESPACIO



Robert Sheckley



Robert Sheckley

Título original: Citizen in Space
Traducción: Norma López y Edith Zilli
© 1955 by Robert Sheckley
© 1977 Ediciones Edhasa
Infanta Carlota 29 - Barcelona
ISBN: 84-350-0154-7
Edición digital: Umbriel.
R6 08/02

ÍNDICE

La Montaña Sin Nombre (The Mountain Without a Name, 1955)

El Contador (The Accountant, 1954)

Caza Difícil (Hunting Problem, 1955)

Un Ladrón en el Tiempo (A Thief in Time, 1954)

Un Hombre de Suerte (The Luckiest Man in the World, 1955)

Preguntas Ingenuas (Ask a Foolish Question, 1953)

La Batalla (The Battle, 1954)

Ciudadano del Espacio (Citizen in Space, 1955)

No Tocar (Hands Off, 1954)

Autorización Para Delinquir (Skulking Permit, 1954)

Algo a Cambio de Nada (Something for Nothing, 1954)

Un Pasaje a Tranai (A Ticket to Tranai, 1955)

LA MONTAÑA SIN NOMBRE

Cuando Morrison salió de la tienda de comando, Dengue, el observador, roncaba cómodamente tendido sobre una silla de lona. Trató de no despertarlo. Ya tenía demasiados problemas sin él.

En primer lugar, debía hablar con una representación de esos nativos imbéciles, que no cesaban de batir sus tambores en el acantilado. Después tendría que supervisar la demolición de la montaña sin nombre. Ed Lerner, su ayudante, ya estaba allá. Pero él debía controlar antes el último accidente producido.

Llegó al campo de trabajo al mediodía, durante el almuerzo de los trabajadores; los hombres, recostados contra las enormes maquinarias, comían sus emparedados y bebían café. Todo era normal en apariencia, pero Morrison, con su amplia experiencia en la dirección de construcciones planetarias, advirtió en seguida los primeros síntomas alarmantes. No bromeaban y nadie se acercó a estrecharle la mano. Todos permanecieron sentados en el suelo polvoriento, a la sombra de las grandes maquinarias, como esperando que sucediera algo.

En esa oportunidad se trataba de que un gran tractor Owens había sufrido una avería. Estaba desplomado con el eje roto, en el mismo lugar donde lo dejara la escuadrilla de demolición. Los dos conductores lo esperaban sentados en la cabina.

—¿Cómo ocurrió? — preguntó Morrison.

—No lo sé — contestó el conductor principal, secándose el sudor de los párpados —. Se fue para un lado, se fue. Parecía que el camino se levantaba.

Morrison, con un gruñido, pateó la gigantesca rueda delantera del Owens. Cualquiera de esos tractores podía caer desde una altura de cinco metros sobre un suelo de roca sin sufrir un solo rasguño en el paragolpes. Eran las máquinas más resistentes; sin embargo, en ese momento había ya cinco fuera de servicio.

—En esta obra nada sale bien — dijo el conductor ayudante, como si eso lo explicara todo.

—Me parece que ustedes están muy descuidados últimamente. No se puede manejar ese equipo igual que en la Tierra. ¿Qué velocidad llevaban?

—Veinticinco por hora — dijo el conductor principal.

—Es como para creerles — replicó Morrison.

—¡Es la verdad! La ruta... fue como si se hundiera.

—Sí — dijo Morrison —¿Cuándo piensan entender, grandísimos testarudos, que ésto no es la pista de Indianápolis? Les descontaré medio jornal.

Y se marchó. Ahora se sentirían furiosos con él. Era preferible de ese modo; quizá de esa forma olvidaran las supersticiones que les inspiraba el planeta.

Iba ya camino de la montaña sin nombre cuando el operador de radio asomó la cabeza desde su casilla y le gritó:

—Morri, es para ti. De Tierra.

Morrison atendió la llamada. La máxima amplificación le permitió reconocer la voz del señor Shotwell, presidente del directorio de Aceros Transterrestres.

—¿A qué se debe tanto retraso? — preguntó éste.

—A los accidentes — replicó Morrison.

—¿Más accidentes todavía?

—Lo siento, señor, pero así es.

Hubo una pausa. El señor Shotwell preguntó:

—Pero ¿por qué, Morrison? En el manual figura como un planeta benigno, ¿verdad?

—Sí, señor — admitió Morrison, contrariado —. Hemos tenido una racha de mala suerte. Pero saldremos adelante.

—Eso espero. Y vaya si lo espero. Llevan ahí casi un mes y no han construido una sola ciudad, ni un puerto, ni siquiera un camino. Ya estamos publicando anuncios y recibiendo las primeras consultas. Hay gente que desea establecerse ahí, Morrison, negocios e industrias que buscan trasladarse.

—Ya lo sé, señor.

—Usted lo sabe, pero ellos quieren un planeta preparado y fechas exactas para la entrega. Si no los complacemos, acudirán a Construcciones Generales, a Tierra—Marte, a Johnson y Hearn, o qué sé yo a quién. Después de todo, hay planetas de sobra. Comprende, ¿verdad?

Morrison estaba algo nervioso desde que comenzaron los accidentes; al oír aquello perdió el control.

—¿Qué demonios quiere que haga? — gritó —¿Cree usted que estoy demorando las cosas? Oiga, ¿sabe lo que puede hacer con su maldito contrato?

—Un momento, Morrison — le interrumpió el señor Shotwell —. No es mi intención cargarlo a usted con las culpas. Sabemos muy bien que usted es el mejor en construcciones planetarias. Pero los accionistas...

—Haré lo que pueda — contestó Morrison, cortando en seguida la comunicación.

—Vaya, vaya — murmuró el radiotelegrafista —. ¿Por qué no vienen los accionistas, cada uno con una patita, y...?

—¡Oh, cállate! — dijo Morrison, saliendo a toda prisa.

En el Puesto de Control Able lo esperaba Lerner, contemplando la montaña con gesto sombrío. Era más alta que el monte Everest de la Tierra y la nieve acumulada en los riscos más altos refulgía en la tarde con un rosado esplendor. Nunca se le había dado nombre.

—¿Están colocadas todas las cargas? — preguntó Morrison.

—En pocas horas más — respondió Lerner, vacilante.

Lerner era el ayudante de Morrison, un hombrecito cauteloso, encanecido, que se interesaba por la preservación ambiental.

—Esta es la montaña más alta del planeta — continuó —¿No sería posible salvarla?.

—No hay la menor posibilidad. Este es un sitio clave. Necesitamos un puerto oceánico en este mismo sitio.

Lerner meneó la cabeza, mirando apesadumbrado a la cumbre.

—Lástima. Nunca ha sido escalada.

Morrison se volvió velozmente para dirigirle una mirada fulminante.

—Mire, Lerner — dijo —, sé muy bien que nadie ha escalado esta montaña. Reconozco que hay algo simbólico en destruirla. Pero usted sabe tan bien como yo que es necesario volarla. ¿Para qué insistir?.

—No era mi intención...

—No estoy aquí para admirar el paisaje. Detesto los paisajes. Mi tarea es adaptar este lugar a las tareas específicas de algunos seres humanos.

—Que nervioso está usted.

—Haga el favor de no molestarme más con sus indirectas.

—Está bien.

Morrison se secó las manos húmedas en los pantalones. Con una débil sonrisa, agregó, como disculpándose.

—Volvamos al campo, a ver qué quiere ese condenado Dengue.

Se volvieron para marcharse. Al mirar hacia atrás, Lerner pudo ver la montaña sin nombre recortándose en rojo contra el cielo.

Ni siquiera el planeta tenía nombre. La reducida población nativa lo denominaba Uncha, Unsha o algo semejante. Pero eso no importaba. No tendría nombre oficial mientras el personal de propaganda de Aceros Transterrestres no inventara algo semánticamente aceptable para los varios millones de posibles colonos, procedentes de

los planetas interiores superpoblados. Entretanto, se referían a él denominándolo, simplemente, Orden de Obra Número 35. Morrison tenía miles de hombres y máquinas a sus órdenes; bastaba una palabra suya para que se dedicaran a destruir montañas, elevar planicies, trasladar bosques enteros, retrazar el curso de los ríos, fundir las capas de hielo, moldear continentes, cavar nuevos mares; en fin, para convertir la Orden de Obra Número 35 en otro lugar, donde pudiera instalarse la exigente civilización tecnológica del homo sapiens.

Varias docenas de planetas habían sido ya modificados de acuerdo con las especificaciones terrestres. No había razón para que Orden de Obra Número 35 presentara dificultades inusitadas. Era un mundo tranquilo, lleno de campiñas apacibles y silenciosas selvas, tibios mares y colinas onduladas. Pero algo no marchaba bien en esos parajes a domesticar. Los accidentes excedían todo cálculo de probabilidades y el personal, nervioso, contribuía a que se multiplicaran. Todo contribuía de algún modo al clima de intranquilidad. Los conductores de topadoras discutían con la cuadrilla de demolición. Un cocinero se desataba en histeria sobre una montaña de puré, o el perro del cuentacorrentista mordía al contador. Pequeñas cosas que terminaban en grandes problemas.

Y de ese modo, aunque el trabajo era sencillo y el planeta no ofrecía complicaciones, la obra estaba recién comenzada.

Dengue, ya despierto en la tienda del centro de operaciones, contemplaba tranquilamente su vaso de whisky con soda.

—¡Hola!, ¿qué tal? — fue su saludo —¿Cómo marchan las cosas?

—Bien — contestó Morrison.

—Así me gusta — comentó Dengue, entusiasta —. Me gusta verlos trabajar, muchachos, ver ese despliegue de eficiencia y aplomo. Ustedes saben lo que hacen.

Morrison no tenía la menor autoridad sobre ese hombre y, por lo tanto, le era imposible frenarle la lengua. El código de construcciones gubernamentales establecía que en todos los proyectos debía permitirse la presencia de observadores enviados por otras compañías. La finalidad de esta medida era compartir distintos métodos de construcciones planetarias. Sin embargo, en la práctica el observador no trataba de mejorar los métodos existentes, sino de encontrar fallas que pudieran beneficiar a su compañía. Y si con sus bromas podía hacerle perder los estribos al jefe de construcción, resultaba mucho mejor todavía. Dengue era especialista en ello.

—¿Cuál es el próximo paso? — preguntó.

—Derribar la montaña — respondió Lerner.

—¡Qué bien! — exclamó Dengue, incorporándose —¿Aquella, la más grande? Magnífico.

Se recostó para contemplar soñadoramente el techo de la tienda.

—Esa montaña estaba ya allí cuando el hombre vivía aún de insectos y de los restos abandonados por el tigre sable. ¡Dios, si debe ser más antigua aún!

Bebió otro sorbo y agregó, con una risa feliz:

—Esa montaña ya se erguía junto al mar cuando el hombre (y me refiero a la noble especie del homo sapiens) no era sino una medusa indecisa entre la tierra y el mar.

—Bueno — dijo Morrison —, basta ya.

Pero Dengue agregó, con una mirada ladina:

—Estoy orgulloso de usted, Morrison; estoy orgulloso de todos nosotros. Hemos progresado mucho desde la era de la medusa. Lo que la naturaleza tardó millones de años en levantar, nosotros lo demolemos en un solo día. Podemos derribar esa insignificante montaña y reemplazarla por una ciudad de hormigón y acero, con un siglo de duración garantizado.

—Cállese — dijo Morrison, y se adelantó, con el rostro encendido.

Lerner trató de calmarlo poniéndole una mano sobre el hombro. Golpear a un observador equivalía a perder la licencia. Dengue, tras terminar su bebida, exclamó:

—¡Atrás, Madre Naturaleza! ¡Temblad, rocas y colinas que os creéis tan bien plantadas! Susurren con temor los eternos mares y océanos, hasta las negras profundidades donde moran los monstruos deformes, en medio de un perpetuo silencio. He aquí el gran Morrison, que ha venido a secar los mares para convertirlos en plácidos estanques; a arrasar las colinas para transformarlas en súper—carreteras de doce manos; a reemplazar los árboles por cuartos de baño. Y donde hubo matorrales instalará bancos para picnics; donde hubo rocas pondrá comedores y estaciones de servicio en las cavernas. ¡Reemplazará por carteles luminosos los arroyuelos de montaña, e implantará todos los cambios que se le ocurran al Amo de la Creación, al semidiós, al Hombre!

Morrison se puso bruscamente de pie y salió. Lerner fue tras él. Por un momento, el director consideró que valdría la pena dar una buena trompada a Dengue y renunciar después a ese endemoniado trabajo. Pero no: eso era precisamente lo que el observador buscaba; su misión consistía en agotarlo.

Por otra parte, Morrison comprendió que no se sentiría tan molesto de no haber algo de verdad en cuanto Dengue decía.

Lerner lo alcanzó al fin, para recordarle:

—Los aborígenes siguen esperándolo.

—No quiero verlos en este momento — dijo Morrison.

Pero desde las colinas distantes llegaban silbidos y redobles de tambor. Al recordar lo mucho que esa costumbre irritaba a sus hombres, cedió:

—Está bien.

Tres nativos lo esperaban junto al portón del norte, acompañados por el intérprete del campamento. Perteneían a una raza similar a la humana; se los habría podido tomar por salvajes de la Edad de Piedra; eran flacuchos y estaban desnudos.

—¿Qué es lo que quieren? — preguntó Morrison. El intérprete contestó.

—En resumen, señor Morrison, han cambiado de parecer. Quieren recuperar su planeta y están dispuestos a devolvernos todos los regalos que les hicimos.

Morrison suspiró. ¿Cómo explicarles que Orden de Obra Número 35 no era ya propiedad de ellos, ni de nadie más. El territorio estaba dividido en una serie de opciones para ocuparlo. La necesidad tiene cara de hereje y el planeta, por derecho, pertenecía más a los millones de colonos terráqueos que iban a poblarlo, que a aquellos pocos centenares de salvajes. Al menos, tal era la filosofía aceptada en la Tierra.

Morrison agregó:

—Explíqueles otra vez que les hemos preparado una hermosa reserva. Que nos ocuparemos de alimentarlos, de vestirlos, de darles educación.

Dengue, con voz suave, agregó.

—Les atontaremos con amabilidades. A nadie le faltará un reloj de pulsera, ni un par de zapatos, ni un catálogo de semillas distribuido por el gobierno. Cada mujer dispondrá de un lápiz labial, de una pastilla de jabón y— un par de cortinas de algodón legítimo. Cada aldea contará con su estación de ferrocarril, un negocio de la compañía y...

—Nos está entorpeciendo el trabajo —dijo Morrison—. Peor aún: lo está haciendo delante de testigos.

Dengue, conocedor de los reglamentos, dio un paso atrás, diciendo:

—Lo siento.

El intérprete prosiguió:

—Han cambiado de idea. Para expresarlo con claridad, dicen que debemos volver a nuestra maldita tierra, allá en el cielo; de lo contrario, nos destruirán con su poderosa magia. Los tambores sagrados están cantando ya la maldición y los espíritus han comenzado a reunirse.

Morrison contempló con lástima a los aborígenes. En todos los planetas donde existía una población nativa se producía algo similar. Esos pueblos infracivilizados pronunciaban siempre las mismas amenazas sin sentido; tenían de sí mismos una opinión demasiado alta y un absoluto desconocimiento del poder tecnológico. Eran muy parecidos a los hombres primitivos que él conocía de sobra. ¡Cuánta jactancia había en esos cazadores de conejos y ratones! De vez en cuando, medio centenar de ellos se reunía para cazar un búfalo indefenso; tan sólo después de martirizarlo hasta el agotamiento se atrevían a acercarse lo bastante como para torturarlo con sus lanzas romas. Y después se volcaban a una gran celebración. ¡Y se creían héroes!

—Diles que se marchen en seguida — advirtió Morrison —. Diles que, si se acercan al campamento, los atacaré con mi propia magia y ya verán lo que eso significa.

El intérprete insistió, alzando la voz:

—Nos están amenazando con calamidades terribles, con cinco variedades de categorías sobrenaturales.

—¡Ojalá te sirvan para la tesis! — dijo Morrison y el intérprete sonrió traviesamente.

Eran las últimas horas de la tarde y había llegado el momento de destruir la montaña sin nombre. Lerner salió en un último recorrido de inspección. Dengue, actuando por fin como correspondía a un observador, comenzó a hacer un diagrama de la distribución de las cargas. Después, todo el mundo retrocedió y la escuadrilla de demolición se agazapó en su refugio. Morrison se dirigió al Puesto de Control Able.

Los jefes de cada sección pasaron revista a sus hombres, uno a uno. La unidad meteorológica verificó los últimos datos del tiempo: las condiciones eran satisfactorias. El fotógrafo tomó la última imagen de la montaña antes del operativo.

—A sus puestos — dijo Morrison a través de la radio. En seguida quitó las trabas de seguridad a la caja principal de detonación.

—¿Ha visto el cielo? — susurró Lerner.

Morrison miró hacia arriba. Se acercaba el crepúsculo y el cielo ocre se había cubierto de negras nubes provenientes del oeste. El campamento se hundió en un pesado silencio. Hasta los tambores distantes habían enmudecido.

—Diez segundos. Cinco, cuatro, tres, dos, uno... ¡ahora! — cantó Morrison, y accionó el émbolo hasta el fondo.

En ese preciso momento, una brisa le rozó la cara.

Antes de que la montaña estallara, Morrison dio un manotazo al émbolo tratando, instintivamente, de detener lo inevitable. Cuando se dejaron oír los gritos de los hombres, comprendió que el diagrama de las explosiones estaba equivocado. Equivocado por completo.

En la soledad de su tienda, una vez que los heridos estuvieron en el hospital y los muertos enterrados, Morrison trató de reconstruir los hechos.

Todo se debía a un accidente, por supuesto; a un cambio repentino en la dirección del viento y a la inesperada fragilidad de la roca que yacía justo bajo la superficie. Una falla en los amortiguadores y la estupidez de colocar dos cargas de repuesto en el lugar menos indicado.

Algo más para agregar a la larga serie de improbabilidades, según las estadísticas. Mientras así cavilaba, se irguió de pronto, como impulsado por un resorte.

Se le acababa de ocurrir que esos accidentes podían ser intencionados.

Parecía absurdo. Las obras de construcción planetaria no eran tarea fácil; se desataban fuerzas tremendas y los accidentes resultaban inevitables. Pero una pequeña intervención podía provocar verdaderas catástrofes.

Levantándose, empezó a recorrer los pocos pasos que la longitud de su tienda le permitía. El primer sospechoso era, sin lugar a dudas, Dengue. Pero resultaba demasiado obvio. Y cualquiera podía ser el responsable. Hasta el pequeño Lerner tenía sus motivos

personales. En realidad, no se podía confiar en nadie. ¿Y por qué no tener en cuenta a los nativos y a su magia? Bien podía tratarse de influencias desconocidas.

Se dirigió a la puerta y echó un vistazo sobre las múltiples tiendas que albergaban a una verdadera ciudad de trabajadores. ¿Quién era el culpable? ¿Cómo encontrarlo?

Desde las colinas le llegaba el sonido plañidero y torpe de los tambores bajo la mano de los primeros dueños del planeta. Frente a sí se alzaba el mellado perfil de la montaña sin nombre, todavía en pie, aunque semiderruida y herida en las entrañas.

Esa noche no durmió bien.

Al día siguiente, el trabajo se inició como de costumbre. Los grandes camiones transportadores aguardaban en fila, llenos de materia química para estabilizar los pantanos cercanos. En ese momento llegó Dengue, muy atildado, con pantalones de color verde militar y camisa rosada, como correspondía a los funcionarios.

—Oiga, jefe — dijo —, si no le molesta, quisiera acompañarlo.

—De ninguna manera — contestó Morrison, mientras controlaba las notas del recorrido.

—Gracias, Me gusta esta parte de las operaciones — Dijo Dengue, introduciéndose en el primer camión, junto al cartógrafo —. Este tipo de operaciones me hace sentir orgulloso de pertenecer a la raza humana. Vamos a recuperar una vasta extensión de terreno pantanoso, varios centenares de kilómetros cuadrados; algún día prosperará el trigo, allí donde sólo crecían los juncos.

Morrison preguntó a Rivera, el ayudante del capataz:

—¿Tiene usted los mapas?

—Aquí están — dijo Lerner, pasándolos a Rivera.

—Sí — dijo Dengue, como si meditara en voz alta —, pantanos transformados en campos de trigo. Un milagro de la ciencia. ¡Y qué sorpresa les espera a los habitantes del pantano! Ya es posible imaginar la consternación de cien variedades de peces, de anfibios, aves acuáticas y alimañas del pantano, cuando comprendan súbitamente que el paraíso acuático se ha transformado en materia sólida. Ni más ni menos; un poco de mala suerte. Pero todo será un excelente fertilizante para el trigo, claro está.

—Bien, en marcha — ordenó Morrison.

Cuando el convoy se puso en movimiento, Dengue le despidió alegremente, agitando la mano. Rivera se encaramó en uno de los camiones. Por último se acercó Flynn, el capataz de reparaciones, conduciendo su jeep.

—Un momento — dijo Morrison, acercándose a él —. Quiero que vigile a Dengue.

Flynn lo miró con expresión vacía.

—¿Que lo vigile?

—Eso es — explicó Morrison, frotándose las manos para disimular su embarazo —. No puede acusar a nadie, entiéndame bien, pero están ocurriendo demasiados accidentes en esta obra. Si alguien quisiera hacernos quedar mal...

Flynn esbozó una sonrisa de zorro viejo.

—Yo lo vigilaré, jefe. No se preocupe. Tal vez termine reuniéndose con los peces en los trigales.

—Que no se le vaya a usted la mano — advirtió Morrison.

—Claro que no, jefe. Lo entiendo perfectamente.

El capataz de reparaciones subió de un salto al jeep y alcanzó a toda velocidad la delantera del convoy. Durante media hora, la procesión de camiones molió el polvo del camino, hasta que el último de ellos desapareció. Entonces, Morrison volvió a su tienda para redactar los informes sobre la marcha de las operaciones.

Pero se descubrió con la vista clavada en la radio, a la espera de un informe de Flynn. En cierto modo, deseaba que en ese preciso momento, Dengue hiciera algo; nada muy

grave, por supuesto, pero sí lo suficiente; sólo lo bastante como para probar que él era el culpable. Así Morrison se sentiría con pleno derecho a destrozarlo minuciosamente.

Transcurrieron dos horas; al fin oyó el zumbido de la radio. Se golpeó la rodilla, en su prisa por contestar.

—Habla Rivera, señor Morrison. Hemos tenido un percance.

—Sí, diga.

—El abretrochas debe haber perdido el curso. No me pregunte por qué. Yo creía que el cartógrafo sabía adonde iba. Para eso le pagan y bien.

—Diga, ¿qué sucedió? — gritó Morrison.

—Debe haber pisado una capa de suelo muy delgado. Cuando todo el convoy estuvo en ese lugar, la superficie se desmoronó. Debajo había un lodo casi líquido. Se salvaron seis camiones; todos los demás se perdieron.

—¿Y Flynn?

—Hicimos pontones y logramos rescatar a muchos hombres. Pero Flynn no tuvo suerte.

—Está bien — replicó Morrison, con mucho esfuerzo —. Está bien. Quédese ahí. Le enviaré los anfibios. Y no deje escapar a Dengue.

—Eso no será fácil — dijo Rivera.

—¿Por qué?

—Estaba en el abretrochas, ¿recuerda? No tuvo oportunidad.

Aquellas nuevas pérdidas pusieron a los hombres del campamento de un humor sombrío e irascible; todos necesitaban algo con qué desahogarse. Apalearon a uno de los panaderos porque el pan tenía gusto extraño y estuvieron a punto de linchar a un analista de agua al encontrarlo cerca de los equipos grandes, donde no tenía nada que hacer. No satisfechos con eso, comenzaron a echar torvas miradas en dirección a la aldea de los nativos.

Aquellos salvajes de la edad de piedra habían construido un nuevo villorrio cerca del campamento de trabajo; sus pobladores, en gran parte videntes y hechiceros, se reunían para provocar a los demonios del cielo y de la tierra. Noche y día retumbaban los tambores y los hombres del campamento hablaban ya de hacerlos volar con una explosión, a fin de que callaran de una vez.

Morrison los urgía a trabajar. Se construían caminos y en menos de una semana quedaban inútiles. Los alimentos se descomponían con una celeridad alarmante y nadie se atrevía a comer los productos naturales del planeta. Durante una tormenta, un rayo cayó sobre el generador de la planta, a pesar de los pararrayos que Lerner, en persona, había instalado. Se produjo un incendio que devastó medio campamento; además, cuando la brigada de bomberos improvisados fue en busca de agua, se descubrió que las fuentes más próximas se habían desviado misteriosamente hacia otros lugares.

Hubo un segundo intento de dinamitar la montaña sin nombre, pero sólo se logró provocar algunos desmoronamientos sin importancia. Cinco hombres se habían reunido a escondidas para tomar cerveza en uno de los declives cercanos y quedaron sepultados bajo los desprendimientos de rocas. Después de aquello, los hombres de la escuadrilla de explosivos se negaron a colocar más cargas en la montaña.

Fue entonces cuando la oficina de Tierra volvió a llamar.

—Morrison — exigió el señor Shotwell —, dígame qué es lo que pasa.

—Le digo que no lo sé — insistió Morrison. Se produjo una pausa y el señor Shotwell preguntó en tono más bajo:

—¿Hay alguna posibilidad de que nos estén haciendo víctimas de un sabotaje?

—Quizá — replicó Morrison —. Todo ésto no puede ser mera casualidad. Si alguien se lo propusiera, podría desviar una caravana, manipular explosivos, alterar los pararrayos...

—¿Sospecha de alguien en especial?

—Tengo aquí más de cinco mil hombres —respondió Morrison, sin prisa.

—Ya lo sé. Ahora escúcheme bien. Considerando la emergencia, el directorio está dispuesto a otorgarle facultades extraordinarias. Tiene autorización para hacer cualquier cosa con tal de terminar la obra. Encierre a medio campamento bajo llave y dinamite a los nativos, si cree que eso servirá de algo. Tome todas las medidas que crea necesarias. No tendrá ningún problema con la ley. También estamos dispuestos a otorgarle una bonificación extraordinaria. Pero debe terminar esa obra.

—Lo sé — contestó Morrison.

—Pero no sabe lo importante que es Orden de Obra Número 35. Confidencialmente, debo decirle que la compañía ha sufrido varios contratiempos en otros lugares. Hemos recibido demandas por daños y perjuicios, a consecuencia de accidentes naturales que no están cubiertos por los seguros. No podemos abandonar este planeta después de haber invertido tanto ahí. Su misión es seguir adelante.

—Haré todo lo posible — contestó Morrison y cortó la comunicación.

Esa tarde se produjo una explosión en el tanque de combustible. Como resultado, se perdieron cuarenta mil litros de D-12 y el guardia del depósito murió en el accidente.

—Tuviste suerte — dijo Morrison a Lerner, mirándolo con gesto sombrío.

—Ya lo creo — replicó Lerner, aún pálido y con el rostro húmedo de sudor.

—Si hubiera pasado por allí diez minutos más tarde me habría hecho polvo. Es como para que cualquiera se ponga nervioso.

—Mucha suerte — insistió Morrison, pensativo.

—¿Sabes una cosa? — observó Lerner — Creo que el suelo estaba caliente cuando pasé por el depósito. Ahora me doy cuenta de eso. ¿Puede haber algún volcán en actividad bajo la superficie?

—No — respondió Morrison —. Los geólogos han hecho mapas de todo el terreno, centímetro a centímetro. Estamos asentados sobre granito sólido.

—¡Hummm! — farfulló Lerner —¿Sabes algo, Morri? Creo que deberías deshacerte de los nativos.

—Pero ¿por qué?

—Es el único factor que no podemos controlar. En el campamento, todo el mundo se vigila entre sí. ¡Tienen que ser los nativos! El factor psíquico está comprobado, como sabes, y entre la gente primitiva se encuentra mucho más desarrollado.

Morrison, con cautela, observó:

—En ese caso, tú dirías que la explosión fue causada por cierta actividad poltergeist.

Lerner, reparando en su expresión, frunció el ceño.

—¿Y por qué no? Convendría tenerlo en cuenta.

—Si son poltergeists — prosiguió Morrison —, también son capaces de cualquier otra cosa, ¿verdad? Pueden provocar una explosión, lograr que se pierda una caravana...

—Si partimos de esa hipótesis, sí.

—¿Y por qué perder el tiempo? — indicó Morrison — Si son capaces de eso, ¿no podrían hacernos volar de este planeta, sin más complicaciones?

—Tal vez tengan ciertas limitaciones — aventuró Lerner.

—¡Pamplinas! Esa teoría es demasiado complicada. Resulta mucho más fácil pensar que alguien, entre la gente de aquí, no quiere que el trabajo se termine. Tal vez alguna compañía rival le haya ofrecido un millón de dólares. Tal vez se trate de un chiflado. Pero tiene que ser alguien capaz de actuar con facilidad. Alguien que controle las cargas de explosivos, que trace el croquis de los recorridos, que dirija las cuadrillas de trabajo...

—¡Un momento! Usted está insinuando...

—No estoy insinuando nada — dijo Morrison —. Si soy injusto con usted, lo siento.

Y agregó, saliendo de la tienda para llamar a dos hombres:

—Enciérrenlo en cualquier parte, pero asegúrense de que permanezca allí.

—Esto es un abuso de autoridad — dijo Lerner.

—Sí, claro.

—Y está cometiendo un error. Está equivocado con respecto a mí, Morri.

—Si es así, lo siento — agregó Morrison.

Hizo un gesto a los hombres y éstos se llevaron a Lerner.

Dos días después comenzaron las avalanchas. Los geólogos ignoraban las causas y aventuraron la teoría de que, tal vez, la frecuencia de las demoliciones pudo provocar fisuras en la masa rocosa; al ensancharse esas fisuras...

Morrison, inflexible, trató de proseguir con la obra, pero cada vez se le hacía más difícil manejar a los hombres. Algunos comenzaban a mencionar objetos voladores, manos ígneas en el cielo, animales que hablaban y máquinas dotadas de conciencia. Y muchos les prestaban oídos. Era peligroso caminar por el campamento después del crepúsculo, pues los guardias improvisados tiraban sobre cualquier bulto que se moviera y sobre algunos que no lo hacían.

Por lo tanto, Morrison no se sorprendió mucho cuando una noche, ya muy tarde, descubrió el campamento vacío. Sabía que los hombres tomarían alguna iniciativa, y aguardó en su tienda el curso de los acontecimientos.

Al cabo llegó Rivera. Se sentó frente a él y encendió un cigarrillo.

—Alguien va a tener problemas — dijo.

—¿Quién?

—Los nativos. Los muchachos piensan ir a la aldea. Morrison asintió, preguntando en seguida:

—¿Cómo se decidieron?

Reclinándose hacia atrás, Rivera exhaló una bocanada de humo:

—¿Recuerda a Charlie? Ese loco que está siempre predicando. Bueno, jura haber visto a un nativo junto a su tienda, quien le dijo: «Morirás; todos ustedes, los terráqueos, morirán» y desapareció.

—¿En una nube de humo? — preguntó Morrison.

—Sí — contestó Rivera, sonriente —, creo que también habló de una nube de humo.

Morrison recordaba bien al hombre. Era un perfecto caso de histeria. Un caso típico: sus demonios hablaban, como era debido en un idioma que él entendiera y provenían de algún lugar lo bastante cercano como para que se los pudiera destruir.

—Dime — inquirió Morrison —, ¿van a la caza de brujos o de superhombres psíquicos?

Después de meditar por un momento, Rivera contestó:

—Bueno, no creo que les importe mucho la diferencia. A la distancia se oyó un estallido fuerte y retumbante.

—¿Llevaron explosivos? — preguntó Morrison.

—No sé. Puede ser.

Todo aquello era muy ridículo. Así actuaban las multitudes. Dengue habría dicho, sonriendo: «En caso de dudas, lo mejor es disparar contra las sombras. Nunca se sabe de qué son capaces.»

Empero, Morrison se sentía infinitamente aliviado de que los hombres hubieran tomado la iniciativa. No sabía qué esperar de los poderes psíquicos latentes.

Media hora después empezaron a regresar los primeros hombres, a paso lento e inseguro, todos en silencio.

—¿Y bien?. — preguntó Morrison —¿Se deshicieron de ellos?

—Ni siquiera pudimos acercarnos — contestó un hombre —. A mitad de camino se produjo otra avalancha.

—¿Algún herido entre ustedes?

—No, señor. No fue cerca de nosotros. Pero la aldea nativa quedó sepultada.

—¡Qué pena! — comentó Morrison, con suavidad. Los hombres, en pequeños corrillos, le miraron serenamente.

—Así es, señor. Y ahora, ¿qué hacemos? Por un momento, Morrison cerró los ojos con fuerza. Luego respondió:

—Vuelvan a sus tiendas y aguarden allí. Parecieron disolverse en la oscuridad. Rivera lo miró inquisitivamente.

—Traigan a Lerner — dijo Morrison.

En cuanto Rivera se hubo marchado, Morrison se volvió hacia la radio y empezó a llamar a los puestos de avanzada. Sospechaba que algo estaba por suceder.

Por lo tanto, el huracán que se desató sobre el campamento media hora después no lo tomó totalmente por sorpresa. Logró que la mayoría de los hombres se refugiara en las naves antes de que las tiendas volaran.

Lerner entró penosamente en el cuarto de radio de la cabina capitana, improvisado cuartel general de Morrison.

—¿Qué sucede? — preguntó.

—Ya te lo diré. A diez kilómetros de aquí, una cadena de volcanes apagados ha entrado en erupción. Según el informe de la oficina meteorológica, se acerca una ola gigantesca que inundará medio continente. Esta zona no es volcánica, pero imagino que habrás sentido el primer temblor. Y esto es sólo el principio.

—¿Pero qué pasa? — preguntó Lerner —¿Quién provoca todo esto?

Morrison se dirigió al radiotelegrafista.

—¿Todavía no te has comunicado con Tierra? — le preguntó.

—Intento hacerlo.

En ese momento apareció Rivera.

—Dos secciones más y estamos preparados — informé.

—Avísame cuando todos estén en las naves.

—¿Qué sucede aquí? — gritó Lerner —¿También todo esto es culpa mía?

—Lo siento mucho — respondió Morrison.

—Aquí está — anunció el radiotelegrafista —. No corte...

—Explíqueme, Morrison — gritó Lerner.

—No sé cómo explicarlo — musitó Morrison —. Está más allá de mi entendimiento. El que podría explicarlo sería Dengue.

Morrison cerró los ojos e imaginó a Dengue frente a sí. Lo veía sonreír desdeñosamente, diciendo: «He aquí la aventura de la ameba que se creyó Dios, después de salir a la playa, la superameba llamada Hombre creyó que, dado su cerebro gris lleno de circunvoluciones, era superior a los demás. Basada en esa convicción, comenzó a matar a los peces del mar y a los animales del campo: los mató sin discriminación, desafiando todos los planes de la naturaleza. Después, la ameba perforó orificios en las montañas, plantó grandes ciudades en la tierra gimiente y escondió los verdes pastos bajo una sábana de hormigón. Más tarde, al aumentar su número más allá de todo lo razonable, la ameba voló a otros mundos y allí empezó a destruir las montañas, a crear planicies, a cambiar de lugar bosques enteros; retrazó el curso de los ríos, disolvió las capas de hielo, moldeó los continentes y cavó nuevos mares; con todos estos medios, desfiguró los grandes planetas que, junto con las estrellas, eran la obra maestra de la naturaleza. Empero, aunque la naturaleza es muy lenta y muy vieja, es también muy sabia. Así llegó un momento en que se sintió harta de la presumida ameba y de sus pretensiones divinas. Y sucedió que uno de los grandes planetas, cuya piel había perforado, la rechazó, la lanzó hacia afuera, la vomitó. Ese día, la ameba descubrió, con gran sorpresa, que toda su vida estaba gobernada por fuerzas que escapan a su comprensión, tal como ocurre con las bestezuelas del campo y de los pantanos. No era ni más ni menos que las flores y las hierbas, al fin de cuentas; no tenía ninguna importancia para el Universo que ella viviera o muriera; por mucho que se jactara de las obras logradas, éstas no representaban más que las huellas de un insecto sobre la arena.»

—¿Qué significa todo esto? — suplicó Lerner.

—Creo que este planeta no quiere saber más de nosotros —repuso Morrison—. Creo que está harto.

—Aquí está Tierra —gritó el radiooperador—. Adelante, Morrison.

—¿Shotwell? —dijo Morrison ante el receptor—. Escuche, no podemos seguir aquí. Voy a sacar a todos mis hombres mientras estemos a tiempo. No puedo explicárselo, ni sé si alguna vez podré hacerlo.

—Entonces, ¿ese planeta no puede usarse? —preguntó Shotwell.

—Para nada, señor. Espero que esto no perjudique a la firma...

—¡Oh, al diablo con la firma! —contestó Shotwell—. Usted no imagina lo que está pasando aquí, Morrison. ¿Oyó hablar de nuestro proyecto Gobi? Está en ruinas. Y no somos los únicos. No sé, no entiendo nada. Discúlpeme si parezco incoherente, pero desde que Australia se hundió...

—¿Qué?

—Sí, se hundió. Le digo que se hundió. Tal vez cuando empezaron los huracanes debimos haber sospechado algo. Después fueron los terremotos. Ya no entendemos nada de nada.

—Pero ¿qué sucede con Marte, con Venus, con Alfa del Centauro?

—En todas partes lo mismo. Pero esto no puede ser el fin, ¿verdad, Morrison? Quiero decir, la humanidad...

—¡Hola, hola! —llamó Morrison—. ¿Qué sucede? El radiotelegrafista respondió:

—Se cortó. Trataré de comunicarlo nuevamente.

—No se moleste —dijo Morrison.

En ese momento volvió a aparecer Rivera.

—Todos a bordo, hasta el último hombre —dijo—. Las compuertas están selladas. Estamos preparados para partir, señor Morrison.

Todas las miradas se dirigieron al Jefe. El se hundió en la silla, con una débil sonrisa.

—Todos estamos preparados —dijo—, pero ¿adonde ir?

EL CONTADOR

El señor Dee, sentado cómodamente en su sillón, con el cinturón flojo y los periódicos vespertinos desplegados sobre las rodillas, fumaba tranquilamente su pipa, mientras reflexionaba sobre lo maravillosa que era la vida. Ese día había vendido dos amuletos y una poción; en ese momento su mujer, ocupada en la cocina, preparaba una sabrosa cena. Con un suspiro de satisfacción, el señor Dee se desperezó y dejó escapar un bostezo.

Morlón, su hijo de nueve años, cruzó la sala a toda prisa, cargado de libros.

—¿Cómo te fue hoy en la escuela? —preguntó el señor Dee.

—Bien —contestó el niño, aminorando el paso, pero siempre rumbo a su cuarto.

—¿Y qué llevas ahí? —preguntó el señor Dee, señalando la pila de libros.

Morlón, sin mirarle, respondió:

—Algo sobre contabilidad.

Y se metió en su cuarto.

El señor Dee meneó la cabeza. Quién sabe cómo, al chico se le había ocurrido ser contador. ¡Contador! Por cierto, era bueno para los números, pero tendría que dejar a un lado esas tonterías. Le estaban reservadas cosas más importantes.

Sonó el timbre de la puerta. El señor Dee metió apresuradamente los faldones de la camisa dentro de los pantalones, se ajustó el cinturón y abrió la puerta. Allí estaba la señorita Geeb, maestra de cuarto grado que cursaba Morlón.

—Pase, por favor, señorita — dijo Dee —. ¿Qué puedo ofrecerle?

—No tengo tiempo — replicó la señorita Geeb, permaneciendo en la puerta con los brazos en jarra.

El pelo gris y enmarañado, la nariz larga y afilada y los ojos acuosos le daban un aspecto de bruja; cosa muy justa, puesto que la señorita Geeb era bruja.

—Vine a hablarle de su hijo — explicó. En ese momento, la señora Dee salió de la cocina, limpiándose las manos en el delantal.

—No habrá hecho alguna travesura, ¿verdad? — preguntó la señora, ansiosa.

La maestra resopló con aire amenazador.

—Hoy hice los exámenes anuales. Su hijo ha fallado en todo.

—¡Oh, Dios! — dijo la señora Dee — Es que estamos en primavera y quizá...

—La primavera no tiene nada que ver en esto — dijo la señorita Geeb —. La semana pasada le di como deber los Hechizos Mayores de Cordus, sección primera. Son muy fáciles, como ustedes saben; sin embargo, él no logró aprender uno sólo.

—¡Humm! — murmuró el señor Dee, lacónicamente.

—En cuanto a biología, no tiene la menor noción de cuáles son las hierbas para conjuros; ni siquiera una vaga idea.

—Esto es inconcebible — dijo el señor Dee. La señorita Geeb soltó una risa agriada.

—Hay más: ha olvidado totalmente el Alfabeto Hermético que le enseñaron en tercer grado. Ha olvidado la Fórmula Protectora, los nombres de los noventa y nueve diablillos menores del Círculo Tercero y la poca geografía del Infierno Mayor que antes sabía. Y, lo que es peor, se niega a aprender.

El señor Dee y su esposa se miraron en silencio. Se trata—, ba de algo muy serio. Se podía permitir cierta falta de atención en un chico, hasta se la podía alentar un poco, puesto que era señal de carácter definido; pero Morlón, para convertirse algún día en un mago perfecto, tendría que aprender las nociones básicas.

—Una cosa puedo asegurarles — prosiguió la señorita Geeb —si estuviéramos en otras épocas, no vacilaría en suspenderlo en todas las materias. ¡Pero quedamos tan pocos!

El señor Dee asintió tristemente. En los últimos siglos, el arte de la magia había ido declinando progresivamente. Las viejas familias se extinguían o sucumbían bajo las fuerzas demoníacas. Otros se convertían en científicos. Además, el público, en su inconstancia, no demostraba el menor interés por las delicias y encantos de antaño.

Sólo unos pocos ancianos conservaban el secreto de la Antigua Ciencia y lo enseñaban en lugares tales como la escuela privada de la señorita Geeb, a la que asistían los hijos de magos. Constituía un verdadero legado, una herencia sagrada.

—Todo es culpa de esa tontería de la contabilidad — dijo la señorita Geeb —. No sé de dónde ha sacado esa idea.

Y agregó, mirando al señor Dee con expresión acusadora:

—Debieron extirpársela de raíz.

El señor Dee sintió que se le encendían las mejillas.

—De una cosa estoy segura — prosiguió la maestra — mientras Morton tenga eso en la cabeza, no prestará ninguna atención a la Taumaturgia.

El señor Dee apartó su mirada de aquellos ojos enrojecidos. Se sentía culpable. Nunca debió traer a casa aquella máquina de sumar. Y el día en que vio a Morton jugando a la partida doble debió haber quemado el libro de asientos. Pero ¿quién podía haber imaginado que se tornaría obsesión?

La señora Dee anunció, alisándose el delantal:

—Señorita Geeb, tenemos plena confianza en usted. ¿Qué nos sugiere?

—Por mi parte, ya he hecho todo lo posible — contestó la maestra —. Lo único que resta es llamar a Barrabás, el Diablo de los Niños. Eso, naturalmente, depende de ustedes.

—¡Oh!, no creo que sea para tanto — se apresuró a replicar el señor Dee —. Llamar a Barrabás es una medida muy drástica.

—Ya se lo he dicho: eso depende de ustedes — insistió la señorita Geeb —. Hagan lo que gusten, llamen a Barrabás o no, como les parezca. Pero si las cosas siguen así, el niño no llegará a mago.

Y así diciendo, se volvió para marcharse.

—¿No tomaría una taza de té? — preguntó en seguida la señora Dee.

—No. Debo asistir a un congreso de brujas en Cincinnati —respondió la señorita Geeb. Y desapareció en una nube de humo anaranjado.

El señor Dee esparció el humo con la mano y cerró la puerta.

—¡Uf! — dijo —, por qué no usará alguna marca de humo aromatizado.

—Es muy anticuada — murmuró la señora Dee.

Permanecieron en silencio junto a la puerta. Entonces comenzó el señor Dee a sentir todo el impacto de la noticia. Mucho le costaba creer que su hijo, por cuyas venas corría su propia sangre, no deseara continuar con la tradición familiar. ¡Parecía mentira!

—Después de la cena — anunció —, tendré con él una charla de hombre a hombre. No hará falta la intervención de ningún demonio.

—Bien — dijo la señora Dee — Estoy segura de que tú lo harás entrar en razones.

Sonrió y su marido pudo percibir una llamita hechicera en el brillo de sus ojos.

—¡Oh, el horno! — exclamó de pronto la señora.

El resplandor hechicero se apagó y ella volvió corriendo a la cocina.

La cena transcurrió en paz. Morlón sabía que la señorita Geeb había estado allí y comía en un silencio culpable, mirando a su padre de tanto en tanto. Este trinchó el asado y lo sirvió con el ceño fruncido. La señora Dee no intentó siquiera una charla banal.

Después de engullir el postre, el chico volvió de prisa a su cuarto.

—Ahora veremos — dijo el señor Dee a su esposa. Terminó tranquilamente el café, se limpió los labios y se levantó.

—Voy a hacerlo entrar en razones — dijo —. ¿Dónde está mi amuleto de persuasión?

La señora Dee se concentró por un instante; después se dirigió hacia la biblioteca y tomó una novela de tapas flamantes.

—Aquí — dijo, sacando el amuleto de entre las hojas —. Lo estaba usando como señalador.

El señor Dee puso el amuleto en su bolsillo, aspiró profundamente y entró en el cuarto de su hijo.

Morton estaba en su escritorio, ante un cuaderno lleno de números y de pequeñas anotaciones muy pulcras. Sobre el escritorio había distribuido seis lápices con buena punta, una goma de borrar, un ábaco y una máquina de sumar de juguete. Junto al borde de la mesa se sostenía precariamente una pila de libros: El efectivo corriente, de Rimrasmer; Práctica de contabilidad bancaria, de Johnson y Calhoun; Estudios para contadores públicos nacionales y varios otros.

El señor Dee hizo a un lado un montón de ropas para sentarse sobre la cama.

—¿Cómo van las cosas, hijo? — preguntó, con el tono más amable que pudo.

—Muy bien, papá — respondió Morton, ansioso —. Llegué al capítulo cuatro de Contabilidad Básica y ya contesté todas las preguntas.

—Hijo —... le interrumpió él, ¿qué pasa con tus deberes de costumbre?

Morton pareció incómodo y restregó los pies contra el suelo.

—Sabes, querido, en esta época no todos los niños tienen la oportunidad de convertirse en brujos.

—Sí, señor, lo sé — contestó Morton, mirando hacia otro lado.

Luego, con una voz chillona y nerviosa, agregó:

—¡Pero papá, quiero ser contador! De veras, eso es lo que quiero.

El señor Dee meneó la cabeza, respondiendo:

—Morton, en nuestra familia hubo siempre un brujo. Desde hace mil ochocientos años, los Dee han sido famosos en todos los círculos sobrenaturales.

Morton siguió mirando por la ventana y moviendo los pies.

—No quieres contrariarme, ¿verdad, hijo? — dijo el señor Dee, con una sonrisa melancólica —. Bien sabes que cualquiera puede ser contador. En cambio, sólo unos pocos elegidos logran dominar las Artes Negras.

Morton dejó de mirar por la ventana. Tomó un lápiz y examinó la punta con detenimiento; después empezó a darle vueltas entre los dedos.

—¿Por qué no lo intentas, querido? ¿No harías un esfuerzo por la señorita Geeb? Morton meneó la cabeza:

—Quiero ser contador.

El señor Dee logró a duras penas contener un arranque de ira. ¿No estaría fallando el amuleto de persuasión? Después de todo, quizá el hechizo estaba gastado; debía haber renovado la carga. A pesar de todo, prosiguió con voz ronca.

—Morton, bien sabes que sólo soy un Adepto de Tercera Clase. Mis padres eran muy pobres, no pudieron enviarme a la universidad.

—Lo sé — susurró el niño.

—Quiero darte todo lo que yo no tuve, Morton. Puedes llegar a ser un Adepto de Primera Clase del Maldito. ¡Un representante directo! ¿Qué te parece, muchacho?

Por un momento, Dee pensó que lo había conmovido. El niño, con los labios entreabiertos, lucía un sospechoso brillo en los ojos. Pero en seguida echó una mirada a los libros de contabilidad, al pequeño ábaco y a su máquina de sumar.

—Voy a ser contador — afirmó.

—¡Lo veremos! — gritó el señor Dee, perdida ya la paciencia — Te aseguro que no lo serás, jovencito. Vas a ser mago. Si fue un honor para toda la familia, juro por lo más condenable que será un honor para ti. Todavía no he dicho mi última palabra.

Y salió de la habitación con un portazo.

Sin perder tiempo, Morton volvió a sus libros de contabilidad.

El señor Dee y su esposa se sentaron en el diván, en silencio. La señora Dee se entretenía en tejer un cordón de viento, pero no podía concentrarse en la labor. Su esposo contemplaba distraído un trozo desgastado de la alfombra. Por último, Dee admitió:

—Lo he consentido demasiado. La única solución es Barrabás.

—¡Oh, no! — exclamó en seguida la madre — ¡Es tan pequeño todavía!

—¿Prefieres que tu hijo sea contador? — preguntó el señor Dee, en tono de amargura —. ¿Prefieres que pase la vida garabateando números en vez de cumplir con la obra importante del Maldito?

—Claro que no — respondió la señora Dee —. Pero Barrabás...

—Lo sé. Me parece casi un crimen.

Durante varios segundos guardaron silencio, pensativos. Después la madre sugirió:

—Tal vez el abuelo pueda ayudarnos; siempre fue muy cariñoso con el niño.

—Quizá pudiera hacer algo — admitió el señor Dee, reflexionando —. Pero no sé si es correcto molestarlo. Después de todo, el pobre viejo murió hace sólo tres años.

—Lo sé — contestó la señora, desatando un nudo equivocado en el cordón de viento —. Pero debemos elegir entre él o Barrabás.

El señor Dee se mostró de acuerdo con su mujer. Aunque no estaba bien perturbar al abuelo de Morton, llamar a Barrabás era infinitamente peor. Por lo tanto, inició los preparativos para invocar a su padre muerto.

Tomó el beleño, el cuerno de Unicornio y la cicuta, junto con un fragmento de dragón y colocó todo sobre la alfombra.

—¿Dónde está mi varita? — preguntó a su esposa.

—La puse en el saco de los palos de golf — respondió ella.

El señor Dee tomó la varita y la agitó sobre los otros elementos. Pronunció después las tres palabras mágicas de la liberación y dijo en voz alta el nombre de su padre.

De inmediato, una bocanada de humo surgió de la alfombra.

—¡Hola!, abuelo Dee — saludó la señora.

—Papá, siento molestarte — se disculpó el señor Dee —, pero mi hijo, tu nieto, no quiere ser mago. Quiere ser... contador.

La nube de humo tembló brevemente; luego se enderezó y formó uno de los caracteres del Antiguo Idioma.

—Sí — contestó el señor Dee —, ya hemos intentado la persuasión, pero el niño es inexorable.

El humo volvió a temblar y formó otro carácter.

—Creo que eso será lo mejor — dijo el señor Dee —. Si le das un buen susto, olvidará de una vez por todas esa tontería de la contabilidad. Es algo cruel, pero siempre mejor que llamar a Barrabás.

El humo asintió y se deslizó hacia el cuarto del niño. El señor Dee y su esposa se sentaron en el diván.

La puerta del cuarto de Morton se abrió de par en par, como empujada por un viento poderoso. Morton levantó la vista, frunció el ceño y volvió a concentrarse en sus libros. La nube de humo se convirtió entonces en un león alado con cola de tiburón. Lanzó un rugido espantoso y se agazapó con un gruñido, como dispuesto a saltar.

Morton lo miró de reojo, alzó las cejas y se dedicó a transcribir una columna de números.

El león se convirtió de inmediato en un lagarto de tres cabezas y flancos ensangrentados. Exhalando fuego por las fauces, se acercó al chico. Morton terminó de sumar la columna de números, controló el resultado en el ábaco y entonces miró al lagarto.

Con un horrendo chillido, el lagarto se convirtió en un gigantesco murciélago que, farfullando cosas extrañas, comenzó a revolotear en torno a la cabeza del niño, entre gemidos y balbuceos.

Morton sonrió y volvió a concentrarse en sus libros.

El señor Dee no pudo aguantar más.

—¡Maldición! — gritó —¿No te asustas?

—¿Y por qué voy a asustarme? — preguntó Morton —. Es sólo el abuelo.

Ante aquella observación, el murciélago se disolvió en un penacho de humo. Saludo con tristeza al señor Dee, hizo una reverencia ante la señora y desapareció.

—Adiós, abuelo — gritó Morton y se levantó para cerrar la puerta.

—Ya está decidido — dijo el señor Dee —. El niño está demasiado seguro de sí. Tenemos que llamar a Barrabás.

—¡No! — exclamó su esposa.

—¿Qué otra cosa podemos hacer?

—Yo no entiendo nada — dijo la señora Dee, al borde de las lágrimas —, pero bien sabes lo que Barrabás hace a los niños. Después de esa experiencia jamás vuelven a ser los mismos.

El rostro del señor Dee adquirió la dureza del granito.

—Lo sé, pero no tenemos otra alternativa.

—¡Es tan pequeño! — gimió la señora — Será traumático.

—En ese caso apelaremos a todos los recursos de la psicología moderna para curarlo — dijo el señor Dee, tratando de consolarla —. Llamaremos a los mejores psicoanalistas, a los más cotizados, pero el niño será brujo.

—Hazlo, entonces — contestó la señora Dee, llorando sin disimulos —, pero, por favor, no me pidas que te ayude.

«Típico de las mujeres», pensó Dee; «Parecen hechas de gelatina cuando se requiere firmeza». Con un peso en el corazón, inició los preparativos para invocar a Barrabás, el Diablo de los Niños.

En primer lugar, el complicado bosquejo del pentágono; dentro de éste, una estrella de doce puntas y en su centro una espiral interminable. Después le llegó el turno a las hierbas y a las esencias; todos eran artículos costosos, pero absolutamente imprescindibles para el conjuro. En seguida tuvo que inscribir el Hechizo de Protección para que Barrabás no se extralimitara, destruyéndolos a todos. A continuación debía echar tres gotas de sangre de hipogrifo...

—¿Dónde está la sangre de hipogrifo? — preguntó el señor Dee, mientras revolvía el armario de la sala.

—En la cocina, en el frasco de aspirinas — contestó la señora Dee, secándose los ojos.

Dee lo encontró. Ya todo estaba listo. Encendió las velas negras y empezó a entonar el Hechizo de Liberación.

De pronto, la habitación se caldeó. Sólo faltaba pronunciar el Nombre.

—Morlón, ven aquí — llamó el señor Dee.

Morton apareció en el hueco de la puerta, con uno de sus libros de contabilidad apretados contra el pecho. Parecía muy pequeño e indefenso.

—Morton, estoy a punto de llamar al Diablo de los Niños. No permitas que lo haga.

El muchacho empalideció y retrocedió contra la puerta. Sin embargo, meneó la cabeza con toda obstinación.

—Muy bien — dijo el señor Dee —¡BARRABAS!

Hubo un trueno ensordecedor y una oleada de calor sofocante. Así apareció Barrabás, alto hasta el fecho, conteniendo apenas una risita demoníaca.

—¡Ah! — gritó Barrabás, con una voz que retumbó en todo el cuarto —¡Un niño!

Morton aspiró hondo; estaba boquiabierto, con los ojos desorbitados.

—Un niño muy malo — dijo Barrabás, riendo. El demonio avanzó. A cada paso suyo, la casa entera temblaba.

—Échalo de aquí! — gritó la señora Dee.

—No puedo — balbuceó el marido —. No puedo hacer nada hasta que él haya terminado.

Las manazas del demonio, cubiertas de duro pellejo, trataron de asir a Morton, pero el niño abrió rápidamente el libro de contabilidad, gritando:

—¡Sálvame!

En ese momento apareció un viejecito muy delgado, cubierto con puntas de lápices gastadas y hojas de Diario; en lugar de ojos tenía dos enormes ceros huecos.

Barrabás se dispuso a vérselas con el recién llegado:

—¡Zico Pico Ril! — entonó rítmicamente. Pero el viejecito se limitó a reír, diciendo:

—El contrato de una sociedad ultra vires no sólo es anulable, sino que es por sí absolutamente nulo.

Ante esas palabras, Barrabás se sintió empujado hacia atrás y cayó, derribando una silla. Se levantó penosamente, con la piel encendida en un rojo violento, como si estuviera a punto de estallar, y empezó a entonar el Gran Hechizo Demoníaco:

—¡Vrat, Jat, Jo!

Pero el viejecito flacucho protegió a Morton con su cuerpo y gritó las palabras de Disolución:

—¡Expiración, Abrogación, Prescripción, Renuncia, Abandono, Fallecimiento!

Barrabás lanzó un chillido de agonía y retrocedió apresuradamente, manoteando en el aire hasta encontrar la Apertura. La cruzó de un salto y desapareció.

El hombre alto y delgado se volvió hacia el señor Dee, que se había agazapado con su esposa en un rincón de la sala, y les dijo:

—¡Dejo constancia de que soy El Contador y asimismo, hago constar que este Niño ha firmado conmigo un Pacto Común Acuerdo, según el cual, en pago por los servicios prestados, yo, EL CONTADOR, le enseñaré la Condenación de las Almas, por medio de una telaraña maldita de Números, Formas, Agravios y Represalias. ¡Y mirad! Sobre él pongo mi marca.

El Contador tomó la mano derecha de Morton y mostró la marca de tinta en el dedo mayor. Después, volviéndose hacia el niño, anunció, con voz suave.

—Mañana, pequeño, estudiaremos algunos aspectos de la Evasión de Impuestos como Sendero a la Condenación.

—Sí, señor — repuso Morton, ansioso.

Con otra mirada furibunda hacia los Dee, El Contador desapareció.

Se produjo una larga pausa. Al fin, Dee se volvió hacia su mujer.

—Bueno — dijo —, si el niño desea tanto ser contador, no seré yo quien se oponga.

CAZA DIFÍCIL

Era la última reunión de las tropas, antes de Gran Encuentro nacional de niños exploradores; todas las patrullas estaban presentes. La Patrulla 22 de Halcones Intrépidos había acampado en un valle sombreado para llevar a cabo un forcejeo de tentáculos. La Patrulla 31 de Bisontes Valientes se desplazaba cerca de un arroyito, practicando la aptitud para beber; todos reían, excitados por la extraña sensación.

La Patrulla número 19, los Mirashes al Ataque, esperaba al explorador Drog, quien se había retrasado, como de costumbre.

Drog se lanzó desde el nivel de los cinco mil metros; incorporándose, se arrastró con rapidez hasta el círculo de exploradores.

—¡Caramba! Lo siento, no me di cuenta de la hora — dijo.

El jefe de Patrulla lo miró con gesto torvo.

—Drog, tu uniforme no está en condiciones. Drog se apresuró a extraer un tentáculo que había olvidado.

—Lo siento, señor — dijo.

Los demás trataron de disimular la risa. Drog se ruborizó, con un pálido tinte anaranjado. En ese momento le habría gustado ser invisible. Pero no era ésa la ocasión adecuada.

Declararé abierta la sesión con el Credo del Explorador —dijo el jefe de Patrulla. Y continuó, aclarándose la garganta;

—Nos, los jóvenes exploradores del planeta Elbonai, juramos perpetuar las aptitudes y virtudes de nuestros mayores. Para ese fin, adoptaremos la forma con que nuestros antepasados nacieron, durante la conquista del desierto virgen de Elbonai. Por lo tanto, resolvemos...

El explorador Drog graduó el receptor para amplificar la suave voz del jefe. El Credo nunca dejaba de entusiasmarlo. Le costaba creer que sus antepasados hubieran pertenecido a la Tierra. Ahora, los habitantes de Elbonai eran seres etéreos, provistos de un cuerpo mínimo; se alimentaban de radiaciones cósmicas en el nivel de los cinco mil metros y estaban dotados de sensaciones por percepción directa. De tanto en tanto bajaban al suelo, sólo por motivos sentimentales o místicos. Mucho habían progresado desde la Era de los Pioneros. La Era del Control Submolecular había dado nacimiento al mundo moderno y ahora se encontraban en la Era siguiente, la del Control Directo.

—...honestidad y justicia para todos — continuaba el jefe —. Y estamos dispuestos a beber líquidos y a comer alimentos sólidos, como ellos lo hicieron, y a aumentar nuestra destreza en el uso de sus herramientas y costumbres.

Terminada la invocación, los jóvenes se dispersaron por la planicie. Entonces, el jefe de Patrulla se acercó a Drog.

—Esta es la última reunión antes del Congreso — afirmó.

—Lo sé — respondió Drog.

—Y tú eres el único explorador de segunda en la Patrulla Mirash. Todos los demás son de primera, o al menos Pioneros Menores. ¿Qué van a pensar los demás de nuestra patrulla?

Drog se retorció, incómodo.

—No es mía toda la culpa — explicó —. Ya sé que he fracasado en las pruebas de natación y fabricación de bombas, pero yo no me especializo en esas ramas. No es justo que lo sepa todo. Aun entre los pioneros hubo especialistas. De nadie se esperaba que lo supiera todo.

—Y dime una cosa, ¿cuáles son tus habilidades? — interrogó el jefe.

—Conocimiento de Selvas y Montañas; y también sé rastrear y cazar — respondió Drog, ansioso.

El jefe lo estudió por un momento; después dijo, con lentitud.

—Drog, ¿qué te parece una última oportunidad para pasar a primera clase y ganar, de paso, una condecoración al mérito?

—¡Haría cualquier cosa por lograrlo! — exclamó Drog.

—Muy bien — respondió el jefe —¿Cómo se llama nuestra Patrulla?

—Patrulla de Mirashes al Ataque.

—¿Y qué es un Mirash?

—Un animal grande y feroz — contestó Drog, prestamente —. En tiempos antiguos habitaban en ciertas regiones de Elbonai y nuestros antepasados libraron muchas batallas contra ellos. En la actualidad están perseguidos.

—Pero no del todo — dijo el jefe —. Un explorador se hallaba recorriendo los bosques, a quinientos kilómetros más al norte (para ser precisos, entre las Coordenadas S-233 y 482-W) y se encontró con tres magníficos ejemplares de Mirash, todos machos, y, por lo tanto, aptos para la caza. Lo que deseo, Drog, es que les sigas el rastro; te pondrás al acecho y los cazarás, según el conocimiento de Selvas y Montañas. Después, deseo que traigas la piel de un Mirash, utilizando sólo herramientas y métodos pioneros. ¿Crees que podrás hacerlo?

—Sí, señor. Estoy seguro.

—Puedes partir de inmediato — dijo el jefe —. Ataremos la piel a nuestro mástil. Con eso, sin duda, ganaremos una mención en el Congreso.

—Sí, señor — contestó Drog.

No tardó en reunir el equipo necesario; llenó la cantimplora con líquido y envolvió algunos alimentos sólidos. Después se marchó sin perder tiempo.

A los pocos minutos había logrado levitar hasta la zona general, entre S-233 y 482-W. Era una región romántica y agreste, de valles cubiertos por rocas escarpadas, árboles achaparrados y espesos matorrales, en bello contraste con los picos cubiertos de nieve.

Drog echó una mirada en torno, algo perturbado.

—Había dicho una pequeña mentira ante el jefe de Patrulla.

En verdad, él no estaba muy especializado en el Conocimiento de Selvas y Montañas; tampoco en rastreo ni en caza. Su única especialidad era pasar largas horas tejiendo fantasías y soñando entre las nubes, en el nivel de los cinco mil metros. ¿Qué sucedería si no lograba encontrar el Mirash? ¿O, peor aún, si el Mirash lo encontraba a él?

Trató de tranquilizarse, pensando que eso era imposible. En el peor de los casos, siempre podría gesticular y ¿quién se enteraría?

Pasados algunos minutos, logró distinguir un leve olor a Mirash. Después advirtió ciertos movimientos a unos veinte metros de distancia, cerca de unas rocas dispuestas en ángulo extraño.

¿Era posible que todo resultara tan fácil? ¡Maravilloso! Tratando de no hacer ruido, adoptó un camuflaje apropiado y avanzó.

No esperan sino que alguien las recoja. Queremos ser escandalosamente ricos, Paxton. Hasta el hartazgo.

Paxton no le escuchaba. Tenía la vista clavada en un punto cercano al borde del sendero.

—Ese árbol acaba de moverse — dijo, en voz baja. Herrera soltó una risotada.

—Monstruos, deben ser — observó despectivamente.

—Tranquilo — dijo Stellman, apesadumbrado —. Mira, soy un hombre maduro y un poco obeso; me asusto con fácil—. dad. ¿Crees que estaría aquí si hubiera algún peligro?

—Ahí está. Volvió a moverse.

—Llevamos tres meses en este planeta — dijo Stellman —. No hemos encontrado seres inteligentes, ni animales peligrosos, ni plantas ponzoñosas, ¿verdad? Sólo hallamos bosques, montañas, oro, lagos, esmeraldas, ríos, diamantes. Si hubiese algo vivo, nos habría atacado antes, ¿no es así?

—Te digo que algo se movió — insistió Paxton. Herrera se levantó.

—¿Es éste el árbol? — preguntó a Paxton.

—Sí. ¿Ves? No se parece a los otros. Tiene una consistencia distinta.

Con un movimiento rápido y bien sincronizado, Herrera extrajo una pistola Mark II de la pistolera que llevaba a la cintura, e hizo tres descargas contra el árbol. Los árboles y la maleza quedaron incendiados en diez metros a la redonda.

—Listo — dijo Herrera.

—Oí un grito cuando le disparaste — dijo Paxton, frotándose la mandíbula.

—Claro, pero ya está muerto — repuso Herrera, tratando de calmarlo—. Si ves alguna otra cosa que se mueva, avísame para dispararle. Busquemos más esmeraldas, ¿eh?

Paxton y Stellman recogieron sus bultos y fueron tras Herrera por la senda.

—Este fulano no se anda con rodeos, ¿verdad? — observó Stellman, en voz baja y con sorna.

Drog volvió lentamente en sí. El arma flamígera del Mirash lo había sorprendido sin más protección que el camuflaje, aún no podía comprender lo ocurrido. No había percibido señal alguna: ni olor a miedo, ni bufidos o gruñidos. Ninguna clase de advertencia. Ciego de furia, el Mirash lo había atacado sin saber si era enemigo o no.

Drog empezaba a comprender la naturaleza de la bestia con la que debía vérselas. Aguardó hasta que el batir de las Pezuñas de los tres Mirash se perdió en la distancia. Después, con mucho esfuerzo, trató de proyectar un receptor visual. Nada pasó. Por un momento, se dejó dominar por el pánico.

Si su sistema nervioso central estaba lesionado, no le quedaba sino esperar el fin.

Se examinó rápidamente y comprobó, con un suspiro de alivio, que se había salvado por muy poco, gracias a una reacción instintiva, acondicionándose en el momento preciso del fegonazo. Eso había salvado su vida.

Trató de imaginar otro curso de acción; empero, aturdido por ese ataque repentino, alevoso y perverso, había olvidado completamente lo poco que sabía sobre Caza. No tenía el menor deseo de volver a enfrentarse con el salvaje Mirash.

Pero ¿y si volvía sin esa miserable piel? ¿Qué pasaría? Podía decirle al jefe que los tres Mirash eran hembras y, por lo tanto, estaba prohibido cazarlas. La palabra de un Explorador Menor era sagrada y nadie la pondría en duda; ni siquiera irían a verificar.

Pero el argumento era insostenible. ¿Cómo se le había ocurrido, siquiera?

Pesaroso, consideró la posibilidad de presentar su renuncia a los Exploradores; así terminaría de una vez con todos esos ritos absurdos: las hogueras, los cantos, los juegos, la camaradería...

Pero se sobrepuso rápidamente: esa solución quedaba descartada. Estaba reaccionando como si los Mirash fueran capaces de planear un ataque contra él. Pero no debía olvidar que los Mirash no eran siquiera seres inteligentes. Ninguna criatura desprovista de tentáculos era capaz de la menor inteligencia. Así lo afirmaba la ley de Etlib y estaba más allá de toda discusión.

En una competencia entre la astucia instintiva y la inteligencia, ésta siempre salía airosa. Así debía ser. Lo único que le restaba era planear cómo lograrlo.

Siguiendo el olor de los Mirashes, Drog comenzó a seguirles el rastro. ¿Cuál sería el arma más indicada de la era colonial? Quizás una pequeña bomba atómica. ¡No! Eso arruinaría la piel.

De pronto se detuvo y echó a reír. En verdad, cuando uno ponía su empeño, la cosa se tornaba muy simple. Acababa de descubrir que no había ninguna necesidad de establecer un contacto directo y peligroso con los Mirash. Había llegado el momento de usar su cerebro, todo su conocimiento de la psicología animal, su experiencia en señuelos y trampas.

En vez de ir tras los Mirash, buscaría la guarida. Y allí colocaría la trampa.

Habían acampado provisionalmente en una cueva; ya estaba anocheciendo cuando llegaron allí. Un borde de sombra recortaba nítidamente cada peñasco, cada roca. Allá abajo, en el valle, a cinco kilómetros de distancia, relucía el caparazón metálico de la nave, en plata y rojo. Llevaban en las mochilas una docena de esmeraldas pequeñas, pero de un tono excelente.

A esa hora del día, Paxton pensaba con nostalgia en un pequeño pueblo de Ohio en un bar y una muchacha de cabellos brillantes. Herrera sonreía satisfecho, estudiando las maneras más fantasiosas de gastar varios millones de dólares antes de dedicarse plenamente a su hacienda. En cuanto a Stellman, trataba ya de dar forma mental a su tesis sobre los depósitos minerales extraterrestres.

Todos se encontraban descansados y de excelente humor. Paxton estaba totalmente recuperado de su previa crisis nerviosa. En ese momento habría deseado que un monstruo enorme (verde, si era posible) apareciera por las proximidades en pos de una mujer escasa de ropas.

—Otra vez en casa — dijo Stellman, mientras se acercaban a la entrada de la cueva. Esa noche le tocaba cocinar.

—¿Quieren un guiso de carne como cena?

A pocos pasos de la entrada había una buena porción de carne asada, todavía caliente, cuatro enormes diamantes y una botella de whisky.

—¡Qué extraño! — dijo Stellman — Esto me preocupa. Paxton se inclinó para examinar un diamante, pero Herrera lo detuvo.

—Tal vez haya una trampa — dijo.

—No se ve ningún alambre — repuso Paxton. Herrera miró la carne asada, los diamantes y la botella de whisky, con una expresión poco amable.

—No me gusta ésto — dijo.

—Quizá haya por aquí algunos nativos — aventuró Stellman —. Han de ser muy tímidos y ésta es su manera de expresar su buena voluntad.

—¡Claro! — comentó Herrera —. Y mandan traer de la Tierra una botella de Oíd Smogger, sólo para nosotros.

—¿Qué haremos? — preguntó Paxton.

—No acercarnos — dijo Herrera —. Vamos más atrás. Arrancó una rama de un árbol cercano y con ella rozó los diamantes.

—No sucede nada — dijo Paxton.

Bajo los pies de Herrera, las altas hierbas enroscaron repentinamente a sus tobillos. El suelo se agitó, formando un círculo bien definido de unos cuarenta centímetros de diámetro, que empezó a elevarse en el aire, dejando al descubierto las numerosas raíces. Herrera trató de liberarse dando un salto, pero las hierbas lo sujetaban como miles de tentáculos.

—¡Aguanta! — gritó Paxton, atontado — y se lanzó hacia adelante.

Se aferró a un trozo del disco de suelo móvil y éste bajó precipitadamente, para detenerse por un instante; después volvió a elevarse. Para ese entonces, Herrera había sacado ya el cuchillo y trataba de segar el pasto que le sujetaba los tobillos. Stellman, atónito, vio que Paxton se elevaba por encima de su cabeza.

Stellman logró sujetarlo por los tobillos y logró así estabilizar el disco una vez más. Herrera consiguió soltar un pie y se arrojó por el borde. El otro tobillo lo quedó prisionero por un instante, pero el duro césped cedió bajo su peso. Iba a caer de cabeza contra el suelo; en el último momento, logró cambiar de posición y recibió el golpe sobre un hombro. Paxton soltó el disco y cayó sobre el estómago de Stellman.

El disco de tierra continuó elevándose hasta perderse de vista, cargado con la carne, el whisky y los diamantes, como si fuera una bandeja.

El sol estaba ya bajo el horizonte. En silencio, los tres hombres entraron a la cueva con las armas bajas. Encendieron un fuego estrepitoso a la entrada y se retiraron hacia el interior.

—Esta noche haremos guardia por turnos — dijo Herrera. Paxton y Stellman asintieron.

—Creo que tienes razón, Paxton. Ya hemos estado aquí bastante tiempo — dijo Herrera.

—Demasiado — agregó Paxton. Herrera se encogió de hombros.

—En cuanto aclare volveremos a la nave y nos iremos.

—Si es que podemos llegar hasta ella — dijo Stellman.

Drog estaba muy desanimado. Se había descorazonado por completo al ver el prematuro accionar de la trampa, la lucha y la huida del Mirash. Sobre todo, porque se trataba de un magnífico ejemplar, el más grande de los tres.

En ese momento descubrió en qué consistía su falla. La ansiedad le había hecho sobrecargar el señuelo. Hubiera bastado con los minerales, puesto que los Mirashes eran esencialmente mineral—tropicales. Pero, al querer aventajar a los pioneros, había agregado la comida como estímulo. No era de extrañar que empezaran a sospechar, con los sentidos abrumados.

Ahora sí que estarían embravecidos, alarmados y realmente peligrosos. Y un Mirash azuzado era uno de los espectáculos más terribles de toda la galaxia.

Drog, sintiéndose muy solitario, contempló las lunas gemelas que se elevaban por el cielo de Elbonai. Desde donde estaba podía ver la hoguera del campamento de los Mirases ardiendo en la puerta de la cueva. Y su persecución directa le permitía distinguir a los Mirashes acuchillados en el interior, con todos los sentidos alerta y las armas listas.

¿Valía la pena molestarse tanto por una piel de Mirash?

Era mejor flotar en el nivel de los cinco mil metros, hacer esculturas con formaciones nubosas y soñar. Asimilar radiación en vez de comer esa odiosa materia sólida. ¿Para qué servía poner tanto empeño en atrapar y cazar? eran habilidades inútiles que su pueblo ya había superado.

Cuando estaba a punto de convencerse, tuvo un súbito arranque de percepción, y comprendió en qué consistía todo.

Por cierto, los elbonianos habían dejado atrás toda competencia, pues habían superado todo peligro de competencia. Pero el Universo era vasto y podía ofrecer muchas sorpresas. ¿Quién sería capaz de predecir el futuro, los nuevos peligros que su raza podía encontrar? Y si perdían el instinto de caza, ¿cómo hacerles frente?

Había que conservar las viejas costumbres para que sirvieran de norma; era preciso recordar que una vida pacífica e inteligente era un logro muy inestable en un universo enemigo.

Conseguiría esa piel de Mirash, o moriría en el intento.

Lo más importante era hacerlos salir de la cueva. Poco a poco, volvía a recordar sus conocimientos de Caza.

Con gran rapidez y destreza, tomó la forma de un cuerno de Mirash.

—¿Has oído? — preguntó Paxton.

—Me pareció oír algo — dijo Stellman, y todos se pusieron a escuchar con más atención.

El ruido se volvió a oír. Era una voz, y gritaba:

—¡Socorro! ¡Por favor, ayúdenme!

—Es una muchacha — dijo Paxton, poniéndose de pie inmediatamente.

—Parece una muchacha — dijo Stellman.

—¡Socorro, por favor! — gemía la voz de la muchacha — ¡No puedo aguantar más!

La cara de Paxton enrojeció. Un arrebató de su imaginación se la mostró pequeña, delicada, de pie junto a las ruinas de su cohete deportivo especial (¡y qué accidentado había sido el viaje!); la rodeaban unos monstruos verdes y untuosos, cada vez más próximos. Y entonces llegaba él, una bestia extraña y detestable.

Paxton tomó una pistola de repuesto y anunció fríamente:

—Voy a salir.

—Quédate aquí, imbécil — le ordenó Herrera.

—Pero tú también lo has oído, ¿no es cierto?

—No puede ser una muchacha — dijo Herrera — ¿Una muchacha aquí? ¡Vamos!

—Ya lo averiguaré — dijo Paxton, blandiendo dos pistolas —. Tal vez haya caído con alguna nave espacial, o quizá, viajando por placer...

—Siéntate — gritó Herrera.

Stellman trató de hacer entrar en razones a Paxton.

—Tiene razón — dijo —. Aunque fuera una muchacha, ¿qué podrías hacer?

—¡Socorro, socorro! ¡Ya viene! — gritó la voz de la muchacha.

—Sal de en medio — ordenó Paxton, en tono bajo y amenazador.

—¿Vas a salir? — preguntó Herrera, incrédulo.

—Sí. ¿Acaso piensas detenerme?

—No. ¡Vete, si quieres! — indicó Herrera, señalando la entrada de la cueva.

—Pero debemos detenerlo — exclamó Stellman.

—¿Y por qué? ¡Que se arregle! — contestó Herrera, sin molestarse.

—No se preocupen por mí — dijo Paxton —. Volveré dentro de quince minutos... ¡Con ella!

Giró sobre sus talones y echó a andar hacia la salida. Herrera se inclinó hacia adelante y, con toda precisión, le asestó un golpe tras la oreja con un pedazo de leño. Stellman lo recogió mientras caía.

Acostaron a Paxton en la parte posterior de la cueva y reanudaron la vigilancia. La desventurada dama gimió y suplicó durante varias horas más. Finalmente, Paxton tuvo que reconocer que era demasiado, aunque se tratara de una serie cinematográfica.

El amanecer, triste y lluvioso, sorprendió a Drog aún instalado a cien metros de la cueva. Los Mirash salieron de ella en un grupo compacto, con las armas listas y atentos a cualquier movimiento.

¿Por qué había fallado el cuerno de Mirash? El Manual del Explorador afirmaba que era un medio infalible para atraer a un Mirash macho. Tal vez no estaban en la época de celo.

Se dirigieron hacia un aparato metálico de forma ovoide, que Drog identificó como un medio primitivo de transporte espacial. Era muy burdo, pero una vez en su interior los Mirashes estarían a salvo.

Le quedaba el recurso de trevestarlos y así terminaría todo. Pero eso era inhumano. Por encima de todas las cosas, los antiguos elbonianos habían sido amables y misericordiosos y un Joven Explorador debía tratar de imitarlos. Además el trevestamiento no era un método aplicado por los pioneros.

En ese caso, no restaba más que la ilitrocia. Era una de las artimañas más antiguas. Para llevarla a cabo tendría que acercarse mucho. Pero no se perdía nada con intentarlo.

Por suerte, las condiciones climáticas eran apropiadas.

La niebla fue al principio muy liviana; empero, a medida que el pálido sol ascendía por el cielo gris, se fue formando una gruesa bruma.

Al ver que espesaba, Herrera soltó una maldición.

—Manténganse bien juntos. ¡Justo lo que nos faltaba!

Echaron a caminar en fila, cada uno con las manos apoyados en el hombro del que iba delante, con las armas preparadas, tratando de ver a través de la espesa niebla.

—¿Herrera?

—Sí.

—¿Estás seguro de que vamos en la dirección correcta?

—Seguro. Antes de que llegara la niebla hice cálculos con el compás.

—Supongamos que tu compás funcione mal.

—¡Ni se te ocurra!

Continuaron así, poniendo la máxima atención en cada paso, avanzando sobre el suelo rocoso.

—Me parece ver la nave — dijo Paxton.

—No, todavía no — dijo Herrera.

—¡Ójala! dijo Paxton —. Ya he pasado por bastante.

—¿Crees que tu amiguita te estará esperando en la nave?

—No seas pesado.

—Está bien — dijo Herrera —. Oye, Stellman, es mejor que te cojas de mi hombro otra vez. No conviene separarse.

—Pero si estoy prendido de tu hombro — repuso Stellman.

—¡Oh, no! No lo estás.

—Te digo que sí.

—¿Cómo no voy a saber si alguien me toma del hombro o no?

—Paxton, ¿es tuyo el hombro?

—No — respondió Paxton.

—Esto me huele mal — afirmó Stellman, lentamente —. Muy mal.

—¿Por qué?

—Porque estoy agarrado a un hombro; de eso no me cabe duda.

Herrera lanzó un grito:

—¡Al suelo! ¡Pronto, al suelo! Déjenme lugar para disparar.

Pero ya era demasiado tarde. Un olor dulzón se esparció por el aire. Stellman y Paxton se desmayaron al aspirarlo. Herrera echó a correr, a ciegas, tratando de contener el aliento. Tropezó contra una roca y cayó. Trató de levantarse...

Y todo se oscureció para él.

La bruma se disipó en un instante. Drog apareció de pie, solo, con una sonrisa triunfante. Sacó un largo cuchillo de desollar y se inclinó sobre el Mirash más próximo.

La nave espacial se lanzó hacia la Tierra, a una velocidad suficiente para quemar el sistema de dirección. Herrera, encorvado sobre los controles, logró al fin dominarse y bajó la velocidad hasta alcanzar el nivel normal. Su rostro, por lo general moreno, tenía el color de la ceniza y sus manos temblaban sobre los instrumentos.

Stellman llegó del cuarto de la tripulación y se dejó caer pesadamente en el asiento del copiloto.

—¿Cómo está Paxton? — preguntó Herrera.

—Le di una dosis de Drona2 — repuso Stellman —. Se recuperará.

—Es un buen muchacho — dijo Herrera.

—Lo peor ha sido la impresión — dijo Stellman —; cuando vuelva en sí le pondré a contar diamantes. Creo que contar diamantes será la mejor terapia.

Herrera sonrió; su rostro volvía a tomar el color natural.

—Yo también quisiera ponerme a contar diamantes, ahora que todo está bien. Pero agregó, recobrando la seriedad:

—Dime, Stellman, ¿quién iba a imaginarlo? Todavía no entiendo nada.

El Gran Congreso de Exploradores era un magnífico espectáculo. La Patrulla 22 de los Halcones Intrépidos ofreció una breve pantomima, representando el desmonte del suelo en Elbonai. Los Bisontes Valientes, número 31, lucían el traje de gala de los pioneros.

Y al frente de la Patrulla 19 de Mirashes al Ataque, iba Drog, Explorador de Primera Clase, condecorado con la banda del triunfo. Le habían dado el puesto de honor, como abanderado de la Patrulla, y todo el mundo estalló en vivas al verlo.

En el mástil flameaba altiva la piel firme, delicada, característica de los Mirashes adultos; y sus cierres metálicos, sus tubos, botones y pistoleras relucían alegremente bajo la luz del sol.

UN LADRÓN EN EL TIEMPO

Thomas Eldridge estaba completamente solo en su habitación en Butler Hall, cuando oyó detrás de él un débil sonido chirriante. Esto casi no se registró en su consciencia. Estaba estudiando las ecuaciones Holstead, que habían causado tal revuelo hacía unos pocos años, con su insinuación de un universo no-relativista. Era un inquietante conjunto de símbolos, aunque sus conclusiones habían probado ser bastante erróneas.

A pesar de todo, si uno las examinaba sin prejuicios, parecían probar algo. Había una extraña relación de elementos temporales, con interesantes aplicaciones. Había... Escuchó el ruido otra vez, y giró la cabeza. De pie, detrás suyo, había un corpulento hombre vestido con bombachos púrpura, un pequeño chaleco verde y una porosa camisa plateada. Llevaba una cuadrada máquina negra con diferentes diales, y su expresión era decididamente poco amistosa.

Se miraron el uno al otro. Por un momento, Eldridge pensó que era una broma de los estudiantes. Era el profesor adjunto más joven en Carvell Tech, y algún estudiante siempre le estaba entregando un huevo duro o un sapo vivo durante la Semana Infernal.

Pero este hombre no era ningún estudiante retozando. Tenía al menos cincuenta años de edad, y era inconfundiblemente hostil.

—¿Cómo ha entrado aquí? —preguntó Eldridge—. ¿Y qué es lo que quiere? El hombre alzó una ceja.

—¿Va a vanagloriarse aún de ello, eh?

—¿Vanagloriarme de qué? —preguntó Eldridge, sorprendido.

—Le está hablando usted a Viglin —dijo el hombre—. Viglin. ¿Lo recuerda?

Eldridge trató de recordar si había algún asilo de locos cerca de Carvell. Este Viglin parecía un lunático escapado.

—Debe haberse equivocado usted de hombre —dijo Eldridge, preguntándose si debería pedir auxilio.

Viglin sacudió la cabeza.

—Usted es Thomas Monroe Eldridge —dijo—. Nacido el 16 de marzo de 1926, en Darien, Connecticut. Estudió en la universidad Heights College, en la universidad de Nueva York, graduándose cum laude. Consiguió un puesto en Carvell el año pasado, a principios de 1953. ¿Correcto hasta ahora?

—Muy bien. De modo que ha investigado acerca de mí por alguna razón. Mejor que sea buena, o llamaré a la policía.

—Siempre fue un cliente sin nervios. Pero su bravata no le servirá. Yo llamaré a la policía.

Apretó un botón en la máquina. Instantáneamente, aparecieron dos hombres en la habitación. Llevaban uniforme de color naranja claro y verde, con insignias metálicas en las mangas. Entre ellos transportaban una máquina negra similar a la de Viglin, excepto que esta llevaba una marca en la parte superior.

—El crimen no paga —dijo Viglin—. ¡Arresten al ladrón!

Por un momento, la placentera estancia de Eldridge en el colegio, con sus grabados de Gauguin, sus desaliñados montones de libros, su más desaliñado hi-fi, y su pequeña alfombra roja afelpada, parecieron girar aturdidamente a su alrededor. Parpadeó varias veces, esperando que todo ello hubiera sido causado por el cansancio de sus ojos. O mejor aún, tal vez había estado soñando.

Pero Viglin aún estaba allí, desalentadoramente sustancial.

Los dos policías sacaron un par de esposas y avanzaron.

—¡Esperen! —gritó Eldridge, apoyándose contra su escritorio para sostenerse—. ¿Qué es todo esto?

—Si insiste en acusaciones formales —dijo Viglin—, las tendrá. —Se aclaró la garganta—. Thomas Eldridge: en marzo de 1962, usted inventó el Transportador Eldridge. Luego...

—¡Un momento! —protestó Eldridge—. No estamos aún en 1962, por si ustedes no lo saben.

Viglin pareció molesto.

—No utilice subterfugios. Usted inventará el Transportador en 1962, si prefiere esta terminología. Todo es cuestión de un punto de vista temporal.

Eldridge necesitó un tiempo para digerir esto.

—¿Quieren decir... que ustedes son el futuro? —dijo torpemente.

Uno de los policías dio un codazo al otro.

—¡Qué actuación! —dijo admirativamente.

—Mejor que un espectáculo groogly —convino el otro, entrechocando las esposas.

—Claro que somos del futuro —dijo Viglin—. ¿De qué otro lugar podríamos ser? En 1962, usted inventó, o inventará, el Transportador Temporal Eldridge, haciendo posible el viaje a través del tiempo. Con él, usted se trasladó al primer sector del futuro, donde fue recibido con los más altos honores. Luego viajó a través de los tres sectores del Tiempo Civilizado, dando conferencias. Fue usted un héroe, Eldridge, un ideal. Los chiquillos deseaban crecer para ser como usted —Con una voz ronca, continuó—: Fuimos engañados. Súbita y deliberadamente, usted robó una cantidad de mercancías de alto

valor. ¡Nos sorprendió! Nunca habíamos sospechado que tuviera tendencias criminales. Cuando lo tratamos de arrestar, usted desapareció.

Viglin hizo una pausa y se frotó la frente cansadamente.

—Yo era su amigo, Tom, la primera persona con quien se encontró en el Sector Uno. Bebimos más de un tazón de flox juntos. Yo preparé su circuito de conferencias. Y usted me robó. —Su faz se endureció—. Deténganlo, policías.

Cuando los policías avanzaron, Eldridge pudo ver bien la máquina negra que compartían. Como la de Viglin, tenía varios diales y una hilera de botones. Rotuladas en blanco en la parte superior, figuraban las palabras: TRANSPORTADOR TEMPORAL ELDRIDGE - PROPIEDAD DEL DEP. DE POLICÍA EASKILL.

Los policías se detuvieron y se volvieron hacia Viglin.

—¿Tiene los documentos de extradición? Viglin rebuscó en sus bolsillos.

—Parece que no los tengo conmigo. ¡Pero ustedes saben que es un ladrón!

—Todo el mundo lo sabe —dijo el policía—. Pero no tenemos jurisdicción en un sector de precontacto sin documentos de extradición.

—Esperen aquí —dijo Viglin—. Los conseguiré. —Observó cuidadosamente su reloj de pulsera, murmuró algo sobre una media hora de desfase, y apretó un botón en el Transportador.

Desapareció inmediatamente.

Los dos policías se sentaron en el sofá de Eldridge y procedieron a mirar de soslayo los Gauguin.

Eldridge trató de pensar, de planear, de anticipar. Imposible. No podía creerlo. Rehusaba creerlo. Nadie le haría creer...

—Imagina a un individuo famoso como este siendo un bribón —dijo uno de los policías.

—Todos los genios están locos —filosofó el otro—. ¿Recuerdas al bailarín de stuggie que mató a su chica? Era un genio, dijo todo el mundo.

—Sí. —El primer policía encendió un cigarro y tiró la cerilla sobre la pequeña alfombra roja afelpada de Eldridge.

Está bien, decidió Eldridge, era verdad. Tenía que creerlo bajo las circunstancias. Tampoco era tan absurdo. Siempre había sospechado que él podía ser un genio.

¿Pero qué había ocurrido?

En 1962, inventaría una máquina del tiempo.

Era lógico, ya que él era un genio.

Y viajaría a través de los tres sectores del Tiempo Civilizado.

Bien, ciertamente, suponiendo que tuviera una máquina del tiempo. Si había tres sectores, los exploraría.

Incluso podría explorar los sectores no civilizados.

Y entonces, sin ninguna advertencia, se convertiría en un ladrón...

¡No! Podía aceptar cualquier otra cosa, pero esta estaba completamente fuera de su carácter. Eldridge era un hombre joven

intensamente honesto, muy por encima de las mezquinas deshonestidades. Como estudiante, nunca había hecho trampa en los exámenes. Como hombre, siempre había pagado el real y exacto impuesto sobre sus utilidades, hasta el último céntimo.

Y aún iba más lejos que esto. Eldridge no tenía ninguna motivación, ninguna necesidad material. Su deseo había sido siempre el establecerse en algún lugar cálido y soñoliento, contento con sus libros y su música, la luz del sol, los vecinos congeniales, el amor de una buena mujer.

De modo que estaba acusado de latrocinio. Incluso si era culpable, ¿qué motivo podía haberlo llevado a la acción?

¿Qué le había ocurrido en el futuro?

—¿Vas a ir al raily scrug? —preguntó uno de los policías al otro.

—¿Por qué no? Llega a Malm el domingo, ¿verdad?

No les importaba. Cuando Viglin volviera, lo esposarían y lo arrastrarían hasta el Sector Uno del futuro. Sería sentenciado y arrojado a una celda.

Todo por un crimen que él iba a cometer.

Tomó una rápida decisión, y actuó con idéntica rapidez.

—Me siento mal —dijo, y empezó a deslizarse fuera de la silla..

—¡Cuidado... puede tener una pistola! —aulló uno de los policías.

Se precipitaron hacia él, dejando su máquina del tiempo sobre el sofá.

Eldridge buceó debajo de la mesa y apareció al otro lado, y saltó sobre la máquina. Pese a su prisa, se dio cuenta de que el Sector Uno sería un lugar poco saludable para él. De modo que, mientras los policías corrían a través de la habitación, apretó el botón marcado Sector Dos.

Instantáneamente, se sintió inmerso en la oscuridad.

Cuando abrió sus ojos, Eldridge se encontró con que se hallaba sumergido hasta los tobillos en un charco de agua sucia. Estaba en un campo, a seis metros de una carretera. El aire era cálido y húmedo. Tenía el Transportador Temporal firmemente sujeto bajo su brazo.

Estaba en el Sector Dos del futuro, y esto no lo emocionaba en lo más mínimo. Caminó hacia la carretera. A ambos lados de Ja misma había campos escalonados, llenos con los verdes tallos de las plantas de arroz.

¿Arroz? ¿En el estado de Nueva York? Eldridge recordó que en su propio sector temporal se había detectado un cambio climático. Se había predicho que algún día las zonas templadas volverían a ser cálidas, tal vez tropicales. Este futuro parecía probar la teoría. Estaba transpirando ya. El suelo era húmedo, como si hubiera llovido recientemente, y el cielo era de un azul intenso y sin nubes.

Pero, ¿dónde estaban los agricultores? Mirando al sol, que estaba directamente sobre su cabeza, tuvo la respuesta. Durmiendo la siesta, claro. Dirigiendo la vista carretera adelante, pudo ver edificios a casi un kilómetro de distancia. Se limpió el barro de sus zapatos y empezó a andar.

Pero, ¿qué es lo que haría cuando llegara a los edificios? ¿Cómo podría descubrir lo que le había ocurrido en el Sector Uno? No podía dirigirse a cualquiera y decirle: «Perdone, señor. Soy de 1954, un año del que usted tal vez haya oído hablar. Parece ser que en alguna forma...» No, eso no serviría. Tendría que pensar en algo. Eldridge continuó andando, mientras el sol lo golpeaba furiosamente. Cambió el Transportador al otro brazo, y luego lo inspeccionó de cerca. Puesto que lo iba a inventar —no, ya lo había hecho—, sería mejor que averiguara como funcionaba.

En su superficie había botones para los tres primeros sectores del Tiempo Civilizado. Había un dial especial para viajar más allá del Sector Tres, hacia los Sectores Sin Civilizar. En un lado había una placa de metal que decía: ATENCIÓN: conceda un margen de medía hora entre saltos temporales, para evitar anulaciones.

Eso no le dijo gran cosa. Según Viglin, Eldridge había necesitado ocho años, desde 1954 a 1962, para inventar el Transportador. Para comprenderlo necesitaría algo más que unos pocos minutos.

Eldridge llegó a los edificios y encontró con que se hallaba en una ciudad de mediano tamaño. Había algunas personas en las calles, caminando lentamente bajo el sol tropical. Vestían completamente de blanco. Se sintió aliviado al ver que los estilos en el Sector Dos eran tan conservadores y que su traje podía pasar por una versión rústica de lo que allí parecía habitual.

Pasó frente a un edificio de adobe. El letrero de su fachada decía: LEEDURÍA PÚBLICA.

Una librería. Eldridge se detuvo. En su interior se encontrarían sin duda los archivos de los últimos cientos de años. Habría una crónica de su crimen —si existía— y las circunstancias bajo las cuales lo había cometido.

¿Pero no sería peligroso? ¿Habría algunos carteles solicitando su arresto? ¿Existiría la extradición entre los Sectores Uno y Dos?

Tendría que arriesgarse. Eldridge entró, pasó rápidamente más allá de la delgada encargada de faz gris, y se dirigió hacia los estantes.

Había un gran departamento sobre el tiempo, pero el tratado más completo en un solo volumen era un libro titulado Orígenes del Viaje Temporal por Ricardo Alfredex. La primera parte decía que el joven genio Eldridge había, en un nefasto día de 1954, recibido el germen de la idea a partir de las controvertidas ecuaciones Holstead. Realmente, la fórmula era simple hasta lo absurdo —Alfredex citaba las principales proposiciones—, pero nadie se había dado cuenta antes. La genialidad de Eldridge residía principalmente en percibir lo obvio.

Eldridge frunció el ceño ante este menosprecio: Obvio, ¿no es cierto? El aún no lo comprendía. ¡Y él era el inventor!

La máquina había sido construida en 1962. Funcionó al primer intento, catapultando a su joven inventor en lo que luego sería conocido como Sector Uno.

Eldridge levantó la vista y vio que una niña con gafas, de unos nueve años más o menos, estaba de pie al final de su hilera de libros, mirándolo. Se escondió fuera de su vista. Continuó leyendo.

El siguiente capítulo se titulaba «Las Falsas Paradojas del Tiempo». Eldridge lo hojeó rápidamente. El autor empezaba con la clásica paradoja de Aquiles y la tortuga, y la demolía con el cálculo integral. Utilizando esto como una base lógica, continuaba con las llamadas paradojas del tiempo: matar al propio tatarabuelo, encontrarse a uno mismo, etc. Estas no tuvieron mejor suerte que la antigua paradoja de Zeno. Alfredex continuaba explicando que todas las paradojas temporales eran la invención de autores dotados para la confusión.

Eldridge no comprendió la intrincada lógica simbólica de toda esta parte, lo cual era perturbador, ya que se le citaba a él como la máxima autoridad.

El siguiente capítulo se llamaba «La Caída del Poderoso». Contaba como Eldridge había conocido a Viglin, el dueño de un gran almacén de artículos de deporte en el Sector Uno. Se convirtieron en buenos amigos. El negociante tomó bajo su protección al tímido y joven genio. Le preparó un circuito de conferencias. Luego...

—Perdone, señor —dijo alguien. Eldridge levantó la vista. La encargada de faz gris se hallaba frente a él. A su lado estaba la niña con gafas con una sonrisa afectada en su rostro.

—¿Sí? —preguntó Eldridge.

—No se admite a los Viajeros Temporales en la Leeduría —dijo la encargada austeramente.

Eso era comprensible, pensó Eldridge. Los Viajeros podían coger un montón de libros valiosos y desaparecer. Probablemente, y por la misma razón, tampoco eran admitidos en los bancos.

El problema es que no deseaba dejar el libro.

Eldridge sonrió, señaló su oreja, y continuó leyendo apresuradamente.

Al parecer el brillante joven Eldridge había dejado que Viglin se cuidara de todos sus contratos y documentos. Y un día se encontró, para su sorpresa, que había firmado un documento cediendo a Viglin todos los derechos sobre el Transportador Temporal a cambio de una discreta cantidad de dinero. Eldridge llevó el caso ante los tribunales. Los tribunales fallaron en contra suyo. El caso fue apelado. Sin dinero y amargado, Eldridge inició su carrera criminal, robándole a Viglin...

—¡Señor! —dijo la encargada—. Sordo o no, debe marcharse en el acto. Si no lo hace, llamaré a la policía.

Eldridge dejó el libro, murmuró «chivata» a la niña, y se apresuró a salir de la Leeduría.

Ahora sabía porque Viglin estaba tan ansioso por arrestarlo. Con su caso aún pendiente, Eldridge estaría en mala posición detrás de unas rejas.

Pero, ¿por qué había robado?

El latrocinio de su invención era un motivo comprensible, pero Eldridge estaba seguro de que no era por esto. El robarle a Viglin no le haría sentirse mejor ni tampoco repararía el daño. Su reacción sería de luchar o de retraerse, de retirarse de todo el asunto. Cualquier cosa excepto robar.

Bien, ya lo averiguaría. Se escondería en el Sector Dos, quizá encontrara un trabajo. Poco a poco, conseguiría...

Dos hombres le asieron los brazos por ambos lados. Un tercero le quitó el Transportador. Lo hicieron con tal facilidad que Eldridge aún estaba boquiabierto cuando uno de los hombres le enseñó una placa.

—Policía —dijo el hombre—. Tendrá que venir con nosotros, señor Eldridge.

—¿Por qué? —preguntó Eldridge.

—Por robo en los Sectores Uno y Dos. De modo que había robado aquí, también.

Fue llevado a la estación de policía y se le hizo entrar en la pequeña y desordenada oficina del capitán. El capitán era un hombre delgado, calvo, y de facciones joviales. Hizo señas a sus subordinados para que salieran de la habitación, indicó a Eldridge que se sentara en una silla y le entregó un cigarrillo.

—Así que usted es Eldridge —dijo. Eldridge asintió tristemente.

—Desde chiquillo he estado leyendo cosas sobre usted —dijo el capitán con nostalgia—. Usted era uno de mis héroes. Eldridge supuso que el capitán tenía al menos quince años más que él, pero no hizo ningún comentario. Después de todo, se suponía que él era un experto en paradojas temporales.

—Siempre creí que le habían hecho una estafa —dijo el capitán, jugueteando con un gran pisapapeles de bronce—. Aún así, no pude comprender porque un hombre como usted se había dedicado a robar. Por un tiempo, creímos que se podría tratar de una locura pasajera.

—¿Lo fue? —preguntó Eldridge esperanzado.

—Ni por casualidad. Comprobamos su historial. No lo es usted ni en forma potencial. Y eso hace las cosas bastante difíciles para mí. Por ejemplo, ¿por qué robó usted especialmente estos artículos?

—¿Qué artículos?

—¿No lo recuerda?

—Me he olvidado de todo —dijo Eldridge—. Amnesia temporal.

—Muy comprensible —dijo el capitán con simpatía. Le entregó un papel a Eldridge—. Aquí está la lista.

ARTÍCULOS ROBADOS POR THOMAS MONROE ELDRIDGE

Sustraídos del Almacén de Artículos de Deporte Viglin, Sector Uno:

Créditos

4 Pistolas Megacarga 10.000

3 Cinturones salvavidas, inchables 100

5 Latas de Repelente de Tiburones Ollen 400

Sustraídos de la Tienda de Especialidades Alfghan, Sector Uno:

2 Volúmenes Microflex, Literatura Mundial 1.000

5 Cintas grabaciones de la Sinfónica Teeny-Tom 2.650

Sustraídos del Almacén de Productos Loorie, Sector Dos:

4 Docenas de Patatas, marca Tortuga Blanca	5
9 Bolsas de semillas de zanahoria (Surtidas)	6

Sustraídos del Almacén de Novedades Manon, Sector Dos:

5 Docenas de Espejos de mano, Plateados	95
Valor Total	14.256

—¿Qué es lo que quería hacer? —preguntó el capitán—. Robar un millón de créditos está bien, lo puedo comprender, pero ¿por qué toda esa basura?

Eldridge sacudió la cabeza. No podía encontrar nada que tuviera sentido en la lista. Las pistolas de megacarga podían ser útiles. Pero, ¿por qué los espejos, cinturones salvavidas, patatas y el resto de los artículos que el capitán había calificado con propiedad de basura?

No podía comprenderlo. Eldridge empezó a pensar en sí mismo como si fuera dos personas. Eldridge I había inventado los viajes en el tiempo, había sido estafado, robado algunos artículos incomprensibles, y desaparecido. Eldridge II era él mismo, la persona que Viglin había encontrado. No tenía recuerdos del primer Eldridge. Pero tenía que descubrir los motivos de Eldridge I y/o sufrir por sus crímenes.

—¿Qué ocurrió después que hube robado esas cosas? —preguntó Eldridge.

—Eso es lo que nos gustaría saber —dijo el capitán—. Todo lo que sabemos es que se escapó con su botín al Sector Tres.

—¿Y luego?

El capitán se alzó de hombros.

—Cuando pedimos su extradición, las autoridades nos informaron de que usted no estaba allí. No es que le hubieran entregado. Son de la clase orgullosa, independiente, ya sabe. De todas maneras, usted había desaparecido.

—¿Desaparecido? ¿A dónde?

—No lo sé. Podría haber ido a los Sectores sin Civilizar que están más allá del Sector Tres.

—¿Qué son los Sectores sin Civilizar? —preguntó Eldridge.

—Esperábamos que usted nos lo dijera

—repuso el capitán—. Es usted el único hombre que ha efectuado exploraciones más allá del Sector Tres.

¡Maldita sea, pensó Eldridge, se suponía que él era una autoridad en todo lo que deseaba saber!

—Esto me pone en una situación difícil —dijo el capitán, mirando a su pisapapeles.

—¿Por qué?

—Bueno, usted es un ladrón. La ley dice que debo arrestarlo. Sin embargo, también me doy cuenta de que a usted se le hizo una mala jugada. Y también sé que solo robó a Viglin y a sus afiliados en ambos Sectores. Hay una cierta justicia en ello... que desgraciadamente la ley no reconoce..

Eldridge asintió tristemente.

—Mi deber es arrestarlo —dijo el capitán con un profundo suspiro—. No hay nada que pueda hacer, aunque lo quisiera. Tendrá que ser juzgado y probablemente le caerá una sentencia de unos veinte años, más o menos.

—¿Cómo? ¿Por robar morralla como el repelente de tiburones y las semillas de zanahorias? ¿Por robar basura?

—Somos muy severos para los crímenes en el tiempo —dijo el capitán—. Ofensa temporal.

—Comprendo —dijo Eldridge, derrumbándose en su silla.

—Claro que —dijo el capitán pensativamente—, si de repente me atacara rencorosamente, golpeándome en la cabeza con ese pesado pisapapeles, cogiera mi Transportador Persona] —que está en el segundo estante de ese armario— y retornara a sus amigos en el Sector Tres, no habría realmente gran cosa que yo pudiera hacer al respecto.

—¿Huh?

El capitán se volvió hacia la ventana, dejando el pisapapeles al alcance de Eldridge.

—Son verdaderamente terribles —comentó—, las cosas que uno haría por un héroe de la infancia. Pero, desde luego, usted es un hombre respetuoso de la ley. Nunca haría una cosa semejante y tengo informes psicológicos que lo demuestran.

—Gracias —dijo Eldridge. Levantó el pisapapeles y golpeó débilmente la cabeza del capitán. Sonriendo, el capitán se desplomó detrás de la mesa. Eldridge encontró el Transportador en el armario, y lo preparó para el Sector Tres. Suspiró profundamente y apretó el botón.

Una vez más, fue rodeado por la oscuridad.

Cuando abrió los ojos, estaba en una llanura cuyo suelo estaba manchado de amarillo. A su alrededor se extendía un terreno desértico, sin un solo árbol, y un viento polvoriento soplaba contra su cara. A lo lejos, pudo ver varios edificios de ladrillo y una hilera de tiendas, dispuestas a lo largo de un arroyo seco. Se encaminó hacia allí.

Este futuro, decidió, había pasado por otra variación climática. El ardiente sol había calcinado el terreno, secando los arroyos y los ríos. Si el clima tendía a ser así, podía comprender porque el siguiente sería Sin Población.

Estaba muy cansado. No había comido en todo el día, o en varios miles de años, según como uno lo mirara. Pero eso, se dio cuenta, era una falsa paradoja, una que Alfredex seguramente demolería con su lógica simbólica.

Al infierno con la lógica. Al infierno con la ciencia, las paradojas, todo. No escaparía a un lugar más lejano. Tendría que haber sitio para él en este país polvoriento. La gente de aquí —de clase orgullosa e independiente— no lo entregarían. Creían en la justicia, no en la ley. Se quedaría aquí, trabajaría, envejecería, y olvidaría a Eldridge I y sus locos planes.

Cuando llegó al poblado, vio que la gente se había reunido para darle la bienvenida. Iban vestidos con túnicas largas y flotantes, como los albornoces árabes, la única vestimenta lógica para este clima.

Un patriarca barbudo se adelantó y con la cabeza asintió gravemente hacia Eldridge.

—Los proverbios antiguos tenían razón. Para cada principio hay un final. Eldridge convino cortésmente.

—¿Alguien puede darme un trago de agua?

—Y en verdad está escrito —continuó el patriarca—, que el ladrón, teniendo un universo por el que vagar, volverá al final a la escena de su crimen.

—¿Crimen? —preguntó Eldridge, sintiendo un molesto cosquilleo en su estómago.

—Crimen —repitió el patriarca. Entre la multitud, un hombre gritó:

—¡Es un pájaro estúpido aquel que ensucia su propio nido! —La gente rugió al reír, pero a Eldridge no le gustó el sonido. Era una risa cruel.

—La ingratitud engendra la traición

—dijo el patriarca—. La maldad es omnipresente. Te apreciábamos, Thomas Eldridge. Viniste a nosotros con tu extraña máquina, trayendo un botín, y te reconocimos por tu espíritu orgulloso. Te convertía en uno de nosotros. Te protegimos de tus enemigos de los Mundos Húmedos. ¿Qué nos importaba a nosotros que los hubieras agraviado? ¿Acaso no te habían agraviado ellos? ¡Ojo por ojo!

La multitud gruñó aprobadoramente.

—Pero, ¿qué es lo que hice? —deseó saber Eldridge.

La multitud convergió hacia él, blandiendo palos y cuchillos. Una hilera de hombres vestidos con capas azul oscuro la retenían, y Eldridge se dio cuenta de que incluso aquí habían policías.

—Decíme lo que hice —persistió mientras los policías le quitaban el Transportador.

—Eres culpable de sabotaje y asesinato —le dijo el patriarca.

Eldridge miró a su alrededor, desesperado. Se había escapado de los cargos por hurto en el Sector Uno para verse acusado de ello en el Sector Dos. Se había retirado al Sector Tres, donde era buscado por asesinato y sabotaje.

Sonrió amistosamente.

—Lo único que realmente he deseado siempre ha sido un país cálido y pacífico, libros, vecinos amistosos, y el amor de una buena...

Cuando se recuperó, se encontró yaciendo sobre el duro suelo de tierra de una pequeña cárcel de ladrillos. A través de la rendija que era la ventana, pudo ver una insignificante porción de una puesta de sol. Detrás de la puerta de madera, alguien estaba gimiendo una canción.

Encontró un tazón de comida a su lado y comió con hambre de lobo su poco familiar contenido. Después de beber agua de otro tazón, se apoyó contra la pared. A través de la estrecha ventana, la puesta de sol iba desapareciendo. En el patio, un grupo de hombres estaba erigiendo una horca.

—¡Carcelero! —gritó Eldridge. A los pocos momentos pudo oír el sonido de unos pasos.

—Necesito un abogado —dijo.

—Aquí no hay abogados —replicó el hombre orgullosamente—. Aquí hay justicia —Y se marchó.

Eldridge empezó a revisar sus ideas acerca de una justicia sin ley. Estaba muy bien como concepto... pero era horrible como realidad.

Se tumbó en el suelo y trató de pensar. No pudo. Podía escuchar a los trabajadores riendo y bromeando mientras erigían la horca. Trabajaron hasta muy avanzado el atardecer.

A primeras horas de la noche, Eldridge oyó girar la llave en la cerradura. Entraron dos hombres. Uno era de mediana edad, con una pequeña y bien cuidada barba. El otro tenía más o menos la edad de Eldridge, anchos hombros y curtido.

—¿Te acuerdas de mí? —preguntó el hombre de mediana edad.

—¿Debería?

—Sí. Yo era su padre.

—Y yo era su prometido —dijo el hombre joven. Dio un paso amenazadoramente. El hombre con barba lo contuvo.

—Sé lo que sientes, Morgel, pero pagará sus crímenes en la horca.

—Colgarlo es aún poco para él, señor Becker —arguyó Morgel—. Debería ser destripado, descuartizado, quemado y dispersadas sus cenizas al viento.

—Sí, pero nosotros somos un pueblo justo y misericordioso —dijo Becker virtuosamente.

—¿El padre de quién? —preguntó Eldridge—. ¿El prometido de quién?

Los dos hombres se miraron el uno al otro.

—¿Qué es lo que hice? —preguntó Eldridge.

Becker se lo dijo.

Eldridge había llegado del Sector Dos, cargado con su pillaje, explicó Becker. La gente del Sector Tres lo habían aceptado. Eran un pueblo simple, directo y colérico, los herederos de una Tierra destrozada y asolada por la guerra. En el Sector Tres, los minerales habían desaparecido, el suelo había perdido su fertilidad. Grandes extensiones

de terreno eran radiactivas. Y el sol continuaba batiendo, los glaciares se fundían, y los océanos continuaban elevándose sobre su nivel.

Los hombres del Sector Tres estaban luchando para volver a la civilización. Tenían los rudimentos de un sistema de fabricación y unas cuantas plantas de energía. Eldridge había incrementado el rendimiento de esas estaciones, les había proporcionado un sistema de alumbrado, y enseñado los rudimentos de los principios sanitarios. Continuó sus exploraciones en los Sectores Inexplorados más allá del Sector Tres. Se convirtió en un héroe popular y la gente del Sector Tres lo adoraba y lo protegía. Eldridge había recompensado este cariño raptando a la hija de Becker.

Esta atractiva y joven muchacha estaba prometida con Morgel. Se habían hecho preparativos para su casamiento. Eldridge ignoró todo esto y mostró su verdadero carácter secuestrándola una oscura noche y colocándola en una máquina infernal de su propia invención. Cuando hizo funcionar el aparato, la muchacha desapareció. Las sobrecargadas líneas de electricidad hicieron estallar todas las instalaciones situadas en un radio de varios kilómetros.

¡Asesinato y sabotaje!

Pero la airada multitud no había podido alcanzar a tiempo a Eldridge. Había metido parte de su pillaje en una bolsa, asido su Transportador y desaparecido.

—¿Hice todo eso? —suspiró Eldridge.

—Ante testigos —dijo Becker—. El botín que quedó está en el almacén. No pudimos deducir nada de lo que quedó.

Con los dos hombres contemplándole fijamente a la cara, Eldridge miró al suelo.

Ahora sabía lo que había hecho en el Sector Tres.

A pesar de ello, la acusación de asesinato era falsa probablemente. En apariencia, había construido un modelo potente de Transportador y enviado a la muchacha a algún sitio, sin necesidad de las paradas intermedias que requerían los modelos portables. De todos modos, nadie le creería. Esta gente nunca habían oído hablar de un concepto civilizado tal como el habeas corpus.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó Becker.

Eldridge se alzó de hombros y sacudió la cabeza desvalidamente.

—¿No te traté como si fueras mi propio hijo? ¿No te defendí de la policía del Sector Dos? ¿No te alimenté y te vestí? ¿Por qué, por qué lo hiciste?

Todo lo que Eldridge podía hacer era alzarse de hombros y continuar moviendo desvalidamente su cabeza.

—Muy bien —dijo Becker—. Dile tu secreto al verdugo por la mañana.

Asió a Morgel por el brazo y se fue.

Si Eldridge hubiera tenido una pistola, la habría disparado contra sí mismo en el acto. Todas las evidencias apuntaban hacia potencialidades de maldad inherentes que nunca había sospechado. Y su tiempo se le estaba terminando. Por la mañana, sería colgado.

Y eso era injusto, completamente. El era un inocente mirón, que se veía envuelto continuamente en las consecuencias de las acciones de su antecesor... o descendiente. Pero solo Eldridge I conocía los motivos y sabía las respuestas.

Incluso si sus latrocinios estaban justificados, ¿por qué había robado las patatas, cinturones salvavidas, espejos y otras cosas?

¿Qué había hecho con la muchacha?

¿Qué estaba tratando de llevar a cabo?

Fatigado, Eldridge cerró los ojos y se dejó caer en una inquieta somnolencia.

Oyó como un sonido de arañazos y levantó la vista.

Viglin estaba allí, llevando un Transportador.

Eldridge estaba demasiado cansado para sentirse sorprendido. Lo miró por un momento, diciendo luego:

—¿Ha venido para disfrutar a mi costa?

—Yo no lo planeé así —protestó Viglin, secándose el sudor de la cara—. Debes creerme. Nunca quise matarte, Tom.

Eldridge se sentó y miró de cerca a Viglin.

—Tú me robaste mi invento, ¿verdad?

—Sí —confesó Viglin—. Pero solo lo hacía por tu bien. Hubiera repartido contigo los beneficios.

—Entonces, ¿por qué lo robaste? Viglin pareció incómodo.

—Tú no estabas interesado en el dinero.

—¿Y por eso me engañaste para que firmara unos papeles cediéndote los derechos?

—Si no lo hubiera hecho, algún otro lo hubiera hecho, Tom. Solo quería evitarte disgustos. Tenía el propósito de beneficiarte... ¡lo juro! —Se secó la frente otra vez—. Pero nunca pensé que las cosas se desarrollarían así.

—Y entonces me tendiste una trampa con esos robos —dijo Eldridge.

—¿Qué? —Viglin parecía sincero en su sorpresa—. No, Tom. Fuiste tú quien robaste esas cosas. Lo cual me vino perfectamente bien a mí... hasta ahora.

—¡Estás mintiendo!

—¿Vendría aquí para mentirte? He admitido haber robado tu invención. ¿Por qué habría de mentir sobre otras cosas?

—Entonces, ¿por qué robé?

—Creo que tenías alguna clase de plan disparatado para los Sectores Inhabitados, pero no lo sé realmente. No importa. Ahora, escúchame. No tengo forma de impedir el juicio —ahora es un asunto temporal— pero puedo sacarte de aquí.

—¿Ya dónde iré? —preguntó Eldridge desconsoladamente—. Los policías me están buscando a través de todo el tiempo.

—Te esconderé en mi finca. De verdad. Puedes ocultarte hasta que el estatuto dé las limitaciones haya expirado. Nunca se les ocurrirá buscarte en mi casa.

—¿Y qué hay de los derechos sobre mi invención?

—Continuarán siendo míos —dijo Viglin, con una parte del tono de confianza que había tenido anteriormente—. No puedo devolvértelos sin hacerme sospechoso de fraude. Pero los compartiré contigo. Y tú necesitas un socio comercial.

—Está bien, vámonos de aquí —dijo Eldridge.

Viglin había traído consigo un cierto número de herramientas, las cuales manejó con una habilidad sospechosa. A los pocos minutos, estaban fuera de la celda y ocultos en el oscuro patio posterior,

—Este Transportador no es muy potente—susurró Viglin, comprobando las baterías de la máquina—. ¿Hay alguna posibilidad de conseguir el tuyo?

—Debería estar en el almacén —dijo Eldridge.

El almacén no estaba guardado y Viglin tuvo que esforzarse muy poco en la cerradura. En su interior, hallaron la máquina de Eldridge II al lado del botín variado y sin sentido de Eldridge I.

—Vámonos —dijo Viglin. Eldridge negó con la cabeza.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Viglin, molesto.

—Yo no voy.

—Escucha, Tom, ya sé que no hay ninguna razón por la que debieras fiarte de mí. Pero realmente te daré santuario. No te estoy mintiendo.

—Te creo —dijo Eldridge—. Pero, de todos modos, no voy a volver.

—¿Qué es lo que quieres hacer?

Eldridge había estado pensando sobre ello desde que se habían escapado de la celda. Ahora se hallaba a mitad de camino. Podía volver con Viglin o continuar solo.

En realidad, no había elección. Tenía que asumir que sabía lo que estaba haciendo desde el primer momento. Acertado o equivocado, iba a continuar teniendo fe y acudir a las citas que hubiera concertado con el futuro.

—Me voy a los Sectores Inhabitados —dijo Eldridge—. Encontró un saco y empezó a llenarlo con las patatas y las semillas de zanahorias.

—¡No puedes —objetó Viglin—. La primera vez, terminaste en 1954. Puede que no tengas tanta suerte esta vez.— Podrías ser anulado completamente.

Eldridge había metido ya las patatas y las bolsas de semillas de zanahorias. A continuación dispuso de los volúmenes de Literatura Mundial, los cinturones salvavidas, las latas de repelente de tiburones y los espejos. Encima de todo eso puso las pistolas de megacarga.

—¿Tienes alguna idea de lo que vas a hacer con todas esas cosas?

—Ni la más mínima —dijo Eldridge, introduciendo las cintas de la Sinfónica en el interior de su camisa—. Pero tendrán su utilidad en algún sitio.

Viglin suspiró profundamente.

—No olvides que debes dejar un lapso de media hora entre saltos o serás anulado. ¿Tienes un reloj?

—No, lo olvidé en mi habitación.

—Toma el mío. Un Deportista Especial. —Viglin lo sujetó a la muñeca de Eldridge—. Buena suerte, Tom. De verdad.

—Gracias.

Eldridge ajustó el botón para el salto más lejano que podía efectuar hacia el futuro. Sonrió a Viglin y apretó el botón.

Hubo el momento normal de oscuridad, luego una repentina y helada sensación. Cuando Eldridge abrió los ojos, se encontró con que estaba bajo el agua.

Salió a la superficie, luchando contra el peso del saco. Una vez que tuvo la cabeza sobre el agua, miró a su alrededor buscando la tierra más próxima.

No había tierra. Largas y suaves olas se dirigían hacia él desde un horizonte ilimitado, elevándolo y pasando de largo, hacia una orilla oculta.

Eldridge rebuscó en su saco, encontró los cinturones salvavidas y los hinchó. Pronto estuvo flotando en la superficie, tratando de imaginar lo que le había ocurrido al estado de Nueva York.

Cada salto en el futuro lo había llevado a un clima más tórrido. Aquí, a innumerables miles de años de 1954, los glaciares debían haberse derretido. Probablemente una gran parte de la Tierra se hallaba sumergida. Sus planes habían sido correctos al tomar los cinturones salvavidas. Aquello le daba confianza para el resto de su viaje. Ahora tendría que flotar durante media hora, para evitar la anulación.

Se reclinó hacia atrás, sostenido por los salvavidas, y admiró las formaciones de nubes en el cielo.

Algo lo rozó.

Eldridge miró hacia abajo y vio una larga y negra forma que se deslizaba bajo sus pies. Se le unió otra y empezaron a dirigirse hacia él, vorazmente.

¡Tiburones!

Rebuscó alocadamente en el saco, desparramando los espejos en su prisa, y encontró una lata de repelente de tiburones. La abrió, la vertió a su alrededor, y una mancha color naranja empezó a extenderse sobre el agua negro azulada.

Ahora habían tres tiburones. Nadaron cautelosamente alrededor del círculo de repelente que se expandía. Un cuarto se unió a ellos, se introdujo en la mancha color naranja, y se retiró con rapidez hacia las aguas limpias.

Eldridge se alegró de que el futuro hubiera producido un repelente de tiburones que realmente era efectivo.

A los cinco minutos, una parte de la mancha naranja había desaparecido. Abrió otra lata. Los tiburones no perdían la esperanza, pero no se introducían en la mancha coloreada. Vacío una lata cada cinco minutos. El empate se mantuvo durante la media hora de espera.

Eldridge comprobó los ajustes y asió el saco fuertemente. No sabía para qué servirían los espejos o las patatas, o porque eran necesarias las semillas de zanahorias. Simplemente, tendría que correr el riesgo.

Apretó el botón y fue envuelto por la oscuridad familiar.

Se encontró hundido hasta los tobillos en un espeso pantano de olor maligno. El calor era asfixiante y una nube de enormes mosquitos zumbaba alrededor de su cabeza.

Esforzándose en salir del barro pegajoso, acompañado por los siseos y cliqueteos de animales invisibles, Eldridge encontró una porción sólida de terreno bajo un pequeño árbol. La verde jungla lo rodeaba, salpicada de llamativos colores púrpura y rojos.

Eldridge se reclinó contra el árbol para esperar el transcurso de la media hora. En este futuro, en apariencia, las aguas del océano se habían retirado, creciendo la jungla primitiva. ¿Habría humanos aquí? ¿Quedaba alguien sobre la Tierra? No podía estar seguro. Parecía como si el mundo estuviera principiando otra vez.

Eldridge oyó un sonido como un balido y vio una confusa forma de color verde moviéndose contra el brillante verde del follaje. Algo se estaba dirigiendo hacia él.

Lo observó. Tenía casi cuatro metros de alto, la rugosa piel de un lagarto y anchos y amplios pies. Se parecía extraordinariamente a un dinosaurio pequeño.

Eldridge contempló cautelosamente al gran reptil. La mayoría de los dinosaurios eran herbívoros, se recordó a sí mismo, especialmente los que vivían en los pantanos. Con toda probabilidad este solamente quería olisquearlo. Luego, retornaría a roer la hierba.

El dinosaurio bostezó, revelando un magnífico conjunto de dientes puntiagudos, y empezó a aproximarse a Eldridge con aspecto decidido.

Eldridge hundió la mano en el saco, apartó diversos artículos, y asió una pistola megacarga.

Mejor que esto funcionara, rogó, y disparó.

El dinosaurio desapareció en una nube de humo. Solo quedaron unas pocas tiras de carne y un olor a ozono para mostrar donde había estado. Eldridge miró a la pistola megacarga con un nuevo respeto. Ahora comprendía porque su precio era tan elevado.

Durante la siguiente media hora, un cierto número de habitantes de la jungla se interesó vivamente por él. Cada pistola solo servía para unos pocos disparos, lo cual no era sorprendente, teniendo en cuenta su destructividad. A la última se le empezó a debilitar la carga; tuvo que liquidar a un pterodáctilo golpeándolo con el cañón de la misma.

Cuando hubo pasado la media hora, ajustó otra vez el dial, deseando poder saber lo que le esperaba. Se preguntó como se suponía que iba a enfrentarse a nuevos peligros con algunos libros, patatas, semillas de zanahoria y espejos.

Tal vez ya no habían peligros más allá.

Solo había un modo de comprobarlo. Apretó el botón.

Se hallaba en una colina cubierta de hierba. La densa jungla había desaparecido. Ahora había un bosque de pinos, susurrando en la brisa, extendiéndose ante él, un terreno sólido bajo sus pies, y un templado sol en el cielo.

El pulso de Eldridge se aceleró al pensar que este podría ser su objetivo. Siempre había tenido un trazo de atavismo, un deseo de encontrar un lugar no afectado por la civilización. El amargado Eldridge I, robado y traicionado, debía haber sentido lo mismo aún más fuertemente.

Era un poco decepcionante. A pesar de todo, no estaba mal, decidió. Excepto por la soledad. Si solo hubiera gente...

Un hombre salió del bosque. Tenía menos de un metro cincuenta de altura, musculoso como un luchador y llevaba una corta túnica de piel. Su epidermis tenía un color gris. Así una rama de árbol, que había sido transformada burdamente en un garrote.

Dos docenas de otros salieron del bosque situado detrás suyo. Avanzaron directamente hacia Eldridge.

—Hola, muchachos —dijo Eldridge plazeramente.

El líder replicó en un lenguaje gutural e hizo un gesto con la palma de la mano.

—Os traigo cosechas bendecidas —dijo Eldridge prontamente—. Tengo justamente lo que necesitáis. —Metió la mano en el saco y extrajo un paquete de semillas de zanahoria—. ¡Semillas! Avanzaréis un millar de años en la civilización...

El líder gruñó con furia y sus seguidores empezaron a rodear a Eldridge. Extendieron sus manos, con las palmas hacia arriba, gruñendo excitadamente.

No quisieron el saco y rehusaron la pistola descargada. Ahora lo tenían rodeado casi completamente. Los garrotos estaban siendo levantados y aún no tenía ni idea de lo que deseaban.

—¿Patatas? —preguntó desesperado.

Tampoco querían las patatas.

Aún tenían que transcurrir dos minutos en su máquina del tiempo. Se giró y corrió.

Los salvajes lo persiguieron al instante. Eldridge corrió en el bosque como un galgo, esquivando a través de los juntos y apretados árboles. Varios garrotos zumbaron a su lado.

Un minuto más.

Tropezó en una raíz, se irguió y continuó corriendo. Los salvajes le estaban pisando los talones.

Diez segundos. Cinco segundos. Un garrote rebotó en su hombro.

¡Ahora! Extendió una mano hacia el botón... y un garrote se estrelló contra su cabeza, derribándolo al suelo. Cuando pudo enfocar la vista otra vez, el líder de los salvajes estaba al lado del Transportador Temporal, con el garrote levantado.

—¡No! —chilló Eldridge, preso de pánico.

Pero el líder sonrió en forma salvaje y dejó caer el garrote. En pocos segundos, había reducido la máquina a un montón de chatarra.

Eldridge fue arrastrado hasta una cueva, maldiciendo desesperadamente. Dos salvajes guardaban la entrada. En el exterior, pudo ver a un grupo de mujeres amontonando leña. A juzgar por sus risas, estaban preparando una fiesta.

Eldridge se dio cuenta, con una sensación de desmayo, que él sería el plato principal.

No es que le importase. Habían destruido su Transportador. Ningún Viglin podía rescatarlo en este tiempo. Se hallaba al final de su camino.

Eldridge no quería morir. Pero lo peor de todo era el pensar en morir sin saber lo que Eldridge I había planeado.

En alguna manera, parecía injusto.

Durante varios minutos, se quedó sentado en abyecta autocompasión. Luego se arrastró más hacia el interior de la caverna, esperando encontrar otra salida al exterior.

La caverna terminaba abruptamente contra una pared de granito. Pero encontró algo más.

Un zapato viejo.

Lo cogió y lo contempló fijamente. Por alguna razón le preocupaba, a pesar de que era un zapato completamente ordinario, de piel marrón, igual que los que tenía puestos.

Entonces se dio cuenta del anacronismo.

¿Qué era lo que estaba haciendo un artículo manufacturado como un zapato en esta edad en el alba de los tiempos?

Comprobó la medida, y rápidamente se lo probó. Le ajustaba perfectamente, lo cual hacía obvia la respuesta... Debía haber pasado por aquí en su primer viaje.

¿Pero por qué había dejado un zapato?

Había algo en su interior, demasiado blando para ser un guijarro, demasiado rígido para ser un pedazo de forro roto. Se sacó el zapato y encontró un pedazo de papel enrollado en el dedo gordo de su pie. Lo desenrolló y leyó en su propia escritura:

Maldito asunto estúpido... ¿Cómo se dirige uno a sí mismo? «¿Querido Eldridge?» De acuerdo, olvidemos el saludo; leerás esto porque yo ya lo he hecho, y, naturalmente, lo estoy escribiendo, de otro modo no podrías leerlo, ni yo hubiera estado aquí.

Mira: estás en una situación difícil. A pesar de ello, no te preocupes. Saldrás entero de ella. Estoy dejando un Transportador Temporal para que te lleve a donde tengas que ir a continuación.

La cuestión es: ¿dónde ir?

Deliberadamente estoy ajustando el Transportador antes del lapso de media hora que es necesario, sabiendo que habrá un efecto de anulación. Eso significa que el Transportador se quedará aquí para que lo utilices. ¿Pero qué me ocurrirá a mí?

Creo que lo sé. Aún así, estoy aterrizado... Esta es la primera anulación que habré experimentado. Pero preocuparme acerca de ello no tiene sentido; sé que todo ha de ir bien porque no hay paradojas temporales.

Bueno, ahí voy. Apretaré el botón y me anularé. Después, la máquina es tuya.

Deséame suerte.

¡Desearle suerte! Eldridge rompió violentamente la nota y la tiró lejos de sí. Pero Eldridge I había efectuado la anulación a propósito y había sido llevado atrás en el futuro, ¡lo que significaba que el Transportador no se había ido con él! ¡Debía estar aún aquí!

Eldridge empezó a buscar frenéticamente en la cueva. Si solo pudiera encontrarlo y apretar el botón, podría continuar. ¡Tenía que estar aquí!

Varias horas más tarde, cuando los guardias lo arrastraron fuera, aún no lo había encontrado.

El poblado entero se había reunido y parecían estar de fiesta. Los recipientes de barro eran pasados libremente, y dos o tres hombres ya habían caído redondos. Pero los guardias que conducían a Eldridge aún estaban lo bastante sobrios.

Lo llevaron a un pozo ancho y profundo. En el centro del mismo se hallaba lo que parecía ser un altar de sacrificios. Estaba decorado con colores chillones, y amontonado a su alrededor había una enorme pirámide de ramas secas.

Eldridge fue empujado hacia allí, y empezó la danza.

Trató varias veces de escabullirse, pero fue echado hacia atrás a cada vez. La danza continuó durante horas, hasta que el último bailarín se hubo desplomado, exhausto.

Un hombre viejo se aproximó al borde del pozo, llevando una antorcha encendida. Gesticuló con ella y la lanzó al interior.

Eldridge la apagó pateándola. Pero llovieron más antorchas, prendiendo las ramas exteriores. Llamearon brillantemente, y se vio forzado a retroceder hacia el interior, hacia el altar.

El círculo llameante se cerró, haciéndolo retroceder más. Al final, jadeando, con los ojos ardiendo, las piernas vacilantes, cayó atravesado en el altar mientras las llamas lo lamían.

Sus ojos estaban cerrados y se asió fuertemente a los botones... ¿Botones?

Miró. Bajo su alegre decoración!, el altar era un Transportador Temporal... el mismo Transportador, sin lugar a dudas, que Eldridge I había traído hasta aquí y dejado para él. Cuando Eldridge I desapareció, debían haberlo venerado como un objeto sagrado.

Y tenía cualidades mágicas.

El fuego estaba chamuscando sus pies cuando ajustó el regulador. Con su dedo puesto en el botón, vaciló.

¿Qué le depararía el futuro? Todo lo que tenía como equipo era un saco de semillas de zanahoria, patatas, las grabaciones sinfónicas, los volúmenes microfilmados de literatura mundial, y pequeños espejos.

Pero ahora ya había llegado hasta tan lejos. Vería el final.
Apretó el botón.

Abriendo sus ojos, Eldridge se encontró de pie en una playa. El agua le estaba lamiendo los dedos de los pies, y podía oír el embate de las olas.

La playa era larga y estrecha y deslumbradoramente blanca. Frente a él, un océano azul se extendía hasta el infinito. Detrás suyo, a la orilla de la playa, había una hilera de palmeras. Creciendo entre ellas, se hallaba la vegetación de una isla tropical.

Oyó un grito.

Eldridge miró a su alrededor, buscando algo con lo que defenderse. No tenía nada, nada. Estaba indefenso.

Los hombres llegaron corriendo desde la selva hacia él. Estaban gritando algo extraño. Escuchó cuidadosamente.

—¡Bienvenido! ¡Bienvenido otra vez! —gritaban.

Un gigantesco hombre moreno lo estrechó con un abrazo de oso.

—¡Has vuelto! —exclamó.

—¿Eh?... Sí —dijo Eldridge.

Más gente estaba corriendo hacia la playa. Eran una raza atractiva. Los hombres eran altos y atezados, y las mujeres, en su mayoría, eran esbeltas y hermosas. Parecían ser la clase de gente que a uno le gustaría tener como vecinos.

—¿Las has traído? —preguntó un delgado hombre viejo, jadeando tras su carrera por la playa.

—¿Traído qué?

—Las semillas de zanahoria. Prometiste que las traerías. Y las patatas.

Eldridge las extrajo de sus bolsillos.

—Aquí están —dijo.

—Gracias. ¿Crees realmente que crecerán en este clima? Supongo que podríamos construir un...

—Luego, luego —interrumpió el hombretón—. Debes estar cansado.

Eldridge pensó en lo que le había ocurrido desde la última vez que se despertó, allá en 1954. Subjetivamente, solo era un día o así, pero había cubierto en él miles de años en ambos sentidos, y estaba repleto de arrestos, huidas, y extrañas incógnitas.

—Cansado —dijo—. Mucho.

—¿Tal vez te gustaría volver a tu propia casa?

—¿Mi propia casa?

—Ciertamente. La casa que edificaste mirando a la laguna. ¿No te acuerdas de ella?

Eldridge sonrió débilmente y negó con la cabeza.

—¡No lo recuerda! —gritó el hombre.

—¿No te acuerdas de nuestras partidas de ajedrez? —preguntó otro hombre.

—¿Y nuestras sesiones de pesca? —intercaló un muchacho.

—¿O las excursiones y fiestas?

—¿Los bailes?

—¿Y nuestras salidas a vela?

Eldridge negó con la cabeza a cada pregunta ansiosa y preocupada.

—Todo eso fue antes de que volvieras a tu propio tiempo —le dijo el hombretón.

—¿Volvieras a mi...? —preguntó Eldridge. Aquí estaba todo lo que siempre había deseado. Paz, satisfacción, clima cálido, buenos vecinos. Buscó en el interior del saco y de su camisa. Y libros y música, añadió mentalmente a la lista. ¡Buen Dios, nadie que

estuviera en su sano juicio se iría de un lugar como este! Y eso le llevó a una pregunta importante.

—¿Por qué me marché de aquí?

—¡Has de acordarte de eso! —dijo el hombretón.

—Me temo que no.

Una muchacha esbelta, de cabellos rubios, se adelantó.

—¿Realmente no te acuerdas de haber vuelto a por mí?

Eldridge la contempló.

—Tú debes ser la hija de Becker. La chica que estaba prometida con Morgel. La que rapté.

—Morguel creyó que estaba prometido conmigo —dijo ella—. Y no me raptaste. Vine por mi propia voluntad.

—Oh, ya veo —respondió Eldridge, sintiéndose como un idiota—. Quiero decir que creo que ya lo veo. Es decir... es un placer conocerte —terminó tontamente.

—No necesitas ser tan formal —dijo ella—. Después de todo, estamos casados. Y me trajiste un espejo, ¿verdad? Me lo aseguraste.

Su misión se había completado. Eldridge sonrió, sacó un espejo, se lo entregó, y le pasó el saco al hombretón. Complacida, ella se arregló las cejas y el cabello en esa forma en que lo hacen las mujeres cada vez que se ven reflejadas en un espejo.

—Vámonos a casa, querido —dijo ella.

Eldridge no sabía su nombre, pero le gustaba lo que veía. Le gustaba mucho. Pero eso solo era lo natural.

—Me temo que ahora no puedo —replico, mirando su reloj. La media hora estaba a punto de terminar—. Primero, tengo que hacer algo. Pero volveré dentro de muy poco tiempo.

Ella sonrió en forma radiante.

—No me preocuparé. Dijiste que volverías y lo has hecho. Y has traído contigo los espejos y las semillas y las patatas, tal como nos habías dicho.

Ella le besó. Eldridge estrechó las manos de todos los que había a su alrededor. En cierta forma, esto simbolizaba la consumación del ciclo que Alfredex había utilizado para demoler el estúpido concepto de las paradojas temporales.

La familiar oscuridad se tragó a Eldridge cuando este apretó el botón en su Transportador.

Había cesado de ser Eldridge II.

A partir de este momento, era Eldridge I y sabía exactamente a donde iba a ir, que es lo que iba a hacer y las cosas que necesitaba para todo ello. Esto le conduciría a su objetivo y a la muchacha, porque no había duda de que iba a volver aquí y vivir su vida junto a ella, sus buenos vecinos, libros y música, en paz y satisfacción.

Era maravilloso saber que todo iba a suceder tal como él siempre lo había soñado.

Incluso tuvo un sentimiento de afecto y gratitud para Viglin y Alfredex.

UN HOMBRE DE SUERTE

La verdad es que aquí estoy magníficamente bien. Pero es necesario tener en cuenta que soy una persona afortunada. Fue por un simple golpe de suerte que me enviaron a la Patagonia. Entendámoslo bien: no se debió a influencias ni a méritos personales. Soy bastante buen meteorólogo, pero podrían haber enviado uno mejor. De cualquier modo, he tenido la maravillosa fortuna de estar allí donde convenía en el momento preciso.

Para colmo de maravillas, el ejército equipó mi estación meteorológica con casi todos los artefactos conocidos por el hombre. Naturalmente, no son sólo para mí. El ejército proyectaba la instalación de una base entera en este punto; pero trajeron todo el equipo y abandonaron el proyecto.

De todos modos, mientras mostraron interés seguí enviando mis informes meteorológicos.

Pero ¡qué artefactos! La ciencia me ha sorprendido siempre. Yo mismo soy algo así como un científico, según supongo, pero no del tipo creativo y en eso radica la diferencia. A los científicos creativos se les pide cualquier cosa, por imposible que sea y ellos realizan la obra; invariablemente la hacen. Es algo que impone respeto.

A mi modo de ver, algún general debe haber dicho a los científicos: «Muchachos, estamos muy escasos de especialistas y no hay manera de reemplazarlos. Esas tareas quedarán a cargo de hombres que no disponen de la preparación adecuada. Parece imposible, pero ¿qué pueden hacer ustedes para solucionarlo?» Y los científicos se pusieron a trabajar en serio; el resultado son todos estos libros y estos artefactos increíbles.

La semana pasada, por ejemplo, me dolía una muela. Al principio pensé que sería sólo el frío, porque aquí hace bastante frío, a pesar de las erupciones volcánicas. Pero no: era un dolor de muelas. Entonces saqué el aparato dental, lo instalé y leí lo que debía leer. Me revisé, para clasificar el diente, el dolor y la cavidad. Después me apliqué una inyección, limpié el diente y lo rellené. Antes, los dentistas estudiaban durante años para aprender esto que yo hice, por necesidad, en cinco horas.

Veamos la comida. Me estaba poniendo horriblemente gordo, pues no tenía nada que hacer, salvo enviar los informes meteorológicos. Pero cuando dejé de hacerlo, empecé a preparar platos que habrían despertado la envidia de los mejores cocineros del mundo. En otros tiempos, la cocina era un arte, pero una vez que los científicos se encargaron de ella, la convirtieron en una ciencia exacta.

Podría llenar páginas enteras con esa clase de cosas. Gran parte del equipo que me facilitaron no me sirve de nada, puesto que estoy solo. Pero cualquiera podría actuar como un abogado práctico y competente, con sólo seguir las indicaciones disponibles. Están estudiadas en forma tal que una persona de inteligencia normal halla sin dificultades las secciones que es necesario dominar para ganar determinado pleito y explicadas en idioma sencillo.

Como siempre he sido un hombre de suerte, nadie me ha entablado pleitos; pero me gustaría que alguien hiciera la prueba. Así me daría el gusto de probar esos libros de leyes.

También está la edificación. A mi llegada tuve que vivir en una cabaña Quonset (*). Pero desempaqué algunas de esas maravillosas máquinas de construir y encontré materiales con los que cualquiera puede trabajar. Así me construí una casa a prueba de bombas, con cinco habitaciones y baño azulejado. En realidad, no son azulejos, por supuesto, pero parecen auténticos y son muy fáciles de colocar. El alfombrado de pared a pared tampoco ofrece dificultades, una vez que se han leído bien las instrucciones.

Lo que más me sorprendió fue el sistema de cañerías para la casa. Los trabajos de fontanería siempre me parecieron una cosa complicadísima, peor que la medicina o la odontología. Pero no tuve el menor problema. Tal vez mi trabajo sea imperfecto a los ojos de un profesional, pero yo me siento muy satisfecho. Dispongo de una serie de filtros, esterilizadores, purificadores, fortificantes, etcétera, que me proporcionan un agua libre de todo germen, aun de los más resistentes. Yo mismo los instalé.

A veces me siento solitario y en eso los científicos no pueden ayudar mucho. No hay sustitutos para la compañía.

Pero quizá, con un poco más de esfuerzo, podrían haber descubierto algo para aliviar la completa soledad de los tipos aislados como yo.

Por aquí no hay siquiera patagones con los que pueda hablar. Los pocos que había se fueron hacia el norte después del maremoto. Y la música no es de gran ayuda. Sin embargo, personalmente no me importa mucho estar solo. Tal vez ésa es la razón por la cual me enviaron aquí.

De cualquier modo, me gustaría que hubiese algunos árboles.

¡La pintura! ¡Olvidé mencionar la pintura! Todo el mundo sabe lo complicado que es eso. Hay que entender de perspectiva, de línea, de masa y de color; qué sé yo cuántas cosas. Para lograr algo decente es necesario ser algo así como un genio. En cambio, yo no tengo más que elegir los pinceles, instalar la tela y pinto cualquier cosa que me llame la atención. El libro me indica todo lo que debo hacer. Tengo aquí unos óleos espectaculares con crepúsculos. Son dignos de una exposición. ¡Nadie ha visto crepúsculos como éstos! ¡Colores encendidos, formas imposibles! Todo debido al polvo suspendido en el aire.

Y también oigo mejor. ¿No he dicho que soy un hombre de suerte? Con la primera conmoción cerebral, los tímpanos me quedaron completamente destrozados; pero dispongo de un audífono tan pequeño que es apenas visible y oigo mejor que nunca.

Eso me lleva a hablar de la medicina; es el mayor adelanto científico. El libro me dice cómo debo obrar con respecto a cualquier problema. Me he practicado una apendicectomía que hasta hace unos pocos años se consideraba imposible. Bastó con estudiar los síntomas y seguir las instrucciones: listo. Me he suministrado la medicación necesaria para toda clase de enfermedades; claro está, con respecto al envenenamiento por radiactividad no puedo hacer nada. Sin embargo, no es culpa de los libros. Nadie puede hacer nada para curar el envenenamiento por radiactividad. Aunque me hiciera examinar por los mejores especialistas del mundo, no podrían hacer nada.

Eso, en el caso de que todavía quedaran especialistas. No los hay, por supuesto.

Pero no es tan terrible. Yo sé hacer de modo que no importe. Y no es que mi suerte se haya acabado, ni nada de eso. Ocurre, simplemente, que a todo el mundo se le ha acabado la suerte.

Bueno, pensándolo bien, esto no parece gran cosa como credo; no he puesto bastante convencimiento. Será mejor estudiar uno de esos libros para escribir. Así sabré cómo expresar las cosas de la mejor manera posible. Es decir, mi opinión sobre la ciencia y lo agradecido que me siento. Tengo treinta y nueve años. Aunque muera mañana mismo, he vivido más que la gran mayoría. Pero eso se debe a que soy un hombre de suerte y siempre he estado donde convenía en el momento preciso.

Creo que no vale la pena leer el libro para aprender a escribir, puesto que no hay quien lea una palabra del manuscrito. ¿Para qué sirve escribir, sin público lector?

La fotografía resulta más interesante.

Además, debo desempacar algunas herramientas para cavar tumbas y construir un mausoleo y tallar una lápida para mi sepultura.

NO TOCAR

El detector de masa lanzó un destello rosado y en seguida lo repitió en rojo. Agee, quien trajinaba con los controles a la espera de que Víctor terminara de preparar la cena, levantó la vista, anunció, por encima del siseo del aire en fuga. El capitán Barnett asintió. Acabó de preparar el parche caliente y lo estampó sobre el casco gastado de la Endeavor. El silbido del aire se redujo a un gemido grave, pero no cesó del todo. Como siempre.

Cuando Barnett se acercó, el planeta era ya visible tras el borde de un pequeño sol rojo. Resplandecía en verde contra la negra noche del espacio y ambos tuvieron la misma idea. Fue Barnett quien la expresó en palabras:

—¿Habrá allí algo que valga la pena? — dijo, frunciendo el ceño.

Agee, esperanzado, levantó una de sus cejas blancas. Los dos observaron los datos registrados por los diales.

Si la Endeavor hubiese circulado por las Rutas Galácticas Australes de costumbre, jamás habrían podido detectar ese planeta. Pero la policía de la Confederación era cada vez más estricta por esos parajes y Barnett prefería rehuirle.

La Endeavor figuraba registrada como nave comercial, pero su única carga consistía en varias botellas de un ácido extremadamente poderoso, utilizado para abrir cajas fuertes y tres bombas atómicas de mediano poder. Las autoridades contemplaban con recelo esa clase de mercaderías y con frecuencia intentaban acusar a la tripulación de antiguos delitos: un asesinato en la Luna, latrocinios en Omega, asalto y escalamiento en Samia II. Crímenes antiguos y casi olvidados, que la policía investigaba empecinadamente.

Para peor, la Endeavor era presa fácil para los modernos cruceros de la policía. Por lo tanto, habían resuelto tomar un ruta exterior hacia Nueva Atenas, donde se había descubierto recientemente un importante yacimiento de uranio.

—No parece gran cosa — comentó Agee, inspeccionando los indicadores con aire crítico.

—Será mejor pasar de largo — replicó Barnett.

Los datos no revelaban nada interesante. Parecía tratarse de un planeta más pequeño que la Tierra, no registrado en los mapas y sin más valor comercial que el del oxígeno contenido en su atmósfera. La nave pasó de largo a su lado, pero en ese momento el detector de metales pesados cobró vida.

—¡Allá abajo hay algo! — gritó Agee, interpretando velozmente los múltiples datos — Metales puros, muy puros. ¡Y en la superficie!

Echó una mirada a Barnett y éste asintió. La nave describió entonces una curva en dirección al planeta.

Víctor se aproximó desde la parte trasera, con una diminuta gorra de lana puesta al descuido sobre la cabezota afeitada; por encima del hombro de Barnett, contempló las maniobras de Agee, que hacía descender la nave en espiral cerrada. A unos quinientos metros de la superficie, el depósito de metales pesados se tornó visible.

Era una nave espacial, posada sobre la popa, en un claro natural de la vegetación.

—Esto sí que es interesante — dijo Barnett.

Indicó a Agee que se aproximara otro poco y éste lo hizo con gran habilidad. Aunque había pasado ya la edad en que los pilotos debían retirarse por fuerza, su coordinación era perfecta. Parado y sin un céntimo, había dado con Barnett y firmado contrato con él. El capitán nunca rehusaba ayuda a otro ser humano, si con ello podía obtener alguna ventaja, cierta utilidad. Los dos compartían una misma opinión con respecto a la propiedad privada, aunque a veces disentían con respecto a la manera de adquirirla. Agee iba a lo seguro. Barnett, por el contrario, tenía más coraje del que convenía a un ejemplar de especie tan frágil como el Homo Sapiens.

Próximos ya a la superficie del planeta, comprobaron que la nave extraña superaba en tamaña a la Endeavor; era nueva y reluciente. La forma del casco les resultó muy poco familiar.

—¿Alguna vez viste algo como eso? — preguntó Barnett. Agee rebuscó en su amplia memoria.

—Me recuerda en algo a las naves de los cefianos, aunque ellos no acostumbran hacerlas tan sólidas. Estamos bastante apartados. Probablemente no sea siquiera una nave de la Confederación.

Víctor contemplaba aquella nave boquiabierto y maravillado.

—Nos vendría bien una nave así, ¿no, capitán? — dijo, con un ruidoso suspiro.

La súbita sonrisa de Barnett fue como una grieta abierta en el granito.

—Víctor — dijo —, en tu simplicidad has dado en el clavo. Nos vendría muy bien una nave como ésa. Bajemos a hablar con su capitán.

Antes de sujetarse con las correas, Víctor verificó que las pistolas congelantes estuvieran bien cargadas.

Cuando la nave se hubo posado, lanzaron una señal luminosa verde y anaranjada, indicando que deseaban parlamentar, pero la nave desconocida no respondió. La atmósfera del planeta resultó respirable; la temperatura era de setenta y dos grados Fahrenheit. Tras algunos minutos de espera, resolvieron salir, con las pistolas congelantes preparadas bajo los chalecos. Con la sonrisa más amistosa de que eran capaces, recorrieron los treinta metros que separaban las naves.

Visto desde cerca, aquel vehículo era magnífico. El pellejo centelleante, de color gris plateado, apenas mostraba huellas del contacto con los meteoritos. La esclusa de aire estaba abierta y un murmullo grave indicaba que los generadores se estaban cargando.

—¿Hay alguien aquí? — preguntó Víctor, asomado a la esclusa.

Su voz despertó huecas resonancias en el interior de la nave, pero no hubo más respuesta que el ronroneo de los generadores y el susurrar del pasto en la llanura.

—¿Adonde habrán ido? — preguntó Agee.

—A tomar un poco de aire, sin duda — respondió Barnett —. No creo que esperaran visitas.

Víctor se sentó plácidamente en el suelo, mientras Barnett y Agee examinaban la base de la nave, admirando sus grandes portillas de conducción.

—¿Crees que podrías manejar los controles? — preguntó Barnett.

—¿Por qué no? — fue la réplica de Agee — Para empezar, el sistema de conducción es convencional. Los servos no son problema: todos los seres que respiran oxígeno emplean sistemas similares. Es sólo cuestión de tiempo.

—Alguien viene — anunció Víctor.

A toda prisa, volvieron a la esclusa. A unos ciento cincuenta metros de la nave había un bosque enmarañado y una silueta acababa de aparecer entre los árboles. Iba hacia ellos.

Agee y Víctor dispararon simultáneamente.

Los binoculares de Barnett revelaron la silueta diminuta en una forma rectangular, de unos sesenta centímetros de altura por treinta de ancho; su grosor no superaba los cinco centímetros. El desconocido no tenía cabeza.

Barnett frunció el ceño. Nunca hasta entonces había visto un rectángulo que flotara sobre la hierba alta.

Al graduar sus binoculares, pudo ver que el extraño era toscamente humanoide. Es decir, tenía cuatro miembros. Los dos inferiores, casi ocultos por el pasto, le servían para caminar; los otros dos se proyectaban rígidamente en el aire. En el medio, Barnett logró distinguir dos ojos diminutos y una boca. Aquella criatura no llevaba ninguna especie de casco ni traje protector.

—¡Qué aspecto extraño! — musitó Agee, ajustando la apertura de su pistola —. ¿Será el único tripulante?

—¡Ojalá! — replicó el capitán, levantando su propia arma.

—Cinco metros de alcance — observó Agee, apuntando —. ¿Quiere hablar antes con él, capitán?

—¿Y qué tengo que decirle? — preguntó Barnett, sonriendo con pereza — De cualquier modo, déjalo acercarse un poco más. No conviene errar.

Agee asintió y mantuvo su pistola apuntada hacia el desconocido.

Kalen se había detenido en aquel pequeño mundo desierto con la esperanza de conseguir unas cuantas toneladas de erolio, mineral muy apreciado por los mabogianos. Desilusionado, volvía con la bomba de thetnita sin usar guardada en la bolsa marsupial, junto con una nuez kerla perdida por allí. Tendría que regresar a Mabog con lastre en vez de carga.

«Bueno», pensó, al salir del bosque, «tal vez tenga más suerte la próx...»

Se interrumpió, sorprendido: junto a su nave espacial había otro vehículo, fino y extrañamente ahusado. No se le había ocurrido que pudiera haber otros seres en ese condenado planetita.

¡Y los tripulantes lo esperaban frente a su propia esclusa de aire! Kalen vio de inmediato que tenían un aspecto vagamente mabogiano. En la Unión Mabogiana había una raza muy parecida a ellos, pero las naves que construían eran completamente distintas. La intuición le sugirió que esos desconocidos bien podrían ser representantes de la gran civilización que, según los rumores, se había desarrollado en la periferia de la galaxia.

Ansioso, se adelantó hacia ellos.

Cosa extraña: los desconocidos no se movieron. ¿Por qué no salían a su encuentro? Era indudable que lo habían visto, pues los tres lo estaban señalando.

Apresuró la marcha, comprendiendo que sus costumbres le eran totalmente desconocidas. Era de esperar que no se entregaran a ceremonias prolongadas y fatigosas. Había bastado una hora en ese planeta ponzoñoso para que se sintiera agotado. Tenía hambre y necesitaba también una buena ducha.

Un frío intenso le golpeó, lanzándolo hacia atrás. Echó a su alrededor una mirada aprensiva. ¿Qué era eso? ¿Alguna desconocida propiedad del planeta?

Volvió a caminar. Un nuevo impacto dio contra él, congelándole la primera capa de pellejo.

Eso era grave. Los mabogianos se contaban entre las formas de vida más resistentes de la galaxia, pero tenían un límite. Kalen trató de localizar la causa de aquel ataque.

¡Los desconocidos estaban disparando contra él!

Por un momento, sus centros pensantes se negaron a aceptar la prueba presentada por los sentidos. Kalen sabía lo que era un asesinato. Había observado con pasmado horror semejante perversión entre ciertas especies animales degeneradas y también existían, por supuesto, libros de psicología de lo anormal, donde estaban documentados todos los casos de homicidios premeditados que se produjeran en la historia de Mabog.

¡Pero que eso le ocurriera a él! Se sentía incapaz de creerlo.

Otro disparo hizo blanco en él. Permaneció inmóvil, tratando de convencerse de que aquello era real y verídico. Pero no parecía posible: unas criaturas como aquéllas, dotadas del sentido de cooperación indispensable para conducir una nave espacial, no podían ser capaces de asesinar.

¡Además, ni siquiera lo conocían!

Casi demasiado tarde, Kalen giró sobre sus talones y corrió hacia la selva. Los tres desconocidos disparaban ya al mismo tiempo; el pasto, a su alrededor, se había convertido en una escarcha blanca y crujiente. En cuanto a él, tenía la epidermis completamente congelada. La constitución de los mabogianos no estaba preparada para soportar el frío y éste se iba filtrando hacia los órganos internos.

Pero aún no podía creerlo.

Llegó a la selva. Un doble disparo lo alcanzó en el momento en que se deslizaba tras un árbol. Sintió que su organismo interno luchaba desesperadamente por restaurar el calor a su cuerpo; con una profunda pena, permitió que la oscuridad se apoderara de él.

—Qué ser estúpido — observó Agee, enfundando su pistola.

—Estúpido y fuerte — agregó Barnett —. Pero ninguna forma de vida basada en el oxígeno resiste estos disparos.

Con una sonrisa orgullosa, palmeó el costado gris de la nave.

—La llamaremos Endeavor II — dijo.

—¡Tres hurras por el capitán! — gritó Víctor, entusiasmado.

—No malgastes aliento — dijo Barnett —; te hará falta. Y agregó, levantando los ojos hacia el cielo:

—Nos quedan cuatro horas de luz. Víctor, traslada los alimentos, el oxígeno y las herramientas de la Endeavor I y desarma las pilas. Algún día volveremos a rescatarla, pero quiero despegar antes de que se ponga el sol.

Víctor se apresuró a obedecer, mientras Barnett y Agee entraban en la nave.

La mitad posterior de la Endeavor II estaba atestada por generadores, motores, convertidores, servos y tanques de aire y combustible. Más allá había una enorme bodega, que ocupaba prácticamente la otra mitad de la nave. Contenía nueces de toda forma y color; las más pequeñas medían unos cinco centímetros de diámetro, pero había algunas cuyo tamaño doblaba el de la cabeza de un hombre. Sólo quedaban libres dos compartimentos situados en la proa de la nave.

El primero debía ser el cuarto de la tripulación, pues era el único espacio disponible. Pero estaba completamente vacío. No había catres de deceleración, ni mesas o sillas; nada, salvo el piso de metal pulido. En las paredes y en el cielorra—so se veían algunas pequeñas aberturas, de finalidad desconocida.

Junto a ese cuarto estaba el compartimento del piloto. Era de tamaño muy reducido, apenas lo bastante grande como para albergar a una sola persona; debajo de la portilla de observación había un panel, repleto de instrumentos.

—Es todo tuyo — dijo Barnett —. A ver qué haces con él.

Agee asintió y buscó una silla para sentarse ante el panel. Empezó por estudiar las características de los instrumentos.

Pasaron varias horas antes de que Víctor terminara de trasladar todo a la Endeavor II. Agee seguía sin tocar nada. Estaba aún tratando de descubrir qué controlaba qué cosa, basándose en el tamaño, el color, la forma y localización de cada instrumento. No era fácil, ni siquiera si se daba por supuesto que los constructores de esa nave tenían un sistema nervioso similar y parecidos esquemas mentales. El sistema auxiliar de aceleración, ¿funcionaría de izquierda a derecha? De lo contrario, él tendría que anular toda la coordinación previamente adquirida. ¿El rojo significa peligro para los diseñadores? En ese caso, aquella tecla grande podía indicar falta de combustible. Pero si el rojo se refería a la alta temperatura del combustible, la tecla debía controlar el flujo de energía.

En su opinión, su finalidad era recargar las pilas en caso de ataque por parte de enemigos.

En tanto estudiaba los controles, Agee no dejaba de considerar todas esas posibilidades. Pero no se preocupaba demasiado. Para empezar, las naves espaciales eran artefactos muy sólidos, prácticamente indestructibles desde el interior. Por otra parte, tenía la impresión de haberle encontrado la clave.

Barnett asomó la cabeza por la puerta; Víctor venía detrás.

—¿Listo? — preguntó el capitán.

—Creo que sí — respondió Agee, contemplando el panel. Y agregó, rozando un indicador:

—Esto debería operar las compuertas de aire. Hizo girar la llave. Víctor y Barnett aguardaron, sudando a pesar del frío que reinaba en la habitación.

Se oyó el suave roce del metal lubricado. Las compuertas se cerraron.

Agee, con una amplia sonrisa, se sopló cabalísticamente las puntas de los dedos y cerró otra llave, diciendo:

—Y éste es el sistema de control de aire.

Del techo comenzó a surgir un vapor amarillo.

—Hay impurezas en el sistema — murmuró Agee, ajustando un indicador.

Víctor empezó a toser. Barnett ordenó:

—Apaga eso.

El humo brotaba en bocanadas espesas; en pocos instantes llenó los dos cuartos.

—¡Apágalo!

—¡No veo! — exclamó Agee.

Lanzó un manotazo a la llave, pero no la alcanzó; en cambio, dio contra un botón ubicado bajo ella. De inmediato, los generadores soltaron su colérico gemido. El panel se cubrió de chispas azules que saltaron contra la pared.

Agee se apartó a tropezones y cayó desvanecido. Víctor estaba ya ante la puerta de la bodega, tratando de derribarla a golpes de puño. Barnett se cubrió la boca con una mano y corrió hacia el panel. Buscó a tientas la llave, sintiendo que el vehículo giraba confusamente en su torno.

Víctor cayó al suelo, sin dejar de golpear débilmente la puerta. Barnett, a ciegas, lanzó un manotazo al panel. De inmediato, los generadores se detuvieron y una brisa fría le dio en la cara. Se enjugó los ojos chorreantes y levantó la vista.

En un golpe de suerte, había cerrado los ventiladores del techo, cortando el flujo del gas amarillo; por pura casualidad, había operado al mismo tiempo las esclusas, y el fresco aire del planeta iba reemplazando aquel vapor. La atmósfera no tardó en volverse respirable.

Víctor, estremecido, se puso de pie. Agee, en cambio, permanecía inmóvil. Barnett aplicó al viejo piloto la respiración artificial, maldiciendo por lo bajo. Al fin, los párpados de Agee se estremecieron; su pecho empezó a subir y a bajar. Unos pocos minutos después, se sentó y sacudió la cabeza.

—¿Qué era eso? — preguntó Víctor. Barnett respondió:

—Supongo que para nuestro desconocido amigo, ésa es una atmósfera respirable.

—No puede ser, capitán — objetó Agee, meneando la cabeza —. Lo vimos caminar por este planeta, que tiene atmósfera oxigenada, sin ninguna clase de casco.

—Las necesidades respiratorias son terriblemente variables — señaló Barnett —. Tendremos que aceptarlo: el aspecto de nuestro amigo era muy diferente del nuestro.

—Eso no me gusta mucho — dijo Agee. Los tres hombres se miraron. En la pausa que siguió, oyeron un ruido apagado y siniestro.

—¿Qué fue eso? — chilló Víctor, sacando la pistola.

—¡Cállate! — gritó Barnett.

Prestaron atención. Barnett sintió que se le erizaban los cabellos de la nuca.

El ruido provenía de cierta distancia. Parecía el golpe de un metal sobre un objeto duro, no metálico.

Los tres hombres miraron por las portillas. Las últimas luces del crepúsculo les permitieron ver que la puerta principal de la Endeavor I estaba abierta. El ruido provenía del interior de la nave.

—Es imposible — dijo Agee —. Las pistolas congelantes...

—No lo mataron — completó Barnett.

—Eso es grave — gruñó Agee —. Muy grave. Víctor tenía aún la pistola en la mano.

—Capitán — dijo —, ¿y si yo voy y...?

—No te dejaré llegar hasta la esclusa. No, déjenme pensar. ¿Quedaba algo a bordo que él pudiera utilizar? ¿Las pilas?

—Los contactos los tengo yo, capitán — barbotó Víctor.

—Bien, en ese caso no hay nada que...

—El ácido — le interrumpió Agee —. Es muy poderoso. Pero no creo que pueda hacer gran cosa con él.

—Absolutamente nada — dijo Barnett —. Aquí estamos y aquí nos quedaremos. Pero ahora haz que la nave despegue.

Agee contempló el panel de instrumentos. Media hora antes creía comprenderlo. En ese momento, en cambio, la veía como una trampa mortal, armada con toda astucia; una trampa para bobos, con cables invisibles que llevaban a la destrucción.

La trampa no era intencional. Pero una nave espacial no servía solamente para viajar, sino también para vivir. Los controles tratarían de reproducir las condiciones vitales del desconocido para satisfacer sus necesidades. Y eso podía resultar fatal para ellos.

—¡Ojalá supiéramos de dónde viene ¡— suspiró Agee, desolado.

Porque sólo conociendo el planeta de origen habrían podido deducir el funcionamiento de la nave. En cambio, sólo sabían que el desconocido respiraba un gas amarillo y ponzoñoso.

—Vamos por buen camino — afirmó Barnett, aunque sin mucha confianza —. Pon en funcionamiento el mecanismo de dirección y olvídate de lo demás.

Agee se volvió hacia los controles.

Barnett habría querido saber qué estaba haciendo el desconocido. Con los ojos fijos en el perfil de su vieja nave, bajo la luz crepuscular, volvió a escuchar aquel incomprensible sonido del metal contra lo no metálico.

Kalen descubrió, con sorpresa, que aún vivía. Los de su raza tenían un viejo proverbio: «Un mabogiano muere de inmediato o sigue bien vivo». Al parecer, seguía vivo.

Se incorporó, mareado y confuso, y se recostó contra un árbol. El único sol del planeta se ocultaba ya tras el horizonte; las venenosas brisas de oxígeno se arremolinaban en su torno. Comprobó de inmediato que sus pulmones seguían perfectamente sellados. El aire amarillo del que dependía su vida, aunque viciado por el prolongado uso, seguía manteniéndolo.

Pero no lograba orientarse. A unos cien metros de allí, su nave descansaba pacíficamente, con el casco iluminado por aquel rojizo resplandor agonizante. Por un momento se sintió convencido de que los atacantes no existían. Sólo habían sido un producto de su imaginación. Ahora volvería a su nave y...

Uno de los desconocidos, cargado con mercaderías, entró a su vehículo. Un momento después, las esclusas de aire se cerraron.

Era cierto, todo era cierto. Su mente volvió a la dolorosa realidad.

Tenía urgente necesidad de alimento y de aire. Su piel exterior estaba seca y resquebrajada y requería una limpieza nutritiva. Pero los alimentos, el aire y los productos de limpieza estaban en la nave perdida. Sólo le quedaba una nuez kerla roja, guardada junto con la bomba de thetnita en la bolsa marsupial. Si lograba partir la nuez, podría recuperar ciertas energías. Pero ¿cómo abrirla?

¡Era sorprendente! ¡Hasta qué punto dependía de las máquinas! Tendría que encontrar algún modo de realizar las tareas más comunes, simples y cotidianas, aquellas que su nave hacía automáticamente, sin que él, como operador, pensara siquiera en ellas.

Kalen notó que los extraños parecían haber abandonado su propia nave. ¿Por qué? No importaba. Si permanecía en el exterior, moriría antes de la mañana. Su única posibilidad de sobrevivir era refugiarse en la nave abandonada.

Se arrastró lentamente por entre la hierba, deteniéndose sólo cuando se sentía presa del vértigo. No debía perder la vista a su nave. Si los desconocidos caían nuevamente sobre él, todo estaría perdido. Pero nada ocurrió y tras reptar por el suelo durante siglos enteros, llegó a la nave y se deslizó en su interior.

Era ya el crepúsculo. Esa medialuz le permitió apreciar que el vehículo era viejo. Las paredes, demasiado endebles de fabricación, habían sido emparchadas y vueltas a emparchar. Todo revelaba un uso prolongado y rudo. Era comprensible que hubiesen querido apoderarse de la suya.

Otra oleada de vértigo se apoderó de él. Su cuerpo exigía de ese modo una atención inmediata.

El principal problema parecía ser la alimentación. Extrajo la nuez kerla de su bolsa. Era redonda; medía unos diez centímetros de diámetro y la cáscara tenía unos cinco de grosor. Tales nueces constituían el principal alimento para los pilotos espaciales de Mabog. Eran energía concentrada y la cascara hermética les otorgaba una duración prácticamente ilimitada.

Apoyó la nuez contra una pared y buscó una barra de acero con la cual golpearla. La barra, al estrellarse contra la nuez, emitió un sonido hueco, similar a un batir de tambores. Pero la nuez permaneció indemne.

Kalen se preguntó si los extraños podrían oír ese ruido. Tendría que correr el riesgo. Se afirmó sobre los pies y siguió golpeando. Quince minutos después estaba agotado y la barra se había partido casi por la mitad.

La nuez, en cambio, seguía entera.

Era imposible partirla sin un Cascanueces, artefacto de uso común en toda nave mabogiana. A nadie se le habría ocurrido partir la de otro modo. Y eso constituía una prueba terrible de su desamparo.

La epidermis exterior, congelada, dificultaba mucho sus movimientos. La piel se iba endureciendo lentamente, convirtiéndose en un pellejo córneo e insensible. Cuando el endurecimiento fuera completo, se hallaría inmovilizado. Quedaría petrificado en una posición dada hasta morir por sofocación.

Kalen luchó contra la desesperación, tratando de pensar.

Tenía que ocuparse de su piel, sin demora. Eso era más importante que la comida. A bordo de su propia nave habría podido lavarla apropiadamente, hasta llegar a la curación. Pero parecía muy poco probable que los desconocidos tuvieran productos adecuados para la limpieza.

No le quedaba más remedio que arrancarse el pellejo exterior; la segunda capa permanecería delicada durante varios días, pero al menos le permitiría moverse.

Con los miembros endurecidos, buscó un Cambiador. De inmediato comprendió que los extraños no disponían de ese artefacto elemental. Tendría que valerse solo.

Tomó la barra de acero, la dobló en forma de garfio e insertó la punta bajo un pliegue de la piel. En seguida tiró hacia arriba con toda su fuerza.

La piel no cedió.

Se sujetó entre un generador y la pared e insertó el garfio de otro modo. Pero la longitud de sus brazos no era suficiente para hacer palanca y el pellejo duro siguió tozudamente en su sitio.

Probó diez posiciones diferentes, siempre sin éxito. Sin ayuda mecánica le sería imposible mantenerse lo bastante firme.

Ya cansado, dejó caer la barra. Nada podía hacer, absolutamente nada. Y en ese momento recordó la bomba de thetnita guardada en su bolsa.

Algún rincón primitivo de su mente, cuya existencia le fuera hasta entonces desconocida, le decía que había una forma sencilla de solucionar todo aquello. Bastaba con deslizar la bomba bajo el casco de su propia nave, sin que los desconocidos le vieran. Aquella carga ligera no tendría otro efecto que el de lanzar la nave a sesenta o setenta metros de altura, sin causarle mayores daños.

Pero los extraños morirían, sin duda alguna.

Kalen se sintió horrorizado. ¿El hacer una cosa semejante? La ética mobogiana, implantada en cada fibra de su ser, le prohibía eliminar una vida inteligente, bajo ningún motivo. Ningún motivo.

—¿Pero acaso no estaría justificado? — susurraba aquel sector primitivo de su cerebro — Esos extraños están enfermos. Al eliminarlos harías un servicio al Universo y sólo en segundo término sería en favor tuyo. No lo tomes como un asesinato. Considéralo como exterminación.

Extrajo la bomba de su bolsa y la contempló, para apartarla violentamente. «¡No!», se dijo, con menor convicción.

No quiso pensar más. Sobre sus miembros cansados, casi rígidos, comenzó a revisar la nave extraña, en busca de algo que le ayudara a salvar su vida.

Agee, encogido en el compartimento del piloto, marcaba las llaves con un lápiz indeleble. Parecía fatigado; le dolían los pulmones y había trabajado toda la noche. Allá fuera asomaba ya una débil alba gris; el viento helado azotaba a la Endeavor II; la nave estaba iluminada, pero fría, pero Agee no se atrevía a tocar los controles de temperatura.

Víctor entró al cuarto de la tripulación, tambaleándose bajo el peso de un voluminoso cajón de embalaje.

—¿Barnett? — llamó Agee.

—Ya viene — respondió Víctor.

El capitán había pedido que llevaran al frente todo el equipo, a fin de tenerlo a mano; pero el cuarto de la tripulación era reducido y allí no quedaba casi espacio disponible.

Víctor miró a su alrededor, en busca de un lugar para poner el cajón y descubrió una puerta en una de las paredes. Oprimió su perilla y la puerta se deslizó ágilmente hacia el techo, dejando al descubierto un cuartito del tamaño de un armario. Víctor decidió que sería un lugar ideal para almacenar cosas y, sin parar mientes en las cáscaras rotas diseminadas en el piso, depositó allí el cajón.

De inmediato, el techo del cuartito empezó a descender.

Víctor dejó escapar un grito que resonó en toda la nave. Dio un salto... y se golpeó fuertemente la cabeza contra el techo. Cayó de bruces, aturdido.

Mientras Agee salía a toda prisa del compartimento del piloto, Barnett entró corriendo. Tomó a Víctor por las piernas y trató de sacarlo a la rastra; pero el hombre era muy pesado y el capitán no lograba afirmarse en el piso de metal pulido.

Con rara presencia de ánimo, Agee irguió el cajón sobre uno de sus lados, logrando así que se interrumpiera momentáneamente el descenso del techo. Los dos tironearon de Víctor y lograron sacarlo justo a tiempo. El sólido cajón se astilló; un momento después, el techo lo estrujaba como si fuera un trozo de madera endeble.

El techo del cuartito, moviéndose sobre un eje engrasado, redujo el cajón a un grosor de quince centímetros. Luego su mecanismo emitió un chasquido y volvió a su sitio sin ruido alguno.

Víctor se sentó, frotándose la cabeza.

—Capitán — dijo, quejoso —, ¿no podemos volver a nuestra nave?

Agee también vacilaba en seguir adelante. Contempló a aquel cuartito mortífero, que había recuperado su aspecto de armario y las cáscaras rojas diseminadas en el suelo.

—Sin duda, parece una nave embrujada — dijo, preocupado —. Quizá Víctor tenga razón.

—¿Quieren abandonarla? — preguntó Barnett. Agee se movió, incómodo, e hizo un gesto de sentimiento.

—El problema es que no sabemos cómo va a reaccionar —dijo, sin mirar a Barnett —. Es demasiado arriesgado, capitán.

—¿Se dan cuenta de lo que perderíamos? — desafió Barnett — Sólo el casco vale una fortuna. ¿Han visto los motores? Ni en la Tierra ni en sus alrededores hay algo capaz de detenerla. Podría atravesar un planeta de polo a polo y salir sin siquiera una raspadura en la pintura. ¡Y ustedes quieren abandonarla!

—No nos servirá de nada si nos mata — objetó Agee. Víctor asintió, con énfasis. Barnett los miró fijamente.

—Escúchenme bien — dijo —. De ningún modo dejaremos esta nave. No está embrujada. Viene de un mundo desconocido y está llena de artefactos desconocidos. Bastará con no tocar nada hasta que llegemos a dique seco. ¿Entendido?

Agee habría querido decir algo con respecto a ciertos armarios capaces de convertirse en prensas hidráulicas, cosa que no parecía muy promisorio para el futuro. Pero al ver la expresión de Barnett, decidió no decir nada.

—¿Has marcado cada uno de los controles? — preguntó Barnett.

—Me faltan unos pocos.

—Bien. Termina con eso. Será lo único que tocaremos. Si dejamos en paz el resto de la nave, ella nos dejará en paz a nosotros. No habrá peligro mientras lo tengamos en cuenta: no tocar.

Barnett se secó la transpiración del rostro, se apoyó contra una pared y se desabotonó la chaqueta.

De inmediato, dos bandas metálicas surgieron de sendas aberturas a sus costados, sujetándolo por la cintura y el estómago.

Barnett las miró atónito por un segundo y luego se arrojó hacia adelante con toda su fuerza. Las bandas no cedieron. Se oyó un chasquido peculiar y de la pared surgió un delgado filamento de alambre. Tocó la chaqueta de Barnett como para examinarla y regresó a su escondite.

Agee y Víctor miraban atónitos todo aquello, sin saber qué hacer.

—Desconéctenlo — dijo Barnett, con voz tensa.

Agee corrió al cuarto de controles, mientras Víctor seguía paralizado. De la pared surgió una especie de miembro metálico, en cuyo extremo se veía una reluciente navaja de ocho centímetros.

—¡Deténganla! — gritó Barnett.

Víctor reaccionó. Corrió hacia aquel miembro y trató de arrancarlo de la pared. El artefacto, con un simple balanceo, lo envió al otro lado del cuarto.

Con la precisión de un cirujano, el cuchillo abrió por el medio la chaqueta de Barnett, a lo largo, sin tocarla camisa. Después, el miembro se retiró.

Agee, frente al panel de controles, apretaba un botón tras otro; los generadores silbaban, las compuertas se abrían y volvían a cerrarse, los estabilizadores se retorcían y las luces parpadeaban. Pero el mecanismo que mantenía preso a Barnett no parecía responder.

El delgado filamento volvió a hacerse presente y tocó la camisa como si no estuviera muy seguro sobre lo que le correspondía hacer en ese caso.

—¡No puedo desconectarlo! — gritó Agee, desde el cuarto de controles —¡Debe ser totalmente automático!

El filamento desapareció dentro de la pared y el brazo volvió a salir con su cuchillo.

Para entonces, Víctor había localizado una pesada llave inglesa. Se lanzó hacia adelante, la balanceó por encima de su cabeza y la arrojó contra el brazo móvil, esquivando por muy poco la cabeza de Barnett.

El brazo no se melló siquiera. Con toda serenidad, cortó la camisa de Barnett por el lado de la espalda y lo desnudó hasta la cintura. El capitán no tenía herida alguna, pero sus ojos giraron espantados al ver que el filamento volvía a aparecer. Víctor se llevó el puño a la boca y retrocedió. Agee cerró los ojos.

El filamento palpó la piel cálida de Barnett, emitió un cloqueo aprobatorio y se retiró. Las bandas se abrieron y Barnett cayó de rodillas.

Por un momento, nadie dijo una palabra. No había nada que decir. Barnett, mal humorado, miraba hacia el espacio. Víctor hizo sonar los nudillos, una y otra vez, hasta que Agee le asestó un codazo.

Mientras tanto, el viejo piloto intentaba comprender por qué ese mecanismo había cortado las ropas de Barnett, deteniéndose al llegar a la carne. ¿Acaso sus constructores lo empleaban para desvestirse? No parecía lógico; pero tampoco el armario—prensa lo parecía.

En cierta forma, cabía alegrarse de que las cosas hubiesen ocurrido así. Barnett habría aprendido su lección y abandonarían esa monstruosidad embrujada para buscar la forma de recuperar su propia nave.

—Alcáncenme una camisa — ordenó Barnett. Víctor se apresuró a buscar una y el capitán se la puso, cuidando de no tocar las paredes.

—¿Cuánto tardarás en poner la nave en movimiento? —preguntó a Agee, con alguna inseguridad.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—¿No te basta con eso? — exclamó Agee.

—No. ¿Cuándo podemos partir?

—Dentro de una hora — gruñó Agee.

¿Qué otra cosa cabía decir? El capitán era un caso serio. Con aire de fatiga, Agee volvió al cuarto de controles.

Barnett se puso un jersey sobre la camisa y una chaqueta sobre el jersey. La habitación estaba helada y él había empezado a temblar violentamente.

Kalen yacía inmóvil en la cubierta de la nave extraña. Como un verdadero tonto, había malgastado la poca fuerza que le quedaba tratando de arrancarse el pellejo exterior endurecido. Pero éste parecía cobrar mayor resistencia a medida que él se debilitaba. Ya no valía la pena moverse. Era mejor descansar, mientras sus fuegos interiores ardían cada vez con menor intensidad.

Pronto se encontró soñando con las colinas escabrosas de Mabog y con el gran puerto de Canthanope, donde los cargueros interestelares descendían con sus mercancías extranjeras. Allí estaba él, en el crepúsculo, contemplando los dos grandes soles ponientes por encima de los tejados bajos. Pero ¿por qué se ponían juntos hacia el sur, el sol azul y el amarillo? ¿Cómo era posible que ambos se pusieran a la vez por el sur? Era físicamente imposible... Tal vez su padre pudiera explicárselo, pues oscurecía rápidamente.

Con una sacudida, se liberó de aquellas fantasías y miró fijamente la triste luz de la mañana. Un piloto espacial de Mabog no debía dejarse morir así. Tenía que intentarlo otra vez.

Tras una hora de lenta y penosa búsqueda, encontró una caja de metal, herméticamente cerrada, en la parte posterior de la nave. Era evidente que los desconocidos la habían dejado olvidada. Arrancó la tapa. En el interior había varias botellas, muy bien cerradas y protegidas de los golpes con un acolchado. Kalen tomó una para examinarla.

Estaba señalada con un gran símbolo blanco. Sin razón alguna, aquel dibujo le resultaba familiar. Rebuscó en su memoria, tratando de recordar dónde lo había visto antes.

Entonces recordó, confusamente, haber visto en un museo las réplicas de unos cráneos, correspondientes a cierta raza humanoide de la Unión Mabogiana. Aquello era la representación esquemática de una calavera del tipo humano.

Pero ¿por qué dibujarlo en una botella? A Kalen, un cráneo le despertaba un sentimiento de reverencia. Esa debía ser la intención de los fabricantes. Por lo tanto, destapó la botella y la abrió.

El aroma era agradable. Se parecía al de... ¡Loción de limpieza para la piel!

Sin más demora, se echó encima todo el contenido de la botella y aguardó, sin permitirse muchas esperanzas. Si lograba poner la piel en buenas condiciones...

¡Sí, el líquido de la botella era realmente una loción suave! Además, el aroma resultaba muy agradable. Vertió otra botella sobre su pellejo endurecido; el fluido nutritivo penetró en él. Su cuerpo, tan necesitado de alimento, pidió más y más. Vacío otra botella.

Durante largo rato, Kalen se limitó a permanecer recostado, permitiendo que el fluido vital se filtrara en su cuerpo. La piel se ablandó, tornándose nuevamente flexible. Una nueva oleada de energía se alzó en su interior, renovando sus deseos de vivir.

¡Viviría!

Después del baño, Kalen examinó los controles de la nave espacial, confiando en que podría conducir esa vieja ruina hasta Mabog. Pero las dificultades eran evidentes. Por alguna razón, los controles no estaban aislados en un cuarto aparte. ¿A qué se debía eso? Aquellas extrañas criaturas parecían haber convertido toda la nave en una cámara de deceleración. ¡Era imposible! No quedaría suficiente espacio para almacenar el combustible.

Resultaba pasmoso, pero todo lo que se refería a esos extraños lo era. Kalen era capaz de solucionar esa dificultad. Empero, al inspeccionar los motores, comprobó que habían retirado de las pilas un contacto vital, inutilizándolas. Por lo tanto, quedaba sólo una alternativa: tendría que recuperar su propia nave.

Pero ¿cómo?

Recorrió la cubierta a grandes pasos, sin darse tregua. La ética mabogiana prohibía matar seres inteligentes, sin dar lugar a «peros». Bajo ninguna circunstancia, ni siquiera para salvar la propia vida, se permitía el homicidio. Era una sabia ley y había servido de mucho a Mabog. Mediante la estricta audiencia de esa norma, los mabogianos vivían sin guerras desde hacía tres mil años y el pueblo había alcanzado un alto nivel de civilización, cosa que habría resultado imposible si se hubiesen permitido algunas excepciones. Los «peros» podían socavar los más sólidos principios.

Y él no podía convertirse en un infractor. Pero ¿se dejaría morir allí, sin hacer nada?

Al bajar la vista, Kalen notó con sorpresa que un charco de solución limpiadora había cavado un agujero en la cubierta. ¡Qué endebles eran esas naves! Hasta la más suave loción limpiadora podía dañarlas. Los desconocidos debían ser muy débiles.

Una sola bomba de thetnita bastaría.

Se dirigió a la portilla. No se veía a nadie montando guardia; todos debían estar ocupados preparando el despegue. Sería muy fácil deslizarse entre la hierba hasta su nave y...

Y la gente de Mabog no tenía por qué enterarse.

Kalen descubrió, sorprendido, que mientras pensaba había recorrido casi la mitad de la distancia entre ambas naves. Era extraño que su cuerpo pudiera hacer cosas sin que la mente tuviera conciencia de ello.

Tomó la bomba y se arrastró otros cinco metros.

Porque, después de todo y viendo las cosas desde cierta distancia, ¿qué podía importar ese asesinato?

—¿Todavía no estás preparado? — preguntó Barnett, al mediodía.

—Creo que sí — dijo Agee, recorriendo con la mirada el panel señalado —. Hasta donde puedo estar preparado. Barnett hizo un gesto de asentimiento y dijo:

—Víctor y yo nos sujetaremos con correas en el cuarto de la tripulación. Despega con la menor aceleración posible.

Barnett regresó al otro cuarto. Agee ajustó las correas que había instalado en su asiento y se frotó nerviosamente las manos. Hasta donde era posible, los controles estaban señalados. Todo saldría bien. Al menos, así lo esperaba.

Porque no podía olvidar lo del armario y el cuchillo. ¿Cómo adivinar cuál sería la próxima hazaña de la nave?

—Estamos listos — dijo Barnett, desde el cuarto de la tripulación.

—Bien. En unos diez segundos.

Operó las esclusas de aire, que quedaron selladas. Su puerta se cerró automáticamente, dejándolo aislado del cuarto de la tripulación. Con una leve sensación de claustrofobia, Agee activó las pilas. Hasta entonces, todo iba muy bien.

Sobre la cubierta apareció un delgado hilo de aceite. Agee resolvió que se debía a una junta floja y optó por ignorarla. Los controles de superficie funcionaban magníficamente. Introdujo un curso en la cinta de la nave y activó los controles de vuelo.

En ese momento sintió que algo chapoteaba contra sus pies. Al bajar la vista, vio con sorpresa que aquel aceite espeso y maloliente había subido ya unos cinco centímetros. Era una filtración considerable. ¿Cómo era posible que una nave tan bien construida tuviera tal defecto? Soltando sus ligaduras, se agachó para buscar el sitio de donde provenía el aceite.

Lo encontró de inmediato. En la cubierta había cuatro pequeños ventíleles, y de cada uno de ellos brotaba un chorro de aceite, fluida y constantemente.

Agee oprimió la perilla para abrir la puerta, pero ésta permaneció herméticamente cerrada. Tratando de no caer en el pánico, examinó la puerta con más cuidado.

Tenía que abrirse.

Pero no se abrió.

El aceite le llegaba ya casi a las rodillas.

Agee corrió como un tonto. ¡Claro! El compartimento del piloto se cerraba desde el panel de control, oprimió el botón que lo abría y volvió a la puerta.

Tampoco esa vez se abrió.

Agee tironeó de ella con todas sus fuerzas, pero no logró hacerla ceder. Retrocedió entonces hasta el panel de control. Al encontrar la nave no habían visto rastros de aceite; por lo tanto, debía haber un sumidero por alguna parte.

El aceite le llegaba ya a la cintura cuando lo encontró. Al operarlo, el fluido desapareció rápidamente. Una vez que terminó el drenado, la puerta se abrió sin dificultad.

—¿Qué ocurre? — preguntó Barnett. Agee se lo explicó.

—Ese es el sistema, entonces — dijo el capitán, tranquilamente —. Al fin lo hemos descubierto.

—¿Qué sistema? — preguntó Agee, pensando que Barnett tomaba las cosas muy a la ligera.

—El que compensa la aceleración del despegue. Eso me tenía preocupado. Aquí, a bordo, no hay nada con lo que el piloto pueda ayudarse a soportarla: ni camas, ni sillas, nada a donde atarse. Lo que hace es flotar en un baño de aceite, que se pone en funcionamiento automáticamente, cuando la nave está lista para despegar.

—Pero ¿por qué no se abría la puerta? — preguntó Agee. ~¿No es obvio? — observó Barnett, con una sonrisa paciente —. No es cosa de que toda la nave se inunde de aceite.

—Pero no podemos despegar — insistió Agee.

—¿Por qué?

—Porque me cuesta un poco respirar sumergido en aceite. Fluye de modo automático cuando se encienden los contactos y no hay forma de interrumpirlo.

—Usa el cerebro — dijo Barnett —. Pon algo en la llave del sumidero para que quede abierto. El aceite desaparecerá a medida que entre.

—Sí, no se me había ocurrido — admitió Agee, con tristeza.

—Anda, entonces.

—Antes quiero cambiarme de ropa.

—No. Despeguemos de una vez.

—Pero, capitán...

—Despega — ordenó Barnett —. Por lo que sabemos, el extraño debe estar planeando algo.

Agee se encogió de hombros y regresó al compartimento del piloto; allí volvió a sujetarse con las correas.

—¿Listos?

—Sí. Despega.

Ató el circuito de desagüe y el aceite circuló sin causar dificultades; de ese modo, no subía más que hasta la suela de sus zapatos. Agee pudo activar los controles sin más incidentes.

—Allá vamos.

Fijó la aceleración al mínimo y se sopló las puntas de los dedos, para llamar a la suerte. Finalmente oprimió la llave de despegue.

Kalen, con profunda pena, observó la partida de su nave. Aún tenía en las manos la bomba de thetnita.

Había llegado hasta su vehículo y hasta permaneció bajo él durante varios segundos. Pero acabó por volver a la nave de los desconocidos. No podía hacer estallar la bomba. Era imposible anular en pocas horas los largos siglos de condicionamiento.

Condicionamiento... y algo más.

En cualquier raza, pocos son los individuos capaces de matar por placer. Sin embargo, existen razones perfectamente adecuadas para matar, razones que satisfacen a cualquier filósofo. Pero una vez que se las acepta, surgen otras, y otras, y más. El asesinato, una vez aceptado, es difícil de refrenar. Conduce irresistiblemente a la guerra y de allí a la aniquilación.

Kalen sentía que ese asesinato involucraba de algún modo el destino de su raza. Su abstinencia había sido casi una cuestión de supervivencia racial. Pero eso no lo aliviaba en absoluto.

Se quedó contemplando su nave, que pronto no fue sino un punto en el espacio. Los desconocidos se alejaban a una velocidad ridículamente baja. Y eso no tenía justificante alguno, a menos que fuera para hacerlo sufrir un poco más.

Sin duda, eran lo bastante sádicos como para actuar así.

Kalen regresó a la nave. Su voluntad de vivir era más fuerte que nunca. No tenía intenciones de abandonar la lucha. Se aferraría a la vida mientras pudiera, confiado en la única posibilidad, dentro de un millón: la de que llegara otra nave hasta ese planeta.

Miró a su alrededor. Tal vez pudiera componer un sustituto de aire con el líquido limpiador marcado con la calavera.

Bastaría para sustentarlo durante uno o dos días. Y si pudiera abrir la nuez de kerla...

Le pareció oír un ruido en el exterior y corrió a ver. El cielo estaba desierto. La nave se había desvanecido y estaba solo.

Regresó a la nave extraña, para dedicarse a la importante tarea de mantenerse vivo.

Al recobrar la conciencia, Agee descubrió que había logrado reducir la aceleración a la mitad, un instante antes de perder el conocimiento. Gracias a eso había salvado su vida. ¡Y la aceleración, aunque apenas distaba de cero, según el indicador, resultaba aún insoportable!

Agee abrió la puerta y salió a la rastra. Barnett y Víctor habían hecho saltar las correas en el impulso del despegue. Víctor recién estaba recuperando los sentidos. El capitán salió de entre un montón de cajones despedazados.

—¿Te sientes trapequista de circo? — se quejó — Aceleración mínima, dije.

—Despegué con una aceleración menor que la mínima —replicó Agee—. Vaya usted mismo a ver el registro.

Barnett fue al cuarto de control y volvió de inmediato.

—Esto va mal — dijo —. Ese desconocido conduce la nave con una aceleración tres veces mayor que la nuestra.

—Así parece.

—No había pensado en eso — musitó Barnett, pensativo —. Sin duda, proviene de un planeta muy pesado, donde hay que despegar a toda velocidad si se quiere salir.

—¿Con qué me golpeé? — gruñó Víctor, frotándose la cabeza.

Las paredes emitieron un chasquido. La nave estaba ya completamente alerta y sus servos se pusieron automáticamente en funcionamiento.

—Qué calor, ¿no? — observó Víctor.

—Sí, y muy pesado — agregó Agee —. Mucha presión. Volvió al cuarto de controles. Barnett y Víctor esperaron en la puerta, llenos de ansiedad.

—No puedo desconectarlo — dijo Agee, secándose la transpiración que le corría por la cara —. La temperatura y la presión son automáticas. Deben establecerse en «normal» en cuanto la nave alza vuelo.

—Será mejor que encuentres el modo de desconectarlas —le dijo Barnett —. De lo contrario nos asaremos.

—No hay modo de hacerlo.

Tiene que haber algún regulador de temperatura.

—¡Claro! ¡Ese! — respondió Agee, señalando un indicador —. El control está indicando el mínimo.

—¿Cuál es la temperatura normal? — preguntó Barnett.

—No quiero saberlo — respondió Agee —. Esta nave está construida con aleaciones imposibles de efectuar, salvo a muy altas temperaturas. Se la ha diseñado para soportar una presión diez veces mayor que la tolerada por nuestras naves. Todo eso significa que...

—¡Tiene que haber una forma de desconectarlo! —exclamó Barnett.

Se quitó la chaqueta y el jersey. La temperatura subía rápidamente y la cubierta quemaba ya la planta de los pies.

—¡Desconéctalo! — aulló Víctor.

—Un momento — dijo Agee —.No fui yo quien construyó esta nave, como ustedes saben. ¿Qué entiendo yo de...?.

—¡Apaga! — gritó Víctor, sacudiendo a Agee como si fuera un muñeco de trapo — ¡Apaga!

—¡Quieto!

Agee desenfundó a medias su pistola. En ese momento tuvo una súbita inspiración y apagó los motores de la máquina. Calló el crujir de las paredes y la habitación se tornó más fresca.

—¿Qué pasó? — preguntó Víctor.

—La temperatura y la presión bajan cuando no hay suministro de energía — explicó Agee —. Estamos a salvo... mientras no hagamos funcionar los motores.

—¿Y cuánto demoraremos así en llegar a otro puerto? —pretuntó Barnett.

Agee hizo algunos cálculos mentales.

—Unos tres años — respondió —. Estamos bastante lejos.

—¿Y no hay forma de arrancar el sistema? ¿De desconectarlo?

—Está empotrado en la nave. Haría falta todo un equipo de herramientas y mano de obra especializada. Aun así no sería fácil.

Barnett guardó silencio por largo rato. Finalmente dijo:

—De acuerdo.

—¿De acuerdo en qué?

—No hay nada que hacer. Habrá que volver a ese planeta a buscar nuestra propia nave.

Agee soltó un suspiro de alivio e indicó un nuevo curso en la cinta perforada.

—¿Creen que el desconocido la devolverá? — preguntó Víctor.

—Sin duda — respondió Barnett —, siempre que esté vivo. Debe tener muchas ganas de recuperar su nave. Y para eso tendrá que dejar la nuestra.

—Claro. Pero una vez que esté de nuevo en ésta...

—Podemos alterar los controles — dijo Barnett —. Eso lo demorará.

—Por poco tiempo — señaló Agee —. Tarde o temprano despegará y no podremos escapar.

—No hará falta — respondió el capitán —. Bastará con que despeguemos antes que él. Ese tipo es fuerte como un toro, pero no creo que aguante tres bombas atómicas.

—Esa idea no se me había ocurrido — reconoció Agee, con una leve sonrisa.

—Es la única salida lógica — dijo Barnett, complacido —. Las aleaciones del casco siempre tendrán algún valor. Ahora llévanos de vuelta sin asarnos, dentro de lo posible.

Tras encender los motores, Agee hizo que la nave describiera una curva cerrada, a la mayor aceleración que podían soportar. Los servos volvieron a chasquear, y la temperatura se elevó rápidamente. Una vez que hubo completado la curva, Agee apuntó la Endeavor II en la dirección adecuada y apagó los motores.

Recorrieron de ese modo casi todo el trayecto, pero al llegar al planeta, Agee tuvo que volver a encender los motores para describir la espiral de deceleración hasta posar la nave en tierra.

Apenas si les fue posible salir de la nave. Estaban cubiertos de ampollas y los zapatos se habían quemado. No hubo tiempo para alterar los controles. Retrocedieron hasta el bosque y aguardaron allí.

—Quizá haya muerto — dijo Agee, lleno de esperanzas. Pero en ese momento, una pequeña silueta emergió de la Endeavor I. El extraño se movía con lentitud, pero avanzaba.

—¿Y si ha fabricado alguna especie de arma? — dijo Víctor —¿Y si nos persigue?

—¿Y si te callas? — replicó Barnett.

El extraño se encaminó directamente a su propia nave. Una vez dentro, cerró las esclusas de aire.

—Bien — dijo Barnett, poniéndose de pie —. Será mejor que nos marchemos de prisa. Agee, hazte cargo de los controles. Yo conectaré las pilas. Víctor, tú ocúpate de las esclusas. ¡Vamos!

Corrieron a través de la llanura y en pocos segundos estuvieron en la esclusa abierta de la Endeavor I.

Kalen no habría podido darse prisa, pues no tenía la fuerza necesaria para conducir su nave. De cualquier modo, sabía que allí dentro estaba a salvo. No había criatura capaz de atravesar las escotillas herméticas.

En la parte trasera encontró un tanque de aire de reserva y lo abrió. La nave se llenó con aquel vapor amarillo, generoso y vitalizador. Kalen se dedicó a respirar durante varios minutos. Después llevó a la cocina las tres nueces de kerla más grandes que pudo encontrar y las partió con el Cascanueces.

Una vez alimentado se sintió mucho mejor. Dejó que el Cambiador le quitara el pellejo exterior. La segunda capa también estaba seca y el Cambiador se la cortó; al llegar a la tercera, encontrándola en buenas condiciones, se detuvo.

Finalmente, Kalen se sintió como nuevo y entró en el compartimento del piloto.

Ahora le resultaba evidente que esos extraños habían sufrido una demencia temporal. No había otro modo de explicar que hubiesen regresado para devolverle la nave. Por lo tanto, era su deber localizar a las autoridades responsables de ellos e informar de la ubicación de ese planeta. De ese modo irían a buscarlos y los curarían de una vez por todas.

Kalen se sintió muy feliz. No había desobedecido la ética mabogiana y eso era lo más importante. Bien pudo haber dejado la bomba de thetnita en la nave extranjera, instalada con un mecanismo de tiempo. O descomponer los motores. En realidad, en cierto momento había sentido la tentación de

hacerlo.

Pero no lo hizo. No hizo absolutamente nada.

Salvo construir los artefactos mínimos para la preservación de la vida.

Kalen activó los controles y descubrió que todo estaba en perfectas condiciones de funcionamiento. El fluido de aceleración surgió por los ventiladores en cuanto las pilas estuvieron encendidas.

Víctor llegó el primero a la esclusa de aire y se lanzó hacia el interior. De inmediato saltó hacia atrás.

—¿Qué pasó? — preguntó Barnett.

—Algo me golpeó.

Con mucha cautela, miraron hacia el interior.

Era una trampa mortal, muy bien armada. Desde las baterías de acumulación surgían cables dispuestos en series, hasta cruzar la escotilla. Si Víctor hubiese tocado el costado de la nave, habría muerto instantáneamente por electrocución.

Cortaron el sistema y entraron en la nave.

Era un revoltijo. Todos los objetos movibles habían sido arrancados y esparcidos por ahí. En un rincón se veía una barra de acero doblada. El potente ácido estaba esparcido por toda la cubierta y la había carcomido en varios sitios. El viejo casco de la Endeavor estaba perforado.

—¡Nunca se me ocurrió que él nos lo haría a nosotros! — exclamó Agee.

Investigaron más a fondo. En la parte trasera encontraron también una trampa para bobos. La puerta de la bodega estaba astutamente conectada al pequeño motor de arranque. En cuanto alguien le tocara, la puerta se estrellaría contra la pared y quien estuviera en el medio quedaría aplastado.

Había otras conexiones, pero resultaba imposible descubrir su finalidad.

—¿Se puede componer? — preguntó Barnett. Agee se encogió de hombros.

—Casi todas nuestras herramientas quedaron a bordo de la Endeavor II. Supongo que podremos arreglar esto en cosa de un año. Pero aun así, no sé si el casco resistirá.

Salieron a la llanura. El desconocido despegaba en ese preciso momento.

—¡Qué monstruo! — exclamó Barnett, contemplando el casco de su carguero, comido por el ácido.

—Con los extraterrestres, nunca se sabe — observó Agee.

—El único extraterrestre bueno es el extraterrestre muerto — concluyó Víctor.

La Endeavor I se había tornado tan incomprensible y peligrosa como la Endeavor II. Y la Endeavor II ya no estaba a la vista.

ALGO A CAMBIO DE NADA

Pero ¿era una voz lo que había oído? No estaba muy seguro. Un momento después, Joe Collins reconstruyó los hechos. Estaba acostado en su cama, tan cansado que ni siquiera le preocupaba ensuciar las frazadas con las botas. Contemplaba la red de quebraduras abiertas en el techo amarillo y lodosa, por donde el agua se filtraba lenta y melancólicamente.

Debió ocurrir en ese instante. Collins percibió un brillo metálico junto a su cama y se incorporó. En el suelo había una máquina; un momento antes no estaba allí.

En ese primer momento de sorpresa, Collins creyó oír una voz muy lejana que decía: «¡Ahí! ¡Ese sirve!»

Con respecto a la voz, no estaba muy seguro. Pero la máquina estaba allí, sin lugar a dudas. Se arrodilló para examinarla; medía más o menos un metro de lado, y emitía un suave zumbido. La superficie, de color gris opaco, era perfectamente lisa, con excepción de un botón rojo situado en una esquina y una placa de bronce en el medio. La placa decía: UTILIZADOR CLASE A, SERIE AA-1256432. Y debajo: ADVERTENCIA: ESTA MAQUINA ES PARA USO EXCLUSIVO DE LA CLASE A.

Nada más.

No había interruptores, indicadores, llaves, ninguno de los dispositivos que Collins vinculaba a las máquinas. Sólo aquella placa de bronce, el botón rojo y el zumbido.

—¿De dónde saliste? — preguntó Collins.

El Utilizador Clase A continuó zumbando. En realidad, él no esperaba respuesta. Sentado en el borde de su cama, contempló pensativo aquella máquina. La cuestión a resolver era: ¿qué hacer con ella?

Con mucha cautela, tocó el botón rojo, consciente de que no tenía la menor experiencia en máquinas caídas de cualquier parte. ¿Qué pasaría si lo oprimiera? Tal vez el suelo se abriría en dos, o una horda de hombrecitos verdes se descolgaría desde el techo. De cualquier modo, no tenía prácticamente nada que perder. Por lo tanto, oprimió ligeramente el botón.

No ocurrió nada.

—Bueno, haz algo — dijo Collins, realmente decepcionado.

El Utilizador se limitó a zumbar suavemente.

Bien, al menos podía empeñarlo. Charlie el Honesto le daría un dólar, o quizá más, por el metal de la máquina. Trató de levantarla, pero le fue imposible. Lo intentó otra vez, empleando en ello toda su fuerza y logró levantar una esquina hasta unos dos centímetros del suelo. La soltó y volvió a sentarse sobre la cama, jadeando.

—Deberías haber traído un par de dechangadores para ayudarme — dijo al Utilizador.

De inmediato, el zumbido se tornó más audible y la máquina empezó a vibrar.

Collins aguardó, pero no ocurrió nada. Dejándose llevar por una corazonada, alargó una mano y oprimió el botón rojo.

De inmediato aparecieron dos hombres corpulentos, con ropas de trabajo y contemplaron al Utilizador con expresión apreciativa. Uno de ellos dijo:

—Por suerte, es el modelo pequeño. Para levantar los grandes hay que hacer una fuerza de animales. El otro respondió:

—Es peor que las canteras de mármol, ¿no? Miraron a Collins, que les devolvió la mirada. Finalmente, el primero dijo:

—Oiga, don, no nos haga perder todo el día ¿Dónde quiere ponerlo?

—¿Quiénes son ustedes? — logró articular Collins.

—Los changadores. ¿Tenemos cara de ser las Vanizaggi Sisters?

—Pero, ¿de dónde vienen? — preguntó Collins —¿Y por qué?

—Venimos de Powha Minnüe Mudanzas, SRL — dijo el hombre —. Y vinimos porque usted pidió changadores. Vamos ¿dónde quiere ponerlo?

—Váyanse —dijo Collins —. Los llamaré después.

Los changadores se encogieron de hombros y desaparecieron. Durante varios minutos, Collins siguió con la vista clavada en el sitio que habían ocupado. Por último se volvió hacia el Utilizador Clase A, cuyo zumbido había vuelto a ser suave.

¿Utilizador? Había un término mejor para designarlo; máquina de cumplir deseos.

Collins no se sintió demasiado sorprendido. Cuando los milagros se hacen realidad, sólo las mentes torpes y perezosas son incapaces de aceptarlo. Y Collins, por cierto, no era de esa clase. Estaba bien preparado para aceptar todo.

Había pasado la mayor parte de su vida deseando, ansiando y rogando que le ocurriera algo maravilloso. En la escuela secundaria soñaba con que una mañana, al despertarse, descubriría en sí mismo la facultad de saber todas las lecciones sin la tediosa necesidad

de estudiarlas. Al hacer el servicio militar, deseaba que alguna bruja o algún duende cambiara sus obligaciones; de ese modo se encontraría a cargo de la biblioteca, en vez de verse obligado a cumplir con la instrucción, como todos los demás.

Más adelante, Collins rehuyó el trabajo, considerando que no tenía las condiciones psíquicas adecuadas. Se limitó a vagar por ahí, en la esperanza de que a alguna persona fabulosamente rica le diera por cambiar su testamento, dejándolo como heredero universal.

En realidad, nunca había esperado que ocurriera algo de todo eso. Pero cuando así fue, él estaba preparado.

—Quisiera tener mil dólares en billetes pequeños y sin marcar — dijo, con cautela.

Cuando el zumbido aumentó su volumen, oprimió el botón, frente a él apareció un gran montón de billetes sucios, de uno, cinco y diez dólares. No serían nuevecitos ni relucientes, pero al menos eran dinero.

Arrojó un puñado al aire y los miró descender graciosamente hasta el suelo. Se recostó en la cama y empezó a hacer planes.

En primer lugar, se llevaría la máquina lejos de Nueva York; hacia el norte del estado, quizá; hasta algún sitio donde no lo molestaran los vecinos entrometidos. El impuesto a los réditos debía ser muy engorroso con respecto a esas cosas. Una vez que estuviera organizado, podría ir a Centroamérica, o a...

En el cuarto hubo un ruido sospechoso.

Collins se levantó de un salto. En la pared se estaba abriendo un agujero y alguien trataba de pasar por allí.

—¡En, yo no pedí nada! — exclamó Collins, dirigiéndose a la máquina.

El agujero se ensanchó; un hombre corpulento, de cara enrojecida, forcejeó para abrirse paso.

En ese momento, Collins recordó que las máquinas suelen tener dueños. Indudablemente, quien poseyera una máquina de cumplir deseos no se resignaría fácilmente a perderla. Por el contrario, llegaría a cualquier extremo con tal de recuperarla. Tal vez no repararía en...

—¡Protégeme! — gritó Collins al Utilizador, oprimiendo el botón rojo.

Apareció entonces un hombre pequeño y calvo, vestido con un pijama de colores violentos y bostezó, atontado.

—Sanisa Leek — dijo, frotándose los ojos, Servicio de Protección por Muros Cronológicos. ¿En qué puedo servirlo?

—¡Saque a ese individuo de aquí! — gritó Collins.

El hombre de cara roja sacudía furiosamente los brazos y estaba ya casi fuera del agujero. Leek introdujo una mano en el bolsillo de su pijama y extrajo un trocito de metal brillante.

—¡Espere! — gritó el hombre de la cara roja! —¡Le explicaré! Este hombre...

Leek le apuntó con el trozo de metal. El hombre desapareció con un grito. Un momento después, también el agujero se había desvanecido.

—¿Lo ha matado usted? — preguntó Collins.

—Claro que no — respondió Leek, guardando el trozo de metal —. Me limité a enviarlo de regreso a través de su glomerajuste. Por ahí no tratará de volver.

—¿Pero puede intentar otros medios? — preguntó Collins.

—Es posible. Podría intentar una microtransferencia e incluso una animación. Y agregó, dirigiendo a Collins una mirada perspicaz:

—Este Utilizador es suyo, ¿verdad?

—Por supuesto — respondió Collins, empezando a sudar.

—¿Y usted es de clase A?

—Naturalmente — afirmó Collins —. De lo contrario, ¿qué iba a hacer con un Utilizador?

—No era mi intención ofenderle — dijo Leek, soñoliento —; sólo quería hablar un poco.

Y meneó lentamente la cabeza, agregando:

—¡Cuánto viajan ustedes, los de Clase A! ¿Vino aquí a escribir un libro de historia, o algo así?

Collins se limitó a sonreír enigmáticamente.

—Será mejor que me vaya — observó Leek, con más bostezos —. Siempre en marcha, día y noche. Estaría mejor en una cantera.

Y desapareció en mitad de un bostezo.

La lluvia seguía tamborileando en el techo. El ronquido continuaba, imperturbable, a través de la toma de aire. Collins estaba solo otra vez, solo con la máquina.

Palmeó con afecto al Utilizador. Esos Clase A lo pasaban muy bien. ¿Querían algo? No tenían más que pedirlo y oprimir el botón. Sin duda, el verdadero dueño lo echaría de menos.

Leek había dicho que el hombre podría tratar de volver por otros medios. ¿Qué medios serían aquéllos?

Pero ¿qué importaba? Collins juntó los billetes, silbando por lo bajo. Mientras la máquina de cumplir deseos estuviera en su poder, no corría peligro alguno.

Los días siguientes marcaron un profundo cambio en la suerte de Collins. Con la ayuda de Powha Minnile Mudanzas, SRL, transportó el Utilizador al norte de Nueva York. Allí compró una montaña de mediana altura, en cierto rincón abandonado de los Adirondacks. En cuanto tuvo los papeles en su poder, caminó hasta el centro de su propiedad, a varias millas de la carretera. Los dos changadores lo seguían a través de las densas malezas, que les iban arrancando monótonas maldiciones; sudaban profusamente bajo el peso del Utilizador.

—Déjenlo aquí y lárguense — ordenó Collins, que se había tornado, en los últimos días, mucho más seguro de sí mismo.

Los changadores lanzaron un cansado suspiro y desaparecieron. Collins miró a su alrededor. Por todas partes, hasta donde alcanzaba la vista, lo rodeaban bosques de pinos y abedules. El aire era suave y húmedo. Los pájaros piaban alegremente entre el follaje y alguna ardilla cruzaba a veces junto a él, a toda prisa.

¡Oh, la Naturaleza! ¡Cómo amaba la Naturaleza! Aquél sería un lugar perfecto para construir una casa grande y llamativa, con piscina de natación, cancha de tenis y quizá un pequeño aeropuerto.

—Quiero una casa — expresó con firmeza y oprimió el botón rojo.

Apareció entonces un hombre con gafas y traje gris impecable.

—Sí, señor — dijo, echando a los árboles una mirada de soslayo —, pero tendrá que darme más detalles. ¿Desea algo clásico, es decir, un chalet, una estancia, una casa de dos plantas, una gran residencia, un castillo o un palacio? ¿O algo primitivo, como una cabaña o un iglú? Dada su condición de A, tal vez quiera algo a la última moda, como ser una semifaz, una Nueva Extensa o una Miniatura Hundida.

—¿Eh? No sé. ¿Qué me sugeriría usted?

—Una casa solariega, no demasiado grande. Por lo general se empieza así.

—¿De veras?

—¡Oh, sí! Más tarde, es costumbre mudarse a un clima cálido y construir un palacio.

Collins habría querido hacer otras preguntas, pero decidió contenerse. Todo iba saliendo bien. Esas gentes lo tomaban por un A, con plenos derechos sobre el Utilizador. No había motivos para desengañarlos.

—Encárguese de todo — dijo.

—Sí, señor — respondió el otro —. Así lo hago, por lo común.

Collins pasó el resto del día reclinado en un diván, bebiendo refrescos, mientras la Compañía Constructora Máxima Olph materializaba equipos para construir la casa.

Resultó una residencia baja, de unos veinte cuartos; dadas las circunstancias, era bastante modesta. Estaba construida con los mejores materiales, diseñada por Mig de Degma, con interiores de Towige, una piscina Muía y jardines de Vierien.

Hacia el anochecer estuvo lista. El pequeño ejército de obreros empacó el equipo y desapareció.

Collins permitió que su cocinero le preparara una cena ligera. Después se instaló en la sala amplia y fresca, para meditar a fondo sobre todo. El suave zumbido del Utilizador seguía frente a él.

Collins encendió un habano y aspiró su aroma. Ante todo, rechazaba todas las explicaciones sobrenaturales. En aquello no había demonios ni seres malignos. La casa había sido construida por simples seres humanos, que maldecían y reían y decían palabrotas como cualquier ser humano. El Utilizador no era sino un artefacto científico y funcionaba según principios que él no entendía ni quería entender.

¿Era posible que proviniera de otro planeta? No parecía probable. Aquellos hombres no se habrían tomado la molestia de aprender el idioma para hablar con él. El Utilizador debía provenir del futuro terráqueo. Pero ¿cómo?

Collins se recostó y dio una pitada a su habano, pensando que siempre había una probabilidad de que se produjeran accidentes. Tal vez el Utilizador se había filtrado en ese tiempo. Después de todo, creaba cosas de la nada y eso era mucho más complicado.

¡Qué futuro maravilloso debía ser aquél! ¡Máquinas de cumplir deseos! ¡Qué maravilloso grado de civilización! Con sólo pensar lo que se deseaba... ¡Listo! Allí estaba. Con el tiempo, tal vez eliminarían el botón rojo, evitando así todo trabajo manual.

Naturalmente, él tendría que andar con cautela. Cuidarse del verdadero dueño... y del resto de la clase A. Tratarían de quitarle la máquina. Tal vez era un privilegio hereditario...

Por el rabillo del ojo percibió un movimiento y levantó la vista. El Utilizador temblaba como una hoja bajo la brisa.

Collins se aproximó a él, frunciendo el ceño con gesto sombrío. Un tenue velo de vapor circundaba al aparato estremecido. Parecía estar recalentado. Tal vez lo había hecho funcionar demasiado. Con un cántaro de agua quizá...

En ese momento notó que el Utilizador había reducido visiblemente su tamaño. No medía ya más de cincuenta centímetros de lado y seguía menguando ante sus ojos.

¡El propietario! ¡O los otros A! Aquello debía ser la microtransferencia de la cual le hablara Leek. Si no obraba con celeridad, su máquina de cumplir deseos se reduciría a la nada, para desaparecer por completo.

—El Servicio de Protección Leek — exclamó Collins.

Oprimió el botón y retiró velozmente la mano: la máquina estaba muy caliente.

Leek apareció en un rincón del cuarto, vestido con ropas de deporte y armado con un palo de golf.

—¿Es posible que me interrumpen cada vez que...?

—¡Haga algo! — gritó Collins, indicando el Utilizador, que en esos momentos no llegaba a los treinta centímetros de lado y emitía un resplandor rojizo.

—No puedo hacer nada — respondió Leek —. Mi licencia sólo autoriza a operar Muros Cronológicos. Comuníquese con los de microcontrol.

Levantó su palo de golf y se desvaneció en el aire.

—Microcontrol — repitió Collins, alargando la mano hacia el botón.

Pero la retiró bruscamente. El Utilizador medía sólo unos diez centímetros de lado y su brillo tenía el color de las cerezas. El botón era apenas visible, pues se había reducido a la cabeza de un alfiler.

Collins giró sobre sí mismo, tomó un almohadón y lo echó sobre el artefacto.

Apareció una muchacha con gafas de carey, armada de un bloc y lápiz.

—¿Con quién desea entrevistarse? — preguntó, serena.

—¡Consígame ayuda a toda prisa! — rugió Collins, sin apartar la vista de su preciado Utilizador, cada vez más y más pequeño.

—El señor Vergon ha salido a almorzar — respondió la muchacha, mordisqueando el lápiz con expresión pensativa — y no puedo comunicarme con él.

—¿Y con quién me puede comunicar? Ella consultó su anotador.

—El señor Vis está en el Continuo Dieg y el señor Elgis está realizando investigaciones en la Europa del Paleolítico. Si se trata de algo muy urgente, tal vez le convenga llamar a Control de Transferopunto. Es una división menos importante, pero...

—Control de Transferopunto. Está bien, lárguese.

Puso toda su atención en el Utilizador y lo apretó con el almohadón chamuscado. No ocurrió nada. El Utilizador medía apenas dos centímetros de lado y Collins comprendió que el almohadón no podía operar aquel botón casi invisible.

Por un momento consideró la posibilidad de dejarlo desaparecer. Tal vez fuera tiempo. De cualquier modo, podría vender la casa, los muebles y vivir bastante bien.

¡Pero no! ¡Todavía no había pedido nada importante. No se lo quitarían sin resistencia de su parte. Se obligó a mantener los ojos abiertos y oprimió con un dedo rígido el botón, ya al rojo—blanco.

Apareció entonces un hombre delgado, de vestiduras raídas. Tenía en las manos algo así como un huevo de Pascua adornado con colores vivos y arrojó al suelo aquel objeto. El huevo se partió, despidiendo un vapor anaranjado que penetró directamente en el Utilizador, ya microscópico. De él surgió una gran nube de humo. Collins se sintió sofocado. Pero el artefacto empezó a formarse otra vez. Pronto alcanzó su tamaño normal; no parecía haber sufrido daño alguno. El anciano asintió secamente, diciendo:

—No seremos muy sofisticados, pero sabemos trabajar. Y con un nuevo ademán de asentimiento, desapareció. Collins creyó oír a la distancia un grito de cólera. Estremecido, se sentó en el suelo, frente a la máquina, La mano le palpitaba dolorosamente.

—Cúrenme — murmuró, con los labios secos y oprimió el botón con la mano sana.

El Utilizador zumbó más alto durante un momento y volvió a callar. El dolor desapareció del dedo chamuscado; al observarlo, Collins notó que no había en él signo alguno de quemadura, ni siquiera una señal que indicara el sitio donde los tejidos habían sufrido el daño.

Se sirvió una buena medida de coñac y fue directamente a acostarse. Aquella noche soñó que era perseguido por una gigantesca letra A. Pero al despertar, por la mañana, ya lo había olvidado.

En el curso de una semana, Collins descubrió que había cometido un grave error al construir su residencia en los bosques. Se vio forzado a contratar un batallón de guardianes para alejar a los mirones y los cazadores se empeñaban en acampar dentro de sus jardines.

Además, la Oficina de Ingresos Internos comenzaba a tomar mucho interés en sus asuntos. Pero, por encima de todas las cosas, Collins descubrió que, después de todo, no era tan amante de la naturaleza. Los pájaros y las ardillas eran muy bonitos, pero no se los podía considerar grandes conservadores. Y los árboles, aunque muy decorativos, no servían como camaradas de borrachera.

Collins decidió, finalmente, que en el fondo estaba hecho a medida para la ciudad.

Por lo tanto, con la ayuda de Powha Minnile Mudanzas, SRL, de la Compañía Constructora Máxima Olph y la oficina de Viajes al Instante Jagton, siempre poniendo grandes cantidades de dinero en las manos adecuadas, se trasladó a una pequeña república centroamericana. Allí construyó un palacio enorme, amplio y ostentoso, puesto que el clima era más cálido y no había impuesto a los réditos.

Lo equipó con los accesorios habituales: caballos, perros, papagayos, sirvientes, hombres para su mantenimiento, guardianes, músicos, grupos de bailarinas y todo cuanto un palacio debe tener. Collins pasó dos semanas enteras explorándolo.

Por un tiempo, todo anduvo bien.

Una mañana, Collins se aproximó al Utilizador, con la vaga intención de pedir un coche deportivo, o tal vez un hato de ganado fino. Se inclinó sobre la máquina gris, alargó la mano hacia el botón rojo...

Y el Utilizador retrocedió, alejándose.

Por un momento, Collins creyó ver visiones; tendría que dejar de tomar champaña antes del desayuno. Avanzó un paso más y trató de oprimir el botón rojo.

El Utilizador se apartó hacia un costado, limpiamente, y salió de la habitación.

Collins saltó en su persecución, maldiciendo al dueño y a todos los A. Tal vez ésa fuera la animación de la cual Leek le había hablado; de algún modo, el propietario se las había ingeniado para dotar de movilidad a la máquina. No importaba. Bastaría con alcanzarla, oprimir el botón y comunicarse con los de Control de Animación.

El Utilizador cruzó una sala a la carrera, con Collins siguiéndole de cerca. Un ayudante de mayordomía, que en ese momento estaba lustrando un picaporte de oro macizo, lo miró con la boca abierta.

—¡Deténgalo! — gritó Collins.

El ayudante de mayordomía, con toda torpeza, se cruzó en el camino del Utilizador. La máquina lo esquivó graciosamente y saltó hacia la puerta principal.

Collins accionó una llave y la puerta se cerró estrepitosamente.

El Utilizador tomó impulso y se lanzó a través de ella. Una vez al aire libre dio contra un cantero, recobró el equilibrio y se dirigió hacia el campo abierto.

Collins corrió detrás. Si lograba acercarse un poco más...

De pronto, el Utilizador saltó hacia lo alto y permaneció varios instantes suspendido en el aire, para caer luego al suelo. Collins saltó hacia el botón.

El artefacto se apartó, corrió un trecho y volvió a saltar. Durante un momento pendió a cinco metros de altura, derivó unos metros y se detuvo; entonces dio una voltereta absurda y cayó.

Collins consideró la posibilidad de que, en un tercer salto, la máquina siguiera viaje hacia arriba y se preparó para atraparla. En cuanto la vio posarse en el suelo, como a desgana, se lanzó sobre ella y oprimió el botón. El Utilizador no pudo esquivarlo a tiempo.

—¡Control de Animación! — rugió Collins, triunfante.

Hubo una pequeña explosión y el Utilizador se aplacó. Ya no quedaba en él animación alguna.

Collins, enjugándose la frente, se sentó sobre la máquina. Cada vez peor. Sería mejor expresar en ese mismo momento algún deseo muy importante, mientras aún tuviera la oportunidad.

En rápida sucesión, pidió cinco millones de dólares, tres pozos petroleros en explotación, un estudio cinematográfico, una salud perfecta, veinticinco bailarinas más, la inmortalidad, un coche deportivo y un hato de ganado fino.

Creó haber oído una risita disimulada y echó una mirada en su torno. No había nadie.

Cuando se volvió, el Utilizador se había desvanecido.

Quedó petrificado. Y un momento después, él mismo desapareció.

Al abrir los ojos, Collins se encontró de pie frente a un escritorio. Del otro lado estaba el hombre corpulento de cara rojiza, que un primer momento tratara de entrar en su habitación. No parecía enojado. En realidad, su expresión era resignada, casi melancólica.

Collins se detuvo por un momento en silencio, lamentando que todo aquello terminara así. Finalmente había sido atrapado por el propietario y por los A. Pero nadie podía quitarle lo disfrutado.

—Bueno — dijo Collins, directamente —, ya tiene su máquina. Ahora, ¿qué más quiere?

—¿A mi máquina? — preguntó el hombre, con una mirada de incredulidad — No es mía señor. En absoluto. Collins lo miró fijamente.

—Oiga, no trate de confundirme — dijo —. Ustedes, los A, quieren proteger su monopolio, ¿no es así? El hombre de la cara roja dejó los papeles.

—Señor Collins — dijo, severamente —. me llamo Flign. Soy agente de la Unión Protectora de los ciudadanos, una organización de interés público, cuya finalidad es proteger a los individuos como usted, por ejemplo, de los criterios equivocados.

—Entonces, ¿no es uno de los A?

Con serena dignidad, el hombre explicó:

—Usted parte de una premisa equivocada, señor. La Clase A no representa un grupo social, como usted parece creer. Es sólo una categoría de crédito.

—¿Una qué? — preguntó Collins, pronunciando las palabras con lentitud.

—Una categoría de crédito — repitió Flign, echando una mirada a su reloj —. Como no disponemos de mucho tiempo, trataré de explicárselo en pocas palabras. Vivimos en una era descentralizada, señor Collins. Nuestros negocios, industrias y servicios están esparcidos en una considerable extensión, dentro del tiempo y del espacio. De ahí que la Compañía de Utilización sea un vehículo esencial. Se encarga del transporte de mercaderías y servicios de un punto a otro. ¿Comprende usted?

Collins asintió.

—El crédito es, por supuesto, un privilegio automático. Pero a su debido tiempo todo debe ser pagado.

A Collins no le gustó como sonaba aquello. ¿Pagar? Esa época no era tan civilizada como él creía. Nadie había hablado de pagar. ¿Recién ahora salían con eso?

—¿Por qué no me detuvieron? — preguntó, desesperado — Debían saber que yo no pertenecía a la categoría adecuada. Flign meneó la cabeza.

—Las categorías de crédito son recomendaciones, pero no leyes a obedecer. En un mundo civilizado, cada uno tiene derecho a tomar sus propias decisiones. Lo siento mucho, señor.

Volvió a mirar su reloj y entregó a Collins el papel que tenía en las manos, diciendo:

—¿Quiere revisar esa factura y decirme si es correcta?

Collins tomó el papel. Decía:

Un palacio, con accesorios Créd. 450.000.000

Servicios de máxima Olph Constructora 111.000

122 bailarinas 122.000.000

Salud perfecta 888.234.031

Pasó rápidamente por encima el resto de la lista. El total ascendía a dieciocho billones y pico de créditos.

—¡Un momento! — gritó Collins —¡No pueden cargarme con todo esto! ¡El Utilizador entró en mi cuarto por accidente!

—Es precisamente lo que voy a alegar en su favor — dijo

Flign —¿Quién sabe?. Tal vez se muestren razonables. Con probar no se pierde nada.

Collins tuvo la impresión de que el cuarto daba vueltas. El rostro de Flign comenzó a fundirse ante sus ojos.

—Se ha terminado el plazo — dijo Flign —. Buena suerte. Collins cerró los ojos.

Cuando volvió a abrirlos, estaba de pie en una llanura desértica, ante una cadena de montañas escarpadas. El viento helado le azotaba el rostro y el cielo tenía el color del acero.

Un hombre pobremente vestido, de pie ante él, le alcanzó un pico, diciendo:

—Toma.

—¿Qué es esto?

—Es un pico — explicó el hombre, con paciencia —. Y por allá hay una cantera, donde tú y yo, con otros cuantos, tenemos que cortar mármol.

—¿Mármol?

—Claro. Siempre hay algún idiota que quiere un palacio — dijo el hombre, con una sonrisa irónica —. Puedes llamarme Jang. Tendremos que tratarnos durante algún tiempo.

Collins parpadeó como un tonto.

—¿Cuánto tiempo?

—Cálculalo tú mismo — respondió Jang —. La paga es de cincuenta créditos al mes, hasta que la deuda está saldada.

Collins dejó caer el pico. ¡No podían hacerle eso! la Compañía de Utilización debía haber descubierto su error. La falta era de ellos, por haber permitido que la máquina se filtrara en el pasado. ¿No lo comprendían?

—¡Es una equivocación! — protestó Collins.

—No hay equivocación alguna — dijo Jang —. Están muy escasos de mano de obra. Tienen que buscarla por cualquier parte. Vamos. Después de los primeros mil años, ya no te pesará.

Collins iba a seguir a Jang hacia la cantera, pero se detuvo.

—¿Los primeros mil años? ¡No viviré tanto!

—Claro que sí — le aseguró Jang —. Pediste la inmortalidad, ¿no es así?

Sí, así era. Lo había pedido precisamente antes de que se llevaran la máquina. ¿O fue después?

Entonces, Collins recordó algo extraño. En la factura que le mostrara Flign no figuraba la inmortalidad.

—¿Cuánto cobran por la inmortalidad? — preguntó. Jang soltó una carcajada.

—No seas ingenuo, amigo mío. A esta altura deberías haberte dado cuenta.

Y condujo a Collins hacia la cantera. —Es lógico. Eso lo dan sin cobrar nada.

UN PASAJE A TRANAI

Un hermoso día de verano, cierto joven alto y delgado, soberbiamente vestido, entró a las oficinas de la Agencia de Viajes Transestelares. Sin vacilar, pasó junto al vistoso póster que iluminaba las fiestas de la cosecha en Marte. La enorme foto mural, donde se veían los bosques danzantes de Triganium, no le llamó la atención. Ignoró también el cuadro, algo sugestivo, sobre los ritos de la Aurora en Ofiuchi II y se dirigió al escritorio del agente de reservas.

—Quisiera reservar un pasaje a Tranai — dijo el joven. El agente cerró su ejemplar de Inventos Necesarios y arrugando el ceño:

—¿Tranai? ¿Tranai? ¿No es uno de los satélites de Kent IV?

—No — replicó el joven —. Tranai es un planeta que gira en torno al sol del mismo nombre. Quiero reservar un pasaje para ir allí.

—Nunca lo oí nombrar.

El agente tomó un catálogo de astros, una carta estelar simplificada y un ejemplar de Rutas Espaciales Secundarias.

—Bueno — dijo, todos los días se aprende algo nuevo. Usted quiere un pasaje a Tranai, señor... ¿cuál es su nombre?

—Goodman. Marvin Goodman.

—Señor Goodman. Bueno, parece que Tranai es el punto más distante de la Tierra dentro de la Vía Láctea. Nadie viaja más allá.

—Lo sé. ¿Puede conseguirme un pasaje? — preguntó Goodman, con un dejo de entusiasmo contenido en el tono de su voz.

El agente meneó la cabeza.

—Es imposible. Ni siquiera los vuelos fuera de programa llegan hasta allí.

—¿Cuál es el punto más próximo donde puedan dejarme?

El agente le dedicó una sonrisa triunfante.

—¿Para qué tomarse tantas molestias? Puedo enviarlo a un planeta que posee cuanto usted pueda encontrar en Tranai, con las ventajas adicionales de su mayor proximidad, costos de oferta, hoteles decentes, excursiones...

—Voy a Tranai — replicó Goodman, sombrío.

—Pero no hay forma de llegar allí — explicó el agente, con impaciencia. ¿Qué busca allí? Tal vez yo pueda ayudarlo.

—Puede ayudarme si me reserva un pasaje hasta...

—¿Quiere aventuras? — preguntó el hombre, apreciando de un vistazo el físico poco atlético de Goodman y su aspecto de estudioso —. Permítame sugerirle Africanus II; es un mundo primitivo, lleno de tribus salvajes, tigres—sable, helechos devoradores de hombres, arenas movedizas, volcanes activos, pterodáctilos y todo eso. Las expediciones parten de Nueva York cada cinco días y combinan el colmo del peligro con una absoluta seguridad. Si no vuelve con una cabeza de dinosaurio, se le reembolsa el dinero.

—Tranai — dijo Goodman.

—¡Humm! — murmuró el empleado, con una mirada apreciativa a los labios firmes de Goodman y a sus ojos inexpresivos —. Tal vez usted se siente cansado de las restricciones puritanas de la Tierra. En ese caso, permítame sugerirle un viaje a Almagordo III, la Perla del Cinturón Austral. Nuestro plan de diez días, con todos los gastos incluidos, comprende un paseo a través de las misteriosas kasbas almagordianas, visitas a ocho clubs nocturnos (con la primera copa por nuestra cuenta), una excursión a una fábrica de zintal, donde podrá comprar cinturones, zapatos y agendas de zintal a precios bajísimos y sendas visitas a dos destilerías. Las muchachas de Almagordo son hermosas, vivaces y de una ingenuidad refrescante. Consideran al turista como la raza humana mejor y más deseable. Y además...

—Tranai — dijo Goodman —. ¿Hasta dónde pueden acercarme?

El empleado, abatido, sacó una tira de boletos.

—Puede tomar la Reina de la Constelación hasta Legis II y allí transbordar a la Esplendor de la Galaxia, que le llevará hasta Oumé. En ese sitio tendrá que tomar una nave local que hace escala en Machang, Inchang, Pankang, Lekung y Ostra y lo dejará en Tung-Bradar IV, si no se descompone por el camino. Después, un vuelo fuera de programa lo llevará más allá del Remolino Galáctico (siempre que logre atravesarlo), hasta Aoomsridgia, desde donde podrá llegar hasta Bellismoranti con la nave correo. Creo que la nave correo aún funciona. Con eso estará a mitad de camino. Desde allí en adelante, tendrá que arreglárselas.

—Muy bien — repuso Goodman —. ¿Puede tener mis formularios listos para esta tarde? El empleado asintió.

—Señor Goodman — preguntó, desesperado —, dígame, qué clase de lugar es ese Tranai?

Goodman esbozó una sonrisa beatífica.

—Una utopía — respondió.

Marvin Goodman había pasado casi toda su vida en Seakirk, Nueva Jersey, ciudad controlada por uno u otro mandamás político durante casi cincuenta años.

La mayor parte de sus habitantes eran indiferentes al espectáculo de corrupción administrativa, tanto en los cargos altos como en los de menor importancia; no reparaban en el juego, en las guerras del hampa ni en el alcoholismo de los adolescentes. Estaban acostumbrados a que las rutas se hallaran en pésimo estado, los viejos depósitos de agua estallaran, las plantas de energía se vinieran abajo y los edificios decrepitos se derrumbaran. Mientras tanto, los amos construían casas propias cada vez mayores, piscinas más suntuosas y establos más cálidos. La gente estaba habituada. Pero Goodman no.

Era un cruzado innato. Por lo tanto, escribió artículos críticos que nunca se publicaron, envió al Congreso cartas que nunca fueron recibidas, apoyó a candidatos honrados que nunca resultaron electos y organizó la Liga para el Mejoramiento Cívico, la de Enemigos del Gangsterismo, la Unión de Ciudadanos Pro—Honestidad Policial, la Asociación contra el Juego, la Comisión Pro—Igualdad Femenina Frente al Trabajo y otras diez o doce sociedades semejantes.

Sus esfuerzos no rindieron ningún fruto. La gente era demasiado apática para tomar interés. En cuanto a los políticos, se limitaban a reírse de él, cosa insoportable para Goodman. Por último, para completar su» problemas, su novia lo dejó por un joven barullero que usaba una escandalosa chaqueta deportiva y cuya única virtud era poseer casi todas las acciones de la Compañía Constructora Seakirk.

Fue un golpe definitivo. A la muchacha no pareció importarle el hecho de que la CCS utilizara cantidades desproporcionadas de arena para hacer el cemento, ni que disminuyera en varios centímetros el grosor de las vigas de acero. Tal como ella decía: «¡Oh, bueno, Marvie! ¿qué tiene? Así son las cosas. Tienes que ser práctico.»

Goodman no tenía intenciones de ser práctico. Se dirigió inmediatamente al bar Claro de Luna, propiedad de Eddie; allí, entre un trago y otro, empezó a considerar los atractivos de una choza de paja en el verde infierno de Venus.

En ese momento entró al bar un anciano erguido, de rostro aguileño. Su condición de marino espacial era evidente, dado el modo en que andaba, como si la gravedad le molestara, por su palidez, por las heridas provocadas por la radiación y la agudeza de sus ojos grises.

Un especial Tranai, Sam — pidió al barman.

—En seguida, Capitán Savage.

—¿Tranai? — murmuró involuntariamente Goodman.

—Tranai — confirmó el capitán —. Nunca la ha oído nombrar, ¿verdad, hijo?

—No, señor — confesó Goodman.

—Bueno, hijo — dijo el Capitán Savage —, hoy me siento un poco parlanchín, así que le contaré la historia de Tranai la Bendita, perdida más allá del Remolino Galáctico.

Los ojos del capitán se llenaron de niebla y una sonrisa suavizó la línea sombría de sus labios.

—En aquellos días éramos hombres de hierro y tripulábamos naves de acero. Yo y Johny Cavanaugh y el Rana Larsen habríamos llegado hasta el mismo infierno para conseguir media carga de terganio. Y en caso de faltarnos hombres, éramos capaces de emborrachar al mismo Belcebú para embarcarlo como ayudante de calderas. Eran los tiempos en que el escorbuto espacial se llevaba un hombre de cada tres y el espíritu del gran Dan McClintock asolaba los espacios. En el Asteroide 342-AA estaba la taberna de Molly Gann; se llamaba el Gallo Rojo y un vaso de cerveza costaba quinientos dólares terrestres. Y uno los pagaba, porque en quince millones de kilómetros no había otro lugar donde beber algo. En aquellos días, los Scarbies todavía cortaban camino por el Risco

Estelar y las naves con destino a Prodengum tenían que tomar por el desvío Swayback. Ya se podrá imaginar, hijo, cómo me sentí cuando un buen día llegué a Tranai.

El viejo capitán trazó un cuadro de los grandes días de naves frágiles contra un cielo de hierro; naves que llevaban destinos lejanos, siempre lejanos, hacia los remotos límites de la galaxia.

Y allí, en el mismo borde de la Nada, estaba Tranai.

Tranai, allí donde había sido hallado el Camino y donde los hombres ya no necesitaban atarse al Timón. Tranai la Generosa, una sociedad pacífica, creativa, sin santos, ni ascetas, ni intelectuales, pero sí con gente común que había alcanzado la utopía.

Durante una hora, el capitán Savage habló de las maravillas multiformes de Tranai. Al terminar su historia, se quejó de que tenía la garganta seca y Goodman pidió otro Especial de Tranai para él y uno para sí. Mientras sorbía la exótica mezcla de color gris verdoso, también él se perdió en los sueños. Finalmente, con mucha suavidad, preguntó:

—¿Por qué no retorna allí, capitán?

—Sufro de gota espacial — replicó el anciano, meneando la cabeza —. Estoy anclado sin remedio. En aquellos días no sabíamos mucho de esta medicina moderna. Para lo único que sirvo es para trabajar en tierra firme.

—¿Qué empleo tiene?

—Soy capataz de la Compañía Constructora Seakirk — respondió el hombre, suspirando —. Yo, que una vez capitaneé una máquina de cincuenta tubos... ¡Y qué modo de hacer el cemento, esa gente! ¿Tomamos una copita a la salud de la bella Tranai?

Tomaron varias copas. Cuando Goodman salió del bar, estaba decidido. En algún lugar del Universo habían encontrado el modus vivendi, la solución adecuada para el viejo sueño del hombre: la perfección.

No se conformaría con menos.

Al día siguiente renunció a su puesto como diseñador en la Fábrica de Robots East Coast y retiró sus ahorros del banco.

Iría a Tranai.

Tomó la Reina de la Constelación hasta Legis II y la Esplendor de la Galaxia hasta Oumé. Tras detenerse en Machang, Inchang, Pankang, Lekung y Ostra (pequeños puertos sin atractivo alguno), llegó a Tung-Bradar IV. Cruzó el Remolino Galáctico sin problemas, y desembarcó finalmente en Bellismoranti, donde terminaba la influencia terrícola.

Por una tarifa exorbitante, una nave local lo llevó hasta Dvasta II. Desde allí, viajó en un carguero hasta el doble planeta Mvanti, más allá de Seves, Oigo y Mi. Allí quedó anclado durante tres meses y aprovechó ese tiempo para tomar un curso hipnopédico del idioma tranaiano. Finalmente contrató un piloto particular que lo llevara hasta Ding.

En Ding lo arrestaron, tomándolo por un espía higastomeritrano, pero logró escapar escondido en un cohete cargado con minerales que iba hacia g'Moree. En g'Moree debió someterse a tratamiento médico por congelación, envenenamiento cardíaco y quemaduras superficiales por radiactividad. Al fin consiguió pasaje a Tranai.

Cuando la nave dejó atrás las lunas Doé y Ri, para descender en Port Tranai, le pareció estar soñando.

En cuanto abrieron las esclusas, Goodman se encontró en un estado de profunda depresión. En parte se debía al simple agotamiento, inevitable después de un viaje semejante. Pero más aún, se debía al súbito pánico de que Tranai resultara un fraude.

Había cruzado toda la Galaxia debido a las leyendas de un viejo piloto espacial. Pero ahora todo aquello parecía imposible. Habría sido más factible hallarse en Eldorado.

Desembarcó. Puerto Tranai parecía una ciudad bastante agradable. Las calles eran muy transitadas y en los negocios se apilaba la mercadería. Los hombres con quienes se

cruzó eran muy similares a los humanos de cualquier parte y las mujeres le resultaron bastante atractivas.

Pero allí había algo extraño, algo sutil, algo que no estaba bien. Algo extraño. Le llevó un rato comprender de qué se trataba.

Había al menos diez hombres por cada mujer entre los transeúntes. Y, para mayor extrañeza, prácticamente todas las mujeres que vio eran menores de dieciocho años o mayores de treinta y cinco. ¿Qué había ocurrido con las mujeres de diecinueve a treinta y cinco años? ¿Algún tabú les prohibía aparecer en público?

¿O quizá habían sido víctimas de alguna peste?

Ya lo averiguaría.

Se dirigió al Edificio Idrig, donde se cumplían todas las funciones gubernamentales y se presentó en las oficinas del Ministerio de Asuntos Exteriores. En seguida lo hicieron pasar.

La oficina era pequeña y muy desordenada; el papel de las paredes estaba cubierto por extrañas manchas azules. Lo que llamó de inmediato la atención de Goodman fue un rifle de alto poder, con mira telescópica y silenciador, colgando amenazadoramente en una pared. No tuvo tiempo para pensar mucho al respecto, pues el ministro saltó de su asiento para estrecharle vigorosamente la mano.

Era un hombre macizo y alegre, de unos cincuenta años. En torno a su cuello usaba la pequeña medalla estampada con el sello tranaiano: Un rayo de luz sobre una espiga de trigo. Goodman supuso, correctamente, que sería un sello oficial del despacho.

—Bienvenido a Tranai — dijo el ministro, calurosamente. Apartó una pila de papeles de una silla e indicó a Goodman que tomara asiento.

—Señor ministro — comenzó Goodman, en tranaiano formal.

—Me llamo Den Melith. Llámame Den. Aquí somos muy informales. Pon los pies sobre el escritorio y siéntate como en tu casa. ¿Un cigarro?

—No, gracias — dijo Goodman —. Señor Min... ejem, Den, vengo desde Tierra, un planeta que usted habrá oído nombrar, sin duda.

—Claro que sí — dijo Melith —. Un lugar medio nervioso y apresurado ¿no es así? Sin intención de ofenderte, por supuesto.

—Por supuesto. Esa es exactamente mi opinión sobre la Tierra. La razón que me trae aquí...

Goodman vaciló, temiendo que resultara ridícula, pero continuó:

—Bueno, he oído relatos con respecto a Tranai. Ahora que lo pienso, parecen exagerados. Pero si a usted no le es molesto, quisiera preguntarle...

—Pregunta lo que quieras — dijo Melith, expansivo —. Te responderé sin rodeos.

—Gracias. Me dijeron que en Tranai no ha habido guerras de ninguna especie por más de cuatrocientos años.

—Seiscientos — corrigió Melith —. Y no hay ninguna en perspectiva.

—Alguien me dijo que en Tranai no hay crímenes.

—De ninguna especie.

—Y, por lo tanto, no existen fuerzas policiales, ni tribunales, ni jueces, ni comisarios, agentes de tránsito, verdugos, ni investigadores gubernamentales. No hay prisiones, reformatorios ni otros sitios de encarcelamiento.

—No hacen falta — explicó Melith —, dado que no hay crímenes.

—Me han dicho que en Tranai no hay indigentes.

—No, que yo sepa — dijo alegremente Melith —. ¿Seguro que no quieres un cigarro?

—No, gracias — afirmó Goodman, cada vez más ansioso —. Entiendo que ustedes han alcanzado una economía estable sin recurrir al socialismo, al comunismo, al fascismo ni a la burocracia.

—Es cierto — replicó Melith.

—Que ésta es, de hecho, una sociedad liberal, donde la iniciativa particular prospera y las funciones gubernamentales se mantienen en el mínimo indispensable.

Melith asintió, aclarando:

—Específicamente, el gobierno se ocupa de asuntos regulares de menor importancia, como el cuidado de los ancianos y el embellecimiento del paisaje.

—¿Es verdad que ustedes han descubierto un método de distribución de la riqueza sin recurrir a la intervención oficial, ni siquiera a los impuestos, basado enteramente en la elección individual? —preguntó Goodman, desafiante.

—¡Oh, sí!, así es.

—¿Es verdad que no hay corrupción en ningún estrato gubernamental?

—En absoluto — respondió Melith —. Tal vez a eso se deba que sea tan difícil encontrar hombres dispuestos a hacerse cargo de los puestos públicos.

—¡En ese caso, el capitán Savage tenía razón! — gritó Goodman, incapaz de seguir controlándose —. ¡Esto es una utopía hecha realidad!

—A nosotros nos gusta — dijo Melith. Goodman tomó aliento y preguntó:

—¿Puedo quedarme?

—¿Por qué no? — repuso Melith, sacando un formulario —No hay restricciones para la inmigración. Dime, ¿cuál es tu profesión?

—En la Tierra era diseñador de robots.

—¡Oh!, tendrás muchas oportunidades.

Melith comenzó a llenar el formulario, pero la pluma estilográfica soltó una gota de tinta. El ministro, con toda naturalidad, la arrojó contra la pared; la pluma estilográfica, al estrellarse allí, agregó otra mancha azul.

—En cualquier otro momento llenaremos el formulario — dijo —. Ahora no tengo ganas.

Y se recostó en la silla, agregando:

—Permítame algunos consejos. Aquí, en Tranai, creemos estar muy cerca de la utopía, como tú has dicho. Pero nuestra nación no está muy organizada. No tenemos complicados cuerpos de leyes. Vivimos en la obediencia a ciertas leyes no escritas, o costumbres, como quieras llamarlas. Ya las descubrirás. Te conviene seguirlas, aunque no estás obligado a hacerlo.

—Lo haré, por supuesto — exclamó Goodman —. Puedo asegurarle, señor, que no tengo intenciones de perjudicar en absoluto a este paraíso.

—No es por nosotros que me preocupo — respondió Melith, con una sonrisa divertida —. Estaba pensando en tu propia seguridad. Tal vez mi esposa pueda darte algún consejo.

Oprimió un gran botón rojo instalado en su escritorio. Se produjo una neblina azulada, que se solidificó. Un momento después, Goodman tuvo frente a sí a una hermosa joven.

—Buenos días, querido — dijo la mujer a Melith.

—Es la tarde — le informó Melith —. Querida, este joven ha venido desde la Tierra para vivir en Tranai. Yo le he dado los consejos habituales. ¿Hay algo más que podamos hacer por él?

La señora Melith pensó por algunos instantes. Después preguntó a Goodman:

—¿Está casado?

—No, señora — respondió él.

—En ese caso, tendríamos que presentarle una muchacha agradable — dijo la señora a su esposo —. En Tranai no fomentamos la soltería, aunque no está prohibida, por cierto. A ver... ¿Qué te parece aquella muchacha tan inteligente, Origanti?

—Se ha comprometido — dijo Melith.

—¿De veras? ¿Hace tanto que estoy en éxtasis? ¡Oh, querido no es muy razonable de tu parte!

—He estado muy ocupado — dijo Melith, disculpándose.

—¿Y Mina Vensis?

—No es su tipo.

—¿Janna Vley?

—¡Perfecta! — exclamó Melith.

Y añadió, guiñando un ojo a Goodman.

—Una joven muy atractiva.

Buscó en su escritorio hasta encontrar otra pluma estilográfica y garrapateó una dirección, que entregó a Goodman.

—Mi esposa le telefonará para que lo espere mañana por la noche.

—Y por favor — agregó la señora —, no deje de venir a cenar cualquier noche de éstas.

—Con mucho gusto — aceptó Goodman, completamente mareado.

—Ha sido un placer conocerle — dijo la señora Melith. El marido oprimió el botón rojo. Volvió a formarse la neblina azul y la señora Melith desapareció.

—Hora de cerrar — observó Melith, echando una mirada a su reloj —. No puedo trabajar fuera de hora; la gente empezaría a murmurar. Vente cualquier día y llenaremos esos formularios. En realidad, deberías visitar también a Borg, el Presidente Supremo, en la Residencia Nacional. Tal vez él mismo te visite. Y no te olvides de Janna.

Con un guiño de picardía, Goodman se encontró en la acera. Había llegado a Utopía; una utopía real, genuina, indudable.

Pero en ella había ciertas cosas muy extrañas.

Goodman cenó en un pequeño restaurante y se registró en un hotel cercano. Un botones muy alegre le condujo hasta su habitación, donde Goodman se estiró inmediatamente en la cama. Se frotó los ojos, cansado, mientras intentaba ordenar sus impresiones.

¡Cuántas cosas le habían ocurrido, en un solo día! Y cuántas le preocupaban aún. La proporción entre hombres y mujeres, por ejemplo. Había tenido intenciones de interrogar a Melith al respecto. Pero tal vez Melith no fuera el hombre más adecuado para responderle, pues había muchas cosas extrañas en él. Como aquello de arrojar la pluma estilográfica contra la pared. ¿Era ese un comportamiento correcto en un funcionario maduro y responsable? En cuanto a la esposa de Melith...

Goodman sabía que la señora Melith había salido de un campo estático derrsín, pues conocía esa neblina azul característica. También en la Tierra se utilizaba el derrsín; a veces había razones médicas valederas para suspender toda actividad, todo crecimiento, toda decadencia. Por ejemplo, en el caso de un paciente que necesitara desesperadamente algún suero sólo existente en Marte, se proyectaba al enfermo al éxtasis hasta que llegara el suero.

Pero en la Tierra sólo los doctores autorizados podían operar el campo estático, y el uso indebido estaba severamente castigado. Nunca había oído decir que alguien tuviera a la mujer allí.

Sin embargo, si todas las esposas de Tranai permanecían en éxtasis, eso podía explicar la ausencia de mujeres entre los diecinueve y treinta y cinco años, y también la proporción de uno a diez con respecto a los hombres.

Pero ¿cuál era el motivo de ese purdah tecnológico? Y algo más preocupaba a Goodman; algo insignificante, pero igualmente perturbador. Aquel rifle en la pared de Melith. ¿Lo utilizaría para cazar? En ese caso, tomaba el deporte en grande. ¿Para tirar al blanco? Con mira telescópica, no. ¿Y el silenciador? ¿Y por qué lo tenía en la oficina?

De cualquier modo, aquellos eran asuntos de menor importancia, pequeñas idiosincrasias locales que se aclararían cuando llevase algún tiempo viviendo allí. Era incomprendible comprenderlo de inmediato; después de todo, se trataba de un planeta desconocido.

Precisamente cuando comenzaba a dormirse, oyó un golpe en la puerta.

—Adelante — dijo.

Entró un hombrecito furtivo y de rostro ceniciento.

—Usted es el terrícola, ¿verdad? — preguntó, cerrando la puerta tras de sí.

—Así es.

—Supuse que lo encontraría aquí — dijo el hombrecito con una sonrisa complacida —.

Acerté en el primer intento. ¿Piensa quedarse en Tranai?

—Para siempre.

—Me alegro — dijo el hombrecito —. Le gustaría hacerse cargo de la Presidencia Suprema?

—¿Qué?

—Buen sueldo, horario cómodo, y el término dura sólo un año. Usted parece un hombre consciente del bien público.

¿Qué le parece?

Goodman no encontró respuesta.

—¿Así, con tanta despreocupación, viene a ofrecermelo el cargo máximo del país? preguntó incrédulo.

—¿Cómo con despreocupación? — barbotó el hombrecito — Usted cree que a cualquiera le ofrecemos la suprema presidencia? Se trata de un verdadero honor.

—No quise decir que...

—Y usted, como terrícola, es un candidato perfecto.

—¿Por qué?

—Bien, es cosa sabida que los terrícolas encuentran placer en el mando.. Nosotros, los tranaianos, no. Es demasiado engorro.

Así de simple. La sangre reformadora de Goodman echó a hervir. Aunque Tranai era un sitio ideal, cabían, sin duda, muchas mejoras. Por un momento se vio como gobernante de Utopía, cumpliendo la tarea extraordinaria de mejorar lo perfecto. Pero la cautela le impidió aceptar enseguida. Tal vez el hombre fuera sólo un chiflado.

—Gracias por proponérmelo — dijo Goodman —. Tendré que pensarlo. Quizá debería hablar con el actual presidente para estar más enterado sobre el trabajo a realizar.

—Bueno, ¿quién cree que soy yo? — reclamó el hombrecito —. Soy Borg, el Presidente Supremo.

Sólo entonces reparó Goodman en la medalla oficial que pendía de su cuello.

—Cuando se decida, hágamelo saber. Me encontrará en la Residencia Nacional. Estrechó la mano de Goodman y se marchó.

El terrícola aguardó cinco minutos; entonces tocó el timbre para llamar al botones.

—¿Quién era ese hombre? — le preguntó.

—Borg, el presidente supremo — respondió el botones —. ¿Aceptó usted el cargo?

Goodman meneó lentamente la cabeza. Acababa de comprender que aún tenía mucho que aprender sobre Tranai.

A la mañana siguiente, Goodman hizo una lista con las diferentes fábricas de robots de Puerto Tranai, por orden alfabético y salió en busca de trabajo.

Para su sorpresa, no le costó el menor esfuerzo conseguirlo, en el primer sitio en que lo solicitó. La Gran Fábrica de Robots Domésticos Abbag lo contrató tras echar sólo un vistazo a sus credenciales.

Su nuevo jefe, el señor Abbag, era de baja estatura y aspecto fiero; tenía una abundante cabellera blanca y revelaba una tremenda energía personal.

—Me alegra tener a un terrícola entre el personal — dijo —. Tengo entendido que ustedes son gentes de ingenio y aquí „ necesitamos ingenio, sin duda alguna. Seré franco

con usted, Goodman. Espero sacar ventaja de su criterio extranjero. Estamos en un punto muerto.

—¿Se trata de algún problema de producción? — preguntó Goodman.

—Le mostraré.

Abbag condujo a Goodman a través de la fábrica, por las secciones de Moldeado, Tratamiento a Alta Temperatura, Análisis bajo Rayos X y Armado Final, hasta el Cuarto de Pruebas. Esa habitación combinaba una cocina con una sala. Contra una de las paredes había una hilera de diez o doce robots.

—Pruebe uno — dijo Abbag.

Goodman se acercó al primero y observó sus controles. Eran bastante simples; se explicaban por sí mismos. Hizo cumplir a la máquina las tareas acostumbradas: levantar objetos, lavar cacerolas y vajilla, poner la mesa. Las respuestas del robot eran bastante correctas, pero lentas hasta la locura. En la Tierra, esa lentitud había sido superada hacía un siglo. Por lo visto, la gente de Tranai no estaba a tono con la época.

—Parece muy lento — comentó Goodman, cauteloso.

—Así es — dijo Abbag —. Terriblemente lento. Personalmente, me parece que así está bien. Pero los estudios de mercado indican que nuestros clientes los quieren más lentos aún.

—Ridículo, ¿verdad? — observó Abbag, malhumorado —. Pero si no los demoramos todavía más, perderemos dinero. Échele un vistazo por dentro.

Goodman abrió el panel posterior y parpadeó ante el embrollo de cables que había dentro. Le llevó un momento comprender. El robot estaba construido como cualquier máquina moderna de la Tierra, con los habituales circuitos de alta velocidad y bajo costo. Pero se habían instalado relés especiales de demora y unidades para rechazar impulsos y marchas lentas.

—Dígame — exigió Abbag, enojado —¿Cómo podemos demorarlo más sin aumentar considerablemente su tamaño y elevar el precio al doble? Vaya a saber qué clase de desmejora se les ocurrirá pedir después.

Goodman trató de ajustar sus pensamientos en el concepto de desmejorar una máquina. En la Tierra, las fábricas trataban constantemente de construir mejores robots, con respuestas más rápidas, fáciles y adecuadas. Nunca había visto motivos para cuestionarse la sabiduría de esa tendencia. Y aún no los veía.

—Y por si no fuera bastante — se quejó Abbag —, el nuevo plástico que creamos para este modelo se ha catalizado, o algo así. Mire.

Echó el pie atrás y asestó al robot una patada en el medio. El plástico se dobló como una hojalata. El fabricante aplicó otro puntapié, con lo que el plástico se dobló aún más y la máquina empezó a crujir y a lanzar patéticos destellos. Un tercer golpe acabó con la cubierta. Las entrañas del robot explotaron espectacularmente, esparciéndose por el suelo.

—Bastante frágil — dijo Goodman.

—Pero no lo bastante. Tendría que volar al primer golpe. A nuestros clientes no les gustaría mucho pasarse el día pateándoles el estómago. Pero dígame, ¿cómo se puede fabricar un plástico que soporte el uso normal, pues no conviene que se rompan por accidente y que se hagan pedazos en cuanto el cliente lo quiera?

—Un momento — protestó Goodman —. Déjeme aclarar ésto. ¿Ustedes demoran deliberadamente a los robots, para que la gente se irrite y los destruya?

—¡Por supuesto! — exclamó Abbag, alzando las cejas.

—¿Por qué?

—Usted es muy nuevo aquí — observó Abbag —. Eso lo sabe cualquier criatura. Es algo fundamental.

—Le agradecería que me lo explicara. Abbag suspiró.

—Bien, en primer lugar, usted habrá notado, sin duda, que cualquier artefacto mecánico es una fuente de irritación. La humedad siente una profunda y permanente desconfianza hacia las máquinas. Los psicólogos la interpretan como la reacción instintiva de la vida contra lo pseudo—viviente. ¿Hasta aquí se entiende?

Marvin Goodman recordó los muchos libros alarmantes que había leído sobre rebeliones entre las máquinas, cerebros cibernéticos que se hacían cargo del mundo, androides en guerra y cosas por el estilo. Pensó en las tiras cómicas que publicaban los periódicos: el hombre que disparaba contra su televisor, o arrojaba la tostadora contra la pared, o ajustaba cuentas con su coche. Recordó todos los cuentos sobre robots; en todo aquello había un fondo de profunda hostilidad.

—Creo que le entiendo — dijo.

—En ese caso, permítame partir de esa premisa — prosiguió Abbag. Toda máquina es una fuente de irritación. Por lo tanto, por extensión, una máquina que opere perfectamente es un punto focal de frustración, pérdida de la autoestima, resentimiento indirecto y...

—¡Un momento! — objetó Goodman —¡No lleguemos a tanto!

—...y fantasías esquizofrénicas — continuó Abbag, inexorable —. Pero las máquinas son indispensables en una economía avanzada. Por lo tanto, la mejor solución humana es crear máquinas que funcionen mal.

—No entiendo nada.

—Es obvio. En la Tierra, las máquinas trabajan de modo casi óptimo y provocan en sus operadores complejos de inferioridad. Pero ustedes, lamentablemente, conservan un tabú primitivo y masoquista que impide destruirlas. El resultado es una ansiedad generalizada en presencia de la Máquina sacrosanta y eficiente y la búsqueda de un objeto de agresión, por lo común la esposa o el amigo. ¡Lamentable estado de cosas! ¡Oh!, es muy eficiente, supongo, considerando lo que se produce por hora de trabajo, pero muy poco eficiente en cuanto a la salud y al bienestar, considerados a largo plazo.

—No estoy seguro de...

—El hombre es un animal ansioso. Aquí en Tranai, descargamos la ansiedad de este modo y hacemos que las máquinas sirvan como escape para muchas otras frustraciones. Cuando uno está harto ¡blam! se descarga pateando aun robot. Se produce una inmediata descarga terapéutica de los sentimientos, una disminución de la tensión general, un saludable flujo de adrenalina en la corriente sanguínea y así mejora la economía de Tranai, puesto que ese hombre comprará inmediatamente otro robot. Y después de todo, ¿qué ha hecho? No ha golpeado a su esposa, no se ha suicidado ni declarado una guerra, ni ha inventado un arma nueva; en una palabra, no se ha permitido ninguna de las formas más comunes de resolver la agresión. No ha hecho sino destrozar un robot barato, que puede reemplazar en seguida.

—Creo que me costará un poco entenderlo — admitió Goodman.

—Naturalmente, así será. Sin duda, usted resultará un colaborador muy valioso, Goodman. Piense en lo que le he dicho y trate de imaginar alguna forma de desmejorar este robot sin aumentar el precio.

Goodman estudió el problema durante el resto de la jornada, pero le costaba ajustar sus pensamientos a la idea de producir una máquina inferior. Parecía vagamente blasfema. Abandonó la oficina a las cinco y media, descontento consigo mismo, pero decidido a desenvolverse mejor... o peor, según el punto de vista y el condicionamiento previo.

Tras una cena rápida y solitaria, Goodman decidió visitar a Janna Vley. No quería pasar la noche a solas con sus pensamientos y necesitaba desesperadamente encontrar

algo agradable, simple y sin complicaciones en esa compleja utopía. Tal vez esa tal Janna fuera la respuesta.

La casa de los Vley estaba sólo a doce manzanas y decidió ir caminando.

El problema fundamental radicaba en su propia idea sobre cómo debía ser Utopía; le costaba adecuar sus pensamientos a la realidad. Había imaginado una población pastoral, un planeta donde se viviría en aldeas pequeñas y pintorescas, donde la gente pasearía vestida con túnicas vaporosas y sería muy sabia, gentil y comprensiva. Niños que jugaran bajo la dorada luz del sol, jóvenes bailando en la plaza de la aldea...

¡Ridículo! Aquello era un cuadro, pero no una escena viviente; una serie de posturas estilizadas, pero no el movimiento incesante de la vida. Los humanos no podían vivir así, aun suponiendo que lo desearan. Y si lo conseguían, dejarían de ser humanos.

Llegó a la casa de los Vley y se detuvo a la puerta, irresoluto. ¿En qué estaría por meterse? ¿Qué costumbres extrañas (aunque utópicas, indudablemente) le esperaban?

Estuvo a punto de echarse atrás. Pero la perspectiva de una larga noche de soledad en el hotel era muy poco atrayente. Apretando los dientes, hizo sonar el timbre.

Un joven pelirrojo, de edad madura y estatura mediana, abrió la puerta y exclamó:

—¡Oh, usted debe ser el terrícola! Janna se está preparando. Pase y le presentaré a mi esposa.

Acompañó a Goodman hasta una sala bien amueblada y oprimió un botón rojo instalado en la pared. Esta vez, Goodman no se sorprendió al ver la neblina azulada del derrsin. Después de todo, la forma en que los tranaianos trataban a sus mujeres, era cosa de ellos.

Una mujer bonita, de unos veintiocho años, surgió de la neblina.

—Querida — dijo Vely —, te presento al señor Goodman, el terrícola.

—Encantada de conocerlo — dijo la señora Vley —. ¿Puedo servirle algo?

Goodman aceptó. Vley le indicó una cómoda silla; un momento después, la señora Vley volvió con una bandeja llena de refrescos y se sentó también.

—De modo que usted viene de la Tierra — dijo el señor Vley —. Un lugar medio nervioso y apresurado, ¿no es verdad? ¿Siempre trajinando, la gente?

—Sí, supongo que sí.

—Bueno, a usted le gustará esto. Sabemos vivir. Es cuestión de...

Hubo un susurro de faldas en la escalera y Goodman se levantó.

—Señor Goodman, ésta es Janna, nuestra hija — dijo la señora Vley.

Goodman notó de inmediato que los cabellos de Jana eran del color de la supernova de Circe; sus ojos tenían el azul profundo e increíble del cielo otoñal en Algo II; los labios, el suave rosado de los chorros lanzados por un cohete Scaclott-Turner y su nariz...

Pero agotó las comparaciones astronómicas, que de cualquier modo eran inadecuadas. Janna era una rubia esbelta, de sorprendente belleza y Goodman se sintió repentinamente muy satisfecho de haber cruzado toda la galaxia para llegar a Tranai.

—Que se diviertan, chicos — dijo la señora.

—No vuelvas demasiado tarde — dijo el padre de Janna. Tal como los padres terrícolas dicen a sus hijos.

No hubo nada exótico en aquel encuentro. Fueron aun club nocturno de precios razonables, bailaron, bebieron algo, charlaron mucho. Goodman notó, con sorpresa, que el entendimiento era inmediato. Janna estaba de acuerdo con cuanto él decía. Era alentador descubrir tanta inteligencia en una muchacha tan bonita.

Cuando él narró los peligros que había afrontado al cruzar la galaxia, Janna se sintió impresionada, casi sobrecogida. Sabía que los terrícolas eran aventureros, aunque nerviosos, pero los riesgos corridos por Goodman sobrepasaban toda impresión.

Escuchó estremecida su relato sobre el Remolino Galáctico y abrió los ojos de asombro al saber que había tomado el famoso desvío Swayback, donde los sanguinarios Scarbies continuaban asolando el Risco Estelar, para infestar los infernales pozos de Prodengum.

Tal como Goodman decía, los terrícolas eran hombres de hierro en naves de acero, lanzados a explorar los bordes mismos de la inmensa Nada.

Janna no abrió la boca hasta que Goodman dijo haber pagado quinientos dólares terrestres por un vaso de cerveza en la Taberna de El Gallo Rojo, de Molí Gann en el Asteroide 342-AA.

—Debías estar muerto de sed — dijo, pensativa.

—No tanto — respondió él —. Pero el dinero no significa gran cosa allí.

—¡Oh! De cualquier modo, ¿no habría sido mejor ahorrarlo? algún día tendrás mujer e hijos... Se ruborizó.

—Bueno, esa etapa de mi vida está cerrada — dijo Goodman, en tono seco —. Quiero casarme e instalarme aquí, en Tranai.

—¡Qué bien! — exclamó ella. Fue una noche perfecta.

Goodman acompañó a Janna de regreso a una hora respetable y acordó una cita para la noche siguiente. Sus propias leyendas le habían dado osadía y dio a la muchacha un beso en la mejilla. A ella no pareció molestarla, pero Goodman no trató de aprovechar la oportunidad.

—Hasta mañana, entonces — dijo ella, sonriéndole, y cerró la puerta.

Goodman se alejó, sintiéndose eufórico. ¡Janna, Janna! ¿Era posible que ya estuviese enamorado? ¿Y por qué no? El amor a primera vista era una posibilidad psico—fisiológica comprobada y perfectamente respetable. ¡El amor en Utopía! ¡Qué maravilloso era encontrar la muchacha perfecta allí, en un planeta perfecto!

Un hombre surgió de entre las sombras y le cerró el paso. Goodman notó que llevaba una máscara de seda negra que le cubría todo, con excepción de los ojos. Tenía una pistola grande y de aspecto poderoso y la apuntaba con firmeza al estómago de Goodman.

—Bueno, chiquito — dijo —, dame todo tu dinero.

—¿Qué? — exclamó Goodman.

—Ya me oíste. Tu dinero, dámelo.

—Pero usted no puede hacer esto — dijo Goodman tratando de pensar en forma coherente —. ¡No hay crímenes en Tra—nai!

—¿Y quién dijo que los hubiera? — preguntó el hombre, sereno. Le estoy pidiendo el dinero, nada más. ¿Me lo dará pacíficamente, o tendré que arrancárselo?

—¡No se saldrá con la suya! ¡El crimen no beneficia a nadie!

—No sea ridículo — dijo el hombre, levantando la pesada pistola.

—Está bien, no se excite.

Goodman sacó su billetera, que contenía todo cuanto poseía en el mundo y entregó su contenido al enmascarado. El hombre lo contó y pareció impresionado.

—Es más de lo que esperaba. Gracias, chiquito. Ahora, tómatelo con calma.

Y se fue de prisa por una calle oscura.

Goodman, desesperado, buscó un policía con la vista; finalmente recordó que en Tranai no los había. En la esquina se veía un pequeño despacho de bebidas, con un letrero de neón: Kitty Kat Bar. Allí fue, a paso rápido.

Dentro estaba el dueño, secando vasos con expresión sombría.

—¡Me han asaltado! — gritó Goodman.

—¿Ah, sí? — dijo el barman, sin siquiera levantar la vista.

—Pero yo creía que en Tranai no había crímenes.

—No los hay.

—Pero me han asaltado.

—Usted debe ser recién llegado — dijo el barman, levantando al fin los ojos.

—Acabo de llegar desde la Tierra.

—¿La Tierra? Un lugar medio nervioso y apres...

—Sí, sí — interrumpió Goodman, que estaba un poco cansado de aquella frase hecha —. Pero ¿cómo dicen que en Tranai no hay crímenes, si me han asaltado?

—Es obvio. En Tranai, robar no es delito.

—¡Pero el robo siempre es delito!

—¿De qué color era la máscara del asaltante? Goodman meditó por un instante.

—Negra. De seda negra.

El barman asintió, explicando:

—Era un cobrador de impuestos para el gobierno.

—¡Qué modo ridículo de cobrar los impuestos! — barbotó Goodman.

—Considérelo según el bienestar colectivo —dijo el barman, sirviéndole un especial Tranai —. El Gobierno necesita algún dinero. Al cobrarlo de ese modo, nos evitamos la necesidad de establecer un impuesto a los réditos, con todo el aparato legal y legislativo que requiere. Y con respecto a la salud mental, es mucho mejor quitar el dinero en una operación breve, rápida e indolora que obligar al ciudadano a preocuparse durante todo el año por pagar en una fecha determinada.

Goodman vació su copa y el barman le sirvió otra.

—Pero yo creía — dijo el terrícola —, que ésta era una sociedad basada en el concepto de la libertad y la iniciativa individual.

—Lo es — dijo el Barman —. Por lo tanto, el gobierno (el poco gobierno que tenemos) tiene tanto derecho a la libertad como cualquier ciudadano, ¿verdad?

Goodman, incapaz de comprenderlo bien, vació el segundo vaso.

—¿Puedo servirte otro? Le pagaré en cuanto pueda.

—Claro que sí — respondió el hombre, con simpatía. Le sirvió otro vaso y preparó uno para él.

—¿Por qué me preguntó por el color de la máscara? — preguntó Goodman.

—Las máscaras negras son del gobierno. Los ciudadanos comunes utilizan máscaras blancas.

—¿Eso significa que también los particulares cometen asaltos?

—¡Pues claro! Ese es nuestro método de distribución de la riqueza. El dinero se reparte equitativamente sin intervención estatal, sin impuestos, sólo en base a la iniciativa individual.

Y agregó, meneando enfáticamente la cabeza:

—Y funciona bien. El robo es un gran nivelador, ¿sabe?

—Supongo que sí — admitió Goodman, acabando el tercer vaso —. Si lo he comprendido bien, cualquier ciudadano puede tomar una pistola, ponerse una máscara y salir a robar.

—Exactamente — dijo el barman —. Dentro de ciertos límites, naturalmente.

Goodman resopló.

—Si las cosas son así, yo también puedo hacerlo. ¿Podría proporcionarme una máscara y un revólver? El hombre buscó debajo del mostrador.

—Siempre que me los devuelva — dijo —. Son recuerdos de familia.

—Se los devolveré — prometió Goodman —. Y cuando regrese le pagaré la consumición.

Metió la pistola en su cinturón, se colocó la máscara y salió del bar. Si ése era el modo de actuar en Tranai, él también se amoldaría. Le habían asaltado, ¿no? ¡El asaltaría a otros!

Buscó una esquina apropiada y oscura, se escondió entre las sombras y esperó. Al fin oyó ruidos de pasos. Un tranaiano de buen porte y bien vestido venía de prisa por la calle.

Goodman se cruzó en su camino, gruñendo:

—Un momento, chiquito.

El tranaiano se detuvo y echó un vistazo a la pistola de Goodman.

—¡Humm!, usa una Drog 3 de apertura grande, ¿eh? Un arma bastante anticuada. ¿Qué le parece?

—Es buena — dijo Goodman —. Deme su...

—Sin embargo, es de gatillo lento —musitó el tranaiano —. Personalmente, le recomiendo una punzadora Mils-Sleeven. En realidad, soy representante de ventas de Armamentos Sleeveen. Podría conseguirle una a muy buen precio en...

—¡Deme su dinero! — gritó Goodman. El fornido tranaiano sonrió.

—El defecto básico de su Drog 3 radica en que no dispara a menos que suelte el cierre de seguridad.

Alargó la mano y quitó el arma a Goodman, agregando:

—¿Ve? Así no puede hacer nada. Y empezó a alejarse.

Goodman recogió rápidamente la pistola, buscó el cierre de seguridad, lo soltó y corrió tras el tranaiano.

—Arriba las manos — ordenó —; empezaba a sentirse levemente desesperado.

—¡Ah, no!, mi buen hombre — dijo el tranaiano, sin siquiera darse vuelta —. Hay que obedecer las leyes no escritas. Una sola tentativa con cada cliente, ya sabe.

Goodman, petrificado, lo vio perderse tras una esquina. Revisó la Drog 3, para comprobar que todos los seguros estuvieran quitados y volvió a su escondrijo.

Tras una hora de espera, volvió a oír ruido de pasos y oprimió la pistola con más fuerza. Esa vez nada impediría el asalto.

—Bueno, chiquito — dijo —, ¡Manos arriba!

En esa oportunidad, la víctima era un tranaiano bajo y fornido, vestido con viejas ropas de trabajo. Bajó la vista a la pistola que empuñaba Goodman y rogó:

—No dispare, don.

¡Eso estaba mejor! Goodman sintió una profunda satisfacción.

—No se mueva — advirtió —. He quitado todos los seguros.

—Ya veo — observó el hombre, encogiéndose —. Cuidado con ese cañón, señor. Yo no muevo ni un dedo.

—Mejor así. Deme su dinero.

—¿Dinero?

—Sí, su dinero y que sea pronto.

—No tengo dinero — gimió el hombre —. Señor, soy pobre.

Estoy en la miseria.

—En Tranai no hay pobreza — dijo Goodman, sentencioso.

—Ya lo sé. Pero hay situaciones en las que no se nota la diferencia. Déjeme ir, don.

—¿Es que usted no tiene iniciativa? — preguntó Goodman —. Si es pobre, ¿por qué no sale a robar como los demás?

—No he tenido oportunidad. Primero mi hija tuvo tos y tuve que atenderla todas las noches. Después se descompuso el derrsín y mi esposa se pasaba el día molestándome. ¡Siempre dije que en todas las casas debería haber un derrsín de repuesto! Entonces ella decidió limpiar todo mientras componían el generador del derrsín y guardó mi pistola en algún sitio, pero no recuerda dónde. Ya estaba decidido a pedir una prestada a un amigo cuando...

—Basta — dijo Goodman —. Esto es un asalto y voy a robarle algo. Deme su billetera.

El hombre suspiró tristemente y entregó a Goodman una billetera gastada. Dentro había un deeglo, equivalente a un dólar terrestre.

—Es todo lo que tengo — gimoteó el hombre —, pero tómelo. Yo sé lo que es eso, pasarse la noche en una esquina oscura...

—Quédeselo — dijo Goodman.

Devolvió al hombre la billetera y se alejó.

—¡Oh, gracias, don!

Goodman no respondió. Regresó desconsolado al Kitty Kat, para devolver al barman pistola y máscara. Cuando explicó lo ocurrido, el barman estalló en una carcajada violenta.

—¡Que no tenía dinero! Hombre, es el truco más viejo de la lista. Todo el mundo lleva una billetera falsa para caso de asalto; a veces, dos o tres. ¿Lo revisó usted?

—No — confesó Goodman.

—¡Hermano, usted es un novato!

—Creo que sí. Oiga, le pagaré la consumición en cuanto pueda hacerme con algún dinero.

—¡Claro, claro — respondió el hombre —. Será mejor que vuelva a su casa y duerma un poco. Ha tenido una noche agitada.

Goodman se mostró de acuerdo. Cansado, regresó al hotel. Le bastó apoyar la cabeza sobre la almohada para quedar dormido.

Al día siguiente se presentó en Robots Domésticos Abbag, para enfrentar virilmente el problema de desmejorar los autómatas. Hasta en un trabajo tan inhumano como ése tenía que brillar el ingenio terráqueo.

Goodman empezó por crear una nueva especie de plástico para la cubierta del robot. Era una silicona, similar a una que había aparecido en la Tierra hacía mucho tiempo. Tenía las propiedades deseadas de dureza, resistencia y larga duración; podía soportar un trato bastante rudo. Pero el caparazón se hacía añicos, con un efecto bastante espectacular, en cuanto recibía un impacto de quince kilos o más.

El patrón lo elogió por su descubrimiento, le otorgó una bonificación (que le hacía mucha falta), y le ordenó continuar con la idea, rebajando la fuerza de impacto necesaria de ser posible, a doce kilos. Según el departamento de investigaciones, ésa era la potencia del puntapié normal causado por la frustración.

Aquello lo mantuvo tan ocupado que no dispuso de tiempo para investigar más a fondo las costumbres de Tranai. Empero, se las compuso para visitar la Cabina Cívica. Esta institución tranaiana, absolutamente original, funcionaba en un pequeño edificio, situado en una calle apartada y tranquila.

Al entrar se halló ante un gran tablero, en el cual figuraban los nombres de quienes desempeñaban cargos públicos en ese momento, con especificación de sus títulos. Junto a cada nombre había un botón. El empleado explicó a Goodman que, al oprimir un botón, el ciudadano expresaba su desaprobación con respecto a los actos de ese funcionario. El impulso era registrado automáticamente en la Sala Histórica y era un baldón permanente sobre el funcionario. Naturalmente, los menores de edad no estaban autorizados a oprimir botones.

En opinión de Goodman, aquel método era muy poco eficaz; pero quizá los funcionarios tranaianos actuaban según intereses diferentes de sus colegas terrícolas.

Casi todas las noches salía con Janna, para explorar en su compañía los muchos aspectos culturales de Tranai: las salas de cóctel, los cines, las salas de concierto, las exposiciones de arte, los museos científicos, las ferias y los festivales.

Goodman consiguió una pistola; tras varios intentos frustrados, logró asaltar a un comerciante, robándole casi 500 deeglos. Janna quedó maravillada por semejante triunfo, como cualquier muchacha tranaiana sensata y lo festejaron en el Kitty Kat Bar. Los padres opinaron, de común acuerdo, que Goodman parecía ser de los que no dejan faltar nada en el hogar.

A la noche siguiente, los quinientos deeglos, más una parte de la bonificación recibida, le fueron quitados nuevamente; aquello fue obra de un hombre de contextura similar a la del dueño del Kitty Kat Bar, armado por una antigua pistola Drog 3.

Goodman se consoló pensando que el dinero circulaba libremente, según los propósitos perseguidos por ese sistema.

Después alcanzó un nuevo éxito. Un día, en Robots Domésticos Abbag, descubrió un proceso totalmente nuevo para fabricar la carcasa de los robots. Era un plástico especial, resistente a los más fuertes golpes y caídas. El propietario de la máquina debía usar zapatos especiales, cuyas suelas estaban embebidas en un agente catalítico. En cuanto la suela entraba en contacto con el caparazón plástico, el efecto era inmediato y gratificante.

Al principio, Abbag no se mostró muy convencido; parecía demasiado rebuscado. Pero aquello corrió como fuego en un pajar y la Robots Domésticos Abbag abrió una empresa subsidiaria dedicada a la fabricación de zapatos para entregar al menos un par con cada robot.

Aquella ampliación resultó muy satisfactoria para los accionistas y acabó siendo más importante que el descubrimiento original. Goodman recibió un sustancioso aumento de sueldo y una generosa bonificación.

En la cúspide de su triunfo, se declaró a Janna y ésta lo aceptó de inmediato. Los padres veían con agrado la unión y no quedaba, por lo tanto, más que obtener la aprobación oficial, puesto que Goodman era aún, técnicamente, un extranjero.

Por lo tanto, pidió un día de permiso en el trabajo y se dirigió al Edificio Idrig para hablar con Melith. Era un glorioso día de primavera, de aquéllos que Tranai ofrecía durante diez meses al año y Goodman caminaba con paso ligero y elástico. Estaba enamorado, sus negocios marchaban perfectamente y pronto se convertiría en ciudadano de Utopía.

Naturalmente, Utopía debía admitir algunos cambios, pues ni siquiera Tranai era totalmente perfecta. Tal vez aceptara la presidencia suprema, para efectuar las reformas necesarias. Pero no había prisa.

—Oiga, don — dijo una voz —, ¿puede darme un deeglo?

Al bajar la vista, Goodman vio a un hombre anciano y sucio, acucillado en el pavimento; vestía harapos y le mostraba una taza de latón.

—¿Cómo? — preguntó Goodman.

—¿Me puede dar un deeglo, hermano? — repitió el hombre, con voz engatusadora. Una ayudita para que este pobre hombre compre una taza de oglo? Hace dos días que no como, don.

—¡Esto es lamentable! ¿Por qué no toma una pistola y sale a robar?

—Soy demasiado viejo — gimió el hombre —. Las víctimas se ríen de mí.

—¿No será por pereza? — preguntó Goodman, severo.

—¡No, señor! — replicó el mendigo —. ¡Mire cómo me tiemblan las manos!

Y extendió ambas manos sucias; temblaban. Goodman sacó su billetera y dio al hombre un deeglo.

—Creía que en Tranai no había indigentes. Tenía entendido que el gobierno se ocupaba de los ancianos.

—Y así es — dijo el viejo —. Mire.

Le mostró la taza. En un costado tenía grabada la siguiente leyenda; MENDIGO AUTORIZADO POR EL GOBIERNO, PATENTE No. DR43241-3.

—Entonces, ¿el gobierno le manda hacer esto?

—El gobierno me permite hacerlo — corrigió el anciano —. La mendicidad es un empleo del gobierno reservado para los ancianos y los incapacitados.

—¡Pero eso es lamentable!

—Usted debe ser extranjero!

—Soy terrícola.

—¡Aja! Ustedes son gente medio nerviosa y apresurada, ¿no es así?

—Nuestros gobiernos no permiten que la gente mendigue — dijo Goodman.

—¿No? ¿Y qué hacen los ancianos? ¿Viven a costa de los hijos? ¿O se sientan en el asilo para ancianos a esperar la muerte por aburrimiento? Aquí no, joven. En Tranai, cada

viejo tiene asegurado un puesto en el gobierno, para el cual no se requiere entrenamiento especial, aunque cierta destreza ayuda. Algunos solicitan puestos en interiores, en iglesias o teatros, por ejemplo. Otros prefieren el bullicio de las ferias y los carnavales. Personalmente, me gusta la calle. El trabajo me permite tomar el sol y aire fresco, hacer un poco de ejercicio moderado y me pone en contacto con mucha gente rara e interesante, como usted.

—Pero ¡mendigar!

—¿Y para qué otro trabajo serviría yo?

—No lo sé. Pero, ¡mírese! Sucio, sin bañar, miserablemente vestido...

—Esta es mi ropa de trabajo — dijo el mendigo —. Tendría que verme los domingos.

—¿Tiene otra ropa?

—Por supuesto; y un buen departamento y un palco en la ópera y dos robots domésticos y tal vez tenga más dinero en el banco del que usted ha visto en toda su vida. Bueno, ha sido muy agradable charlar con usted, joven, y gracias por su contribución. Pero ahora debo volver a mi trabajo y le sugiero que usted haga lo mismo.

Goodman se alejó, mirando al mendigo oficial por encima del hombro. El anciano parecía estar haciendo un buen negocio.

¡Pero mendigar!

Verdaderamente, esas cosas debían terminar. Si alguna vez asumía la Presidencia Suprema (y parecía obvio que así había de ser) estudiaría todo eso con más cuidado. Tenía que haber una solución más digna.

En el edificio de Idrig, Goodman habló a Melith sobre sus planes matrimoniales. El ministro se mostró entusiasta.

—¡Maravilloso, maravilloso de veras! — dijo —. Conozco a la familia Vley desde hace mucho tiempo. Son muy buena gente. Y Janna es una muchacha de la que cualquier hombre podría sentirse orgulloso.

—¿No hay algunas formalidades que yo deba cumplir? —preguntó Goodman—. Es decir, al ser extranjero...

—Nada de eso. He decidido pensar por encima de las formalidades. Puedes convertirte en ciudadano de Tranai, si quieres, con sólo expresar verbalmente tu intención. También puedes conservar tu ciudadanía terráquea, sin provocar el menor resentimiento. O, de lo contrario, hacer ambas cosas: ser a un tiempo ciudadano de la Tierra y de Tranai. Si a la Tierra no le importa, nosotros no tenemos inconvenientes.

—Creo que voy a tomar carta de ciudadanía — dijo Goodman.

—Queda librado completamente a tu voluntad. Pero si tienes en vista la presidencia, la ciudadanía terráquea no es obstáculo para el cargo. Esa clase de cosas no nos preocupan. Uno de nuestros mejores Presidentes Supremos fue un fulano con aspecto de lagarto, proveniente de Aquarella XI.

—¡Qué actitud inteligente!

—Claro, darle a cada uno su oportunidad, ése es nuestro lema. Ahora, en cuanto a tu matrimonio, cualquier funcionario público puede llevar a cabo la ceremonia. El Presidente Supremo tendrá mucho gusto en hacerlo, esta misma tarde, si quieres.

Y agregó con un guiño:

—Al viejo casajo le gusta besar a las novias. Pero te aprecia de veras.

—¿Esta tarde? — observó Goodman —. Sí, me gustaría casarme esta tarde, si Janna no tiene inconvenientes.

—No creo que los tenga — le aseguró Melith —. Ahora, ¿donde vais a vivir después de la luna de miel? Un hotel no resulta muy adecuado.

Meditó por un momento y propuso:

—Verás, tengo una casita en las afueras de la ciudad. ¿Por qué no os trasladáis allí, hasta que encontréis algo mejor? Si queréis podéis quedaros para siempre.

—Eres demasiado generoso — protestó Goodman.

—No es nada. ¿Nunca pensaste en convertirte en el próximo ministro de asuntos exteriores? El trabajo podría gustarte. No hay alfombras rojas, los horarios son cortos, la paga es buena... ¿No? Prefieres la Presidencia Suprema, ¿eh? No puedo reprochártelo.

Melith buscó en sus bolsillos y sacó dos llaves.

—Esta es de la puerta principal y ésta para la trasera. La dirección está grabada en ellas. Encontrarás la casa perfectamente equipada, incluyendo un generador derrsín último modelo sin usar.

—¿Un derrsín?

—Por cierto. Ningún hogar tranaiano está completo sin un generador de campo estático derrsín.

Goodman, aclarándose la garganta, pronunció con cautela:

—Siempre he querido preguntártelo. ¿Para qué se usa el campo estático?

—Vaya, para mantener allí a la esposa — respondió Melith —. Pensé que lo sabías.

—Lo sabía. Pero ¿por qué?

—¿Por qué?

Melith arrugó el ceño. Por lo visto, esa pregunta nunca le había pasado por la mente.

—¿Por qué se hacen las cosas? — dijo — Es la costumbre. Y además, muy lógica. A nadie le gusta que una mujer ande parlotando por alrededor día y noche.

—No parece muy justo para con la mujer — objetó.

—Mi querido amigo — respondió Melith, riendo —, ¿estás predicando la doctrina de la igualdad de los sexos? Es errónea, está comprobado. Un hombre y una mujer no son lo mismo. Son diferentes, no importa lo que te hayan enseñado en la Tierra. Lo que es bueno para un hombre no tiene por qué serlo para la mujer; habitualmente, no lo es.

—Por lo tanto, ustedes las tratan como a inferiores — replicó Goodman, sintiendo que su sangre reformadora empezaba a hervir.

—En absoluto. Las tratamos como a seres diferentes, pero no inferiores. De cualquier modo, no ponen objeciones.

—Eso es porque no conocen nada mejor. ¿Hay alguna ley que me obligue a mantener a mi esposa en el campo derrsín?

—Claro que no. La costumbre se limita a sugerir que la saques del éxtasis durante un mínimo tiempo cada semana. No es cuestión de encarcelar a la muchacha, ¿sabes?

—Claro que no — dijo Goodman, sarcástico —. Hay que dejarla vivir un poquito.

—Exactamente — replicó Melith, sin notar sarcasmo alguno en lo expresado —. Lo has entendido. Goodman se puso de pie.

—¿Algo más?

—Creo que nada más. Buena suerte y todo eso.

—Gracias — replicó Goodman secamente.

Y volviéndose con brusquedad, se marchó.

Esa tarde, el Presidente Supremo Borg llevó a cabo los simples ritos tranaianos del matrimonio, en la Residencia Nacional y puso mucho celo en besar a la novia. Fue una bella ceremonia, empañada por una sola cosa: En una de las paredes de su despacho colgaba un rifle silenciador y mira telescópica, idéntico al de Melith, e igualmente inexplicable.

Borg llevó a Goodman aparte para preguntarle:

—¿Ha decidido algo con respecto a la Presidencia Suprema?

—Todavía lo estoy pensando — respondió Goodman —. En realidad, no me interesa mucho tener cargos públicos...

—A todos nos pasa lo mismo.

—... pero hay ciertas reformas que vendrían muy bien a Tranai. Tal vez sea mi deber ponerlas a consideración del pueblo.

—¡Muy bien! — exclamó Borg, con gesto aprobatorio — Hace tiempo que no tenemos un Presidente Supremo con espíritu de empresa. ¿Por qué no se hace cargo ahora mismo? Así podría pasar la luna de miel en la Residencia Nacional, completamente en privado.

Goodman se sintió tentado. Pero prefería pasar la luna de miel sin que le molestaran con asuntos de estado; y además, ya estaba todo arreglado. Puesto que Tranai había pasado tanto tiempo en esa condición cercana a la utopía, bien podía seguir así unas pocas semanas más.

—Lo pensaré cuando regrese — dijo Goodman. Borg se encogió de hombros.

—Bueno, supongo que puedo cargar con la presidencia un poco más. ¡Oh!, tome.

Y así diciendo, entregó a Goodman un sobre sellado.

—¿Qué es ésto?

—El consejo de costumbre — dijo Borg —. ¡Dese prisa, su novia lo está esperando!

—¡Vamos, Marvin! — le llamó Janna — ¡Perderemos la nave espacial!

Goodman corrió tras ella y entró a la limousine del espaciopuerto.

—¡Buena suerte! — gritaron los padres, conmovidos.

—¡Buena suerte! — gritó Borg.

—¡Buena suerte! — agregaron Melith y su esposa y todos los invitados.

Camino hacia el espaciopuerto, Goodman abrió el sobre y leyó la hoja impresa que tenía.

CONSEJO PARA EL RECIEN CASADO

«Usted acaba de casarse y ansia, naturalmente, una vida entera de felicidad conyugal. Así debe ser, pues un matrimonio feliz es la base de un buen gobierno. Pero no basta con desearlo: el buen matrimonio no es un derecho divino. ¡Es necesario merecerlo! Recuerde que su esposa es un ser humano. Debe permitirle cierta dosis de libertad, que es su derecho inalienable. Es conveniente sacarla del éxtasis al menos una vez por semana. Una permanencia demasiado prolongada en el campo estático perjudicará la orientación de su esposa; además, puede dañarle el cutis y usted perderá en ese sentido tanto como ella.

De tiempo en tiempo (durante las vacaciones y en los días feriados, por ejemplo), la costumbre aconseja permitir que su esposa permanezca fuera de éxtasis durante todo un día, e incluso durante dos o tres días. No hay en ello mal alguno y la novedad hará maravillas en su estado de ánimo.

Tenga en cuenta estas pocas normas del sentido común y podrá disfrutar de un matrimonio feliz.»

Secretaría Oficial de Matrimonios.

Goodman rompió lentamente la tarjeta en pequeños trozos y los dejó caer al piso del limousine. Su espíritu reformista estaba ya en franca rebeldía. Había pensado ya que Tranai era demasiado perfecta para ser verdad. Alguien tenía que pagar por esa perfección. Y en ese caso, eran las mujeres.

Había encontrado la primera falla importante en aquel paraíso.

—¿Qué era eso, querido? — preguntó Janna, mirando los trocitos de papel.

—Un consejo muy tonto — respondió Goodman —. Querida ¿pensaste alguna vez, pero en serio, en las costumbres matrimoniales de este planeta en que vives?

—No, no creo. ¿No son buenas?

—Están erradas, completamente erradas. Tratan a las mujeres como a juguetes, como a muñequitas que uno deja a un lado cuando acaba de jugar. ¿No te das cuenta?

—Nunca lo pensé.

—Bueno, puedes pensarlo ahora — dijo Goodman —, porque se necesitan algunos cambios y comenzaremos por casa.

—Como tu digas, querido — exclamó Janna, obediente. Se apretó contra su brazo y él la besó. En seguida, la limousine llegó al espaciopuerto y ambos subieron a la nave.

La luna de miel en Doé fue como una breve estadía en un paraíso perfecto. Las maravillas de aquella pequeña luna tranaiana habían sido planeadas para amantes, exclusivamente para amantes. No había comerciantes en busca de descanso, ni solteros dañinos por los senderos. Los cansados, los desilusionados, los que abrigaban esperanzas obscenas, todos debían buscar otros campos de caza. En Doé, la única regla, estrictamente obligatoria, era llegar de a dos, alegres y enamorados; de otro modo no se los admitía.

Goodman no encontró defectos en esta costumbre tranaiana.

En el pequeño satélite había praderas de hierbas altas y bosques verdes y frondosos por donde caminar y lagos frescos y sombríos en esos bosques y montañas escarpadas y espectaculares, que no pedían sino ser escaladas. Los amantes se perdían constantemente en los bosques, para su gran satisfacción; pero nadie podía perderse del todo, pues era posible circunvalar todo el satélite en un solo día. Gracias a la reducida gravedad, nadie podía ahogarse en los lagos oscuros, ni dañarse mucho al caer desde una montaña, por terrible que resultara la experiencia.

Emplazados en puntos estratégicos había pequeños hoteles con salas de cóctel apenas iluminadas, atendidos por ancianos amistosos de cabellos blancos. Había cuevas sombrías que se adentraban profundamente (pero nunca demasiado) en cavernas fosforescentes, donde brillaba el hielo y donde pasaban lentos ríos subterráneos poblados por grandes peces luminosos de ojos ardientes.

En opinión de la Secretaría Oficial de Matrimonios, estas atracciones simples eran suficientes y no había por qué instalar campos de golf, piscinas, caballerizas o juegos de salón. Cuando una pareja buscaba tales entretenimientos, la luna de miel podía considerarse terminada.

Goodman y su flamante esposa pasaron en Doé una semana encantadora y finalmente regresaron a Tranai.

El primer acto de Goodman, en cuanto hubo pasado el umbral de su nuevo hogar con su esposa en brazos, fue desconectar el generador derrsin.

—Querida mía — dijo —, hasta ahora he obedecido todas las costumbres de Tranai, aun aquellas que me parecieron ridículas. Pero hay algo que no puedo aceptar. En la Tierra, fui fundador de la Comisión pro-Igualdad Femenina frente al trabajo. En la Tierra, tratamos a nuestras mujeres como a iguales, como compañeras y socias en la aventura de vivir.

—Qué concepto extraño — dijo Janna, frunciendo el ceño, como si una nube pasara sobre su linda cara.

—Piénsalo — le alentó Goodman—. Nuestra vida será mucho más satisfactoria si la encaramos como camaradas que si te encierro en el purdah del campo estático. ¿No te parece?

—Tú sabes mucho más que yo, querido. Has viajado por toda la galaxia y yo, en cambio, nunca salí de Puerto Tranai. Si te parece que así es mejor, así será.

Sin duda alguna, era la más perfecta de las mujeres.

Goodman retomó su trabajo en la Robots Domésticos Abbag y pronto se encontró sumergido en otro proyecto para desmejorar los productos. En esa oportunidad se le había ocurrido la brillante idea de hacer que las articulaciones del robot crujieran y chirriaran. El ruido aumentaría el efecto irritante del artefacto, otorgando así mayor placer y más valor psicológico al acto de destruirlo. El señor Abbag se mostró eufórico ante la idea; dio a Goodman otro aumento de sueldo y le solicitó que aligerara la desmejora para empezar a producirla cuanto antes.

El plan original de Goodman consistía, simplemente, en retirar algunos de los conductos lubricantes, pero más adelante descubrió que, de ese modo, la fricción gastaría con demasiada rapidez algunas partes vitales. Y eso, naturalmente, no era permisible.

Empezó a dibujar planos para incluir una unidad de chirridos. Debía producir un efecto realista, pero no causar desgastes. Además, se necesitaba un bajo costo y un tamaño pequeño, pues el interior del robot estaba ya atestado con desmejoras.

Pero no tardó en descubrir que las unidades chirriantes de poco tamaño producían un sonido artificial; las grandes, en cambio, eran demasiado costosas o no tenían sitio dentro del caparazón. Dio en trabajar varias noches por semana, perdió peso y se volvió irritable.

Janna se había convertido en una esposa magnífica y eficiente. Tenía la comida siempre lista en el momento preciso, por las noches sabía alentarle con una palabra optimista o le escuchaba hablar de sus dificultades con atención y simpatía. Durante el día supervisaba a los robots domésticos que limpiaban la casa. Eso le llevaba menos de una hora; dedicaba el resto del tiempo a leer, hornear pasteles, tejer y destruir robots.

Aquello alarmó un poco a Goodman, pues su esposa destruía un promedio de tres o cuatro por semana. Sin embargo, todo el mundo necesita un pasatiempo, y el de Janna no resultaba demasiado caro, considerando que él obtenía los robots en la fábrica a precio de costo.

Cuando Goodman se encontraba en un punto muerto, otro diseñador, llamado Dath Hergo, descubrió un nuevo tipo de controles. Se basaba en un principio de contra—giróscopo y permitía que el robot entrara a una habitación con una inclinación de diez grados. (Según el departamento de investigaciones, la inclinación de diez grados era la más irritante que un robot podía tomar). Más aún, mediante un sistema de selección por azar, el robot se tambaleaba como un borracho, fastidiosamente, a intervalos regulares; nunca dejaba caer las cosas, pero parecía siempre a punto de hacerlo.

Este invento representó, naturalmente, un gran adelanto en la ingeniería de la desmejora. Y Goodman descubrió que podía emplazar la unidad chirriante en el control de tambaleo. Su nombre figuró en las revistas especializadas junto al de Dath Hergo.

La nueva línea de Robots Domésticos Abbag causó sensación.

Por entonces, Goodman decidió abandonar su empleo, para asumir la Presidencia Suprema de Tranai. Tal le parecía su deber para con el pueblo. Si el ingenio y la habilidad terráqueas eran capaces de mejorar las desmejoras, ¿qué no harían dedicados a mejorar las mejoras? Tranai era una cuasi—utopía. Cuando tuviera las riendas en sus manos, llegaría a la perfección.

Por lo tanto, se dirigió a la oficina de Melith para hablar al respecto.

—Supongo que siempre se puede cambiar algo — observó Melith, sentado junto a la ventana, contemplando pensativo a la gente que pasaba —. En realidad, el sistema actual no ha funcionado muy bien durante bastante tiempo. No sé qué es lo que te gustaría mejorar. Por ejemplo, no hay crímenes...

—Porque están legalizados — declaró Goodman —. No se ha hecho más que evadir el problema.

—Nosotros no lo consideramos así. No hay pobreza...

—Porque todo el mundo roba. Y no hay problemas con los ancianos porque el gobierno los convierte en mendigos. En realidad, hay mucho que cambiar y mejorar.

—Bueno, puede ser — dijo Melith —, pero creo que... De pronto se interrumpió y corrió a tomar el rifle colgado en la pared.

—Ahí está — gritó.

Goodman miró por la ventana. Un hombre, sin diferencia visible con respecto a los demás, pasaba caminando. Se oyó un chasquido apagado; el hombre se tambaleó y cayó en la acera.

Melith lo había matado con el rifle provisto de silenciador.

—¿Por qué hiciste eso? — exclamó Goodman.

—Era un asesino en potencia — respondió el ministro.

—¿Qué?

—Naturalmente. Aquí no tenemos crímenes verdaderos, pero, como humanos que somos, nos vemos frente a la posibilidad de que se produzcan.

—¿Y qué hizo para que se lo considerara un asesino en potencia?

—Mató a cinco personas — afirmó Melith.

—Pero... ¡Maldición, eso no es justo! ¡No lo arrestaste, ni lo sometiste a juicio, ni le proporcionaste una defensa...!

—¿Cómo quieres que haga todo eso? — preguntó Melith, algo fastidioso — No tenemos policía para arrestar a la gente y no tenemos sistema judicial. Por Dios, ¿preferirías que lo dejara seguir? Para nosotros, un asesino es alguien que ha matado a diez personas y no le faltaba mucho para serlo. No podemos permitirle continuar. Mi deber es proteger al pueblo. Puedo asegurarte que lo investigué muy bien.

—¡Pero no es justo! — gritó Goodman.

—¿Y quién dijo que lo fuera? — gritó Melith a su vez —¿Qué tiene que ver la justicia con la utopía?

—¡Todo! — respondió Goodman, calmándose con gran esfuerzo —. La justicia es la base de la dignidad humana, del deseo humano de...

—Eso es pura cháchara — replicó Melith, con su habitual sonrisa bondadosa —. Trata de ser realista. Hemos creado una utopía para seres humanos y no para los santos, que no la necesitan. Debemos aceptar las deficiencias del temperamento humano, sin fingir que no existen. Para nuestro modo de pensar, un aparato policial y un sistema de leyes y tribunales tiende a crear la atmósfera propicia y la aceptación del crimen. Créeme, es mejor no aceptar que existe. La mayor parte de la gente estará de acuerdo.

—Pero cuando el crimen se presenta, cosa inevitable...

—Sólo aparece en potencia — insistió Melith, tercamente —. Y aún así es mucho más escaso de lo que supones. Cuando surge, nos ocupamos de él en una forma simple y rápida.

—¿Y si te equivocas de persona?

—Nunca nos equivocamos. Es imposible.

—¿Por qué no?

—Porque cualquier persona ejecutada por un funcionario oficial es un criminal en potencia, por definición y según la ley no escrita.

Por un rato, Marvin Goodman guardó silencio. Después dijo:

—Veo que el gobierno tiene más poder del que yo pensaba.

—Así es — dijo Melith —. Pero no tanto como piensas ahora.

Goodman sonrió con ironía.

—¿Y la Presidencia Suprema sigue a mi disposición?

—Por supuesto. Y sin condiciones. ¿La quieres?

Goodman meditó intensamente por un momento. ¿La quería, en verdad? Bien, alguien tenía que gobernar. Alguien tenía que proteger al pueblo. Alguien tenía que hacer unas cuantas reformas en ese utópico manicomio.

—Sí, la quiero — dijo Goodman.

En ese momento se abrió violentamente la puerta y el Presidente Supremo Borg entró corriendo.

—¡Maravilloso! ¡Maravilloso! — exclamó —. Hoy mismo puede mudarse a la Residencia Nacional. Hace una semana, que tengo todo empacado, esperando que usted se decidiera.

—Pero debe haber ciertas formalidades...

—No hay ninguna formalidad — dijo Borg, con la cara brillante de sudor. Ninguna, en absoluto. Sólo es necesario entregar el sello presidencial. Después iré a quitar mi nombre en los registros e inscribiré el suyo.

Goodman miró a Melith. Su cara redonda no mostraba expresión alguna.

—Está bien — dijo el terrícola.

Borg extendió la mano para tomar el sello presidencial y empezó a quitárselo del cuello. Hubo una explosión súbita y violenta.

Goodman, petrificado por el horror, miró fijamente la cabeza de Borg, roja y destrozada. El Presidente Supremo se tambaleó por un momento y cayó.

Melith le quitó la chaqueta y la echó sobre el rostro del cadáver. Goodman retrocedió hasta una silla y se dejó caer en el asiento. Abrió la boca, pero no logró pronunciar palabra.

—Es realmente una lástima — dijo Melith —. Ya estaba por terminar su período. Yo le aconsejé que no diera la autorización al nuevo espaciopuerto. Sabía que los ciudadanos no estarían de acuerdo. Pero él creyó que les gustaría tener dos espaciopuertos en vez de uno. Bueno, se equivocó.

—¿Es decir..., quiero decir..., cómo..., qué...?

—Todos los funcionarios del gobierno — explicó Melith — deben llevar al cuello la insignia del despacho, que contiene cierta cantidad de tessium, un explosivo que tal vez hayas oído nombrar. La carga se controla desde la Cabina Cívica. Todo ciudadano goza de acceso a la cabina para expresar su desaprobación con respecto a los actos de gobierno.

Melith suspiró, agregando:

—Esto quedará como un baldón permanente en la historia del pobre Borg.

—¿Ustedes permiten que el pueblo exprese su desaprobación haciendo estallar a los gobernantes? — tartamudeó Goodman, espantado.

—Es el único modo de que importe algo — respondió Melith —. Control y equilibrio. Así como el pueblo está en nuestras manos, nosotros estamos en las del pueblo.

—¿Y por eso quería que yo terminara su período? ¿Por qué no me lo advirtieron?

—No preguntaste — explicó Melith, exhibiendo la sombra de una sonrisa —. No hay por qué horrorizarse tanto. Como tú sabes, el asesinato siempre es posible, en cualquier planeta y bajo cualquier gobierno y el gobierno nunca trata de asumir poderes dictatoriales. Y, como todos saben que pueden recurrir a la Cabina Cívica, la usan con una parsimonia que te sorprendería. Naturalmente, siempre hay exaltados.

Goodman se levantó y se dirigió hacia la puerta, sin mirar el cadáver de Borg.

—¿Ya no quieres la Presidencia Suprema? — preguntó Melith.

—¡No!

—Es muy propio de ustedes, los terrícolas — observó Melith, con tristeza —. Sólo quieren la responsabilidad cuando no entraña riesgos. Es una actitud errada para encarar el gobierno.

—¿Tal vez tengas razón — dijo Goodman —. Por mi parte, me alegro de haberlo descubierto a tiempo.

Y corrió a su casa.

Cuando entró, su mente era un torbellino. ¿Qué era Tranai: una utopía o un asilo de locos? ¿Había mucha diferencia? Por primera vez en su vida, Goodman se preguntó si una utopía valía la pena. ¿No sería mejor luchar por llegar a la perfección que haberla alcanzado? ¿Tener ideales antes que vivir según ellos? Si la justicia era una falacia, ¿no era mejor esa falacia que la verdad? ¿O no era así? Goodman, triste y confundido, entró a su casa arrastrando los pies y halló a su esposa en brazos de otro.

La escena se desarrolló ante sus ojos con una terrible claridad de cámara lenta. Janna pareció tardar un siglo en levantarse, acomodar sus ropas en desorden y mirarlo

boquiabierta. El hombre (un individuo alto y bien parecido a quien Goodman no conocía) pareció demasiado sorprendido como para hablar. En cambio, hizo pequeños gestos inútiles: se alisó las solapas de la chaqueta y tironeó de los puños de su camisa.

Por último ensayó una sonrisa.

—¡Y bien! — dijo Goodman.

Ante tales circunstancias, era bastante poca cosa, pero causó su efecto, Janna se echó a llorar.

—Lo siento muchísimo — murmuró el hombre —. Creímos que no regresaría hasta dentro de varias horas. Esto debe ser una terrible sorpresa para usted. Lo siento de veras.

Lo último que Goodman habría esperado o deseado era la simpatía por parte del amante de su mujer. Ignoró al hombre y clavó la vista en la llorosa Janna.

—Bueno, ¿qué esperabas? — gritó ella, súbitamente —¡Tuve que hacerlo! ¡Tú no me amabas!

—¡Que no te amaba! ¿Cómo puedes decir eso?

—Por la forma en que me tratabas.

—Te quería mucho, Janna — afirmó él suavemente —.

—¡No es cierto! — chulo ella, levantando la barbilla —. Fíjate en como me tratabas. Me tenías aquí todo el día, todos los días, haciendo el trabajo de la casa, cocinando, o sin hacer nada. Marvin, yo me sentía envejecer. Día tras día la misma rutina estúpida. Y cuando venías a casa, generalmente estabas demasiado cansado para reparar en mí. ¡No sabías hablar más que de tus estúpidos robots! ¡Me estabas malgastando, Marvin, me estabas malgastando!

De pronto, Goodman tuvo la idea de que su esposa no estaba en sus cabales.

—Pero, Janna — dijo, con suavidad —, así es la vida. Marido y mujer deben compartirla como buenos compañeros y envejecer juntos. No es posible vivir sólo las cosas buenas...

—¡Claro que es posible! Trata de comprender, Marvin. ¡En Tranai es posible... para las mujeres!

—Es imposible — insistió Goodman.

—En Tranai las mujeres llevan una vida de diversiones y placer. Es su derecho, así como los hombres tienen los suyos. Toda mujer tiene derecho a salir del éxtasis y encontrarse con alguna fiesta lista, o un paseo a la luz de la luna, o una invitación para ir a nadar, o al cine.

Se echó a llorar otra vez y prosiguió:

—Pero tú, no. Tu eras inteligente y querías cambiarlo todo. ¡Qué estúpida fui al confiar en un terrícola! El otro hombre suspiró y encendió un cigarrillo.

—No tienes la culpa de ser extranjero, Marvin — continuó Janna —. Pero quiero que comprendas. El amor no es todo. Las mujeres debemos ser prácticas, también. Si las cosas seguían así, yo habría terminado convirtiéndome en una vieja cuando todas mis amigas eran todavía jóvenes.

—¿Todavía jóvenes? — repitió Goodman, sin comprender.

—Por supuesto — explicó el otro hombre —. Las mujeres no envejecen mientras permanezcan en el derrsin.

—Pero eso es horrible — dijo Goodman —. Cuando yo llegara a viejo, mi esposa sería todavía una muchacha.

—Precisamente en ese momento te habría gustado tener al lado una muchacha — dijo Janna.

—Pero ¿y tú? — preguntó Goodman —¿Cómo habrías vivido junto a un viejo?

—Sigue sin entender — dijo el hombre.

—Vamos, Marvin, haz un esfuerzo. ¿Todavía no comprendes? Durante toda tu vida habrías tenido una mujer joven y hermosa, cuyo único deseo sería complacerte. Y cuando

murieras... No pongas esa cara de disgusto, querido: todo el mundo muere. Cuando tú murieras, yo sería aún joven y según la ley heredaría todo tu dinero.

—Empiezo a comprender — dijo Goodman —. Supongo que ésa es otra fase aceptada de la vida tranaiana: la joven viuda rica que busca sus propios placeres.

—Naturalmente. De ese modo, todo es mejor para todos. El hombre tiene una esposa joven a quien ve sólo cuando lo desea; goza de completa libertad y de un buen hogar. La mujer no se ve obligada a enfrentar la insulsez de la vida cotidiana y se encuentra con medios abundantes cuando aún está en condiciones de disfrutarlos.

—Debiste decírmelo — se quejó Goodman.

—Creí que lo sabías — dijo Janna —, ya que decías conocer métodos mejores. Pero veo que jamás habrías podido comprender, porque eres tan ingenuo... Sin embargo, admito que es uno de tus encantos.

Y agregó, con una sonrisa melancólica:

—Además, si te lo hubiera dicho no habría conocido a Rondo.

El hombre hizo una ligera inclinación:

—Verá, yo repartía muestras de las confecciones Greah. Puede imaginar mi sorpresa cuando encontré a esta adorable mujer fuera de éxtasis. Era como un cuento de hadas convertido en realidad. Uno nunca espera que las leyendas se materialicen y cuando lo hacen tienen un verdadero atractivo, como usted admitirá.

Goodman se dirigió a Janna con una voz cargada de sentimientos.

—¿Lo amas? — preguntó.

—Sí — dijo ella —. Rondo se preocupa por mí. Ha prometido mantenerme en éxtasis el tiempo necesario para que recupere el que perdí. Es un sacrificio de su parte, pero Rondo tiene un espíritu generoso.

—Si las cosas son así — replicó Goodman, sombrío —, no me interpondré en tu camino. Después de todo, soy un hombre civilizado. Te concederé el divorcio.

Y cruzó los brazos sobre el pecho, satisfecho con su propia nobleza. Pero tenía la vaga conciencia de que esa decisión no se debía tanto a la generosidad como a un súbito y violento rechazo de todo lo tranaiano.

—En Tranai no hay divorcio — dijo Rondo.

—¿No?

Goodman sintió que un escalofrío le corría por la columna vertebral. En la mano de Rondo acababa de aparecer una pistola.

—Sería muy incómodo que la gente estuviera siempre cambiando de pareja. Hay un solo modo de cambiar el estado civil.

—¡Pero esto es repugnante! — barbotó Goodman, retrocediendo —¡Va contra toda decencia!

—No, si la esposa lo desea. Y, ya que estamos, ésa es otra excelente razón para mantener a la esposa en éxtasis. ¿Cuento con tu permiso, querida?

—Perdóname, Marvin — dijo Janna, cerrando los ojos —¡Sí!

Rondo levantó la pistola. Sin vacilar un instante, Goodman se arrojó de cabeza por la ventana más próxima. El disparo de Rondo pasó sin tocarlo.

—¡Vamos! — exclamó Rondo —. Demuestre su valor, hombre. ¡Afronte las cosas!

Goodman había caído pesadamente sobre un hombro. Se levantó de inmediato y echó a correr. El segundo disparo de Rondo le rozó el brazo. Agachándose tras una casa, se puso momentáneamente a salvo. No perdió tiempo en cavilaciones: corriendo a toda velocidad, se dirigió al espaciopuerto.

Afortunadamente, una nave se preparaba para despegar y lo llevó hasta g'Morse. Desde este punto telegrafió a Tranai pidiendo sus fondos y compró un pasaje hacia Higastomeritreia, donde las autoridades lo acusaron de ser espía de Ding. El cargo no prosperó, pues los dingos eran anfibios; Goodman estuvo a punto de ahogarse en el intento de probar que sólo podía respirar aire.

Otra nave lo transportó hasta el doble planeta Mvanti, más allá de Seves, Oigo y Mi. Allí contrató un piloto particular para que lo llevara hasta Bellismoranti, donde comenzaba la influencia de la Tierra. Desde ese punto, una espacionave local lo llevó a través del Remolino Galáctico, y finalmente llegó a Tung-Bradar IV, después de hacer escala en Ostra, Lekung, Pankang, Inchang y Machang.

Ya no tenía dinero, pero estaba prácticamente a las puertas de la Tierra, considerando las distancias astronómicas. Pagó con trabajo su pasaje a Oumé, y desde Oumé a Legis II. Allí, la Sociedad de Ayuda a los Viajeros Interestelares le consiguió un camarote y finalmente se encontró nuevamente en la Tierra.

Goodman vive ahora en Seakirk, Nueva Jersey, donde cualquier hombre está perfectamente a salvo mientras pague sus impuestos. Ha conseguido la jefatura de los Técnicos en Rebotica en la Compañía Constructora Seakirk, y está casado con una muchacha menuda, morena y tranquila, que sin duda alguna lo adora, aunque él raramente le permita abandonar la casa.

Tanto él como el viejo capitán Savage suelen ir con frecuencia al bar Claro de Luna, de Eddie, para beber especiales Tranai y para hablar de Tranai la Bendita. En tales ocasiones, Goodman se queja de sufrir los rigores de la malaria espacial; a causa de eso, ya no podrá volver al espacio ni regresar a Tranai.

En noches tales, siempre gozan de un público admirado.

En los últimos tiempos, Goodman ha organizado, con la ayuda del capitán Savage, la Liga Seakirk Pro-Anulación del Voto Femenino. Son los únicos miembros, pero, tal como dice Goodman, eso nunca ha servido para desalentar a un cruzado.

LA BATALLA

Al entrar en el cuarto de comando, el teniente general Fetterer ladró:

—¡Descanso!

Sus tres generales, obedientes, aflojaron los miembros.

—No tenemos mucho tiempo — dijo Fetterer, mirando su reloj —. Repasaremos nuevamente los planes de batalla.

Se dirigió a la pared y desplegó un gigantesco mapa del desierto de Sahara.

—Según nuestra mejor información teológica, Satanás presentará sus fuerzas en estas coordenadas. Indicó el lugar con el índice roto.

—A la vanguardia vendrán los diablos, los demonios, los súcubos, los íncubos y el resto de esa clase. Baal comandará en flanco derecho; Buer el izquierdo. Su Majestad Satánica estará en el centro.

—Bastante medieval — murmuró el general Dell. El ayudante del teniente general Fetterer entró, radiante de felicidad al pensar en el Advenimiento.

—Señor — dijo —, el sacerdote está otra vez aquí.

—¡Atención, soldado! — dijo Fetterer, severo —. Todavía nos queda una batalla por ganar.

—Sí, señor — repuso el ayudante, poniéndose rígido y perdiendo parte de su alegría.

—Conque el sacerdote ¿en?.

El teniente general Fetterer se frotó los dedos, pensativo. Desde el Advenimiento, desde que se supo la proximidad de la última Batalla, los religiosos del mundo se habían convertido en una verdadera molestia. Habían abandonado sus querellas, cosa muy provechosa, pero ahora trataban de intervenir en los asuntos militares.

—Dígale que se marche — dijo al ayudante —. Ya sabe que estamos planeando el Armagedón.

—Sí, señor — respondió el ayudante.

Saludó con bríos, giró sobre sus talones y se marchó.

—Continuemos — dijo Fetterer —. Tras la primera línea de defensa vendrán los pecadores resucitados. Los interceptores robóticos de Dell les saldrán al encuentro.

El general Dell sonrió sombríamente.

—Hecho el contacto, el cuerpo de tanques automáticos de MacFee avanzará hacia el centro, apoyado por la infantería robótica del general Ongin. Dell comandará el ataque con bombas H de la retaguardia, que deberá ser compacta. Yo lanzaré la caballería mecánica, aquí y aquí.

Volvió a entrar el ayudante y se puso en posición firme.

—Señor — dijo —, el sacerdote se niega a marcharse. Dice que debe hablar con usted.

Fetterer vaciló antes de decir que no. Recordó que era la Última Batalla y que los religiosos tenían indudable conexión con ella. Decidió, por lo tanto, conceder al hombre unos cinco minutos.

—Hágalo pasar — ordenó.

El sacerdote vestía de civil, para demostrar que no representaba a ninguna religión en particular. Parecía cansado, pero decidido.

—Teniente general — dijo —, represento a todos los religiosos del mundo, curas, rabinos, ministros, mullahs, etcétera. Le rogamos que nos permita luchar en la batalla del Señor.

El teniente general Fetterer tamborileó nerviosamente los dedos contra el costado. No quería enemistarse con estos hombres. Aun él, el teniente general, podía necesitar una palabra de bondad cuando todo estuviera dicho y hecho.

—Trate de comprender mi situación — dijo, entristecido —. Soy general y debo librar una batalla.

—Pero es la Última Batalla — dijo el sacerdote —. Debería ser la batalla de la humanidad.

—Lo es — respondió Fetterer — y la libramos sus representantes, los militares.

El sacerdote no pareció convencido. Fetterer insistió:

—Ustedes no querrán perderla, ¿verdad, y que gane Satanás?

—Claro que no — murmuró el sacerdote.

—En ese caso, no podemos correr el menor riesgo. Todos los gobiernos se han declarado de acuerdo, ¿no es así? ¡Oh!, sería muy bello librar la batalla de Armagedón con toda la humanidad. Simbólico, se podría decir. Pero ¿podríamos estar seguros de la victoria?

El cura trató de decir algo, pero Fetterer prosiguió en seguida:

¿Cómo calcular el poder de las fuerzas satánicas? En términos militares, hemos de emplearnos a fondo. Y eso significa utilizar los escuadrones automáticos, los interceptores y los tanques robóticos y las bombas H.

—Pero eso no está bien — dijo el sacerdote, con expresión desdichada. ¿No hay lugar en su plan para el hombre?

Fetterer caviló un instante, pero el pedido era imposible de satisfacer. El plan de la batalla estaba completamente desarrollado; era hermoso, irresistible. Introducir el burdo elemento humano sólo significaría desequilibrio. Ninguna carne viviente podría soportar el poder ígneo que lo envolvería todo. Cualquier ser humano que se hallara en un radio de ciento cincuenta kilómetros no viviría lo bastante para ver al enemigo.

—Temo que no — respondió Fetterer.

—Algunos piensan — dijo el religioso, severamente —, que ha sido un error poner esto en manos de los militares.

—Lo siento — dijo el teniente general, lleno de vivacidad. Pero eso es cháchara derrotista. Si a usted no le importa... Señaló la puerta. A desgana, el sacerdote se marchó.

—Estos civiles — murmuró Fetterer —. Bueno, señores, ¿están listas sus tropas?

—Estamos listos para luchar por El — dijo el general MacFee, entusiasta —. Puedo responder por cada autómatas mis órdenes. El metal reluce, los relés han sido cambiados y sus tanques de energía están completamente llenos. ¡Señor, arden por luchar!

El general Ongin se liberó de su ensimismamiento.

—¡Las tropas de tierra están listas, señor!

—Las fuerzas aéreas están listas — agregó el general Dell.

—Excelente — repuso Fetterer —. Los demás arreglos también han sido terminados. Toda la población del mundo lo verá por televisión. Nadie, rico o pobre, se perderá el espectáculo de la Última Batalla.

—Y después de la batalla... —empezó el general Ongin.

Se interrumpió, mirando a Fetterer. Este arrugó el ceño. No sabía qué iba a ocurrir después de la Batalla. Esa parte quedaba en manos de los religiosos, según cabía presumir.

—Supongo que habrá una presentación, o algo así — dijo vagamente.

—¿Es decir, nos presentarán a... El? — preguntó el general Dell.

—No los sé — dijo Fetterer —, pero así lo creo. Después de todo..., quiero decir... Ustedes saben lo que quiero decir.

—¿Y qué ropa llevaremos? — preguntó el general MacFee, súbitamente presa del pánico —¿Qué se pone uno en un caso así?

—¿Qué usan los ángeles? — preguntó Fetterer a Ongin.

—No lo sé.

—¿Túnicas, tal vez? — sugirió Dell.

—No — dijo severamente Fetterer —. Llevaremos los uniformes de gala, sin condecoraciones.

Los otros asintieron. Parecía adecuado. Y el momento llegó.

Las legiones del Infierno avanzaron por el desierto, esplendorosas en su despliegue marcial. Sonaron los clarines infernales, batieron sordamente los tambores y el enorme ejército fantasmal se adelantó.

En una cegadora nube de arena, los tanques automáticos del general MacFee se lanzaron contra los enemigos satánicos. Inmediatamente, los bombarderos automáticos de Dell chirriaron en lo alto, lanzando sus bombas en la horda apretada de malditos. Fetterer cargó valientemente con su caballería automática.

La infantería automática de Ongin avanzó en la confusión y el metal hizo lo que estaba a su alcance.

Las hordas malditas desbordaron la delantera, apartando tanques y robots. Los mecanismos automáticos perecían, defendiendo bravamente cada parcela de arena. Los ángeles caídos, bajo la dirección de Marchocias, arrancaban del cielo los bombarderos de Dell, levantando ciclones con sus alas de grifo.

La delgada y maltrecha fila de robots se mantenía firme, frente a presencias gigantescas que los aplastaban y esparcían, llenando de terror el corazón de los televidentes de todo el mundo. Como hombres, como héroes, los robots trataban de poner en retirada a las fuerzas del mal.

Astaroth gritó una orden y Behemoth avanzó pesadamente. Baal, seguido por una falange de demonios, se lanzó a la carga contra el desmoronado flanco izquierdo del teniente general Fetterer. Chirridos de metal, aullidos de los electrones bajo la agonía del impacto.

El teniente general Fetterer sudaba y se estremecía a mil quinientos kilómetros de la línea de fuego. Empero, severamente, sin pausa, seguía conduciendo el oprimir de botones y el bajar de palancas.

Sus soberbios batallones no lo desilusionaron. Los robots, mortalmente heridos, se alzaron sobre los pies para seguir luchando. Destrozados, tumbados, aplastados por los aullantes enemigos, lograron defender la línea. Entonces, el veterano Quinto Cuerpo se lanzó al contraataque, perforando la delantera del adversario.

A mil quinientos kilómetros de la línea de fuego, los generales condujeron el operativo de limpieza.

—La batalla está ganada — susurró el teniente general Fetterer, volviendo la espalda a las pantallas de televisión —. Los felicito, caballeros.

Los generales sonrieron, agotados.

Se miraron entre sí y de pronto lanzaron un grito espontáneo. El Armagedón estaba ganado y derrotadas las fuerzas de Satanás.

Pero algo ocurría en las pantallas.

—¿No es ése... no es...? — empezó el general MacFee, pero no pudo seguir hablando.

Porque la Presencia estaba ya sobre el campo de batalla, caminando entre los montones de metal retorcido y quebrado.

Los generales guardaron silencio.

La Presencia tocó a uno de los maltrechos robots.

Por sobre el desierto humeante, los robots empezaron a moverse. El metal retorcido, desgarrado o fundido se enderezó y los hombres mecánicos se irguieron sobre los pies.

—MacFee — susurró el teniente general —, pruebe sus controles, trate de que los robots se arrodillen, o algo así.

El teniente general hizo el intento, pero los controles no obedecían.

Los cuerpos de aquellos hombres mecánicos empezaron a alzarse en el aire. Circundados por los ángeles del Señor, los tanques, los bombarderos, los soldados robóticos se elevaban más y más alto.

—¡Los está salvando! — gritó histéricamente Ongin —¡Está salvando a los robots!

—¡Es un error! — dijo Fetterer —. Pronto. Envíen un mensajero que... ¡No! Iremos en persona.

A toda prisa se preparó una nave, a toda prisa se dirigieron al campo de batalla.

Demasiado tarde: el Armagedón había terminado. Ya no estaban los robots y el Señor había partido con sus huestes.

AUTORIZACIÓN PARA DELINQUIR

Tom Fisher no tenía la menor idea de que estaba por comenzar su carrera criminal. Era la mañana. El enorme sol rojo asomaba ya por el horizonte, arrastrando a su pequeño colega amarillo. La aldea, diminuta y precisa, centelleaba bajo los dos soles del verano.

Tom despertó en el interior de su cabaña. Era un joven alto y bronceado; había heredado de su padre los ojos ovales y de su madre la actitud tranquila frente al esfuerzo. No tenía prisa; no habría pesca hasta que llegaran las lluvias otoñales y, por lo tanto, el trabajo era escaso para los pescadores. Hasta el otoño no tenía nada que hacer, salvo haraganear y remendar sus utensilios de pesca.

Desde su cabaña, oyó que Billy Painter gritaba:

—¡El techo tiene que ser rojo!

—¡Las iglesias nunca tienen techos rojos! — gritó a su vez Ed Weaver.

Tom arrugó el ceño. Al no tener en ello arte ni parte, había olvidado los cambios acaecidos en la aldea durante las últimas dos semanas. Se puso unos pantalones y salió camino de la plaza.

Lo primero que vio al llegar fue un gran letrero, en donde se leía: NO SE PERMITE LA PRESENCIA DE EXTRAÑOS DENTRO DE LOS LIMITES DE LA CIUDAD. No había un solo extraño en todo el planeta de Nueva Delaware. No había sino bosques y esa única aldea. El letrero era sólo cuestión de política.

La plaza, en sí, incluía una iglesia, una cárcel y una oficina de correos, todas ellas construidas frenéticamente en las dos últimas semanas y emplazadas en una sola hilera frente al mercado. Nadie sabía qué hacer con esos edificios; la aldea se las había arreglado muy bien sin ellos por más de doscientos años. Pero ahora había sido necesario construirlos.

Ed Weaver, de pie frente a la nueva iglesia, miraba hacia lo alto. Billy Painter mantenía un precario equilibrio en el techo inclinado, con el bigote rubio estremecido por la indignación. Alrededor se había reunido una pequeña multitud.

—Demonios, hombre — decía Billy Painter —, te digo que la semana pasada estuve leyendo algo sobre eso. Todo blanco, va bien. Techo rojo, jamás.

—Te estás confundiendo con otra cosa — dijo Weaver —
¿Qué opinas, Tom?

Tom se encogió de hombros; no tenía opinión alguna que ofrecer. En ese preciso instante apareció el Mayor, saludando efusivamente, con la camisa flameando sobre la enorme panza.

—Baja — indicó a Billy —. Acabo de averiguarlo. Es la Pequeña Escuela Roja, y no la iglesia.

Billy puso cara de enojado. El malhumor era su característica. Todos los Painter eran así. Pero desde que el Mayor lo nombrara jefe de policía, la semana anterior, se había convertido en un caprichoso hecho y derecho.

—Aquí no tenemos escuela — arguyó, bajando por la escalera de mano.

—Tendremos que construir una — dijo el mayor —. Y habrá que darse prisa.

Echó una mirada al cielo y la multitud, involuntariamente, lo imitó. Pero aún no había nada a la vista.

—¿Dónde están estos muchachos, los Carpenter? — preguntó el Mayor — Sid, Sam, Mary, ¿dónde están ustedes?

La cabeza de Sid Carpenter apareció entre la multitud. Todavía llevaba muletas, pues el mes anterior había caído de un árbol por buscar huevos de pájaros; ninguno de los Carpenter servía para trepar árboles.

—Los demás están en la taberna de Ed Beer — dijo Sid.

—¿Y dónde, si no? — observó Mary Waterman de entre la multitud.

—Bueno, reúnelos — dijo el Mayor —. Tienen que construir una escuela y a prisa. Diles que la ubiquen detrás de la cárcel.

Y volviéndose hacia Billy Painter, que ya había llegado al suelo, agregó:

—Billy, pinta esa escuela en rojo bien brillante, por dentro y por fuera. Es muy importante.

—¿Cuándo me darás la insignia de jefe de policía? — reclamó Billy —. He leído que los jefes de policía siempre tienen insignias.

—Hazte una — indicó el Mayor, secándose la cara con los faldones de la camisa —. ¡Qué calor! Ese inspector podría haber venido en invierno. ¡Tom, Tom Fisher! Te tengo reservado un puesto muy importante. Ven y te lo explicaré.

Rodeó con su brazo los hombros de Tom y ambos se dirigieron hasta la cabaña del Mayor, pasando por el mercado vacío, por la única ruta pavimentada de la aldea. En otros tiempos el camino era de polvo afirmado. Pero los otros tiempos habían acabado hacía dos semanas y ahora la ruta estaba pavimentada con pedregullo. Caminar descalzo por

allí era tan incómodo que los aldeanos preferían cruzar a través de las propiedades privadas. El Mayor, en cambio, utilizaba la ruta por cuestión de principios.

—Oiga, Mayor, estoy de vacaciones y...

—Nadie puede tomarse vacaciones en estos momentos — dijo el Mayor —. Ese hombre vendrá cualquier día de éstos.

Hizo pasar a Tom al interior de su cabaña y se instaló en el gran sillón, situado muy cerca de la radio interestelar.

—Tom — dijo el Mayor, directamente —, ¿te gustaría ser criminal?

—No sé — respondió Tom —¿Qué es un criminal? El Mayor se agitó incómodo en su sillón, posando una mano sobre la radio como símbolo de autoridad.

—Es así — dijo, y empezó a explicarle.

Tom prestó atención. Pero cuanto más oía, menos le gustaba la cosa. Debía ser culpa de la radio interestelar. ¿Por qué no se habría descompuesto?

Nadie habría creído que estuviera en condiciones de funcionar. Aquel último vínculo con la Madre Tierra había juntado polvo en esa oficina, de Mayor en Mayor, a través de muchas generaciones. Doscientos años atrás, la Tierra hablaba con Nueva Delaware y con Ford IV, o Alfa del Centauro, o Nueva España, o cualquier otra de las colonias que constituían las Democracias Unidas de la Tierra. De pronto, todas las conversaciones se interrumpieron.

El Planeta Madre parecía estar en guerra. Nueva Delaware, con su única aldea, era demasiado pequeña y estaba demasiado lejos para tomar parte. Aguardaron noticias, pero jamás las hubo. Finalmente, una peste asoló la aldea, llevándose las tres cuartas partes de sus habitantes.

Lentamente, la aldea recuperó la salud. Los pobladores adoptaron sus propios modos de hacer las cosas y acabaron por olvidar a la Tierra.

Pasaron doscientos años.

Y de pronto, hacía dos semanas, la antigua radio había surgido a la vida, tosiendo. Durante varias horas, gruñó y escupió estática, mientras todos los aldeanos aguardaban en torno a la cabaña del Mayor. Por último, se oyeron algunas palabras:

—¿...oírme, Nueva Delaware? ¿Puede oírme?

—Sí, sí, le escuchamos — dijo el Mayor.

—¿Existe aún la colonia?

—Claro que sí — respondió el Mayor, orgulloso. La voz tomó entonces un tono severo y oficial:

—Durante cierto tiempo no ha habido contacto con las colonias exteriores, debido a las condiciones inestables reinantes aquí. Pero eso ha terminado, con excepción de algunos operativos de limpieza. Ustedes, los de Nueva Delaware, son todavía una colonia de la Tierra Imperial y están sujetos a sus leyes. ¿Reconocen esa condición?

El Mayor vaciló. Todos los libros se referían a la Tierra bajo el término de Democracias Unidas. Bueno, en dos siglos los nombres podían cambiar.

—Seguimos leales a la Tierra — dijo el Mayor, con mucha dignidad.

—Magnífico. Eso nos evitará el problema de enviar una fuerza expedicionaria. Les despacharemos un inspector residente desde el punto más próximo, para averiguar si ustedes responden a las costumbres, instituciones y tradiciones terrestres.

—¿Qué? — dijo el Mayor, preocupado. La voz severa se volvió chillona.

—Como comprenderá, no hay lugar sino para una sola especie inteligente dentro del Universo: ¡el hombre! Todas las demás deberán ser suprimidas, barridas, aniquiladas. No podemos tolerar extraños a nuestro alrededor. No dudo que usted me entiende, general.

—No soy general, sólo Mayor.

—Está a cargo de todo, ¿verdad?

—Sí, pero...

—En ese caso es general. Permítame continuar. En esta galaxia no hay lugar para extraños. ¡No hay lugar! Tampoco para culturas humanas pervertidas, las cuales, por definición, son extrañas. Es imposible administrar un imperio donde cada uno hace lo que le da la gana. Tiene que haber orden. No importa el precio a pagar.

El mayor tragó saliva y miró fijamente la radio.

—Asegúrese de tener a su cargo una colonia terráquea, general, sin desviaciones radicales a nuestras normas, como por ejemplo el libre albedrío, el amor libre, las elecciones libres o cualquiera de las cosas proscriptas. Esas cosas son extrañas y somos muy rudos con lo extraño. Ponga en orden su colonia, general. El inspector lo visitará en dos semanas. Es todo.

Los aldeanos se reunieron inmediatamente en asamblea, para decidir cómo ajustarse a las indicaciones de la Tierra. La única solución era amoldarse inmediatamente a las normas terráqueas que enseñaban sus libros antiguos.

—Pero no veo por qué tiene que haber un criminal — dijo Tom.

—Esa es una parte muy importante de la sociedad terráquea — explicó el Mayor —. En eso, todos los libros se muestran de acuerdo. El criminal es tan importante como el cartero, digamos, o como el jefe de policía. A diferencia de ellos, el criminal se ocupa de la tarea antisocial. Trabaja contra la sociedad, Tom. Si no hubiese gente que trabajara contra la sociedad, no podría haber gente que trabajara a favor de ella y todos ellos quedarían sin trabajo.

—Sigo sin entender — insistió Tom, meneando la cabeza.

—Sé razonable, Tom. Hemos de tener ciertas cosas. Como rutas pavimentadas, por ejemplo. Todos los libros las mencionan. E iglesias y escuelas y cárceles. Y todos los libros nombran a los delincuentes.

—No lo haré — dijo Tom.

—Ponte en mi lugar — rogó el Mayor —. Ese inspector viene y se encuentra con Billy Painter, el jefe de policía. Pregunta por la cárcel. Y después dice: «¿Y los prisioneros?» Y yo contesto: «No hay, por supuesto. Aquí no tenemos delincuentes.» Entonces él dice: «Pero en todas las colonias terráqueas hay delincuentes y usted lo sabe.» Y yo tengo que responder: «Ni siquiera sabíamos qué es eso, hasta que busqué la palabra en el diccionario, la semana pasada.» «Y para qué tienen entonces esa cárcel,» va a preguntar el inspector; «¿Para qué nombran jefe de policía?»

El mayor hizo una pausa para tomar aliento.

—¿Te das cuenta? Todo se vendría abajo. Se daría cuenta en seguida que no somos como los terrícolas, que estamos fingiendo. ¡Que somos extraños!

—¡Hummm! — farfulló Tom, impresionado a pesar de sí mismo.

—De este otro modo — prosiguió el Mayor, con rapidez —, yo podré decirle: «Claro que tenemos delincuentes, igual que en la Tierra. Tenemos una combinación de ladrón y asesino. El pobre muchacho tuvo una mala crianza y está inadaptado. Empero, nuestro jefe de policía tiene algunas pistas y confiamos arrestarlo en el curso de veinticuatro horas. Lo pondremos en la cárcel, después lo rehabilitaremos.»

—¿Y qué es rehabilitar? — preguntó Tom.

—No lo sé muy bien. Ya me preocuparé por eso cuando llegue el momento. Pero ahora, ¿comprendes lo necesario que es el delito?

—Creo que sí. Pero ¿por qué tengo que ser yo?

—Los demás están muy ocupados. Y tú tienes ojos pequeños. Todos los delincuentes tienen ojos pequeños.

—Los míos no son tan pequeños. No más que los de Ed Weaver.

—Tom, por favor — dijo el Mayor —. Cada uno está haciendo lo suyo! Tú también quieres ayudar, ¿no?

—Supongo que sí — repitió Tom, a desgana.

—Bien. Serás nuestro delincuente. A ver, legalicémoslo.

Y así diciendo entregó a Tom un documento en donde se leía: AUTORIZACIÓN PARA DELINQUIR. Conste por la presente que Tom Fisher está autorizado como Ladrón y Asesino. Por lo tanto, se le permite acechar en callejones oscuros, rondar por sitios de mala reputación y quebrar la ley.

Tom lo leyó dos veces de punta a punta y preguntó:

—¿Qué ley?

—Ya te lo haré saber en cuanto la haga — respondió el Mayor —. Todas las colonias terráneas tienen leyes.

—Pero ¿qué debo hacer?

—Debes robar y matar. Eso es bastante fácil.

El Mayor se dirigió a su biblioteca y tomó dos antiguos volúmenes titulados El criminal y su medio, Psicología del asesino y Estudios sobre las motivaciones del ladrón.

—Aquí encontrarás cuanto debes saber. Roba tanto como quieras. En cambio, con un asesinato bastará. No hay que excederse.

—Bien — asintió Tom —. Creo que he entendido.

Tomó los libros y regresó a su cabaña.

Hacía mucho calor y toda aquella charla sobre el delito lo había dejado cansado y confundido. Se recostó en la cama y empezó a leer los antiguos libros.

Alguien llamó a su puerta.

—Adelante — dijo Tom, frotándose los ojos cansados.

Entró Marv Carpenter, el mayor y más alto de los pelirrojos Carpenter, seguido por el viejo Jed Farmer. Los dos llevaban una pequeña bolsa.

—¿Eres el delincuente de la ciudad, Tom?: preguntó Marv.

—Así parece.

—En ese caso, esto es para ti.

Dejaron la bolsa en el suelo y de allí sacaron un hacha, dos cuchillos, una espada corta y dos cachiporras.

—¿Qué es todo eso? — preguntó Tom, irguiéndose.

—Armas, por supuesto — respondió Jed Farmer —. No hay verdaderos criminales sin armas. Tom se rascó la cabeza.

—¿De veras? —preguntó.

—Será mejor que empieces a averiguar estas cosas por tu cuenta — indicó Farmer, en tono de impaciencia —. No es cosa de que te lo demos todo hecho.

Marv Carpenter guiñó un ojo a Tom, explicando: —Jed está resentido porque el Mayor lo nombró cartero.

—Cumpliré con lo mío — dijo Jed —. Pero no me gusta tener que repartir tantas cartas.

—No puede ser tan difícil — observó Marv Carpenter, sonriendo —, si lo hacen los carteros terrícolas, donde hay mucha más gente. Buena suerte, Tom.

Y se marcharon.

Tom se inclinó para examinar las armas. Las conocía, pues los viejos libros las mostraban a montones. Pero nadie había usado nunca un arma en Nueva Delaware. Los únicos animales del planeta eran pequeños y peludos, herbívoros sin lugar a dudas. En cuanto a volver un arma contra otro aldeano, ¿qué motivos había para ello?

Recogió uno de los cuchillos. Era frío. Tocó la punta y la encontró muy aguda.

Sin apartar la vista de las armas, empezó a recorrer la habitación a grandes pasos. Esos objetos le producían una extraña sensación de vacío en la boca del estómago. Tal vez se había apresurado demasiado en aceptar el trabajo.

Pero no servía de nada preocuparse por todo eso. Todavía le faltaba leer todos esos libros. Después, tal vez encontrara algún sentido a todo aquello.

Pasó varias horas leyendo, con una sola interrupción, para tomar un ligero almuerzo. Los libros eran bastante comprensibles; explicaban claramente los diversos métodos

delictivos y algunos con diagramas. Pero todo le parecía irrazonable. ¿Qué finalidad tenía el delito? ¿A quién beneficiaba? ¿Qué ganaba la gente con eso?

Los libros no explicaban esa parte. Los hojeó, mirando las fotografías de delincuentes. Parecían muy serios y responsables, extremadamente conscientes de la importancia que su trabajo tenía para la sociedad.

Tom habría querido descubrir cuál era esa importancia. Tal vez así las cosas resultarían más sencillas.

—¿Tom? — le llamó el Mayor, desde fuera.

—Estoy aquí, Mayor.

Se abrió la puerta y el Mayor echó una mirada furtiva al interior. Detrás venían Jane Farmer y Mary Waterman y Alice Cook.

—¿Y bien? — preguntó el Mayor.

—¿Y bien qué?

—¿Cuándo comienzas a trabajar?

Tom sonrió, consciente de su importancia.

—En eso estoy — dijo —. Empecé a leer estos libros, para ver si...

Las tres maduras damas le echaron una mirada intensa y Tom se interrumpió cohibido.

—Te tomas mucho tiempo para leer — dijo Alice Cook.

—Todos los demás están trabajando — dijo Jane Farmer.

—¿Qué tiene de difícil un robo? — preguntó Mary Waterman, desafiante.

—Es verdad — le dijo el Mayor —. Ese inspector puede llegar en cualquier momento y no tenemos un delito que mostrarle.

—Está bien, está bien — musitó Tom.

Sujetó un cuchillo y una cachiporra a su cinturón, se metió el saco en el bolsillo (para guardar el botín) y salió a grandes pasos.

Pero ¿dónde ir? Iba avanzando la tarde. El mercado, que era el sitio más lógico para robar, estaría vacío hasta el anochecer. Además, no quería cometer un robo a la luz del día. Parecía poco profesional.

Desplegó su autorización para delinquir y volvió a leerla. Se permite rondar por sitios de mala reputación...

¡Eso! Rondaría por un sitio de mala reputación. Allí podría forjar algunos planes y ponerse en clima. Pero, por desgracia, la aldea no ofrecía mucho para escoger. Estaba el Pequeño Restaurante, de las hermanas Ames, todas viudas; y el Salón de Jeff Hern y por último la taberna de Ed Beer.

Tendría que conformarse con la taberna de Ed.

Era una cabaña muy parecida a las otras que formaban la aldea. Tenía una sala grande para los clientes, una cocina y los dormitorios de la familia. La esposa de Ed se encargaba de la cocina y mantenía el negocio tan limpio como le era posible, considerando que sufría de la espalda. Ed servía las bebidas; era un hombre pálido de ojos soñolientos, cuyo principal talento era crearse problemas por cualquier cosa.

—¡Hola!, Tom — le saludó Ed —. Me he enterado de que eres nuestro delincuente.

—Es cierto — dijo Tom —. Sírveme una perneóla. Ed Beer le sirvió aquel extracto de raíz sin alcohol y permaneció de pie ante su mesa, con aspecto ansioso.

—¿Y cómo es que no estás robando? — preguntó.

—Estoy haciendo planes — explicó Tom —. Mi autorización dice que debo rondar por sitios de mala reputación. Por eso he venido.

—¿Te parece bien? — observó Ed Beer, entristecido —, Este no es lugar de mala reputación, Tom.

—Sirves la peor comida de la ciudad — indicó Tom.

—Ya lo sé. Mi mujer no sabe cocinar. Pero aquí hay un ambiente de camaradería. A la gente le gusta.

—Todo eso ha cambiado, Ed. Esta taberna será mi reducto.

Ed Beer dejó caer los hombros, murmurando:

—Uno trata de hacer que el lugar sea cómodo para todo el mundo y así le pagan.

Tom se dedicó a cavilar, cosa terriblemente difícil. Cuanto más trataba, menos lo conseguía. Pero se empeñó en ello.

Una hora después, Richie Farmer, el hijo menor de Jed, asomó la cabeza por la puerta.

—¿Todavía no robaste nada, Tom?

—Todavía no — respondió Tom, acodado sobre la mesa y caviloso aún.

La tarde abrasadora transcurrió lentamente. Por las ventanitas de la taberna, cuyos vidrios no estaban muy limpios, asomaron retazos de crepúsculo. Fuera empezó a cantar un grillo y el primer susurro del viento nocturno agitó los bosques cercanos.

El gran George Waterman y Max Weaver entraron para pedir un vaso de glava y tomaron asiento junto a Tom.

—¿Cómo va eso? — preguntó George Waterman.

—No muy bien — dijo Tom —. Parece que no entiendo del todo esto del robo. Si alguien puede hacerlo, ése eres tú.

—Tenemos confianza en ti, Tom — le aseguró Weaver.

Tom les dio las gracias. Los hombres vaciaron las copas y se marcharon. El continuó pensando con la vista fija en su vaso de perneóla, ya vacío.

Una hora después, Ed Beer se aclaró la garganta, como para pedir disculpas.

—No es cosa mía, Tom, pero ¿cuándo piensas robar algo?

—Ahora mismo — dijo Tom.

Se levantó. Tras verificar que sus armas seguían en su lugar se marchó a paso firme.

En el mercado habían empezado las ventas nocturnas. Las mercaderías se apilaban descuidadamente en los bancos, o estaban esparcidas en el césped, sobre colchones de paja. No había moneda ni valor alguno para el cambio. Diez clavos forjados a mano equivalían a un cántaro de leche o a dos pescados, o viceversa, según lo que cada uno tenía para vender y lo que necesitaba en ese momento. Nadie se molestaba en anotar nada. Aquélla era una costumbre terráquea que el Mayor trataba infructuosamente de implantar.

Todo el mundo recibió a Tom con grandes saludos:

—Así que robando, ¿eh, Tom?

—¡Adelante muchacho!

—¡Te sabemos capaz!

Nadie en la aldea había presenciado nunca un auténtico robo. Lo consideraban como una costumbre exótica de la Tierra distante y deseaban ver cómo era. Todos dejaron sus mercaderías y siguieron a Tom por el mercado, observándolo ávidamente.

Tom descubrió que le temblaban las manos. No le gustaba eso de tener tantos espectadores. Sería mejor trabajar con celeridad, mientras todavía le quedara coraje.

Se detuvo abruptamente frente al banco de la señora Miller, cargado de frutas.

—Lindas gifas — observó, en tono despreocupado.

—Son frescas — le dijo la señora Miller.

Era una anciana menuda y de ojos brillantes. Tom recordó cuánto solía charlar esa mujer con su madre, cuando él tenía aún los padres vivos.

—Parecen muy sabrosas — dijo, preguntándose por qué no se habría detenido en otro sitio.

—¡Oh!, lo son — afirmó la señora Miller —. Las recogí esta misma tarde.

—¿Está por robar? — susurró alguien.

—Claro. Observa — respondió otro.

Tom recogió una gifa verde y brillante y la inspeccionó. Entre la multitud se hizo un súbito silencio.

—Parece muy sabrosa, por cierto — dijo Tom y volvió a colocar la gifa en su sitio.

La multitud soltó un suspiro largamente contenido. Max Weaver y su esposa, con los cinco hijos, ocupaban el banco siguiente.

Esa noche exhibían dos frazadas y una camisa. Cuando Tom se acercó, seguido por la multitud le sonrieron con timidez.

—Esta camisa es de tu talla — le informó Weaver. Habría querido que la gente se retirara y dejara trabajar tranquilo al muchacho.

—¡Humm! — murmuró Tom, recogiendo la camisa.

La multitud se agitó, llena de emoción. Una muchacha empezó a reír histéricamente. Tom sujetó con fuerza la camisa y abrió la bolsa del botín.

—¡Un momento!

Billy Painter se abrió paso por entre la gente. Ya llevaba puesta su insignia: una vieja moneda terráquea, lustrada y sujeta al cinturón. Lucía una expresión indiscutiblemente oficial.

—¿Qué ibas a hacer con esa camisa, Tom? — preguntó Billy.

—Vaya..., solamente la estaba mirando.

—Conque solamente mirándola, ¿eh? Billy se volvió, con las manos a la espalda. De pronto giró sus talones y extendió un índice acusador.

—No creo que estuvieses solamente mirándola, Tom. ¡Creo que estabas pensando en robarla!

Tom no respondió. En una mano tenía el famoso saco, que pendía flojamente y en la otra la camisa.

—Como jefe de policía — prosiguió Billy —, tengo el deber de proteger a esta gente. Me resultas sospechoso. Creo que será mejor detenerte y proceder al interrogatorio.

Tom bajó la cabeza. No esperaba eso, pero daba lo mismo. Una vez en la cárcel, todo estaría cumplido. Y cuando Billy lo soltara, podría volver a su pesca.

De pronto, el Mayor se acercó a grandes pasos a través de la multitud, con la camisa flameándole furiosamente en torno a la cintura.

—Billy, ¿qué haces?

—Cumpló con mi deber, Mayor. Tom está actuando de un modo muy sospechoso. El libro dice...

—Ya sé lo que dice el libro — replicó el Mayor —. Fui yo quien te lo dio. Pero no puedes arrestar a Tom. Todavía no.

—¡Pero si no hay otro delincuente en la aldea! — se quejó Billy.

—Eso no tiene remedio — dijo el Mayor. Billy apretó los labios.

—El libro dice que hay una labor policial preventiva. Se supone que debo impedir que los delincuentes actúen.

El Mayor alzó las manos y las dejó caer, con aspecto cansado.

—Billy, ¿no entiendes? La aldea necesita un prontuario policial. Tú también puedes ayudar. Billy se encogió de hombros.

—Está bien, Mayor. Yo sólo trataba de cumplir con mi deber.

Se volvió para retirarse, pero giró otra vez para mirar a Tom.

—Ya te atraparé. No lo olvides: el delito no rinde beneficios.

Y se marchó a paso firme.

—Es demasiado ambicioso, Tom — explicó el Mayor —. Olvídate de esto. Anda y roba algo. Terminemos con este asunto.

Tom dio varios pasos hacia el bosque verde que rodeaba la aldea.

—¿Qué pasa, Tom? — preguntó el Mayor, preocupado.

—Ya no tengo ánimos — dijo Tom —. Tal vez mañana a la noche...

—No, tiene que ser ahora — insistió el Mayor —. No puede seguir postergándolo. Vamos, nosotros te ayudaremos.

—Claro que sí — dijo Max Weaver —. Roba la camisa, Tom. De cualquier modo, es de tu talla.

—¿Qué te parece esta linda jarra de agua, Tom?

—Mira estas nueces de esquije.

Tom paseó la mirada de banco en banco. Mientras extendía la mano para tomar la camisa de Weaver, un cuchillo se deslizó de su cinturón y cayó al suelo. La multitud soltó un murmullo solidario.

Tom volvió a ponerlo en su sitio, transpirando; tenía conciencia de que estaba dando la imagen de un torpe. Alargó la mano, tomó la camisa y la metió en el saco del botín. La multitud aplaudió, alentándolo.

Tom esbozó una débil sonrisa; se sentía algo mejor.

—Creo que ya le voy tomando la mano — dijo.

—Claro que sí.

—Sabíamos que eras capaz de hacerlo.

—Toma algo más, muchacho.

Tom recorrió el mercado y tomó un trozo de cuerda, un puñado de nueces de esquije y un sombrero de paja.

—Creo que con esto bastará — dijo al Mayor.

—Por ahora sí — replicó éste —. En realidad, eso no cuenta. Es lo mismo que si la gente te lo hubiese regalado. Pero te vino bien como práctica.

—¡Oh! — exclamó Tom, desilusionado.

—Ahora sabes cómo se hace. La próxima vez será más fácil.

—Eso creo.

—Y no olvides el asesinato.

—¿Es realmente necesario? — preguntó Tom.

—¡Ojalá no lo fuera! — dijo el Mayor —. Pero esta colonia lleva más de doscientos años establecida aquí sin que hayamos tenido un solo asesinato. ¡Ni uno! Según los registros, las otras los tienen a montones.

—Supongo que necesitamos uno — admitió Tom —. Ya me encargaré de eso.

Y se encaminó hacia su cabaña. La multitud lo despidió con aclamaciones.

Ya en su casa, Tom encendió una lámpara y se preparó la cena. Después de comer permaneció largo tiempo sentado en un gran sillón. No estaba contento consigo mismo. En realidad, no se había desempeñado bien en el robo. Después de vacilar y preocuparse durante todo el día, la gente había tenido que ponerle las cosas en la mano, o poco menos.

¿Qué clase de ladrón era?

Además no tenía excusas. El robo y el asesinato eran un trabajo tan útil como cualquier otro. Que nunca los hubiera ensayado antes, que no les encontrara sentido, no eran razones para chapucear tanto.

Se dirigió hacia la puerta. Era una bella noche, iluminada por diez o doce estrellas cercanas y gigantescas. El mercado había quedado nuevamente desierto, y las luces de la aldea se iban apagando una a una.

¡Aquél era el momento adecuado para robar! Esa idea le provocó un escalofrío. Se sintió orgulloso de sí mismo. Así pensaban los criminales, así debía ser el robo: acechar, noche y día.

Tom verificó rápidamente sus armas, vació el saco del botín y salió de la cabaña.

Las últimas luces se habían extinguido. Tom cruzó silenciosamente la aldea. Llegó a la casa de Roger Waterman. El gran Roger había dejado su pala apoyada contra la pared. Tom la recogió. Calle abajo se veía la jarra de agua de la señora Weaver, en el lugar de costumbre, junto a la puerta principal. Tom la tomó. Al regresar a su casa encontró un caballito de madera olvidado por algún niño y lo unió al resto.

Una vez que las mercancías estuvieron seguras en su casa, experimentó una agradable satisfacción. Decidió hacer otro intento.

En la segunda vuelta regresó con una placa de bronce proveniente de la casa del Mayor, con el mejor serrucho de Marv Carpenter y la hoz de Jed Farmer.

—No está mal — se dijo.

Ya le estaba tomando la mano al trabajo. Con una carga más, se habría ganado la noche.

Esa vez encontró un martillo y un formón en el cobertizo de Ron Stone y un canasto de juncos en la casa de Alice Cook. Cuando estaba por tomar el rastrillo de Jef Hern, oyó un débil ruido y se apretó contra una pared.

Billy Painter hacía lentamente su ronda, con la insignia centelleando bajo la luz de las estrellas. En una mano llevaba una cachiporra corta y pesada; en la otra, un par de esposas caseras. Su rostro tenía una expresión amenazadora en aquella penumbra. Era el rostro de un hombre que se había armado contra el delito, aunque no sabía muy bien en qué consistía.

Tom contuvo el aliento. Billy Painter pasó a pocos metros de él. Tom, lentamente, retrocedió. El saco del botín soltó un tintineo.

—¿Quién va? — gritó Billy.

Al no obtener respuesta, caminó en círculo, a pasos lentos, tratando de atravesar las sombras con su mirada. Tom se apretó cuanto pudo contra la pared. Era casi seguro que Billy no lo vería; tenía mala vista, debido a los vapores de la pintura. Todos los pintores tienen mala vista; ésa es una de las razones de su mal humor.

—¿Eres tú, Tom? — preguntó Billy, en tono amistoso.

Tom iba a responder, pero en ese momento notó que la cachiporra del otro estaba en posición de ataque y guardó silencio.

— Te atraparé, chilló Billy

—¡Bueno hazlo por la mañana! — gritó Jeff Hern desde la ventana de su dormitorio —. Aquí hay gente que quiere dormir.

Billy se alejó. Cuando se hubo marchado, Tom corrió a su casa y juntó su nuevo botín con el resto, apilado en el suelo para contemplarlo con orgullo. Aquello le daba la satisfacción del deber cumplido.

Tras un vaso de glava fría, Tom se acostó y se durmió tranquilamente de inmediato, sin soñar.

A la mañana siguiente, Tom salió a ver cómo andaba la construcción de la escuela roja. Los Carpenter estaban trabajando fuerte, ayudados por varios aldeanos.

—¿Cómo anda eso? — gritó alegremente Tom.

—Bien — respondió Marv Carpenter —. Pero andaría mejor si yo tuviera mi serrucho.

—¿Tu serrucho? — preguntó él sin comprender.

Tardó un instante en recordar que lo había robado la noche anterior. En aquel momento no parecía pertenecer a nadie. El serrucho, como todo lo demás, era algo a ser robado. No se le había ocurrido siquiera pensar que alguien podría necesitarlo.

Marv Carpenter preguntó:

—¿Crees que podrías devolvérmelo por un rato? Cosa de una hora.

—No sé — dijo Tom, arrugando el ceño —. Ha sido legal—mente robado, como sabes.

—Claro, claro. Pero si me la prestaras...

—Tendrías que devolvérmelo.

—Por supuesto que te lo devolveré — exclamó Marv, indignado —¿Cómo voy a quedarme con algo que ha sido legalmente robado?

—Está en mi casa, con el resto del botín. Marv le dio las gracias y fue a buscarlo. Tom empezó a pasear por la aldea, hasta llegar a la casa del Mayor. Este, de pie en la puerta, contemplaba el cielo.

—Tom, ¿tú te llevaste la placa de bronce? — preguntó.

—Por cierto — respondió Tom, belicoso.

—¡Oh!, preguntaba, nada más.

Y el Mayor señaló hacia lo alto, diciendo:

—¿Laves?

—¿Qué cosa? — preguntó Tom, mirando.

—Esa mota negra, cerca del borde del sol pequeño.

—Sí. ¿Qué es?

—Apostaría a que es la nave del inspector. ¿Cómo anda tu trabajo?

—Muy bien — respondió Tom, algo incómodo.

—¿Has planeado ya un asesinato?

—Tengo algún problema con eso — confesó Tom —. A decir verdad, no he avanzado nada al respecto.

—Entra, Tom, quiero hablar contigo. Una vez en la fresca penumbra de la sala, el Mayor sirvió dos vasos de glava e indicó una silla a Tom.

—Se nos está acabando el tiempo — dijo, sombrío —. El inspector puede aterrizar en cualquier momento. Y estoy muy ocupado.

Señaló con un ademán la radio interestelar.

—Esa estuvo hablando otra vez. dijo algo sobre una revuelta en Deng IV y que todas las colonias leales a la Tierra deben prepararse para lo que sea. Nunca oí nombrar a Deng IV, pero tendré que empezar a preocuparme de eso, además de todo lo otro.

Y clavó en Tom una mirada severa.

—Los criminales terrícolas cometen diez asesinatos por día sin que se les mueva un cabello. La aldea sólo te pide un pequeño homicidio. ¿Es demasiado pedir?

Tom estiró las manos, nervioso.

—¿Crees que es necesario? — preguntó.

—Sabes que sí — respondió el Mayor —. Si vamos a ser terráqueos, tenemos que serlo en todo. Esto es lo único que nos está demorando. Todos los otros proyectos marchan bien.

En ese momento entró Billy Painter, vistiendo una nueva camisa azul de uniforme con botones metálicos brillantes, y se dejó caer en una silla.

—¿Has matado a alguien, Tom?

—Quiere saber si es necesario — dijo el Mayor.

—Claro que lo es — afirmó, el jefe de policía —. Lee cualquier libro. No serás gran cosa como delincuente si no cometes un asesinato.

—¿A quién has elegido, Tom? — preguntó el Mayor. Tom se agitó incómodo en la silla, frotándose los dedos con ademán nervioso. ~¿Y bien?

—¡Oh!, mataré a Jeff Hern — barbotó Tom.

Billy Painter se inclinó hacia adelante, preguntando:

—¿Por qué a él?

—¿Por qué? ¿Y por qué no?

—¿Qué motivos tienes?

—¿No quieren un asesinato? — replicó Tom —¿Qué tienen que ver los motivos?

—Los asesinatos falsos no sirven — explicó el jefe de policía — Hay que hacerlo bien.

Y para eso debes tener un motivo adecuado.

Tom caviló por un instante.

—Bueno, Jeff y yo no somos muy íntimos. ¿Sirve ese motivo?

—No, Tom — dijo el Mayor, meneando la cabeza —. Será mejor que elijas a otro.

—A ver... ¿Y George Waterman?

—¿Qué motivos tienes? — preguntó Billy de inmediato.

—¡Oh!... ejem... Bueno, no me gusta su modo de caminar. Nunca me gustó. Y es muy alborotador, algunas veces. El Mayor asintió, aprobando.

—Me parece bien. ¿Y a ti, Billy?

—¿Cómo voy a deducir un motivo como ése? — observó Billy, enojado —. No, eso estaría bien para un crimen pasional. Pero tú eres un delincuente legal, Tom. Por definición, eres frío, despiadado y astuto. No puedes matar a alguien porque no te guste su forma de caminar. Eso es tonto.

—Será mejor que lo piense bien — dijo Tom, levantándose.

—No tardes demasiado — le dijo el Mayor —. Cuanto antes, mejor.

Tom, asintiendo, se dirigió hacia la puerta.

—¡Ah, Tom! — le llamó Billy —¡No te olvides de dejar pistas! Son muy importantes.

—Está bien — dijo Tom y se marchó. Ya en la calle, notó que casi todos los aldeanos miraban al cielo. La mota negra había aumentado considerablemente de tamaño y cubría la mayor parte del sol pequeño.

Tom se dirigió a un lugar de mala reputación para meditar. Ed Beer, por lo visto, había cambiado de idea con respecto a la conveniencia de tener elementos criminales en su establecimiento. La taberna estaba decorada de nuevo y lucía un gran letrero: GUARIDA DEL DELINCUENTE. Las ventanas tenían cortinas nuevas, cuidadosamente ensuciadas, que no permitían pasar la luz del sol y daban a la taberna todo el aspecto de un sitio tenebroso. En una pared colgaban varias armas, apresuradamente talladas en madera blanda. En otra se veía una gran mancha roja, realmente ominosa, aunque Tom comprendió que era sólo la pintura que Billy Painter preparaba con zarzarráices.

Tom sorbió una perricola y empezó a cavilar.

Tenía que cometer un asesinato.

Sacó su autorización para delinquir y la contempló. Era algo desagradable, repulsivo, que habitualmente no haría, pero era su obligación legal.

Tom bebió su perricola y se concentró en el asesinato, diciendo que debía matar a alguien. Tenía que apagar una vida. Alguien cesaría de existir.

Pero las frases no contenían la esencia del acto. Eran sólo palabras. Para aclarar sus pensamientos, tomó como ejemplo a Marv Carpenter, el corpulento pelirrojo. Ese día, Marv estaba trabajando en la escuela con el serrucho prestado. Si Tom lo mataba... Bueno, Marv no volvería a trabajar.

Tom sacudió la cabeza, impaciente. Seguía sin captar la idea.

A ver, ahí tenía a Marv Carpenter, el más corpulento, el más simpático de la familia, según muchas opiniones. Se lo impidió colocando un trozo de madera sujetando con firmeza la tabla entre sus manazas pecosas, mirando de reojo la línea que había trazado. Sediento, sin duda, y con ese leve dolor en el hombro izquierdo que Jan Druggist venía tratando sin resultado.

Así era Marv Carpenter. Y de pronto.

Marv Carpenter tirado en el suelo, con los ojos abiertos y vidriosos, los miembros tiesos, la boca torcida; sin aire en los pulmones, sin latidos en el corazón. Jamás volvería a sentir ese leve dolor en el hombro, insignificante, en realidad, que Jan Druggist...

Por un momento, Tom tuvo una visión de lo que era un asesinato. Aquello pasó, pero dejó en su memoria lo suficiente como para hacerle sentirse mal.

El robo era soportable. Pero el asesinato, aunque fuera en bien de los intereses de la aldea...

¿Qué pensarían las gentes al ver lo que él acababa de imaginar? ¿Cómo podría vivir entre los demás? ¿Cómo viviría consigo mismo, después de aquello?

Y sin embargo, era necesario matar. Todos los de la aldea tenían su trabajo, y ése era el suyo. Pero ¿a quién asesinar?

El alboroto se produjo más tarde, cuando la radio interestelar se pobló de voces coléricas.

—¿Y a eso llaman colonia? ¿Dónde está la capital?

—Es ésta — dijo el Mayor.

—¿Dónde está la pista de aterrizaje?

—Creo que se ha usado como dehesa — respondió el Mayor —. Podría averiguar dónde estaba. Es que no se han producido aterrizajes desde...

—En ese caso, la nave principal permanecerá en el aire. Reúna a sus funcionarios. Bajaré de inmediato.

Toda la aldea se reunió en torno a un terreno abierto designado por el inspector. Tom se ajustó las armas y se ocultó tras un árbol, al acecho.

Una pequeña nave se separó de la grande e inició un rápido descenso. Los aldeanos, conteniendo el aliento, tuvieron la certeza de que se estrellaría en el terreno. En el último instante, los eyectores soltaron una llamarada, chamuscando el pasto y la nave se posó en tierra con toda suavidad.

El Mayor se adelantó, seguido por Billy Painter. Se abrió una puerta de la nave, por ella salieron cuatro hombres a paso de marcha, todos provistos de instrumentos metálicos brillantes que Tom reconoció como armas. Detrás venía un hombre corpulento y de cara rojiza, vestido de negro, con cuatro medallas relucientes. Lo seguía un hombrecito de rostro arrugado, también vestido de negro. Otros cuatro hombres de uniforme cerraban la marcha.

—Bienvenidos a Nueva Delaware — saludó el Mayor.

—Gracias, — dijo el hombre corpulento, estrechando con fuerza la mano del Mayor —. Soy el inspector Delumaine. El señor Grent, mi consejero político.

Grent saludó al Mayor con una inclinación de cabeza, ignorando su mano extendida y contempló a los aldeanos con una expresión de leve disgusto.

—Recorreremos la aldea — dijo el inspector, mirando a Grent por el rabillo del ojo.

Este asintió. Los guardias uniformados cerraron círculo en torno a ellos.

Tom los siguió a una distancia prudente, acechando como un verdadero criminal. Ya en la aldea, se ocultó tras una casa para observar la inspección.

El Mayor les mostró, con justificado orgullo, la cárcel, la oficina de correos, la iglesia y la escuela roja. El inspector parecía desconcertado. El señor Grent, con una sonrisa desagradable, se frotaba la barbilla.

—Tal como pensé — dijo el inspector —. Hemos perdido tiempo y combustible; no valía la pena venir hasta aquí con un crucero de guerra. No tienen nada de valor.

—No estoy tan seguro — dijo el señor Grent y se volvió hacia el Mayor —. ¿Para qué construyeron todo esto, general?

—Vaya, para ser terráqueos — respondió éste —. Estamos haciendo lo mejor que podemos, como usted ve. El señor Grent susurró algo al oído del inspector.

—Dígame — preguntó el inspector al Mayor —, ¿cuántos hombres jóvenes hay en la aldea?

¿Cómo dice? — inquirió el Mayor, cortés, pero confundido.

—Hombres jóvenes, entre quince y sesenta años — explicó Grent.

—Vea, general — agregó el inspector —, la Madre Tierra Imperial está en guerra. Deng IV y algunas otras colonias han olvidado su origen y se han rebelado contra la autoridad absoluta de la Madre Tierra.

—Cuánto lo siento — musitó el Mayor, en tono de solidaridad.

—Necesitamos hombres para la flota espacial — dijo el inspector —. Hombres sanos, fuertes, buenos para la batalla. Nuestras reservas están agotadas.

El señor Grent intervino suavemente:

—Deseamos dar a todos los colonos leales a la Tierra la oportunidad de defender a la Madre Tierra Imperial. Ustedes no rehusarán, sin duda.

—¡Oh, no! — dijo el Mayor —, claro que no. Nuestros jóvenes irán con gusto... En realidad, no tienen mucha práctica en todo eso, pero son todos inteligentes y sé que aprenderán.

—¿Ve usted? — dijo el inspector al señor Grent —. Sesenta, setenta, quizá un centenar de reclutas. Después de todo, no hemos perdido tanto el tiempo.

El señor Grent parecía tener sus dudas.

El inspector y su consejero se dirigieron a la casa del Mayor para tomar un refresco, acompañados por cuatro soldados. Los otros cuatro se dedicaron a recorrer la aldea.

Tom se ocultó en los bosques cercanos para cavilar. Al anochecer, la esposa de Ed Beer salió furtivamente de la aldea. Era una mujer de mediana edad, flaca, de pelo rubio ceniciento. Pero avanzaba con bastante celeridad, a pesar de su reumatismo. Llevaba un cesto cubierto con una servilleta a cuadros rojos.

—Aquí tienes la cena — dijo, al encontrar a Tom.

—¡Vaya, gracias! — exclamó Tom, sorprendido —. No tenía por qué tomarse tanta molestia.

—Cómo no. Nuestra taberna es tu sitio de mala reputación, ¿verdad? Somos responsables de tu bienestar. Además, el Mayor te envía un mensaje.

Tom levantó la vista, con la boca llena de comida.

—¿Cuál?

—Dice que te des prisa con el asesinato. Está esquivando el bulto ante el inspector y ese detestable hombrecito, el señor Grent. Pero se lo van a preguntar, no cabe duda.

—¿Cuándo lo harás? — preguntó la señora Beer, inclinando a un lado la cabeza.

—No debo revelarlo.

—Claro que debes — afirmó la señora Beer, acercándose más —. Yo soy tu cómplice.

—Es cierto — admitió Tom, pensativo —. Bueno, lo haré esta noche. Cuando oscurezca. Dígale a Billy Painter que dejaré tantas huellas como sea posible y cualquier otra pista que se me ocurra.

—Está bien, Tom — dijo la señora Beer —. Buena suerte.

Tom aguardó a que oscureciera, sin dejar de contemplar la aldea. Notó que casi todos los soldados habían estado bebiendo y andaban tambaleándose por allí como si los aldeanos no existieran. Uno de ellos disparó su arma al aire, asustando a todos los pequeños herbívoros velludos de varios kilómetros a la redonda.

El inspector y el señor Grent seguían en casa del Mayor.

Llegó la noche. Tom se deslizó hasta la aldea y buscó escondrijo en un callejón abierto entre dos casas. Cuchillo en mano, esperó.

¡Alguien se aproximaba! Trató de recordar sus métodos criminales, pero ninguno le vino a la mente. Tendría que hacer lo que pudiera y pronto.

La persona llegó a su lado, irreconocible en la oscuridad.

—¡Oh! ¡hola! Tom.

Era el Mayor. Se quedó mirando el cuchillo.

—¿Qué haces?

—Usted dijo que necesitaba un asesinato, así que...

—Pero no me refería a mí — dijo el Mayor, retrocediendo —. No puedes elegirme a mí.

—¿Por qué no?

—Bien, para empezar, alguien tiene que atender al inspector. Me está esperando. Alguien tiene que mostrarle...

—Billy Painter puede encargarse de eso — dijo Tom. Sujetó al Mayor por la pechera de la camisa, levantó el cuchillo y lo dirigió a la garganta.

—En esto no hay nada personal, por supuesto — agregó.

—¡Espera! — gritó el Mayor —. Si no hay nada personal, no tienes motivo.

Tom bajó el cuchillo, sin soltar al Mayor.

—Se me ocurre uno. Me ha molestado mucho que usted me nombrara delincuente.

—Fue el Mayor quien te nombró, ¿verdad?

—Sí, por supuesto.

El mayor sacó a Tom de entre las sombras, llevándolo a la luz de las estrellas, y dijo:

—¡Mira!

Tom dio un salto. El Mayor vestía unos pantalones largos, con la raya bien marcada y una túnica resplandeciente de medallas. En cada hombro llevaba una doble hilera de diez estrellas y su sombrero estaba tachonado por muchos galones de oro en forma de cometas.

—¿Ves, Tom? Ya no soy el Mayor. ¡Soy general!

—¿Y eso qué tiene que ver? Usted es la misma persona, ¿no?

—Oficialmente, no. Te perdiste la ceremonia esta tarde.

El inspector dijo que, como yo era general, desde el punto de vista oficial, tenía que usar un uniforme de general. Fue una ceremonia muy simpática. Todos los terráneos me sonreían—y me guiñaban el ojo y se lo guiñaban entre sí.

Tom volvió a levantar el cuchillo como para rematar un pez.

—Mis felicitaciones — dijo, sinceramente —, pero cuando usted me nombró delincuente era Mayor, así que mis motivos siguen en pie.

—¡Pero no matarías al Mayor, sino al general! ¡Y eso no es un asesinato!

—¿Ah, no? ¿Y qué es, en ese caso?

—¡Vaya, matar a un general es motín!

—¡Oh! — musitó Tom, bajando el cuchillo y soltando al Mayor —. Lo siento.

—Está bien, está bien — dijo el Mayor —. Es un error lógico. Yo he leído sobre eso y tú no; claro, no te hacía falta. Tomó aliento y agregó:

—Será mejor que regrese. El inspector quiere una nómina de los hombres que puede alistar.

—¿Está seguro de que hace falta asesinar a alguien? —preguntó Tom.

—Sí, completamente seguro — respondió el Mayor, alejándose deprisa —. Pero a mí no.

Tom volvió a poner el cuchillo en el cinturón.

A mí no. A mí no. Todos pensarían lo mismo. Sin embargo, alguien tenía que ser la víctima. ¿Quién? No podía matarse a sí mismo. Eso sería suicidio y no serviría.

Empezó a temblar, tratando de no pensar en la fugaz imagen del asesinato que tuviera esa mañana. Había que hacerlo.

¡Alguien venía!

La persona se aproximó. Tom se agachó, con los músculos preparados para el salto.

Era la señora Miller, que volvía a su casa con una bolsa de hortalizas.

Tom se dijo que no importaba si era la señora Miller o cualquier otro. Pero no podía olvidar aquellas conversaciones de su madre con esa mujer. Eso lo dejaba sin motivos.

La señora Miller pasó sin verlo.

Esperó media hora. Otra persona pasó por el callejón oscuro entre las dos casas.

Era Max Weaver.

Tom siempre le había tenido aprecio. Pero eso no significaba que no hubiera un motivo. Sin embargo, sólo pudo recordar que Max tenía una esposa y cinco hijos; lo adoraban y lo echarían de menos. No era cosa de que Billy Painter rechazara después ese motivo. Se encogió entre las sombras y dejó que Max pasara sin problemas.

Después fueron los tres Carpenter. Tom ya había tenido una dolorosa experiencia con ellos y los dejó seguir camino.

Más tarde se acercó Roger Waterman. No tenía motivos para matar a Roger, pero nunca habían sido muy amigos. Además, Roger no tenía hijos y la esposa no lo quería. ¿Alcanzaría eso para Billy Painter?

No, no alcanzaba. Y lo mismo sería con cada uno de los aldeanos. Tom había crecido entre ellos, compartiendo la comida, el trabajo, las alegrías y las penas. ¿Qué motivo podía encontrar para matar a cualquiera de ellos?

Pero estaba obligado a cometer un asesinato. Así lo requería su autorización para delinquir. Sin embargo, no podía matar a quienes conocía de toda la vida.

«¡Un momento!», se dijo, súbitamente excitado. ¡Podía matar al inspector!

¿Motivos? Vaya, sería un crimen aún más atroz que asesinar al Mayor (aunque, por supuesto, el Mayor ya era general y eso convertía el asesinato en motín). Pero aunque el Mayor fuera aún Mayor, el inspector sería una víctima mucho más importante. El asesinato lo llevaría a la gloria, a la fama, a la notoriedad. Y demostraría a la Tierra que la colonia era auténticamente terráquea. Todos dirían: «La delincuencia es tan grande en Nueva Delaware que no se puede aterrizar allí. ¡Pero si un criminal mató a nuestro inspector en el mismo día de su llegada! El peor criminal de todo el espacio.»

Sería un crimen realmente espectacular, digno de un asesino magistral.

Por primera vez en largo rato, se sintió orgulloso de sí. Abandonó su escondite en el callejón y se encaminó hacia la casa del Mayor. Allí escuchó la conversación que se desarrollaba en el interior.

—... población muy pasiva — decía el señor Grent —. Parecen ovejitas.

—Así las cosas resultan muy aburridas — respondió el inspector —, especialmente para los soldados.

—Bueno, ¿qué se puede esperar de unos campesinos retrasados? Al menos, conseguiremos algunos reclutas — observó el señor Grent, bostezando en forma audible—. Guardias, ¡de pie! Volveremos a la nave.

¡Los guardias! Tom los había olvidado. Echó una mirada dubitativa a su cuchillo. Aunque saltara sobre el inspector, los guardias lo detendrían antes de que lograra cometer el crimen. Debían estar entrenados para esa clase de cosas.

Pero si tuviera una de sus armas...

Oyó un arrastrar de pies dentro de la casa y emprendió de prisa el regreso a la aldea.

Cerca del mercado, un soldado borracho estaba sentado en un umbral, canturreando para sí. A sus pies había dos botellas vacías y el arma colgaba de su hombro, torcida.

Tom se arrastró por detrás, alzó su cachiporra y tomó puntería.

El soldado debió ver su sombra, pues se levantó de un salto, esquivando el golpe de la cachiporra. Con el mismo impulso asestó un golpe con el rifle a las costillas de Tom, se lo quitó del hombro y apuntó con él. Tom cerró los ojos y lanzó ambos pies hacia adelante.

Alcanzó al soldado en la rodilla, haciéndolo caer. Antes de que éste pudiera levantarse, utilizó la cachiporra.

Después tomó el pulso al soldado (no tenía sentido matar a quien no correspondía) y lo halló satisfactorio. Tomó el arma, revisó los botones para saber cuál apretar y corrió en busca del inspector.

Alcanzó al grupo a mitad de camino hacia la nave. El inspector y Grent iban a la cabeza; los soldados marchaban pesadamente detrás.

Tom se escondió entre la maleza y por allí avanzó hasta verse frente a Grent y al inspector. Tomó puntería y su dedo se puso tenso contra el gatillo.

Pero no quería matar a Grent. Se le había ordenado sólo un asesinato.

Corrió hasta adelantarse al grupo y salió a la ruta frente a ellos, con el arma apuntándoles.

—¿Qué significa esto? — clamó el inspector.

—Quieto — dijo Tom —. Los demás, suelten las armas y salgan del camino.

Los soldados obedecieron, como si la sorpresa los hubiese alelado. Uno a uno, soltaron las armas y se retiraron hacia la maleza. Grent siguió en su puesto.

—¿Qué haces, muchacho? — preguntó.

—Soy el delincuente de la ciudad — explicó Tom, orgulloso —, y voy a matar al inspector. Por favor, salga del camino. Grent lo miró fijamente.

—¿Delincuente? ¡Ah!, a eso se refería entonces el general, con tanta cháchara.

—Ya sé que no hemos cometido ningún asesinato en doscientos años — dijo Tom —, pero lo remediaré ahora mismo. ¡Salga del camino!

Grent salió de la línea de fuego. El inspector quedó solo, tambaleándose ligeramente. Tom apuntó, tratando de pensar en lo espectacular de aquel crimen, en su importancia para la sociedad. Pero imaginó al inspector en el suelo, con los ojos vidriosos, los miembros rígidos, retorcida la boca, sin aire en los pulmones ni latidos en el corazón.

Trató de oprimir el gatillo. Su mente podía hablar cuanto quisiera sobre la conveniencia del crimen, pero su mano opinaba de otro modo.

—¡No puedo! —gritó.

Dejó caer el rifle y saltó hacia la maleza.

El inspector quiso enviar un pelotón en busca de Tom, para colgarlo en ese mismo lugar, pero el señor Grent se opuso. Todo era bosques en Nueva Delaware. No bastarían diez mil hombres para atrapar a un fugitivo, si éste no quería ser atrapado.

En ese momento apareció el Mayor, acompañado por varios aldeanos, para averiguar a qué se debía la conmoción. Los soldados formaron una muralla compacta en torno al inspector y al señor Grent, listas las armas, serios y pétreos los rostros.

Y el Mayor lo explicó todo. El atraso de la aldea en cuanto a delitos. El puesto asignado a Tom. La vergüenza de todos al ver que no había sabido cumplir.

—¿Y por qué designó precisamente a ese hombre? — preguntó el señor Grent.

—Bueno — respondió el Mayor —, creí que si había alguien capaz de matar, era Tom. Es pescador, como usted sabe. Trabajo sucio, ése.

—Entonces, ¿ninguno de ustedes es capaz de matar?

—Ni siquiera podríamos llegar tan lejos como Tom — admitió el Mayor, con tristeza.

El señor Grent y el inspector intercambiaron una mirada; los soldados contemplaban a los aldeanos con respeto y admiración, murmurando entre sí.

—¡Atención! — rugió el inspector.

Se volvió hacia Grent, y dijo, en voz baja;

—Será mejor salir de aquí. Tener en nuestro ejército a estos hombres incapaces de matar...

—La moral — dijo el señor Grent, estremeciéndose —. Puede ser contagioso. Un solo hombre, en una posición clave, puede poner en peligro a una nave, quizá a toda una flota, sólo porque es incapaz de disparar un arma. No vale la pena correr el riesgo.

Ordenaron a los soldados que regresaran a la nave. Estos obedecieron con más lentitud que de costumbre y se volvieron a contemplar la aldea. Murmuraban entre sí, aunque el inspector seguía vociferando algunas órdenes.

La pequeña nave partió con un frenesí de eyectores. Pronto desapareció en las entrañas de la nave mayor y ambas se marcharon.

El borde del enorme sol rojo y acuoso tocaba ya el horizonte.

—Ya puedes salir — dijo el Mayor.

Tom surgió de entre la maleza, desde donde había observado todo.

—Lo eché todo a perder — dijo, tristemente.

—No te aflijas — le consoló Billy Painter —. Era un trabajo imposible.

—Mucho temo que sí — confirmó el Mayor, mientras volvían a la aldea —. Me pareció que tal vez tú pudieras hacerlo. Pero no se te puede reprochar nada. Ningún otro en la aldea podría haber igualado siquiera lo que tú hiciste.

—¿Qué haremos con estos edificios? — preguntó Billy Painter, señalando la cárcel, la oficina de correos, la iglesia y la escuela roja.

El Mayor meditó por un instante.

—Ya sé — dijo —: lo convertiremos en una plaza para los niños. Con hamacas, toboganes, cajas de arena y todo eso.

—¿Otra plaza? — preguntó Tom.

—Claro. ¿Por qué no?

Naturalmente, no había motivos para no hacerlo.

—Creo que esto ya no me hará falta — dijo Tom, devolviendo al mayor la autorización para delinquir.

—No, creo que no.

Todos observaron con pena como la rompía.

—Bueno, hicimos todo lo posible. Pero no sirvió.

—Yo tuve la oportunidad — dijo Tom —, y los traicioné a todos.

Billy Painter le dio una palmada tranquilizadora en el hombro, diciendo:

—No es culpa tuya, Tom; no es culpa de nadie. Eso es lo que pasa por no ser civilizados durante doscientos años. Mira lo que ha tardado la Tierra en civilizarse. Miles de años. Y nosotros pretendemos hacerlo en dos semanas.

—Bueno, tendremos que volver a ser incivilizados — dijo el Mayor, con un inútil intento de levantar los ánimos.

Tom bostezó, agitó la mano en señal de despedida y se marchó a su casa, para recuperar el sueño perdido. Antes de entrar echó una mirada al cielo.

En lo alto se habían reunido unas nubes gruesas e hinchadas, cada una con su manto negro. Las lluvias de otoño estaban al llegar. Pronto podría volver a la pesca.

¿Por qué no se había imaginado al inspector como si fuera un pez? Estaba demasiado cansado para estudiar ese posible motivo. Y, de cualquier modo, ya era tarde. La Tierra los había abandonado y la civilización no volvería por muchos siglos, quién sabe cuántos.

Durmió muy mal.

CIUDADANO DEL ESPACIO

Ahora sí que estoy en dificultades; en dificultades mayores de las que había imaginado. Es algo complicado explicar cómo caí en este enredo. Tal vez sea mejor comenzar desde el principio.

Desde mi graduación en la escuela de comercio, en 1991, tenía un buen empleo como armador de válvulas de esfinge, en la Starling, una fábrica de naves espaciales. Yo amaba esos grandes vehículos que partían rugiendo hacia Cygnus, hacia Alfa del Centauro y todos aquellos lugares nuevos. Era un joven con futuro, tenía amigos y hasta contaba con algunas muchachas.

Pero no servía de nada.

El empleo era bueno, pero no podía trabajar bien con esas cámaras ocultas enfocadas sobre las manos. Las cámaras, en sí, no me importaban; lo malo era el ruido que hacían. No me dejaban concentrar.

Me quejé a la oficina de Seguridad Interior. Les dije: «¿Por qué no me ponen cámaras nuevas y silenciosas, como tiene todo el mundo?» Pero estaban demasiado ocupados y no pudieron solucionarlo.

Y entonces empezaron a perturbarme mil pequeñas cosas. El grabador instalado en mi televisor, por ejemplo. El FBI no lo había instalado bien, y zumbaba toda la noche. Presenté cientos de quejas. Decía: «Pero fíjense, a nadie le han instalado un grabador que zumbe así. ¿Por qué a mí?» Pero siempre me endilgaban aquel discurso con respecto a la necesidad de ganar la guerra fría y a la imposibilidad de complacer a todo el mundo.

Esa clase de cosas hacen que uno se sienta inferior. Empecé a sospechar que mi gobierno no se interesaba por mí.

Por ejemplo, tomemos a mi espía. Yo era un sospechoso 18-D (igual que el vicepresidente) y eso me hacía acreedor a una vigilancia parcial. Pero el espía que me

habían asignado parecía creerse actor de cine, pues usaba una cazadora manchada y un sombrero gacho encasquetado hasta los ojos. Era delgado y nervioso, y al seguirme iba pisándome prácticamente los talones, por temor a perderme.

Bueno, hacía cuanto era posible. El espionaje suele ser una tarea de competencia y yo sentía un poco de lástima por él, dada su poca habilidad. Pero andar con él a la rastra era embarazoso. Mis amigos reían a carcajadas cuando yo aparecía con ese tipo respirándome sobre la nuca.

—Bill — me decían—, ¿no puedes desenvolverte mejor?

Y a las muchachas les daba escalofríos.

Naturalmente, me presenté a la Comisión Investigadora del Senado y les dije: «Oigan, ¿por qué no me ponen un espía bien entrenado, como los que siguen a tocios mis amigos?» Me respondieron que harían todo lo posible, pero mi importancia, por lo visto, no justificaba la molestia.

Todas esas cosas me ponían de mal humor. Cualquier psicólogo puede atestiguar que no hace falta gran cosa para acabar chiflado. Ya estaba harto de que me ignoraran, de que me hicieran a un lado.

Fue entonces cuando empecé a pensar en el Espacio Profundo. Había millones de kilómetros cuadrados de nada, salpicados con incontables estrellas. Había al menos un planeta similar a la Tierra por cada hombre, mujer o niño. En algún sitio debía existir un lugar para mí.

Compré una Lista Universal y un Piloto Galáctico usado. Leí entero el libro de las Mareas Gravitatorias y las Cartas del Piloto Interestelar. Por fin supe tanto como debía saber.

Invertí todos mis ahorros en un viejo coche estelar Chrysler. Esta antigüedad perdía oxígeno por todas las juntas; contaba con una pila atómica quisquillosa y un sistema de dirección que podía llevarme a cualquier parte. Era arriesgado, pero la única vida en peligro era la mía. Al menos, eso creía yo por ese entonces.

Por lo tanto, conseguí el pasaporte, el permiso azul, el permiso rojo, el certificado de números, las vacunas contra el mareo espacial y los papeles de contra—ratificación. Cobré en la fábrica mi último día de trabajo y agité la mano ante las cámaras en señal de despedida. En el departamento, empaqué mis ropas y dije adiós a los grabadores. Ya en la calle, estreché la mano de mi pobre espía y le deseé buena suerte.

Ya había quemado las naves a mis espaldas.

Sólo me quedaba la autorización final y me dirigí de prisa a la Oficina de Autorización Final. Un empleado de manos blancas y rostro bronceado a fuerza de lámpara me echó una mirada dubitativa.

—¿Adonde quiere ir? — me preguntó.

—Al espacio — respondí.

—Por supuesto, pero ¿a qué punto del espacio?

—Todavía no lo sé — dije —. Al espacio, es todo. Al Espacio Profundo. Al Espacio Libre.

El empleado dejó escapar un suspiro fatigado.

—Tendrá que ser más explícito, si quiere una autorización. ¿Piensa instalarse en un planeta del Espacio Americano? ¿O desea emigrar al Espacio Británico? ¿O al Alemán?

¿O al Francés?

—No sabía que el espacio tenía dueños — observé.

—En ese caso, usted no está al día — me replicó, con una sonrisa de superioridad —. Los Estados Unidos han reclamado todo el espacio comprendido entre las coordenadas 2XA y D2B, con excepción de un segmento pequeño y de importancia relativa, sobre el cual México afirma tener derechos. La Unión Soviética posee todo entre las coordenadas 3DB a L02, una región muy poco hospitalaria, se lo aseguro. Además están las concesiones belga, china, ceilanesa, nigeriana...

—¿Dónde está el Espacio Libre? — pregunté

—No lo hay.

—¿Nada? ¿Hasta dónde se extienden los límites?

—Hasta el infinito — me dijo con orgullo.

Por un momento, aquello me dejó desorientado. Nunca había considerado la posibilidad de que cada fragmento del espacio infinito tuviera dueño. Pero era natural, después de todo. Alguien tenía que ser el dueño.

—Quiero ir al espacio americano — dije.

En ese momento parecía no tener importancia, aunque más tarde quedó demostrado que no era así.

El empleado asintió, malhumorado. Revisó mis antecedentes hasta la edad de cinco años (no valía la pena seguir más allá) y me otorgó la Autorización Final.

En el espaciopuerto estaba mi nave, ya preparada; logré despegar sin que estallara un solo tubo. Sólo cuando la Tierra no era ya sino una punta de alfiler a mis espaldas comprendí que estaba solo.

Cincuenta horas después, cuando efectuaba una inspección de rutina en mis provisiones, noté que uno de los sacos de hortalizas era diferente a todos los demás. Al abrirlo encontré en su interior una muchacha, en vez de los cincuenta kilos de patatas que debía haber allí.

Un polizón. La miré, boquiabierto.

—Bueno — dijo ella —¿no piensa ayudarme a salir de aquí? ¿O prefiere cerrar el saco y olvidarse de todo?

—Estos sacos de patatas están llenos de bultos — observó.

Lo mismo habría dicho yo de ella y con toda aprobación. Exceptuando ciertas zonas, era delgada, de ojos azules y melancólicos; su pelo rubio tenía el tono rojizo de un eyector encendido; el rostro impertinente mostraba huellas de polvo. En la Tierra me habría sentido feliz de caminar diez kilómetros para conocerla. Allá, en el espacio, la cosa no era tan clara.

—¿Podría darme algo de comer? — preguntó —. Desde que partimos no he comido más que zanahorias crudas.

Le preparé un emparedado. Mientras comía, le pregunté:

—¿Qué hace usted aquí?

—Usted no me comprendería — respondió, entre dos bocados.

—Créame que sí.

Se acercó a una portilla para contemplar las estrellas (estrellas americanas, en su mayoría) que brillaban en el vacío del Espacio Americano.

—Quería ser libre — dijo.

—¿Eh?

Ella se dejó caer en mi colchón, fatigada.

—Usted me tildaría de romántica — dijo, serenamente —. Pertenezco a esa clase de tontos que recitan poesías a solas en la noche oscura y que llora frente a cualquier estatuita absurda. Las hojas amarillas del otoño me hacen temblar y el rocío sobre el prado verde representa para mí las lágrimas de toda la Tierra. El psiquiatra me ha dicho que soy una inadapta.

Cerró los ojos, con un cansancio que comprendí muy bien. Cualquiera se sentiría exhausto tras pasar cincuenta horas en un saco de patatas.

—La Tierra me estaba destrozando — explicó —. No podía soportar más aquello: el régimen, la disciplina, las privaciones, la guerra fría, la guerra violenta, todo. Quería reír al aire libre, correr por los prados verdes, sin ser perturbada, caminar por los bosques sombríos, cantar...

—Pero ¿por qué me eligió a mí?

—Usted iba hacia la libertad — respondió —. Pero si insiste, me marcharé.

Esa ocurrencia resultaba muy tonta, allá en las profundidades del espacio. Y no podía malgastar combustible en llevarla de regreso.

—Puede quedarse — dije.

—Gracias —murmuró—. Usted sí que me sorprende.

—Claro, claro —. Pero tendremos que aclarar unas cuantas cosas. Para empezar...

Pero se había dormido sobre mi cama, con una sonrisa confiada en los labios.

Aproveché para revisarle la cartera. Encontré cinco lápices una polvera, un frasquito de perfume Venus V, un libro de poesía de encuadernación barata y una insignia que decía: FBI, Investigador Especial.

Mis sospechas estaban confirmadas. Ninguna muchacha suele hablar de ese modo; los espías, en cambio, siempre lo hacen.

Me alegró saber que mi gobierno seguía vigilándome. El espacio parecía así menos solitario.

La nave, avanzó en las profundidades del Espacio Americano. Me vi forzado a trabajar quince horas por día para mantener entero mi equipo de dirección, las pilas razonablemente frescas y las juntas selladas. Mavis O'Day (así se llamaba mi espía) se encargaba de las comidas y de la limpieza; mientras tanto, escondía innumerables cámaras por todas partes. Zumbaban de un modo detestable, pero yo fingía no darme cuenta.

Sin embargo, dadas las circunstancias, mis relaciones con la señorita O'Day eran muy correctas.

La nave avanzaba normalmente, casi podría decir que con toda felicidad, hasta que un día ocurrió algo inesperado.

Yo estaba a cargo de los controles. De pronto, una luz intensa cruzó frente a la proa. Salté hacia atrás y tropecé con Mavis, que estaba colocando un nuevo rollo de película en su cámara número tres.

—Perdón — dije.

—¡Oh!, no es nada, atropélleme cuanto guste.

La ayudé a levantarse. Su flexible proximidad era peligrosamente agradable, y el aroma tentador de Venus V me cosquilleó la nariz.

—Ya puede soltarme — dijo ella.

—Lo sé — respondí.

Pero no la solté. Con el alma inflamada por su proximidad, me oí decir:

—Mavis, nos conocemos desde hace muy poco tiempo, pero...

—¿Sí, Bill? — me alentó.

En la locura de aquel momento yo había olvidado que nuestra relación era la de un sospechoso con su espía. No sé qué iba a decir. Pero en ese momento, un segundo destello cruzó por delante de la nave. Solté a Mavis y corrí hacia los controles. Con gran dificultad, detuve al viejo coche Star y miré a mi alrededor.

Fuera, en el vasto vacío del espacio, se veía un solo fragmento de roca. Trepado a ella, una criatura vestida con un traje espacial sostenía en una mano una caja de señales y en la otra un perro diminuto, también vestido con ropas espaciales.

A toda prisa, lo hicimos entrar y desabrochamos su traje espacial.

—Mi perro... — dijo.

—Está bien, hijito — le aseguré.

—Siento molestarlos en esta forma — dijo el muchachito.

—No importa — dije —¿Qué hacías allí fuera?

—Señor — empezó con voz temblorosa —, tendré que empezar desde el principio.

»Mi padre era piloto espacial de pruebas y murió valientemente, tratando de quebrar la barrera de la luz. Mamá volvió a contraer matrimonio hace poco tiempo. Su esposo actual

es un moreno corpulento de ojos pequeños y huidizos y labios apretados. Hasta hace poco estaba empleado como empaquetador en un gran supermercado.

»Desde el principio le molestó mi presencia. Supongo que yo le recordaba a mi padre muerto, por mis rizos rubios, mis grandes ojos almendrados y mi temperamento expansivo y alegre. Nuestra relación era una llama constante. Pero al fallecimiento de un tío suyo (bajo circunstancias muy sospechosas), heredó unas acciones sobre el Espacio Británico.

»Por lo tanto, partimos en nuestra nave espacial. No bien hubimos llegado a nuestra zona desierta, él dijo a mi madre: «Raquel, tu hijo es lo bastante mayor como para defenderse por sí mismo.» Mi madre respondió: «¡Es tan jovencito, Dirk!» Pero esa mujer tierna y riente no era adversario digno de ese hombre de voluntad férrea, a quien jamás podré llamar padre. Me lanzó dentro del traje espacial, dándome una caja de señales y puso a Flicker en el suyo. «Un muchacho puede arreglarse muy bien solo en el espacio, en estos tiempos.», dijo. «Señor», observé, «no hay planeta alguno en doscientos años-luz a la redonda.» «Ya verás qué haces», dijo, con una amplia sonrisa y me arrojó sobre este fragmento de roca.

El niño hizo una pausa para tomar aliento y Flicker, su perro, me miró con sus ojos ovals y húmedos. Di al perro un tazón de leche y pan y contemplé al muchacho, que comía un emparedado de manteca de maní y mermelada. Mavis llevó al pequeño al camarote y lo acostó tiernamente.

Yo volví a los controles, puse la nave en marcha y encendí el intercomunicador.

—¡Despierta pequeño idiota! — oí decir a Mavis.

—Déjeme dormir — farfulló el muchacho.

—¡Despierta! ¿Por qué te envió aquí la Investigación del Congreso? ¿No saben que es un caso del FBI?

—Lo han reclasificado como Sospechoso 10-F — dijo el muchacho —. Eso requiere vigilancia permanente.

—Para eso estoy yo aquí — exclamó Mavis.

—Usted no se desempeñó muy bien en el último caso —observó el niño —. Lo siento señora, pero la Seguridad está antes que nada.

—Así te enviaron a ti — sollozó Mavis —. Un chico de doce años.

—Dentro de siete meses tendré trece.

—¡Un chico de doce años! ¡Con lo mucho que me he esforzado! He estudiado, he leído libros y tomado clases nocturnas, he asistido a conferencias...

—Es difícil — dijo el muchacho, en tono de simpatía —. Por mi parte, quiero ser piloto de pruebas. A mi edad, ésta es la única forma de conseguir horas de vuelo. ¿Cree que él me dejará conducir la nave?

Apagué el intercomunicador. Podía sentirme muy orgulloso. Tenía dos espías de jornada completa dedicados a mí. Eso significaba que yo era alguien importante; alguien a quien debía vigilarse.

Empero, mis espías eran sólo una muchacha y un niño de doce años. El gobierno debía estar tocando fondo para haber enviado a esos dos.

El gobierno, a su modo, seguía ignorándome..

Nos fue bastante bien en el resto del vuelo. El joven Roy (así se llamaba el niño) se hizo cargo de la conducción de la nave, mientras el perro ocupaba el asiento del copiloto, siempre alerta. Mavis siguió cocinando y haciendo la limpieza. Yo pasaba el tiempo emparchando juntas. Éramos el grupo más feliz de sospechoso y espías que se puede encontrar.

Encontramos un planeta deshabitado, muy similar a la Tierra. A Mavis le gustó porque era pequeño y bonito, lleno de praderas verdes y bosques sombríos como los que describían sus libros de poesía. A Roy le agradaron sus lagos transparentes y las montañas, que eran perfectas para escalar. Aterrizamos y comenzamos a instalarnos. El

joven Roy se interesó inmediatamente por los animales que saqué del Congelador. Se designó a sí mismo guardián de vacas y caballos, protector de patos y gansos, defensor de cerdos y pollos. Eso lo mantuvo tan ocupado que fue espaciando más y más sus informes al Senado, hasta que dejó de enviarlos. ¿Qué otra cosa cabe esperar en un espía de su edad?

Una vez que hube instalado las cúpulas y sembrado unos cuantos acres, Mavis y yo dimos en pasear largamente por los bosques sombríos y por las praderas verdes y amarillas que los bordeaban.

Un día preparamos un cesto con provisiones y almorzamos a la orina de una pequeña cascada. El pelo suelto de Mavis caía sobre sus hombros y en los ojos se le veía una mirada distante y encantada. En verdad, su aspecto no era en absoluto el de un espía y tuve que forzarme para recordar nuestros respectivos papeles.

—Bill — dijo, después de un rato.

—¿Sí?

—Nada.

Arrancó una brizna de pasto. No supe qué hacer. Pero su mano estaba cerca de la mía y nuestros dedos se rozaron, entrelazándose de inmediato. Por largo rato guardamos silencio; nunca me había sentido más feliz.

—¿Bill?

—¿Sí?

—Querido Bill, ¿podrías?...

Jamás sabré qué iba a decirme, ni qué pude haberle contestado. En ese momento, el silencio se quebró en un rugir de cohetes y una nave espacial descendió desde el cielo.

Ed Wallace, el piloto, era un anciano de cabellos blancos; vestía una cazadora manchada y un sombrero gacho. Era vendedor de Clear-Flo, artefacto para purificar el agua de todo el planeta. Puesto que no lo necesitábamos, me dio las gracias y se marchó.

Pero no llegó muy lejos. Casi de inmediato, sus motores se detuvieron irremediabilmente.

Al revisar el mecanismo de dirección, descubrí que había estallado una válvula de esfinge. Me llevaría un mes fabricar una nueva con herramientas comunes.

—Qué cosa molesta — murmuró. Tendré que quedarme.

—Así parece — dije.

—No me explico cómo pudo suceder — balbuceó, contemplando con pena la nave.

—Tal vez la válvula se debilitó cuando usted la cortó con la sierra — dije, mientras me alejaba.

Había visto las marcas. El señor Wallace fingió no oírme. Esa noche, desde lejos, pude oír el informe que pasaba por la radio interestelar; ésta funcionaba perfectamente. Cosa extraña, no trabajaba a las órdenes de Clear-Flo, sino de la CÍA.

El señor Wallace se convirtió en un buen horticultor, aunque pasaba la mayor parte del tiempo trajinando con su cámara y su anotador. Ante su presencia, el joven Roy se vio forzado a esmerarse. Mavis y yo dejamos de caminar por los bosques sombríos y no tuvimos tiempo de volver a los prados amarillos y verdes, para concluir algunas frases empezadas.

Pero nuestra pequeña colonia prosperaba. Tuvimos otros visitantes. Llegó un matrimonio enviado por Inteligencia Regional, haciéndose pasar por recolectores de fruta. Los siguieron dos muchachas fotógrafas, secretas representantes de la Oficina de Informaciones del Ejecutivo y después un joven periodista, que pertenecía en realidad al Consejo de Moral en el Espacio, originario de Idaho.

Cada uno de ellos sufrió el estallido de una válvula de esfinge en el momento de partir.

Yo no sabía si sentirme avergonzado u orgulloso. Tenía a mis talones seis espías; pero todos eran de segundo orden. Invariablemente, tras pasar unas pocas semanas en mi planeta, se dedicaban a las labores de granja y olvidaban sus esfuerzos como espías.

Hubo momentos amargos para mí. A veces creía ser un ejemplar de ensayo para novicios, un caso sobre el cual afilar los dientes. Era el sospechoso que se asignaba a los espías demasiado ancianos o demasiado jóvenes, poco eficientes, medio aturdidos o simplemente inútiles. Tal vez se me consideraba como una especie de semijubilación, el sustituto de una pensión por retiro.

Pero eso no me preocupaba demasiado. Al fin y al cabo, tenía cierta posición, aunque difícil de definir. Me sentía más feliz de lo que había sido nunca en la Tierra y mis espías eran gentes agradables y dispuestas a cooperar.

Nuestra pequeña colonia progresaba en paz y felicidad. Creí que sería para siempre.

Pero una noche fatal se produjo una actividad inusitada. Todas las radios funcionaron al mismo tiempo, como si estuvieran recibiendo mensajes muy importantes. Fue necesario pedir a los espías que compartieran sus aparatos, a fin de no quemar el generador.

Por fin, todas las radios se apagaron y los espías se dedicaron a conferenciar. Los oí susurrar hasta las primeras horas de la madrugada. A la mañana siguiente los encontré reunidos en la sala, carilargos y sombríos. Mavis se adelantó, a modo de delegada.

—Ha ocurrido algo terrible — me dijo —. Pero en primer lugar debo revelarte algo, Bill: ninguno de nosotros es lo que aparenta ser. Todos somos espías enviados por el gobierno.

—¿Eh? — balbuceé, por no herir sus sentimientos.

—Es verdad — insistió —. Te hemos estado espiando, Bill.

—¿Eh? — repetí —¿Tú también?

—También yo — afirmó Mavis, en tono desdichado.

—Y ahora se terminó — intervino el joven Roy. Eso me sorprendió de veras.

—¿Por qué? — pregunté.

Se miraron entre sí. Por último, El señor Wallace explicó, doblando el ala de su sombrero con las manos callosas:

—Bill, una investigación acaba de revelar que este sector del espacio no es propiedad de los Estados Unidos.

—¿Y de qué países?

—Ten calma — dijo Mavis —. Trata de comprender. Todo este sector fue pasado por alto cuando se hizo la investigación internacional y ahora ningún país puede reclamarlo. Como has sido el primero en establecerte aquí, este planeta y los millones de kilómetros que lo rodean te pertenecen, Bill. Me sentí demasiado atónito como para responder.

—Dadas las circunstancias — continuó Mavis —, no tenemos autorización para permanecer aquí y nos iremos en seguida.

—¡No podrán! — exclamé —¡Todavía no he reparado las válvulas de esfinge!

—Todos los espías llevamos válvulas de esfinge y hojas de sierra de repuesto — dijo ella con suavidad.

Mientras los veía salir en tropel hacia las naves, pude imaginar la soledad que me aguardaba. Ningún gobierno me vigilaría. Ya no escucharía ruido de pasos en mitad de la noche, ni vería al volverme el abnegado rostro de un espía detrás de mí. No volvería a oír el zumbido de una cámara vieja controlando mi trabajo, ni me dormiría con el siseo de un grabador defectuoso.

Sin embargo, me sentía apenado aún por ellos mismos. Esos pobres espías, entusiastas, torpes, chapuceros, debían volver a un mundo veloz, eficiente, competitivo. ¿Dónde encontrarían otro sospechoso como yo, otro sitio como mi planeta?

—Adiós Bill — dijo Mavis, tendiéndome la mano. Se marchó hacia la nave del señor Wallace. Sólo entonces comprendí que ya no era mi espía.

—¡Mavis! — grité, corriendo tras ella. Mavis apretó el paso hacia la nave, pero la tomé por el brazo.

—Espera. En la nave empecé a decirte algo. Quise decirlo otra vez el día del picnic.

Ella trató de alejarse. En el tono menos romántico que se pueda imaginar, grazné:

—Mavis, te amo.

Cayó en mis brazos. Nos besamos y le dije que nuestro hogar era ése, todo ese planeta con sus bosques sombríos y sus praderas verdes y amarillas. Allí, conmigo.

Su felicidad era demasiado grande, y no respondió.

Puesto que Mavis se quedaba, Roy también se echó atrás. Las hortalizas del señor Wallace empezaron a madurar y él quería atenderlas. Y todos los otros tenían algo entre manos que no deseaban abandonar.

Y aquí estoy: gobernante, rey, dictador, presidente, lo que quiera ser. Los espías han empezado a llegar provenientes de otros países y no sólo de los Estados Unidos. Para alimentar a todos mis súbditos, pronto me veré forzado a importar comida. Pero los otros gobernantes han dado en rehusarme ayuda. Creen que he sobornado a sus espías para que abandonen sus puestos.

Juro que no es así. Vienen, eso es todo. Y no puedo renunciar, pues soy el dueño de todo esto. Podría enviarlos de regreso, pero me da pena. Ya no se que hacer.

Puesto que toda mi población consiste en ex-espías; gubernamentales, cualquiera imaginaría que me sería muy difícil formar un gobierno propio. Pero no, ninguno se presta a cooperar. Soy el gobernante absoluto de un planeta habitado por granjeros, pastores, criadores de ganado y horticultores, supongo que después de todo, no moriremos de hambre. Pero no es el problema. El problema. El problema es como diablos gobernar.

Porque ninguno quiere ser espía a mis ordenes.

PREGUNTAS INGENUAS

El contestador estaba construido para durar tanto como fuera necesario; algunas razas pensaban que era mucho tiempo y otras juzgaban que era muy poco. Pero para el Contestador era suficiente.

En cuanto a su tamaño, el Contestador era grande para algunos y pequeño para otros. Se lo podía considerar complejo, aunque algunos opinaban que era muy simple.

El Contestador sabía que era tal como debía ser. Por encima de todas las cosas, era el Contestador. Y Sabía.

De la raza que lo había construido, era mejor no hablar mucho. Ellos también Sabían y nunca dijeron si el conocimiento les había sido grato.

Construyeron el Contestador por prestar un servicio a razas menos avanzadas, y partieron por un medio desconocido. Hacia dónde, sólo el Contestador lo sabe.

Porque el Contestador lo sabe todo.

Sobre su planeta, siempre circunvalando su propio sol, permanecía el Contestador. La eternidad proseguía, larga, según algunos la consideran, breve, según otros. Pero tal como debía ser, para el Contestador.

En su interior estaban las respuestas. Conocía la naturaleza de las cosas y porqué las cosas son como son y qué son y qué significa todo.

El Contestador podía responder a cualquier pregunta, siempre que fuera legítima. ¡Y lo deseaba mucho! ¡Estaba ansioso por responder!

¿De qué otro modo podía hacer un Contestador?

¿Qué otra cosa podía hacer un Contestador?

Por lo tanto, aguardaba a que las criaturas vinieran a preguntarle.

—¿Cómo se siente, señor? — preguntó Morran, mientras se acercaba flotando hasta donde yacía el anciano.

—Mejor — respondió Lingman, tratando de sonreír.

La ausencia de peso era un gran alivio. Aunque—Morran había gastado una enorme cantidad de combustible para salir al espacio con una mínima aceleración, el débil corazón de Lingman se había resentido. El corazón de Lingman se detuvo, trabajó de mala gana, golpeó iracundo contra la frágil caja torácica, vaciló y tomó demasiada velocidad. Por un momento pareció que el corazón de Lingman iba a detenerse por puro resentimiento.

Pero después, la ausencia de peso fue un gran alivio y el débil corazón había vuelto a marchar.

Morran no tenía tales problemas. Su vigoroso cuerpo estaba hecho para el esfuerzo y la tensión. Sin embargo, no debía experimentarlos en ese viaje, si deseaba que el viejo Lingman sobreviviera.

—Sobreviviré — murmuró Lingman, como respuesta a la pregunta no formulada —. Lo bastante como para descubrirlo.

Morran tocó los controles y la nave se deslizó hacia el subespacio como una anguila en el aceite.

—Lo descubriremos — musitó Morran, ayudando al anciano a soltar sus correas —. ¡Encontraremos al Contestador!

Lingman asintió. Ambos socios se habían prestado mutuo apoyo durante muchos años. En un principio, el proyecto de obra de Lingman. Después, Morran, al graduarse en la Universidad Tecnológica de California se unió a él. Juntos habían rastreado los rumores que circulaban por el sistema solar, la leyenda de la antigua raza humanoide que sabía la respuesta a todos los interrogantes, los que habían construido el Contestador antes de partir.

—Piénselo — dijo Morran —: ¡La respuesta a todos los interrogantes!

Morran, como físico, tenía muchas preguntas que formular. La expansión del Universo; la fuerza aprisionada en el núcleo atómico; las novas y las supernovas; la formación de los planetas; el efecto Doppler, la relatividad y otras mil cosas,

—Sí — dijo Lingman.

Se acercó a duras penas al visor, para contemplar la desierta pradera del subespacio ilusorio. Era anciano y biólogo. Tenía dos preguntas a formular.

¿Qué es la vida?

¿Qué es la muerte?

Tras un muy largo período de recoger púrpura, Lek y sus amigos se reunieron a conversar. La púrpura escaseaba siempre en las proximidades de las estrellas múltiples (el por qué, nadie lo sabía), y estaba bien hablar.

—¿Sabéis? — dijo Lek — Creo que iré a buscar ese Contestador.

Al decirlo, utilizó el idioma Ollgrat, el de las decisiones inminentes.

—¿Por qué? — preguntó IIm, en la lengua Hvest de la chanza ligera —¿Por qué quieres saber? ¿No te alcanza con el trabajo de juntar púrpura?

—No — respondió Lek, aún en el idioma de las decisiones inminentes —, no lo es.

La gran tarea de Lek y los suyos consistía en recoger púrpura. La encontraron incrustada en muchos lugares de la inmensa fábrica del espacio, en cantidades minúsculas. Lentamente, iban levantando una inmensa montaña. Para qué serviría esa montaña, nadie lo sabía.

—¿Le preguntarás qué es la púrpura? — preguntó IIm, apartando una estrella del camino para acostarse.

—Lo haré — dijo Lek —. Hemos permanecido en la ignorancia por demasiado tiempo. Debemos averiguar la verdadera naturaleza de la púrpura y su importancia dentro del diagrama total. Debemos saber por qué rige nuestra vida.

Para decir todo esto, Lek había utilizado el Ilgret, o sea el idioma del conocimiento incipiente.

Ilm y los otros no trataron de discutir ni siquiera en la lengua de las discusiones. Sabían que el conocimiento era importante. Desde el alba misma de los tiempos, Lek, Ilm y los otros habían recogido púrpura. Ya era tiempo de conocer las respuestas últimas a todo el Universo: qué era la púrpura y para qué serviría el montículo.

Y allí estaba el Contestador para decírselo. Todos habían oído hablar del Contestador, construido por una raza no muy diferente a ellos, ausente desde hacía mucho tiempo.

—¿Le preguntarás alguna otra cosa? — inquirió Ilm.

—No sé — dijo Lek —. Quizá le pregunte sobre las estrellas. En realidad, no hay ninguna otra cosa de importancia.

Puesto que Lek y sus hermanos vivían desde el alba de los tiempos, no pensaban en la muerte. Por otra parte, siendo su número invariable, no tenían en cuenta la incógnita de la vida.

Pero, ¿y la púrpura? ¿Y el montículo?

—¡Allá voy! — gritó Lek, en el idioma de las decisiones puestas en marcha.

—¡Buena suerte! — respondieron sus hermanos, en la jerga de la mayor amistad.

Y Lek se marchó a grandes pasos, saltando de estrella en estrella.

El Contestador seguía esperando, solitario en su pequeño planeta, la llegada de los Interrogadores. De tanto en tanto murmuraba las respuestas para sí. Era su privilegio. El Sabía.

Pero aguardaba (y el tiempo no era ni demasiado largo ni demasiado breve) a que cualquier criatura del espacio viniera a preguntar.

Eran dieciocho en un mismo lugar.

—Invoco la regla de los dieciocho — gritó uno. Y apareció uno más, que no existía hasta ese momento, nacido por la regla de los dieciocho.

—Debemos acudir al Contestador — exclamó uno —. Nuestra vida está gobernada por la regla de los dieciocho. Donde haya dieciocho, habrá diecinueve. ¿Por qué es así?

Nadie fue capaz de contestar.

—¿Dónde estoy? — preguntó el decimonoveno, el recién nacido.

Uno de ellos lo llevó aparte para proporcionarle instrucción.

Quedaron diecisiete, un número estable. Otro gritó:

—Y debemos descubrir por qué todos los sitios son diferentes, aunque no existan las distancias.

Ese era el dilema. Uno está aquí. De pronto, uno está allá. Así, sin movimiento, sin razón. Y, sin embargo, sin moverse, uno aparece en otro lugar.

—Las estrellas son frías — gritó uno.

—¿Por qué?

—Debemos acudir al Contestador.

Porque habían sabido de la leyenda, conocían la historia. «Había una vez una raza, muy parecida a nosotros, y ellos Sabían..., y enseñaron al Contestador. Más tarde, partieron hacia donde no hay sitios, sino mucha distancia.»

—¿Cómo llegaremos allí? — preguntó el recién nacido, ya ahíto de conocimiento.

—Yendo.

Y los dieciocho desaparecieron. Quedó uno solo, contemplando melancólico la tremenda expansión de una estrella de hielo. Después, él también desapareció.

Las antiguas leyendas tenían razón — exclamó Morran —. Allí está.

Habían surgido del subespacio en el sitio indicado por las leyendas; ante ellos se extendía una estrella diferente a todas las demás. Morran inventó una clasificación que se ajustara a sus características, pero eso no importaba. No había trabajo igual.

A su alrededor giraba un planeta, distinto también a todos los planetas. Morran inventó causas, pero no importaron. El planeta era único.

—Abróchese las correas, señor — dijo Morían —. Descenderé con tanta suavidad como sea posible.

Lek llegó junto al Contestador, avanzando con rapidez de estrella a estrella. Alzó el Contestador en la mano y lo contempló.

—Tú eres el Contestador — dijo.

—Sí — respondió el Contestador.

—En ese caso, responde — pidió Lek, poniéndose cómodo en un vacío abierto entre dos estrellas —. Dime quién soy yo.

—Una parcialidad — dijo el Contestador —. Un indicio.

—Caramba — musitó Lek, herido en su amor propio —, puedes responder mejor. A ver: el propósito de mi especie es recolectar púrpura y levantar con ella una montaña. ¿Puedes decirme cuál es el significado de todo eso?

—Tu pregunta no tiene sentido — respondió el Contestador.

Sabía qué era la púrpura y para qué serviría el montículo. Pero la explicación estaba incluida en una explicación mayor. Sin ella, la pregunta de Lek era inexplicable y Lek no había formulado la pregunta real.

Lek formuló otras preguntas y el Contestador fue incapaz de responderle. Lek veía las cosas según un punto de vista particular, extraía una parte de verdad y se negaba a ver el resto. ¿Cómo explicarle a un ciego la sensación del verde?

El Contestador no lo intentó. No era su deber.

Al fin, Lek dejó escapar una risa burlona y despectiva. Una de las piedrecitas en las cuales se apoyaba fulguró ante el sonido de su carcajada y se apagó en seguida hasta volver a su intensidad habitual.

Lek se marchó a paso rápido, de estrella en estrella.

El Contestador Sabía. Pero previamente debía recibir la pregunta correcta. Estudió sus limitaciones, mientras contemplaba las estrellas, que no eran ni demasiado grandes ni demasiado pequeñas, sino del tamaño exacto.

Las preguntas correctas. La raza que lo construyera debió haber tenido eso en cuenta. Debieron haber incluido cierta tolerancia para con las tonterías semánticas, permitiéndole encarar aquella maraña.

El Contestador se contentó con murmurar las respuestas para sí.

Dieciocho criaturas llegaron hasta el Contestador, sin caminar ni volar, sino apareciendo, simplemente. Estremecidas bajo el resplandor frío de las estrellas, contemplaron la enorme masa del Contestador.

—Si no hay distancias — preguntó una —, ¿cómo es que las cosas pueden estar en otro lugar?

El Contestador sabía qué significaba distancia y qué significaba lugar. Pero no podía responder a esa pregunta. Había distancia, pero no tal como esas criaturas la entendían. Y había lugares, pero en un sentido diferente al que ellos pensaban.

—Formula tu pregunta en otros términos — sugirió el Contestador, con alguna esperanza.

—¿Por qué somos pequeños aquí — preguntó uno — y altos allá? ¿Por qué somos gruesos allá y delgados aquí? ¿Por qué son frías las estrellas?

El Contestador lo sabía todo. Sabía porqué eran frías las estrellas, pero no podía explicarlo en términos de estrellas o de frío.

—¿Por qué — preguntó otro — existe la regla de los dieciocho? ¿Por qué, cuando se reúnen dieciocho, aparece uno nuevo?

Pero la respuesta, naturalmente, era parte de una pregunta mayor, que no había sido formulada.

Apareció una nueva criatura merced a la regla de los dieciocho y las diecinueve se esfumaron.

El Contestador murmuró para sí las preguntas correctas y las respondió.

—Lo conseguimos — dijo Morran —. Bien, bien.

Palmeó a Lingman en el hombro..., con mucha suavidad, porque el anciano podía romperse.

Lingman estaba cansado. Tenía el rostro sumido, amarillento y arrugado. La forma de la calavera asomaba ya en sus dientes oscuros y grandes, en la pequeña nariz achatada, en los pómulos salientes. La matriz comenzaba a revelarse.

—Sigamos — dijo.

No quería perder más tiempo. No tenía tiempo que perder.

Se colocaron los cascos y recorrieron el pequeño sendero.

—Más despacio — murmuró Lingman.

—Está bien — dijo Morran.

Caminaron juntos por el sendero oscuro de aquel planeta diferente a todos los planetas, único satélite de un sol diferente a todos los soles.

—Por aquí — dijo Morran.

Las leyendas eran explícitas. El sendero llevaba a unos escalones de piedra. Los escalones de piedra a una explanada. Y allí... ¡el Contestador!

Para el criterio humano, el Contestador parecía una pantalla blanca ubicada en una pared y era muy simple.

Lingman apretó las manos entrelazadas. Aquélla era la culminación de una vida entera de trabajo, inversiones, discusiones, de hurgar entre fragmentos de leyendas. Y todo terminaba allí, en ese momento.

—Recuerde — advirtió a Morran —. Nos sorprenderá. La verdad no será como la hemos imaginado.

—Estoy preparado — dijo Morran, con los ojos extáticos.

—Muy bien — replicó entonces Lingman, con su voccecita débil — Contestador, ¿qué es la vida?

Una voz respondió en el cerebro de cada uno:

—La pregunta no tiene significado alguno. Al decir «vida», el interrogador se refiere a un fenómeno parcial, que resulta inexplicable, excepto en términos de su total.

—¿De qué total forma parte la vida? — preguntó Lingman.

—La pregunta, en su formulación presente, no admite respuesta. El interrogador sigue considerando la «vida» desde un punto de vista personal y limitado.

—Responde en tus propios términos, en ese caso — dijo Morran.

—El Contestador sólo puede responder a preguntas formuladas.

El Contestador volvió a pensar en las tristes limitaciones que le impusieran sus creadores. Silencio.

—¿Está el Universo en expansión? — preguntó Morran, con mayor confianza.

—«Expansión» es un término inaplicable a la situación. El Universo, tal como el interrogado lo considera, es un concepto ilusorio.

—¿Hay algo que puedas decirnos?

—Puedo responder a cualquier pregunta válida con respecto a la naturaleza de las cosas.

Los dos hombres intercambiaron una mirada.

—Creo que sé lo que quiere decir — observó Lingman, tristemente —. Nuestras preguntas básicas son erróneas. Todas ellas.

—No puede ser — dijo Morran —. La física, la biología...

—Verdades parciales — dijo Lingman, con un gran cansancio en la voz —. Al menos, hemos averiguado eso. Hemos descubierto que nuestras suposiciones con respecto a los fenómenos observados son erróneas.

—Pero la regla de la hipótesis más simple...

—Es sólo una teoría — dijo Lingman.

—Considérelo de este modo — dijo Lingman —. Suponga que usted desea preguntar: «¿Por qué nació bajo la constelación de Escorpio, en conjunción con Saturno?». Yo no podría responder a su pregunta hablándole del zodiaco, pues el zodiaco no tiene nada que ver con eso.

—Comprendo — dijo Morran, con lentitud —. No puede responder a las preguntas que formulamos basándonos en nuestras premisas.

—Así parece. Y no puede alterar nuestras premisas. Está limitado a responder preguntas válidas... lo que implica, según parece, un conocimiento que no poseemos.

Y se volvió al Contestador, preguntando:

—¿Qué es la muerte?

—No puedo explicar un antropomorfismo.

—¡La muerte es un antropomorfismo! — dijo Morran, mientras Lingman se volvía rápidamente —¡Ahora estamos avanzando un poco!

Y preguntó:

—¿Son irreales los antropomorfismos?

—Los antropomorfismos pueden clasificarse, a modo de prueba, en: a) verdades falsas, o b) verdades parciales referidas a una situación parcial.

—¿A qué clasificación corresponde este caso?

—A ambas.

Eso fue lo más que pudieron conseguir. Morran no logró extraer más datos del Contestador. Ambos lo intentaron durante varias horas, pero la verdad se les escurría a distancia cada vez mayor.

—Es enloquecedor — dijo Morran, después de un rato —. Este objeto contiene la respuesta al Universo entero y no puede dárnosla a menos que formulemos las preguntas correctas. Pero ¿cómo saber la pregunta correcta?

Lingman se sentó en el suelo y se recostó contra un muro de piedra, con los ojos cerrados.

—Salvajes, eso es lo que somos — dijo Morran, recorriendo la explanada a grandes pasos, frente al Contestador —. Imagínese que un bosquimano fuera a preguntarle a un físico por qué no puede clavar su flecha en el sol. El científico sólo podría explicarlo en sus propios términos. ¿Qué ocurriría entonces?

—El científico no lo intentaría siquiera — respondió Lingman, con voz apagada —, conociendo las limitaciones del interrogador.

—Qué bonito — exclamó Morran, irritado —¿Cómo explicar la rotación de la Tierra a un bosquimano? O mejor aún, ¿cómo explicarle la relatividad, siempre sin dejar a un lado el rigor científico, por supuesto?

Lingman no contestó. Seguía con los ojos cerrados.

—Somos bosquimanos. Pero tal vez el abismo es mucho mayor en este caso. Un gusano y un superhombre. El gusano desea saber la naturaleza del polvo y por qué existe en tan grandes cantidades. ¡Oh!, vaya.

Y, volviéndose hacia Lingman, sugirió:

—¿Nos marchamos, señor?

El anciano siguió con los ojos cerrados y sin responder. Sus dedos estaban crispados y las mejillas se habían hundido más aún. La calavera iba emergiendo.

—¡Señor, señor!

Y el Contestador supo que ésa no era la respuesta.

Solo en su planeta, que no es grande ni pequeño, sino del tamaño preciso el Contestador aguarda. No puede ayudar a quienes llegan hasta él, pues aun el Contestador encuentra restricciones.

Sólo puede responder a las preguntas válidas.

¿Universo? ¿Vida? ¿Muerte? ¿Púrpura? ¿Dieciocho? Verdades parciales, verdades a medias, pequeños fragmentos de la gran pregunta.

Pero el Contestador, solitario, murmura las preguntas para sí, las verdaderas preguntas, las que nadie puede comprender.

¿Cómo podrían comprender, entonces, las verdaderas respuestas?

Las preguntas jamás serán formuladas y el Contestador recuerda algo que sus constructores aprendieron y olvidaron.

Para formular una pregunta, es necesario saber de antemano gran parte de la respuesta.

FIN